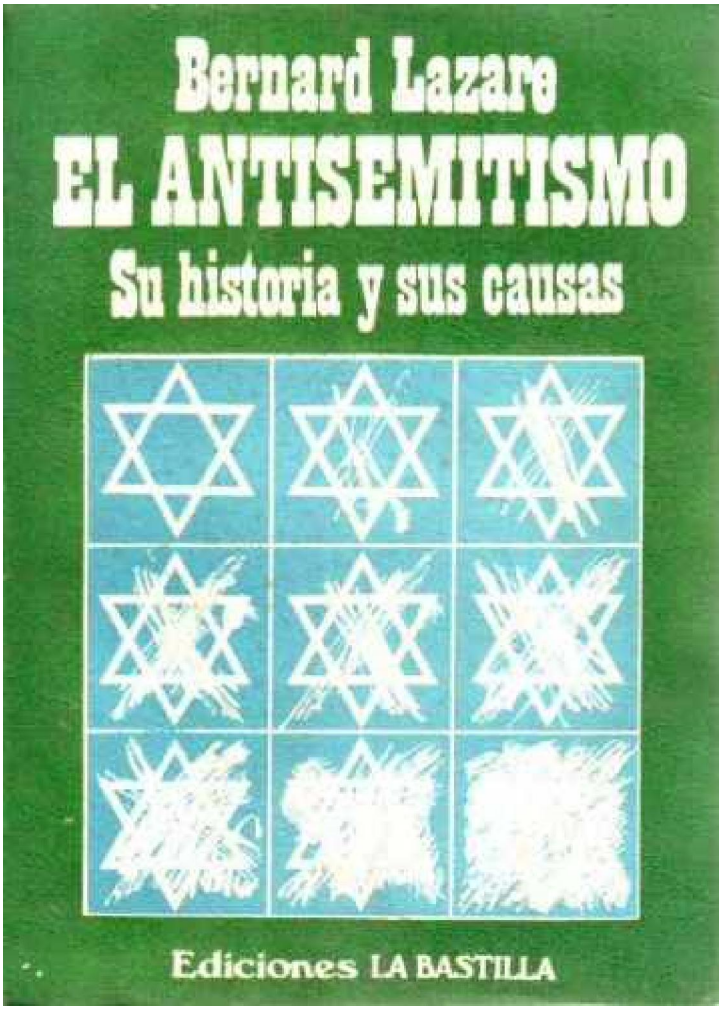
EL ANTISEMITISMO
SU HISTORIA Y SUS CAUSAS



Bernard Lazare

Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para Ser Libres

Edición Original: Año 1894
Edición Electrónica: 2011

INDICE

Semblanza de Bernard Lazare
Prefacio
Cap. I: Las causas generales del antisemitismo
Cap. II: El antijudaísmo en la antigüedad
Cap. III: El antijudaísmo en la antigüedad cristiana. Desde la fundación de la Iglesia hasta Constantino.
Cap.IV: El antisemitismo después de Constantino hasta el siglo VIII
Cap. V: El antijudaismo del siglo VIII hasta la Reforma.
Cap. VI: El antijudaismo desde la Reforma hasta la Revolución Francesa.
Cap.VII: La literatura antijudaica y los prejuicios.
Cap. VIII: El antijudaismo legal moderno.
Cap IX: El antisemitismo moderno y su literatura.
Cap X: La raza.
Cap XI: Nacionalismo y antisemitismo.
Cap XII: El espíritu revolucionario en el judaísmo.
Cap. XIII: Los judíos y las transformaciones de la sociedad. Las causas políticas y religiosas del antisemitismo.
Cap. XIV: Las causas económicas del antisemitismo.
Cap. XV: El futuro del antisemitismo.

Semblanza de Bernard Lazare

Hasta muy entrado en la adolescencia, Bernard Lazare no tomó conciencia de ser judío. Habiendo nacido en 1865, su ciudad natal, Nimes, estaba ásperamente dividida entre católicos y protestantes y había en ella muy pocos israelitas. En el secular conflicto religioso del Languedoc, los padres del joven Bernard, de origen sefardí, permanecieron neutrales y, más aún, indiferentes, pues eran ateos y totalmente alejados de la tradición mosaica. Ambos habían nacido en Carpentrás, cerca de Aviñón, y descendían de "judíos del Papa", como se llamaban en el mediodía de Francia a los israelitas del Condado de Venaissin, tierra pontificia hasta 1789. A los 21 años, Bernard Lazare fue a radicarse en París, donde empezó una carrera literaria que no le trajo mayores éxitos. Su idioma materno, en efecto, era el provenzal y su francés, aprendido en la escuela, nunca llegó a ser muy natural. Sin embargo, su nombre le abrió las puertas de diarios y revistas y se dio cuenta de que no era "un francés como los demás", sino un judío que se beneficiaba con una solidaridad que ni buscaba.

El hecho le llamó poderosamente la atención. Pasando los años, se vinculó con los Cahiers de la Quinzaine que dirigía Charles Péguy y, en la pequeña librería de este último, conversaba largamente con Georges Sorel y Daniel Halévy.

En Péguy ya estaba empezando la evolución que debía conducirlo del socialismo comunero al catolicismo y al patriotismo más exacerbado. Sorel, teórico del anarcosindicalismo, aún no se había acercado al nacionalismo, pero ya no disimulaba su inquietud ante el poderío financiero de los judíos. Halévy solía decir, medio en broma: "si no tuviera sangre judía en las venas, yo sería antisemita". Sin

embargo, cuando estalló "l'affaire Dreyfus", todos se solidarizaron de inmediato con este capitán judío del ejército francés, condenado por traición por dos tribunales militares, y Bernard Lazare sintió despertar en su alma el espíritu de sus antepasados. Fue uno de los más combativos defensores del que consideraba una víctima del militarismo y la reacción. Apenas exagerado sería decir que fue él, y no Zola, quien desencadenó la violenta campaña que los progresistas lanzaron entonces contra el ejército y su justicia.
La desilusión fue tremenda cuando Dreyfus aceptó el indulto presidencial que excluía toda posibilidad de revisión del proceso. No fue éste sino el golpe final para un hombre ya profundamente herido. En 1894, en efecto, Bernard Lazare había publicado L'antisémtitisme, son histoire et ses causes, obra ésta que suscitó violentas reacciones, tanto entre los antisemitas como entre los judíos talmudistas. Lo que más lo amargó, sin embargo, fueron las críticas de la Revue Intemationale d'Anthropologie. Lazare, que no tenía conocimiento alguno de antropología, en su obra negaba, en efecto, la existencia actual de las razas. Para él, como para Gobineau, los conjuntos humanos, primitivamente puros, se habían ido mezclando a lo largo de los milenios, lo que bastaba para quitar toda validez al concepto de raza, aplicado a los pueblos contemporáneos. El error no pasó desapercibido y antropólogos, franceses y judíos, no tuvieron la menor dificultad en demostrar que la raza se define, no por la existencia de una pareja única en el origen de una colectividad humana, sino por la presencia de caracteres hereditarios comunes estadísticamente relevantes en los individuos actuales de esa colectividad.
A estos sinsabores se agregó la ola de antisemitismo que había suscitado, en Francia, el "affaire Dreyfus", que arrastraba hasta a sus amigos de los Cahiers. Lazare comprendió que el optimismo del último capítulo de su El Antisemitismo no descansaba sobre bases muy firmes.
En consecuencia, después de haber sido recibido de modo triunfal por el Primer Congreso Sionista de 1897, formó por un tiempo, junto con Herzl, parte del comité ejecutivo de la Organización Sionista y editó la publicación sionista Le Flambeau. Pero, anarquista en el fondo, sus convicciones clasistas y revolucionarias lo llevaron pronto a romper con Herzl. Para Herzl, Lazare era demasiado anarquista. Para Lazare, Herzl era demasiado burgués. Después de haber puesto a Herzl en contacto con el Barón Edmond de Rotschild – lo que le aseguró al sionismo un apoyo financiero significativo [1] – en 1899 Lazare le escribiría a Herzl – y por extensión a todo el Comité de Acción Sionista – “Usted es un burgués en su forma de pensar, un burgués en sus sentimientos, un burgués en sus ideas, un burgués en su concepción de la sociedad.” [2] Tal como lo explica Jesse Cohn: “Una de las notas al pie olvidadas de la Historia es que, a pesar de todo el éxito que tuvo como organizador, la visión estatista/capitalista de Herzl no entusiasmó a tantos de los primeros colonos judíos de Palestina como lo hizo la visión de Lazare. “Debemos volver a vivir como una nación,” – afirmaba Lazare – “o más bien como una colectividad libre, pero sólo bajo la condición de que la colectividad no esté modelada según los Estados capitalistas y opresores en los cuales vivimos.” [3] También Hannah Ahrend señala esta misma divergencia: “La solución de Herzl al problema judío implicaba, en resumidas cuentas, la huida o liberación hacia una patria. (. . .) Para él era indiferente el grado de hostilidad que pudiera tener un gentil; de hecho, pensaba, cuanto más antisemita fuera un individuo, más apreciaría las ventajas de un éxodo judío de Europa. Para Lazare, en cambio, la cuestión territorial era secundaria, una mera consecuencia de la exigencia primaria de que »los judíos se emanciparan como pueblo para constituir una nación«” [4]

Agotado y ya enfermo de cáncer, publicó todavía, en la revista de Péguy, los resultados de una gran encuesta sobre los judíos de Rumania, Rusia y el Oriente, los que conmovieron a la opinión pública. Pero los golpes sucesivos habían sido demasiado fuertes y, en 1903, Lazare falleció prematuramente, con apenas 38 años de edad. Dejaba una obra fundamental que recién entre las dos guerras mundiales, con el auge internacional del antisemitismo que exigía una explicación, se apreciaría debidamente.
Durante su vida, Lazare recibió críticas, agravios y hasta insultos. La posteridad lo ha reivindicado y su obra constituye, hoy en día, un libro clave para quien quiera entender el antisemitismo, uno de los problemas cruciales de nuestro tiempo.
MARCOS MORENO

PREFACIO

Algunos fragmentos de este libro fueron publicados, con largos intervalos, en diarios y revistas. Se les ha hecho el gran honor de discutirlos y es porque se los ha discutido que escribo aquí estas pocas líneas. Se me ha reprochado a la vez haber sido antisemita y haber defendido excesivamente a los judíos, y para juzgar lo que yo había escrito, los críticos me han ubicado desde el punto de vista del antisemitismo o del filosemitismo. Se han equivocado, pues no soy ni antisemita ni filosemita; por eso no he querido escribir ni una apología ni una diatriba sino un estudio imparcial: un estudio de historia y de sociología.
No apruebo el antisemitismo; es una concepción estrecha, mediocre e incompleta; pero he intentado explicarlo. No había nacido sin causas; he buscado estas causas. Si he logrado determinarlas, los que lean las presentes páginas lo decidirán. Me ha parecido que una opinión tan universal como el antisemitismo, que ha florecido en todos los lugares y en todos los tiempos, antes de la era cristiana y después, en Alejandría, en Roma y en Antioquía, en Arabia y en Persia, en la Europa de la Edad Media y en la Europa moderna, en una palabra, en todas las partes del mundo donde hubo y donde hay judíos, me ha parecido que tal opinión no podía ser el resultado de una fantasía y de un capricho perpetuo y que, para su nacimiento y su permanencia, debía de haber razones profundas y serias.
Por ello he querido trazar un cuadro de conjunto del antisemitismo, de su historia y de sus causas. Por ello he querido seguir sus modalidades sucesivas, sus transformaciones y sus cambios. En semejante estudio habría habido material para varios libros. He sido obligado, por lo tanto, a apretar el tema, definiendo sus grandes líneas y dejando a un lado los pormenores. Espero retomar algunas de sus partes y, algún día que deseo próximo, intentaré mostrar cuál ha sido en el mundo el papel intelectual, moral, económico y revolucionario del judío, papel éste que sólo he indicado aquí.
Bernard Lazare
París, 25 de abril de 1894

[1])- Cf. Baruch Cohen, Bernard Lazare (1865-1903) : A forgotten Jewish Prophet, en The
Canadian Jewish News, 22 de Noviembre 2001, pág B20, disponible en
www.uqtr.ca/~bougaief/Son/Image/Lazare.doc consultado el 21/01/2011
[2])- Bernard Lazare, Reference, http://www.thefullwiki.org/Bernard_Lazare Consultado
el 21/01/2011
[3])- Jesse Cohn, Messianic Troublemakers: The Past and Present Jewish Anarchism, en
http://www.zeek.net/politics_0504.shtml Consultado el 21/01/2011.
[4])- Hannah Ahrend, Una Revisión de la Historia judía y otros ensayos, Ed. Paidos, Barcelona, 2005, Cap. 6 Herzl y Lazare.

I
LAS CAUSAS GENERALES DEI. ANTISEMITISMO

El exclusivismo - El culto político-religioso - Iahvé y la Ley - Ordenanzas civiles y ordenanzas religosas - Las colectividades judías - El Talmud - La teoría del pueblo elegido - El orgullo judío - El aislamiento entre las naciones - La mácula - Fariseos y Rabanitas - La fe, la tradición y la ciencia profana - El triunfo de los Talmudistas - El patriotismo judío - La patria mística - El restablecimiento del reino de Israel - El aislamiento del judío

Si se quiere redactar una historia completa del antisemitismo – abarcando todas las manifestaciones de este sentimiento y siguiendo sus fases diversas y sus modificaciones – hay que considerar la historia de Israel desde su dispersión o, mejor dicho, desde los tiempos de su expansión fuera del territorio de Palestina.
En todos los lugares en los cuales los judíos, dejando de ser una nación dispuesta a defender su libertad y su independencia, se han establecido, en todos ellos se ha desarrollado el antisemitismo, o más bien el antijudaísmo, pues antisemitismo es una palabra mal elegida, que sólo ha tenido razón de ser en nuestro tiempo, cuando se ha querido ampliar la lucha del judío y de los pueblos cristianos y darle una filosofía al mismo tiempo que una razón más metafísica que material.
Si la hostilidad y hasta la repugnancia sólo se hubieran manifestado con respecto a los judíos en una época y en un país, sería fácil desentrañar las causas limitadas de estas cóleras; pero por el contrario, la raza judía ha sido objeto del odio de todos los pueblos en medio de los cuales se ha establecido. Ya que los enemigos de los judíos pertenecían a las razas más diversas, vivían en países muy apartados los unos de los

otros, estaban regidos por leyes diferentes y gobernados por principios opuestos, no tenían ni el mismo modo de vivir ni las mismas costumbres y estaban animados por espíritus disímiles que no les permitían juzgar de igual modo todas las cosas, es necesario, por lo tanto, que las causas generales del antisemitismo siempre hayan residido en el mismo Israel y no en quienes lo han combatido,
Esto no significa afirmar que los perseguidores de los israelitas siempre tuvieron el derecho de su lado, ni que no se entregaron a todos los excesos que comportan los odios profundos, sino asentar como principio que los judíos provocaron – por lo menos en parte – sus propias desgracias.
Ante la unanimidad de las manifestaciones antisemitas, es difícil admitir – como ha habido una tendencia abusiva a hacerlo – que se debieron simplemente a una guerra de religión, y sería un grave error ver en las luchas contra los judíos la lucha del politeísmo contra el monoteísmo y la lucha de la Trinidad contra Jehováh. Tanto los pueblos politeístas como los pueblos cristianos han combatido, no la doctrina del Dios Uno, sino al judío.
¿Qué virtudes o qué vicios valieron al judío esta universal enemistad? ¿Por qué ha sido, sucesiva e igualmente, maltratado y odiado por los alejandrinos y los romanos, los persas y los árabes, los turcos y las naciones cristianas? Porque en todos lados, y hasta nuestros días, el judío ha sido un ser insociable.
¿Por qué era insociable? Porque era exclusivo, y su exclusivismo era a la vez político y religioso. Para decirlo mejor: porque estaba apegado a su culto político-religioso: a su ley.
Si en la historia, consideramos a los pueblos conquistados, los vemos someterse a las leyes de los vencedores, conservando sin embargo su fe y sus creencias. Lo podían hacer fácilmente porque, en ellos, el deslinde era muy claro entre las doctrinas religiosas venidas de los dioses y las leyes civiles emanadas de los legisladores, leyes éstas que se podían modificar con las circunstancias, sin que los reformadores corrieran el riesgo del anatema o de la execración teológica: lo que el hombre había hecho, el hombre podía deshacerlo. Por eso los vencidos se sublevaban contra los conquistadores por patriotismo y no los empujaba ningún otro motivo que el deseo de recuperar su suelo y su libertad. Fuera de tales sublevaciones nacionales, pocas veces pidieron no estar sometidos a las leyes generales. Cuando protestaban, era contra disposiciones particulares que los colocaban con respecto a los dominadores, en una situación de inferioridad. En la historia de las conquistas romanas, vemos a los conquistados inclinarse ante Roma cuando Roma les impone estrictamente la legislación que rige el imperio.
Para el pueblo judío, el caso era muy distinto. En efecto, como ya lo hizo notar Spinoza [1], "las leyes reveladas por Dios a Moisés no fueron otra cosa que las leyes del gobierno particular de los hebreos". Moisés [2], profeta y legislador, confirió a estas disposiciones judiciarias y gubernamentales la misma virtud que a sus preceptos religiosos, vale decir la revelación. Iahvé no solamente había dicho a los hebreos: "No creeréis sino en el Dios Uno y no adoraréis ídolos" sino que también les había prescripto normas de higiene y de moral. No solamente les había asignado Él mismo, minuciosamente, el territorio donde debían consumarse los sacrificios, sino que había determinado las modalidades según las cuales este territorio sería administrado. Cada una de las leyes dadas, fuera agraria, civil, profiláctica, teológica o moral, se beneficiaba con la misma autoridad y tenía la misma sanción, de tal suerte que estos distintos códigos constituían un todo único, un haz riguroso del que no se podía apartar nada so pena de sacrilegio.
En realidad, el judío vivía bajo la dominación de un amo, Iahvé, que nadie podía

vencer ni combatir, y sólo conocía una cosa: la Ley, vale decir el conjunto de las normas y prescripciones que Iahvé, cierto día, había querido dar a Moisés. Ley divina y excelente, propia para conducir a los que la seguían a la felicidad eterna; ley perfecta que sólo el pueblo judío había recibido.
Con semejante idea de su Thorah, el judío difícilmente podía admitir las leyes de los pueblos extranjeros. Por lo menos, no podía ni soñar en que le fuesen aplicadas. No podía abandonar las leyes divinas, eternas, buenas y justas, para seguir leyes humanas fatalmente manchadas de caducidad e imperfección. ¡Si hubiera podido elegir en esta Thorah; si por un lado, hubiera podido colocar las ordenanzas civiles y por otro, las ordenanzas religiosas! ¿Pero no tenían todas ellas un carácter sagrado y no dependía de su observancia total la felicidad de la nación judía?
Estas leyes civiles, que convenían a una nación y no a colectividades, los judíos no las querían abandonar al incorporarse a los otros pueblos, pues, por más que fuera de Jerusalén y del reino de Israel estas leyes no tuviesen más razón de ser, no por ello dejaban de constituir, para todos los hebreos, obligaciones religiosas que se habían comprometido a cumplir por un pacto antiguo con la Divinidad.
Por ello, en todas partes donde los judíos establecieron colectividades y en todas partes adonde fueron transportados pidieron no sólo que se les permitiese practicar su religión sino también que no se les impusiesen las costumbres de los pueblos en medio de los cuales estaban llamados a vivir y que se los dejase gobernarse por sus propias leyes.
En Roma, en Alejandría, en Antioquía y en la Cirenaica, pudieron actuar libremente. No se los citaba el sábado ante los tribunales [3] y hasta se les permitió tener sus tribunales especiales y no ser juzgados según las leyes del imperio. Cuando las distribuciones de trigo caían un sábado, se reservaba su parte para el día siguiente [4]. Podían ser decuriones, con exención de las prácticas contrarias a su religión [5]. Se administraban a sí mismos como en Alejandría, con sus jefes, su senado y su etnarca, y no estaban sometidos a la autoridad municipal.
En todas partes querían seguir siendo judíos y en todas partes conseguían privilegios que les permitían fundar un Estado dentro de otro Estado. Merced a estos privilegios, estas exenciones y estas desgravaciones impositivas, se encontraban rápidamente en mejor situación que los propios ciudadanos de las ciudades en las cuales vivían. Tenían más facilidad para traficar y enriquecerse. Así suscitaron envidia y odio.
El apego de Israel a su ley fue, por lo tanto, una de las causas primeras de su reprobación, sea que cosechara, gracias a la ley misma, beneficios y ventajas susceptibles de producir envidia, sea que arguyera de la excelencia de su Thorah para considerarse por encima y fuera de los demás pueblos.
Si por lo menos los israelitas se hubieran limitado al mosaísmo puro, sin duda habrían podido, en determinado momento de su historia, modificar dicho mosaísmo de tal modo que sólo subsistiesen los preceptos religiosos o metafísicos. Más aún, si no hubieran tenido como libro sagrado sino la Biblia, tal vez se hubiesen fundido en la Iglesia naciente, que encontró a sus primeros adeptos entre los saduceos, los esenios y los proselitas judíos. Una cosa impidió tal fusión y mantuvo a los hebreos aislados entre los pueblos: fue la elaboración del Talmud: la dominación y autoridad de los doctores que enseñaron una supuesta tradición.
Pero esta acción de los doctores, sobre la cual volveremos, hizo también de los judíos los seres huraños, poco sociables y orgullosos de quienes Spinoza, que los conocía muy bien, pudo decir: "No es de extrañar que, después de permanecer dispersos durante tantos años, hayan persistido sin gobierno, puesto que se han

separado de todas las demás naciones, a tal punto que han levantado contra ellos el odio de todos los pueblos, no sólo por sus ritos exteriores, contrarios a los ritos de las demás naciones, sino también por el signo de la circuncisión"[6].
Así, decían los doctores, la meta del hombre en la tierra es el conocimiento y la práctica de la Ley, y sólo se puede practicarla plenamente escapando de las leyes que no son la verdadera. El judío que seguía estos preceptos se aislaba del resto de los hombres; se atrincheraba detrás de los setos que habían levantado alrededor de la Thorah Esdras y los primeros escribas [7] y luego los fariseos y los talmudistas herederos de Esdras, deformadores del mosaísmo primitivo y enemigos de los profetas. No se aisló solamente negándose a someterse a las costumbres que establecían vínculos entre los habitantes de las comarcas en las cuales se había radicado sino también rechazando toda relación con estos habitantes mismos. A su asociabilidad el judío agregó el exclusivismo.
Sin la Ley, sin Israel para practicarla, el mundo no sería: Dios lo devolvería a la nada. Y el mundo sólo conocerá la felicidad cuando esté sometido al imperio universal de esta ley, vale decir al imperio de los judíos. Por lo tanto, el pueblo judío es el pueblo elegido por Dios como depositario de sus voluntades y de sus deseos; es el único con el cual la Divinidad hizo un pacto: el elegido del Señor. En el momento en que la serpiente tentó a Eva, dice el Talmud, la corrompió con su veneno. Israel, al recibir la revelación del Sinaí, se liberó del mal. Las demás naciones no pudieron curarse. Por ello, si cada una de ellas tiene su ángel de la guarda y sus constelaciones protectoras, Israel está colocado bajo el ojo mismo de Jehováh. Es el hijo predilecto del Eterno, el que tiene derecho exclusivo a su amor, su benevolencia y su protección especial. Los demás hombres están colocados por debajo de los hebreos. Sólo por piedad tienen derecho a la munificencia divina, puesto que sólo las almas de los judíos descienden del primer hombre. Los bienes que se deleguen en las naciones pertenecen en realidad a Israel, y vemos al mismo Jesús contestar a la mujer griega: "No es bueno tomar el pan de los niños para tirarlo a los cachorros"[8].
Esta fe en su predestinación, en su elección, ha desarrollado en los judíos un inmenso orgullo. Llegaron a mirar a los no judíos con desprecio y a menudo con odio cuando se mezclaron, a estas razones teológicas, razones patrióticas.
Cuando la nacionalidad judía se encontró en peligro bajo Juan Hyrcán, los fariseos declaraban impuro el suelo de los pueblos extranjeros e impuras, las frecuentaciones entre judíos y griegos. Más tarde, los chamaitas, en un sínodo, propusieron establecer una separación completa entre israelitas y paganos y elaboraron un compendio de prohibiciones, titulado Las Dieciocho Cosas, el que a pesar de la oposición de los hilelitas, acabó por predominar. Por ello, en los consejos de Antiochus Sidetes se empieza a hablar de la insociabilidad judía, vale decir "del firme propósito de vivir exclusivamente en un medio judío, fuera de toda comunicación con los idólatras, y del ardiente deseo de hacer estas comunicaciones cada vez más difíciles, si no imposibles". [9] Y se ve, ante Antiochus Epifanio, el gran sacerdote Menelaus acusar la ley de "enseñar el odio del género humano, de prohibir sentarse en la mesa de los extranjeros y demostrarles benevolencia".
Si tales prescripciones hubieran perdido su autoridad al desaparecer las causas que las habían motivado y, de algún modo, justificado, el daño no habría sido muy grande. Pero se las ve reaparecer en el Talmud, y la autoridad de los doctores les dio nueva sanción. Cuando cesó la oposición entre los saduceos y los filisteos, cuando estos últimos salieron vencedores, estas prohibiciones adquirieron fuerza de ley, Fueron enseñadas y sirvieron así a desarrollar y exagerar el exclusivismo de

los judíos.
También un temor, el de la mácula, separó a los judíos del mundo e hizo más riguroso su aislamiento. Sobre la mácula los fariseos tenían ideas de un rigor extremo. Las prohibiciones y prescripciones de la Biblia no bastaban, según ellos, para preservar al hombre del pecado. Ya que el menor contacto contagiaba los vasos de los sacrificios, llegaron a estimarse manchados ellos mismos por un contacto extranjero. De este miedo salieron innumerables normas relativas a la vida diaria: normas sobre la vestimenta, la vivienda y la alimentación, todas ellas establecidas con el propósito de evitar a los israelitas la mácula y el sacrilegio y, una vez más, susceptibles de ser observadas en una nación independiente o en una ciudad, pero imposible de respetar en los países extranjeros. Pues implicaban la necesidad, para los que querían someterse a ellos, de rehuir la convivencia con los no judíos y, por consiguiente, de vivir solos y hostiles a todo acercamiento.
Los fariseos y los rabanitas fueron aún más lejos. No se limitaron a querer preservar el cuerpo: trataron de salvaguardar la mente. La experiencia había mostrado cuán peligrosas eran, para lo que consideraban su fe, las importaciones helénicas o romanas. Los nombres de los grandes sacerdotes helenizantes, Iasón, Menelaus, etc., recordaban a los rabanitas los tiempos en que el genio de Grecia, al conquistar parte de Israel, casi los había vencido. Sabían que el partido saduceo, amigo de los griegos, había abierto el camino al cristianismo, como también, por lo demás, los alejandrinos y todos aquellos que afirmaban que "las disposiciones legales, claramente formuladas en la ley mosaica, son las únicas obligatorias. Todas las otras, procedan de tradiciones locales o de promulgaciones posteriores, no obligan a una rigurosa observancia"[10]. Bajo la influencia griega habían surgido los libros y los oráculos que prepararon al Mesías. Los judíos helenizantes, Filón y Aristóbulo, el pseudo Focilida y el pseudo Longin, los autores de los oráculos sibilinos y los pseudo órficos, todos estos herederos de los profetas, cuya obra revivía, conducían los pueblos a Cristo. Y se puede decir que el verdadero mosaísmo, depurado y engrandecido por Isaías, Jeremías y Ezequiel, y también abierto a lo universal por los judeohelenistas, habría llevado a Israel al cristianismo si el esdraísmo, el fariseísmo y el talmudismo no hubieran mantenido a la masa de los judíos en los vínculos de las observaciones estrictas y de las estrechas prácticas rituales.
Para proteger al pueblo de Dios, para ponerlo al amparo de las malas influencias, los doctores exaltaron su ley por encima de todo. Declararon que sólo su estudio debía gustar a los israelitas y, puesto que la vida entera apenas bastaba para conocer y profundizar todas las sutilezas y toda la casuística de esta ley, prohibieron dedicarse al estudio de las ciencias profanas y de los idiomas extranjeros. "No se estiman entre nosotros los que aprenden varios idiomas", ya decía Josefo. Pronto no fueron solamente despreciados sino excomulgados. Tales exclusiones no parecieron suficientes a los rabanitas. A defecto de Platón, ¿no tenía el judío la Biblia, y no podría llegar a escuchar la voz de los profetas? Puesto que no se podía proscribir el Libro, se disminuyó su importancia y se lo hizo tributario del Talmud. Los doctores declararon: "La Ley es agua; la Mischna es vino". Y la lectura de la Biblia se consideró menos provechosa, menos útil para la salvación, que la Mischna.
Sin embargo, los rabanitas no consiguieron matar del primer golpe la curiosidad de Israel. Necesitaron siglos para ello, y recién en el siglo XIV fueron victoriosos: cuando Ibn Esra, E. Bechai, Maimónides, Bedarchi, Joseph Caspi, Levi ben Gerson, Moisés de Narbona y muchos otros más – todos aquellos que, hijos de Filón y de

los alejandrinos, querían vivificar el judaísmo con la filosofía extranjera – hubieron desaparecido; cuando Ascher ben Jechiel hubo llevado a la asamblea de los rabinos de Barcelona a excomulgar a quienes se ocuparan de ciencia profana; cuando R. Schalem de Montpellier hubo denunciado a los dominicos el More Nebouchim; y cuando este libro, la más alta expresión del pensamiento de Maimónides, hubo sido quemado. Entonces los rabinos triunfaron [11].

Habían alcanzado su meta. Habían segregado a Israel de la comunidad de los pueblos. Habían hecho de él un solitario huraño, rebelde a toda ley, hostil a toda fraternidad y cerrado a toda idea bella, noble o generosa, Habían hecho de él una nación miserable y pequeña, agriada por el aislamiento, embrutecida por una educación estrecha, desmoralizada y corrompida por un injustificable orgullo [12].

Con esta transformación del espíritu judío, con la victoria de los doctores sectarios, coincide el comienzo de las persecuciones oficiales. Hasta esa época, casi no había habido sino explosiones de odios locales, pero no vejaciones sistemáticas.

Con el triunfo de los rabanitas nacen los ghettos mientras que la expulsiones y las matanzas empiezan. Los judíos quieren vivir aparte: la gente se aleja de ellos. Detestan el espíritu de las naciones en medio de las cuales viven: las naciones los echan. Queman el More: se les quema el Talmud y se los quema a ellos mismos [13].

Parece que nada más podía actuar para separar completamente a los judíos del resto de los hombres y hacer de ellos un objeto de horror y reprobación. Sin embargo, otra causa vino, a agregarse a las que acabamos de exponer: el indomable y tenaz patriotismo de Israel.

Por cierto, todos los pueblos estuvieron apegados al suelo en el cual habían nacido. Vencidos, abatidos por conquistadores y obligados al exilio o a la esclavitud, permanecían fieles al dulce recuerdo de la ciudad saqueada o de la patria perdida. Pero ninguno conoció el patriotismo exaltado de los judíos. Es que el griego cuya ciudad estaba destruida podía en algún otro lugar reconstruir el hogar que bendecían los antepasados. El romano que se exilaba llevaba con él sus penates. Atenas y Roma no eran la patria mística que fue Jerusalén.

Jerusalén era el custodio del tabernáculo que contenía las palabras divinas. Era la ciudad del Templo único, el único lugar del mundo donde se podía eficazmente adorar a Dios y ofrecerle sacrificios. Sólo más tarde, muy tarde, casas de plegaria se alzaron en otras ciudades de Judea, o de Grecia, o de Italia. Pero en estas casas, el culto se limitaba a lecturas de la Ley y a discusiones teológicas. Sólo en Jerusalén, el santuario elegido, se manifestaba la pompa de Jehováh. Cuando en Alejandría se edificó un templo, se lo consideró herético; y, de hecho, las ceremonias que en él se celebraban no tenían sentido alguno, pues hubieran debido cumplirse en el templo verdadero. San Juan Crisóstomo, después de la dispersión de los judíos y la destrucción de su ciudad, pudo decir muy justamente: "Los judíos sacrifican en todos los lugares de la tierra, menos donde el sacrificio es permitido y válido, vale decir en Jerusalén".

Por ello, para los hebreos, el aire de Palestina es el mejor: basta para hacerlo sabio al hombre [14]. Su santidad es tan eficaz que cualquiera que more fuera de sus límites es como si no tuviera Dios [15]. Por eso no se puede vivir en otro lugar y el Talmud excomulga a quienes coman el cordero pascual en un país extranjero.

Todos los judíos de la dispersión mandaban a Jerusalén el impuesto de la didracma, para el mantenimiento del templo. Una vez en su vida iban a la ciudad sagrada, como más tarde los musulmanes fueron a La Meca. Después de muertos se hacían transportar a Palestina y eran numerosas las embarcaciones que llegaban a

la costa, cargadas con pequeños féretros que se transportaban a lomo de camello. Es que sólo en Jerusalén y en el país dado por Dios a los antepasados los cuerpos resucitarían. Allá, los que hubieran creído en Iahvé, observado su ley y obedecido su palabra se despertarían ante el clamor de los últimos clarines y comparecerían ante el Señor. Sólo allá podrían levantarse a la hora marcada. Pues cualquier otra tierra que la que riega el Jordán amarillo es una tierra vil, podrida por la idolatría y privada de Dios.
Cuando la patria hubo muerto, cuando destinos contrarios esparcieron a Israel por el mundo, cuando el templo hubo desaparecido en las llamas y cuando idólatras ocuparon el suelo santísimo, la añoranza de los países pasados se perpetuó en el alma de los judíos. Todo había terminado. Ya no podrían, el día del Perdón, ver al chivo negro llevarse sus pecados al desierto, ni ver matar el cordero para la noche de Pascua, ni llevar al altar sus ofrendas. Y, privados de Jerusalén durante su vida, no serían llevados allá después de muertos.
Dios no debía de abandonar a sus hijos, pensaban los piadosos. Leyendas ingenuas vinieron a sostener a los exilados. Cerca de la tumba de los judíos fallecidos en el exilio, se decía, Jehováh abría largas cuevas a través de las cuales los cadáveres rodaban hasta Palestina, mientras que el pagano que moría allá, cerca de las colinas sagradas, salía de la tierra de elección, pues no era digno de permanecer donde se produciría la resurrección.
Esto no les bastaba. No se resignaban a no ir a Jerusalén sino como peregrinos lamentables que lloraban ante los muros derrumbados, tan insensibles en su dolor que algunos se dejaban aplastar por los cascos de los caballos cuando, gimiendo, besaban el suelo: no creían que Dios ni la ciudad bienaventurada los hubieran abandonado. Con Judás Levita, exclamaban: "¿Sión, has olvidado a tus desgraciados hijos que gimen en la esclavitud?"
Esperaban que su Señor, con su mano poderosa, levantara las murallas caídas. Esperaban que un profeta – un elegido – los llevara de vuelta a la tierra prometida. ¡Y cuántas veces se los vio, en el curso de los siglos – ellos, a quienes se reprocha aferrarse demasiado a los bienes terrenales – abandonar casa y fortuna para seguir un mesías falaz que se ofrecía para conducirlos y prometía el tan esperado retorno! Fueron millares los que arrastraron así Sereno, Moisés de Creta y Alroi, los que se dejaron exterminar en espera del día de la felicidad.
En los talmudistas, estos sentimientos de exaltación popular – estos místicos heroísmos – se transformaron. Los doctores enseñaron el restablecimiento del Imperio judío y, para que Jerusalén naciera de sus ruinas, quisieron conservar puro al pueblo de Israel, impedirle mezclarse y penetrarlo de la idea de que en todas partes estaba exilado, en medio de enemigos que lo mantenían cautivo. Decían a sus alumnos: "No cultives el suelo extranjero: pronto cultivarás el tuyo. No te apegues a ninguna tierra, pues, al hacerlo, serías infiel al recuerdo de tu patria. No te sometas a ningún rey, puesto que no tienes otro amo que el Señor del país santo, Jehováh. No te disperses en el seno de las naciones: comprometerías tu salvación y no verías el día de la resurrección. Consérvate tal como saliste de tu casa: llegará la hora en que vuelvas a ver las colinas de tus antepasados, y estas colinas serán entonces el centro del mundo, del mundo que te estará sometido".
Así, todos estos sentimientos diversos que habían servido en otros tiempos para constituir la hegemonía de Israel, para conservarle su carácter de pueblo y para permitirle desarrollarse con una muy poderosa y muy elevada originalidad; todas estas virtudes y todos estos vicios que le dieron la mentalidad especial y la fisonomía necesarias para conservar una nación y que le permitieron alcanzar su

grandeza y, más tarde, defender su independencia con férrea y admirable energía; todo esto contribuyó, cuando los judíos dejaron de tener un Estado, a encerrarlos en el aislamiento más completo y más absoluto.
Tal aislamiento ha sido el factor de su fuerza, afirman algunos apologistas. Si quieren decir que gracias a él los judíos persistieron, esto es cierto. Pero si se consideran las condiciones en las cuales permanecieron como pueblo, se verá que dicho aislamiento fue el factor de su debilidad y que sobrevivieron hasta los tiempos modernos, como una legión de parias, de perseguidos y a menudo, de mártires. Por lo demás, no fue exclusivamente a su reclusión que debieron tal sorprendente persistencia. Su excepcional solidaridad, debida a su desdicha – el apoyo mutuo que se prestaron – desempeñó un papel fundamental. Aun hoy en día, cuando en algunos países se mezclan en la vida política después de abandonar sus dogmas confesionales, es esta misma solidaridad la que les impide mezclarse y desaparecer, al conferirles posiciones a las que no son indiferentes.
Esta preocupación por los intereses mundanos, que marca un lado del carácter hebraico no dejó de actuar sobre la conducta de los judíos, sobre todo cuando hubieron abandonado Palestina. Y, al orientarlos en ciertas vías, con exclusión de tantas otras, provocó contra ellos animosidades más violentas y sobre todo más directas.
El alma del judío es doble: mística y positiva. Su misticismo va de las teofanías del desierto a los ensueños metafísicos de la Cábala. Su positivismo, o más bien su racionalismo, se manifiesta tanto en las sentencias del Eclesiastés como en las disposiciones legislativas de los rabinos y las controversias dogmáticas de los teólogos. Pero si el misticismo lleva a un Filón o a un Spinoza, el racionalismo conduce al usurero, al traficante de oro: hace surgir al comerciante ávido. Es cierto que a veces las dos mentalidades se yuxtaponen, y el israelita, como sucedió en la Edad Media, puede dividir su vida en dos partes: una dedicada al sueño del absoluto y la otra, al comercio más astuto.
De este amor de los judíos por el oro no podemos tratar aquí. Si se exacerbó hasta el punto de convertirse, para esta raza, casi en el único motor de sus actos y si engendró un antisemitismo violentísimo y durísimo, no por ello puede considerarse una de sus causas generales. Por el contrario, fue el resultado de dichas causas y veremos que fue en parte el exclusivismo, el persistente patriotismo y el orgullo de Israel lo que lo llevó a convertirse en el usurero odiado por el mundo entero.
En efecto, todas estas causas que acabamos de enunciar, si bien son generales, no son únicas. Las he llamado generales porque dependen de un elemento fijo: el judío. Sin embargo, el judío no es sino uno de los factores del antisemitismo. Lo provoca por su presencia, pero no lo determina por sí solo.
De las naciones en medio de las cuales han vivido los israelitas, del modo de vivir, de las costumbres, de la religión, del gobierno y de la filosofía misma de los pueblos entre los cuales se ha desarrollado Israel dependen los caracteres particulares del antisemitismo, caracteres éstos que cambian con la época y con el país.
Vamos a seguir estas modificaciones y diferencias del antisemitismo en el curso de la historia, hasta nuestra época. Así veremos si, por lo menos para algunos países, las causas generales que traté de definir persisten todavía y si no es en otra parte que tendremos que buscar las razones del antisemitismo moderno.

[1])- Tractatus theologic. políticc., Prefacio.
[2])- Cuando digo que Moisés confirió, no es para afirmar que Moisés elaboró todas las leyes puestas bajo su nombre, sino porque se le ha atribuido su redacción.
[3])- Código Theod., I, 1, t. VIII, inc. 2, Código Just. 1, 1, t. IX, inc. 2.
[4])- Filón, Legat. a Cai.
[5])- Dig. 1, 1, t. III, inc. 3 (Decisiones de Séptimo Severo y de Caracala).
[6])- Spinoza, Tract. Theol. Polit., cap. III.
[7])- Los Dibre Sopherim.
[8])- Marcos, VII, 27.
[9])- Derembourg, Géographíe de la Palestine.
[10])- Graetz, Histoire des Juifs, t. II, p. 469.
[11])- El pensamiento judío tuvo aún alguna fosforescencia en los siglos XV y XVI. Pero
casi todos los judíos que la produjeron habían tomado partido en la lucha entre la filosofía
y la religión. No tuvieron influencia alguna sobre sus correligionarios, y esto no prueba nada contra la mentalidad inculcada a la masa por los rabinos. Por otro lado, casi no se encuentran, en todo ese tiempo, sino comentadores sin importancia, médicos y traductores, y ninguna mente de alto nivel se manifiesta. Hay que llegar hasta Spinoza para
encontrar a un judío verdaderamente capaz de elevados pensamientos, y se sabe cómo la sinagoga lo trató a Spinoza.
[12])- La "insolentia judaeorum" de que hablan Agobardo, Amolón y los polemistas de la
Edad Media no significa otra cosa que el orgullo de los judíos que siguen creyéndose el pueblo elegido. Esta expresión no tiene el sentido que le confieren los antisemitas modernos que, por lo demás, son historiadores bastante mediocres.
[13])- Se objetará a todo eso las disposiciones de las leyes romanas, las prescripciones visigóticas y las de los concilios. Pero todas estas medidas provienen principalmente del proselitismo judío y sólo al final del siglo XIII se separaron radical y oficialmente los judíos
de los cristianos, por los ghettos y por los signos infamantes (rueda, sombrero, capa, etc.).
Ver Robert, Ulysse, Les signes d'infamie au Moyen-Age (París, 1891).
[14])- Talmud, Bava Bathra, 158, 2.
[15])- Talmud, Kethouvoth, 110, 2.

II
EL ANTIJUDAISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Los hyksos - Amán - El antisemitismo en la sociedad antigua - En el Egipto: Manetón, Cheremón y Lisímaco - El antisemitismo en Alejandría - Los estoicos: Posidonio, Apolonio, Molón - Apión, Josefo y Filón: el Tratado contra los judíos, el Contra Apión y la Misión ante Caio - Los judíos en Roma - El antisemitismo romano - Cicerón, alumno de Apión y el Pro Flacco - Perso, Ovidio y Petronio - Plinio, Suetonio y Juvenal - Séneca y los estoicos - Medidas gubernamentales - Antisemitismo en Antioquía y en Jonia - Antisemitismo y anticristianismo

Los antisemitas modernos, que se buscan antepasados, no vacilan en remontarse a los tiempos del antiguo Egipto para encontrar las primeras manifestaciones contra los judíos. Utilizan a menudo para ello un pasaje del Génesis [1] que dice: "Los egipcios no podían comer con los hebreos porque a sus ojos es una abominación" y algunos versículos del Éxodo [2], éste entre ellos: "Aquí están los hijos de Israel que forman un pueblo más numeroso y más poderoso que nosotros. Vamos, mostrémonos hábiles a su respecto: impidamos que se acreciente".
Es indudable que los hijos de Jacobo, entrados en la tierra de Goschén durante el reinado del faraón Afobis, fueron mirados por los egipcios con tanto desprecio como los hyksos, sus hermanos, los que los textos jeroglíficos llaman los leprosos y que son designados como plaga y peste por algunas inscripciones [3]. Llegaron en el preciso momento en que se manifestaba contra los invasores asiáticos, odiados por su crueldad, un agudísimo sentimiento nacional, que debía terminar en la guerra de independencia, con la victoria definitiva de Abmos I y el sometimiento de los hebreos. Sin embargo, nadie, salvo el más decidido de los antijudíos, puede ver en estas lejanas turbulencias otra cosa que los incidentes de una lucha entre conquistadores y conquistados.
Sólo hay antisemitismo real cuando los judíos abandonan su patria, se instalan como colonos en países extranjeros y se encuentran en contacto con pueblos autóctonos o radicados desde mucho tiempo atrás, pueblos éstos de costumbres, raza y religión opuestas a las de los hebreos.
En tales condiciones, y los antisemitas por lo demás no han dejado de hacerlo, habría que buscar el antisemitismo inicial en la historia de Amán y Mardoqueo. Esta concepción sería más exacta. Aunque sea difícil apoyarse en la realidad histórica del libro de Ester, corresponde hacer notar que el autor de dicho libro pone en boca de Amán algunos de los reproches que invocarán más tarde Tácito y los escritores latinos: "Hay" – dice Aman al rey – "en todas las provincias del reino un pueblo disperso y segregado entre los pueblos, que tiene leyes distintas de las de todos los pueblos y no observan las leyes del rey". [4] Los panfletarios de la Edad Media, los de los siglos XVI y XVII y los de nuestra época no dicen otra cosa. Si la historia de Amán es apócrifa, lo que es infinitamente probable, es incontestable que el autor del libro de Ester desentrañó muy hábilmente algunas de las causas que, durante largos siglos, provocaron contra las judíos el odio de las naciones.
Sin embargo, tenemos que llegar al tiempo de la expansión de los judíos en el exterior para poder observar con certeza esta hostilidad que se ha manifestado contra ellos y que se ha llamado en nuestros días, con singular abuso de las palabras, el antisemitismo.
Algunas tradiciones relatan, en la época del primer cautiverio, la entrada de los judíos en el mundo antiguo. Mientras que Nabu Kudur Usur llevaba a Babilonia

parte del pueblo judío, muchos israelitas, para escapar del vencedor, huían al Egipto y a Tripolitana y alcanzaban las colonias griegas. Las leyendas hacen remontar este período hasta la llegada de los judíos a China y la India.
Sin embargo, históricamente, el éxodo de los judíos por el mundo empezó en el siglo IV antes de nuestra era. Ya en 331 AC, Alejandro transportó judíos a Alejandría. Tolomeo mandó a otros a Cirenaica y, más o menos al mismo tiempo, Seleucos condujo un grupo a Antioquía. Cuando Jesús nació, las colectividades judías estaban florecientes en todas partes, y fue en ellas que el cristianismo reclutó sus primeros adeptos. Los había en el Egipto, en Fenicia, en Siria, en Celesiria, en Panfilia, en Cilicia y hasta en Bitinia. En Europa, los judíos se habían establecido en Tesalia, en Beocia, en Macedonia, en el Ático y en el Peloponeso. Se los encontraba en las Grandes Islas, en Eubea, en Creta, en Chipre y en Roma. "No es fácil – decía Estrabón – encontrar un lugar de la tierra que no haya recibido esta raza".
¿Por qué en todas estas comarcas y en todas estas ciudades los judíos fueron odiados? Porque jamás entraron como ciudadanos sino como privilegiados. Querían ante todo, a pesar de haber abandonado Palestina, seguir siendo judíos y su patria seguía siendo Jerusalén, vale decir la única ciudad donde se podía adorar a Dios y sacrificar en su templo. En todas partes formaban especies de repúblicas, vinculadas con Judea y con Jerusalén y de todas partes enviaban dinero, pagando al gran sacerdote un impuesto especial, el didracma, para el mantenimiento del templo.
Además, se separaban de los habitantes por sus ritos y sus costumbres. Consideraban impuro el suelo de los pueblos extranjeros y buscaban en cada ciudad constituir una suerte de territorio sagrado. Vivían aparte, en barrios especiales, se encerraban en sí mismos, vivían aislados y se administraban en virtud de privilegios de los que eran celosos y que excitaban la envidia de quienes los rodeaban. Se casaban entre sí y no recibían a nadie en sus casas, por temor a la mácula. El misterio con que se rodeaban excitaba la curiosidad y, al mismo tiempo, la aversión. Sus ritos parecían extraños y la gente se reía de ellos. Ya que no se los conocía, se los desnaturalizaba y calumniaba,
En Alejandría, los judíos eran numerosísimos. Según Filón, [5] Alejandría estaba dividida en cinco barrios. Dos estaban habitados por los judíos. Los derechos que César les había otorgado y que cuidaban celosamente estaban grabados en una columna. Tenían un senado que se ocupaba exclusivamente de los asuntos judíos y los juzgaba un etnarca. Armadores, comerciantes y agricultores, la mayor parte era rica. La suntuosidad de sus monumentos y de sus sinagogas lo atestiguaba. Los Tolomeos les dieron el cargo de recaudador de los impuestos: fue ésta una de las causas del odio popular contra ellos. Además, habían obtenido el monopolio de la navegación en el Nilo, el comercio del trigo y el abastecimiento de Alejandría, y su tráfico se extendía a todas las provincias del litoral mediterráneo. Adquirieron así grandes riquezas. Entonces apareció la invidia auri judaici y la ira contra estos extranjeros acaparadores, que formaban una nación en la nación, fue creciendo. Siguieron movimientos populares: a menudo los judíos fueron atacados y Germánico, entre otros, tuvo dificultad para defenderlos.
Los egipcios se tomaban su venganza con burlas crueles sobre sus costumbres religiosas y su horror al cerdo. Una vez, pasearon por la ciudad a un loco, Carabas, coronado con una diadema de papiro y vestido con una túnica real, y lo saludaron con el nombre de rey de los judíos.
Ya en tiempos de los primeros Tolomeos, bajo el reinado de Filadelfo, el gran sacerdote del templo de Heliópolis, Manetón dio cuerpo a los odios populares.

Consideraba a los judíos descendientes de los hyksos usurpadores y decía que, tribu de leprosos, fueron echados por sus sacrilegios y su impiedad. Cheremón y Lisómaco repitieron estas fábulas.
Pero los judíos no fueron solamente objeto de la animosidad popular. Tuvieron contra ellos a los estoicos y los sofistas. Los judíos, por su proselitismo, molestaban a los estoicos. Había lucha de influencia entre ellos y, a pesar de su creencia común en la unidad divina, se oponían los unos a los otros. Los estoicos acusaban a los judíos de irreligiosos. Es cierto, si nos referimos a los juicios de Posidonio y de Apolonio Molón, que conocían muy mal la religión judía. Los judíos, decían, se niegan a adorar a los dioses. Ni consienten siquiera a inclinarse ante la divinidad imperial. Tienen en su santuario una cabeza de burro y la honran. Son antropófagos: cada año engordan a un hombre, lo sacrifican en un bosque, se reparten su carne y, sobre ella, hacen el juramento de odiar a los extranjeros. "Los judíos, dice Apolonio Molón, son enemigos de todos los pueblos. No han inventado nada útil y son brutales". Y Posidonio agregaba: "Son los más malos de todos los hombres".
Tanto como los estoicos, los sofistas detestaban a los judíos. Pero las causas de su odio no eran religiosas. Más bien eran de orden literario, digámoslo así. Desde Tolomeo Filadelfo hasta mediados del siglo III, los judíos alejandrinos, con el propósito de sostener y fortalecer su propaganda, se dedicaron a una extraordinaria labor de falsificación de textos susceptibles de convertirse en apoyo para su causa. Versos de Esquilo, Sófocles y Eurípides, supuestos oráculos de Orfeo conservados en Aristóbulo y los Stromata de Clemente de Alejandría celebraban así al Dios único y el sábado. Se falseaban obras de historiadores. Más aún: se les atribuían obras enteras, y fue así como se publicó con el nombre de Hecateo de Bodera una Historia de los judíos. El más importante de estos inventos fue el de los oráculos sibilinos, fabricados íntegramente por los judíos alejandrinos, que anunciaban los tiempos venideros en que advendría el reinado del Dios único. Sin embargo, en eso encontraron a imitadores. Pues si la Sibila empezó a hablar en el siglo II antes de Cristo, también los primeros cristianos la hicieron hablar. Hasta los judíos pretendieron desviar para su lado la literatura y la filosofía griegas. En un comentario sobre el Pentateuco, que nos conservó Eusebio, [6] Aristóbulo se esforzaba en demostrar cómo Platón y Aristóteles habían encontrado sus ideas metafísicas y éticas en una antigua traducción griega del Pentateuco.
Esta manera de proceder con su literatura y su filosofía irritaba profundamente a los griegos que, por su lado, por venganza, difundían sobre los judíos las fantasías agraviantes de Manetón y, además, asimilaban sus leyendas a los relatos bíblicos, con gran furor de los judíos. Así la confusión de las lenguas y el mito de Zeus privando a los animales de su lenguaje único. Los sofistas, especialmente molestos por la conducta de los judíos, hablaban contra ellos en su enseñanza. Uno de ellos, Apión, hasta escribió un Tratado Contra los Judíos. Este Apión era un personaje singular: mentiroso y charlatán más de la cuenta, aun para un retor, e hinchado de vanidad a tal punto que Tiberio lo había llamado Cymbalun mundi. Sus cuentos eran célebres: afirmaba, dice Plinio, haber evocado a Homero por medio de hierbas mágicas.
Apión repetía, en su Tratado Contra los Judíos, las fábulas de Manetón que ya habían retomado Cheremón y Lisímaco. Agregaba lo que habían dicho Posidonio y Apolonio Molón. Según él, Moisés no era sino "un seductor y un encantador" y sus leyes no contenían nada que no fuera "malo y peligroso". [7] En cuanto al sábado, los judíos lo llamaban así por una enfermedad, suerte de úlcera, que los afectó en el

desierto y que los egipcios llamaban sabbatosim, vale decir dolor de ingles.
Filón y Josefo asumieran la defensa de los judíos y combatieron a los sofistas y a Apión. En el Contra Apión, Josefo se muestra durísimo para con su adversario: "Apión" – dice – "tiene una estupidez de burro y una desfachatez de perro, que es uno de los dioses de su nación". En cuanto a Filón, si habla de Apión en la Misión ante Caio, es porque Apión había sido enviado a Roma para combatir a los judíos ante Calígula. Por lo demás, prefiere atacar a los sofistas en general. En su Tratado de Agricultura, hace de ellos un retrato sombrío e insinúa que Moisés comparó a los sofistas con cerdos. A pesar de ello, en sus otros escritos, recomienda a sus correligionarios no irritarlos para no provocar motines, y esperar pacientemente su castigo, que llegará el día en que el Imperio judío, el de la salvación, se establezca en el globo.
Las recomendaciones de Filón no se escucharon y, a menudo, la exasperación de ambas partes fue tal que estallaron terribles sediciones en Alejandría, marcadas por la matanza de judíos que, por lo demás, se defendían vigorosamente. [8]
En Roma, los judíos fundaron una colectividad poderosa y rica, en los primeros años de la era cristiana. Habían llegado a la ciudad hacía 139 AC bajo el consulado de Popilio Loeno y de Caio Calpurnio, si hay que creer a Valerio Máximo. [9] Lo que es seguro, es que en 160 a. J.C. llegó a Roma una embajada de Juda Macabeo para concertar con la República un tratado de alianza contra los sirios. En 143 y 139 AC, hubo otras embajadas. [10] Desde este momento, judíos debieron de establecerse en Roma. Bajo Pompeyo, vinieron en gran número y, en 58 AC, su aglomeración ya era considerable. Turbulentísimos y muy temibles, desempeñaron un papel político importante. César se apoyó en ellos durante las guerras civiles y los colmó de favores. Hasta los eximió del servicio militar. Bajo Augusto, se hizo postergar para ellos las distribuciones de trigo cuando caían en sábado. El Emperador les dio el derecho de levantar la didracma para enviarla a Palestina e instituyó en el templo de Jerusalén un sacrificio perpetuo de un toro y dos corderitos. Cuando Tiberio llegó al trono, los judíos eran 20.000 en Roma, organizados en colegios y en sodalitates.
Excepto los judíos de gran familia, como los Herodes y los Agripa, que se mezclaban en la vida pública, la masa judía vivía muy apartada. El mayor número vivía en la parte más sucia y también más comerciante de Roma: el Transtevere. Se los veía cerca de la vía Portuensis, del Emporium y del Gran Circo; en el Campo de Marte y en Suburo; más allá de la puerta Capena; en la orilla del arroyo de Egeria y cerca del Bosque Sagrado. Los de la puerta Capena predecían el porvenir. Ya está el judío del ghetto.
Las mismas causas que habían actuado en Alejandría actuaron en Roma. Allá también los privilegios excesivos de los judíos y las riquezas de algunos de ellos, como igualmente su lujo inaudito y su ostentación provocaron el odio del pueblo. Sin embargo, otras razones agravaron estos conflictos, razones éstas más profundas y más importantes, puesto que se trataba de razones religiosas. Hasta se puede afirmar, por extraño qué esto parezca, que el motivo del antijudaísmo romano fue un motivo religioso.
La religión romana no se parecía en nada al politeísmo admirable y profundamente simbólico de los griegos. Era menos mística que ritual. Consistía en costumbres íntimamente vinculadas, no sólo con la vida de todos los días, sino también con los distintos actos de la vida pública. Roma hacía cuerpo con sus dioses. Su grandeza parecía ligada a la observancia rigurosa de las prácticas de la religión nacional. Su gloria dependía de la piedad de sus ciudadanos, y hasta parece que el romano tenía,

como el judío, la noción de un pacto sellado entre las divinidades y él, pacto éste que debía, por ambas partes, ser escrupulosamente cumplido. De cualquier modo, el romano siempre estaba frente a sus dioses. Sólo dejaba su hogar, donde ellos vivían, para reencontrarlos en el Foro, en las vías públicas, en el senado y hasta en los cuarteles, donde cuidaban del poderío de Roma. Se sacrificaba en toda época y en toda oportunidad. Los guerreros y los diplomáticos seguían los augurios, y cualquier magistratura, civil o militar, participaba del sacerdocio, pues el magistrado sólo podía desempeñar su cargo si conocía los ritos y observancias del culto.

Fue este culto el que, durante siglos, sostuvo la República y el Imperio, y sus prescripciones fueron celosamente respetadas. Cuando se alteraron, cuando las tradiciones se adulteraron y cuando las normas fueron violadas, Roma vio palidecer su gloria y empezó su agonía.

Por ello la religión romana se conservó inalterada durante mucho tiempo. Por cierto, Roma conoció cultos extranjeros. Vio a los adoradores de Isis y Osiris, los de la Gran Madre y los de Sabazios. Pero si bien admitió a estos dioses en su Panteón, no les dio lugar en la religión nacional. Todos estos orientales estaban tolerados. Se permitía a los ciudadanos aceptar las supersticiones que les correspondía, pero con tal de que no fueran nocivas. Y cuando Roma se dio cuenta de que una mueva fe podía pervertir el espíritu romano, actuó sin piedad: así cuando la conspiración de las bacanales o la expulsión de los sacerdotes egipcios. Roma se defendía contra el espíritu extranjero. Temía a los afiliados de las sociedades religiosas. Hasta se inquietaba por la prédica de los filósofos griegos y el senado, en 161, les prohibió entrar en la ciudad.

Resulta fácil, pues, entender los sentimientos de los romanos con respecto a los judíos. Los griegos, asiáticos, egipcios, germanos o galos traían consigo sus ritos y sus creencias, pero no se resistían a inclinarse ante el Marte del Palatino, ni siquiera ante Júpiter Latiaris. Se conformaban a las exigencias de la ciudad y a sus costumbres religiosas, hasta cierto punto. De cualquier modo, no se oponían a ellas. El caso de los judíos era distinto. Aportaban una religión tan rígida, tan ritualista y tan intolerante como la religión romana. Su adoración de Iahvé excluía cualquiera otra adoración. Por ello se niegan a prestar juramento a las águilas, siendo el águila el numen de la legión, y así escandalizaban a los demás ciudadanos. Puesto que su fe religiosa se confundía con la observancia de ciertas leyes sociales, esta fe, por su adopción, debía acarrear un cambio en el orden social. Así inquietaba a los romanos cuando se introducía entre ellos, pues los judíos trataban insistentemente de hacer proselitas.

Todos los historiadores atestiguan el espíritu proselístico de los judíos, y Filón tuvo razón al decir: "Nuestras costumbres ganan terreno y atraen a bárbaros y helenos, el continente y las islas, el oriente y el occidente, Europa y el Asia: la tierra entera, de un extremo al otro".

Por lo demás, los pueblos de la Antigüedad, en su declinación, estaban profundamente seducidos por el judaísmo, su dogma de la unidad divina y su moral. También los privilegios otorgados a los judíos atraían a numerosos pobres. Estos proselitas se dividían en dos grandes categorías: los proselitas de la justicia, que aceptaban hasta la circuncisión y entraban así en la sociedad judía; y los proselitas de la puerta que, sin someterse a las prácticas necesarias para incorporarse a la colectividad, se agrupaban sin embargo alrededor de ella.

Tal reclutamiento, que se lograba por persuasión y a veces por violencia – los judíos ricos convertían a sus esclavos – debía provocar una reacción. Fue la causa

principal, agregada a las causas secundarias ya mencionadas – riqueza de los judíos, su importancia política y su situación privilegiada – de las manifestaciones antijudaicas en Roma. La mayor parte de los escritores latinos, desde Cicerón, atestiguan este estado de espíritu.
Cicerón, que había sido alumno de Apolonio Molón, había heredado sus prejuicios. Encontró a judíos en su camino: actuaban en el partido popular, contra el partido del senado al que él pertenecía. Los temía y, por ciertos pasajes del Pro Flacco, vemos que apenas si se atrevía a hablar de ellos, por lo numeroso que eran alrededor de él y en la plaza pública. Sin embargo un día estalla: "Hay que combatir sus supersticiones bárbaras", dice. Los acusa de ser una nación "llevada a la suspicacia y a la calumnia" y agrega que "demuestran desprecio por los esplendores del poderío romano. [11] Según él, eran de temer estos hombres que, apartándose de Roma, tenían la mirada puesta sobre la ciudad lejana, Jerusalén, y la mantenían con los denarios que sacaban de la República. Además, les reprochaba conquistar a ciudadanos para sus ritos sabáticos.
Esta última acusación reaparece muy a menudo en los escritos de los polemistas, los poetas y los historiadores. Además, esta religión judía, que encantaba a los que habían aprehendido su esencia, chocaba a los demás, los que la conocían mal y la consideraban un montón de ritos absurdos y tristes. Los judíos no son más que una nación supersticiosa, dice Perso. [12] Su sábado es un día lúgubre, agrega Ovidio. [13] Adoran el cerdo y el burro, afirma Petronio. [14]
Tácito, tan bien informado, repite sobre el judaísmo las fábulas de Manetón y de Posidonio. Los judíos, dice, descienden de los leprosos, honran una cabeza de burro y tienen ritos infame. Luego precisa sus acusaciones, y son las de los nacionalistas, digámoslo así: "Todos los que adhieren a su culto, afirma, se hacen circuncidar y la primera instrucción que reciben es la de despreciar a los dioses, renegar de la patria y olvidar a padre, madre e hijos". Y se enoja agregando: "Los judíos consideran profano todo lo que entre nosotros se considera sagrado". [15] Suetonio y Juvenal repiten la misma cosa, y es éste el reproche fundamental: "Tienen un culto particular y leyes particulares. Desprecian las leyes romanas". [16] Es ésta también la acusación de Plinio: "Menosprecian a los dioses". [17] Y es la de Séneca. Pero, en el filósofo, otros motivos intervienen.
Séneca, estoico, estaba en rivalidad con los judíos, como lo habían estado los estoicos de Alejandría. Les reprochaba menos su desprecio por los dioses que su proselitismo que trababa la propagación de la doctrina estoica. Por ello manifiesta su ira: "Los romanos – dice con tristeza – han adoptado el sábado". [18] Y, hablando de los judíos: "Esta nación abominable" – concluye – "ha logrado difundir sus costumbres en el mundo entero. Los vencidos han dado leyes a los vencedores". [19]
La República y el Imperio pensaron como Séneca. En varias oportunidades tomaron medidas para detener el proselitismo judío. En el año 22, un senadoconsulto fue promulgado por Tiberio contra las supersticiones egipcias y judaicas. Y cuatro mil judíos, nos dice Tácito, fueron trasportados a Cerdeña. Calígula les infligió vejámenes. Respaldó las actuaciones de Flacco en el Egipto, y Flacco, apoyado por el Emperador, quitó a los judíos los privilegios que les había otorgado César. Se apoderó de su sinagoga y decretó que se los podía tratar como a habitantes de una ciudad conquistada. Domiciano impuso un impuesto a los judíos y a los que llevaban una vida judaica, con la esperanza de trabar las conversiones mediante la aplicación de esta tasa. Antonino el Piadoso prohibió a los judíos circuncidar a otros que no fueran sus hijos.

El antijudaísmo no se manifestó solamente en Roma y Alejandría. Dondequiera hubo judíos se los vio surgir: en Antioquía, donde se produjeron grandes matanzas; en la Libia pentapolitana donde, bajo Vespasiano, el gobernador Catulo excitó a la población contra ellos; en Jonia donde, bajo Augusto, las ciudades griegas se pusieron de acuerdo para obligar a los judíos, sea a renegar de su fe, sea a soportar, sólo ellos, las cargas públicas.
Pero es imposible hablar de las persecuciones judías sin hablar de las persecuciones cristianas. Durante mucho tiempo; judíos y cristianos – hermanos enemigos – estuvieron unidos en el mismo desprecio y las mismas causas que habían hecho odiar a los judíos hicieron odiar a los cristianos. Los discípulos del Nazareno aportaban en el mundo antiguo los mismos principios de muerte. Si los judíos hablaban de alejarse de los dioses y de abandonar a esposo, padre, hijo y mujer para acercarse a Jehováh, también decía Jesús: "No he venido para unir sino para separar". Los cristianos no se inclinaban más que los judíos ante el águila ni se prosternaban ante los ídolos. Como los judíos, los cristianos conocían otra patria que Roma. Como ellos, se olvidaban de sus obligaciones cívicas más bien que de sus deberes religiosos.
Por ello, en los primeros años de la era cristiana, se abarcaba a la Sinagoga y la Iglesia naciente en la misma reprobación. Al mismo tiempo que se echaba de Roma a algunos judíos, se expulsaba a "un tal Chrestus" [20] y sus partidarios. Pero ellos se encargaron mutuamente de demostrar a los hombres que no había que confundirles. Apenas el cristianismo pudo hacerse oír, rechazó a su vez la descendencia de Abrahán.

[1])- 1 Génesis, XLIII, 32.
[2])- Exodo, I, 8, 10.
[3])- Inscripción de Aahmes, jefe de los boteros, citada por Ledrain, Hist. du peuple d'Israel, I, p. 53.
[4])- Ester, 111, 8.
[5])- In Flaccum.
[6])- Préparation évangélique.
[7])- Josefo, Contra Apión, 1, II, cap. VI.
[8])- Filón, In Flaccum.
[9])- Valerio Máximo, 1, 3, 2.
[10])- Macab. VIII, 11, 17-32; XII, 1-3; XIV, 16-19, 24, Josefo, Antiquités Judaiques, XII,
10, XIII, 5, 7, 9, Mai., Script. vet., t. III, 31, parte, p. 9, 98.
[11])- Pro Flacco.
[12])- Sat., V.
[13])- Arte de amar, 1, 75, 76.
[14])- Fragmento poético.
[15])- Tácito, Historias, V, 4, 5.
[16])- Juvenal, Sat., XIV, 96, 104.
[17])- Hist. nat., XIII, 4.
[18])- Epístola, XCV.
[19])- De la superstición, Fragm. XXXVI,

[20])- Suetonio, Claudio, 25

III
EL ANTIJUDAISMO EN LA ANTIGÜEDAD CRISTIANA, DESDE LA FUNDACION DE LA IGLESIA HASTA CONSTANTINO

La Iglesia y la Sinagoga - Los privilegios judíos y los primeros cristianos - La hostilidad judía - El patriotismo judaico - El proselitismo cristiano y los rabinos - Ataques contra el cristianismo - Los apóstatas y las maledicciones - Esteban y Santiago - Las influencias judías combatidas - Paganocristianismo y judeocristianismo - Pedro y Pablo - Las herejías judaizantes - Los ebionitas, los elkasaítas, los nazarenos y los cuartodecimanes - La gnosis y el alejandrinismo judío - Simón el Mago, los nicolaítas y Cerinta - Los primeros escritos apostólicos y las tendencias de los judaizantes - Las epístolas a los colosios y a los efesios, las pastorales, la II epístola de Pedro, la epístola de Juda y el Apocalipsis - La didaché, la epístola de Barnabeo y las siete epístolas de Ignacio de Antioquía - Los apologistas cristianos y la exégesis judía - La carta a Diogneta - El testamento de los doce patriarcas - Justino y el Diálogo con Trifón - Aristón de Pela y el Altercado de Jasón y Papisco - La expansión cristiana y el proselitismo judío - Las rivalidades y los odios; las persecuciones; el asunto de Policarpo - Las polémicas - La Biblia, los septantes, la versión de Aquila y los hexaplos - Orígenes y el rabino Simlai - Abbahu de Cesarca y el médico Jacobo el Mineo - El Contra Celso y las mofas judías - El antijudaísmo teológico - Tertuliano y el De adversas judaeos - Cipriano y los tres libros contra los judíos - Minucio Felix, Comodiano y Lactancio - Constantino y el triunfo de la Iglesia.

La Iglesia es hija de la Sinagoga. Nació de ella, Gracias a ella se desarrolló y creció a la sombra del templo. Pero, con sus primeros vagidos, se opuso a su madre. Lo cual era natural, pues principios demasiado disímiles las separaban.
En los primeros siglos de la era cristiana, en los tiempos apostólicos, las comunidades cristianas salieron de las comunidades judías, como un enjambre de abejas que se aleja de la colmena. Se implantaron en el mismo suelo.

Jesús no había nacido aún y los judíos ya habían levantado sus casas de oración en las ciudades del oriente y del occidente. Y ya vimos la expansión de éstos en el Asia menor, el Egipto, Cirenaica, Roma, Grecia y España. Por su incesante proselitismo, por sus predicaciones y por el ascendiente moral que ejercitaron sobre los pueblos en medio de los cuales vivían, abrieron el camino al cristianismo. Por cierto, ya antes que ellos, los filósofos habían llegado a la concepción del dios único, pero la enseñanza de los filósofos era limitada: no tenía acceso a ella el bajo pueblo, o sea la categoría de los humildes que los metafísicos más bien menospreciaban. Los judíos hablaron a los pequeños, a los débiles. Hicieron brotar en sus almas ideas que hasta entonces les habían sido extrañas. Llevaban consigo el espíritu de los profetas, el espíritu de fraternidad, de piedad y también de revuelta, este espíritu del que procedió la huraña y lastimera ira de los Jeremías y los Isaías y que desembocó en la tierna dulzura de Hilel, quien inspiró a Jesús.
Toda esta inmensa categoría de los proselitas de la Puerta conquistada por los judíos, esta masa de temerosos de Dios, estaba dispuesta a recibir la doctrina más amplia y más humanitaria de Jesús, esta doctrina que, desde sus orígenes, la Iglesia universal se dedicó a adulterar y desvirtuar. Estos conversos, cuyo número en el siglo I aumentaba sin cesar, no tenían los prejuicios nacionales de Israel; judaizaban, pero su mirada no estaba puesta en Jerusalén y hasta se puede decir que el patriotismo exaltado de los judíos detenía o más bien limitaba las conversiones. Los apóstoles, o por lo menos algunos de ellos, separaron completamente los preceptos judíos de la idea cerrada de nacionalidad. Pero se apoyaron en la obra judía ya realizada y atrajeron así las almas que habían recibido la simiente judaica.
En las sinagogas predicaron los apóstoles. En las ciudades adonde llegaban, iban derecho a la casa de oración y allí hacían su propaganda y encontraban a sus primeros auxiliares. Luego, al lado de la colectividad judía, fundaban una comunidad cristiana, aumentando el primitivo núcleo judío con todos los gentiles que convencían.
Sin la existencia de las colectividades judías, el cristianismo habría tropezado con más obstáculos y para establecerse habría encontrado más dificultades. Ya lo dije: los privilegios de los judíos en la sociedad antigua eran considerables. Tenían estatutos protectores que les garantizaban una libre organización política y judicial y la facilidad del ejercicio de su culto. Gracias a estos privilegios, las Iglesias cristianas pudieron desarrollarse. Durante mucho tiempo, para las autoridades, las asociaciones de los cristianos no se diferenciaron de las asociaciones judías. El poder romano no conocía las diferencias que existían entre las dos religiones. Se consideraba el cristianismo como una secta judía. Por ello se beneficiaba con las mismas ventajas. Fue no sólo tolerado sino, de modo indirecto, protegido por los administradores imperiales.
Así pues, por un lado e involuntariamente, los judíos fueron auxiliares inconscientes del cristianismo mientras que, por otro, fueron sus enemigos: tanto más cuanto que las causas de enemistad eran numerosas. Se sabe que Jesús y su doctrina reclutaron a sus primeros adherentes entre los provincianos galileos que tanto despreciaban los jerosolimitas por haber sufrido, más que cualesquiera otros, influencias extranjeras. "¿Qué cosa buena puede venir de Nazareth?", decían. Esta gente menuda de Galilea, aunque muy apegada a las costumbres y los ritos judaicos – hasta el punto de que eran tal vez más rigoristas que los jerosolimitas – eran ignorantes de la Ley y, como tales, los orgullosos doctores de Judea los menospreciaban. Esta desconsideración alcanzó a los primeros discípulos de Jesús,

algunos de los cuales, por lo demás, pertenecían a grupos detestados como el de los publicanos.
Sin embargo, este origen de los cristianos primitivos, si les valía la desconsideración de los judíos, no llegaba a excitar su odio. Fueron necesarias, para lograrlo, causas más graves, de las cuales una de las primeras fue el patriotismo judío.
El cristianismo llegaba, en efecto, o por lo menos empezaba a desarrollarse, en el momento en que la nacionalidad judaica trataba de sacudir el yugo de Roma. Ofendidos en su sentimiento religioso y maltratados por la administración romana, los judíos sentían crecer su deseo de libertad y su animosidad contra Roma. Bandas de zelotas y de sicarios recorrían las montañas de Judea, entraban en las aldeas y se vengaban de Roma sobre sus hermanos que se inclinaban ante la dominación imperial. Ahora bien: si los zelotas y los sicarios castigaban a los saduceos en razón de su complacencia por los procuradores romanos, no podían tratar con contemplación a los discípulos de aquél a quien se atribuía estas palabras: "Devolved al César lo que es del César".
Absorbidos en la espera del próximo reino mesiánico, los cristianos de aquel tiempo – hablo de los judeocristianos – eran unos "sin patria". Ya su alma no se conmovía ante la idea de la Judea libre. Si algunos, como el vidente del Apocalipsis, le tenían horror a Roma, no tenían el mismo grado de pasión por esta Jerusalén cautiva que los zelotas querían liberar: eran antipatriotas.
Cuando la Galilea entera se sublevó ante el llamado de Juan de Gischala, se quedaron tranquilos. Y cuando los jerosolomitas hubieron triunfado de Cestio Galo, los judeocristianos, sin interés en el final de esta lucha suprema, huyeron de Jerusalén, cruzaron el Jordán y se refugiaron en Pela. En los últimos combates que Bar Giora, Juan de Gischala y sus fieles libraron contra la potencia romana, contra las aguerridas legiones de Vespasiano y de Tito, los discípulos de Jesús no tomaron parte. Y cuando Sion se desmoronó en llamas, sepultando bajo sus ruinas la nación de Israel, ningún cristiano encontró la muerte en los escombros.
Se entiende, pues, cómo en estos tiempos exaltados, antes y después de la insurrección como durante ella, podían ser tratados los judeocristianos y paganocristianos que decían con San Pablo: "Hay que someterse a la autoridad de Roma". Además, a los furores de patriotas que sublevaba la Iglesia naciente otros venían a agregarse: la ira de los rabinos contra el proselitismo cristiano.
Al principio, las relaciones de los judeocristianos y los judíos fueron bastante cordiales. Los partidarios de los apóstoles y los mismos apóstoles reconocían la santidad de la antigua ley. Practicaban los ritos del judaísmo y no habían colocado aún el culto de Jesús al lado del de Iahvé, el Dios uno. A medida que se fue formando el dogma de la divinidad de Cristo, la Iglesia y la Sinagoga fueron separándose. El judaísmo no podía admitir la divinización de un hombre: reconocer a alguien como hijo de Dios era blasfemar. Y puesto que los judeocristianos no habían abandonado la comunidad judía, estaban sometidos a su disciplina. Es esto lo que explica la flagelación de los Apóstoles y de los nuevos conversos, la lapidación de Esteban y la decapitación del Apóstol Santiago.
Después de la toma de Jerusalén – temporal que dejó a Judea despoblada – cuando los mejores de sus hijos hubieron perecido en los combates o en los circos donde se los había entregado a las fieras, o en las minas de plomo del Egipto durante este tercer cautiverio que los judíos llamaron el exilio romano, las relaciones entre judeocristianos y judíos desmejoraron más aún. Muerta la patria, Israel se agrupaba alrededor de sus doctores. Jabné, donde se reunía el Sanhedrín,

reemplazaba a Sion sin hacerla olvidar, y los vencidos se apegaban más estrechamente aún a la Ley que comentaban los Sabios. De ahora en adelante, los que atacaban esta Ley, convertida en el más preciado patrimonio del judío, debían ser considerados por éste como enemigos más temibles todavía de lo que habían sido los romanos. Los doctores combatieron, por lo tanto, la doctrina cristiana que reclutaba a proselitas en su rebaño, y su actitud explica las palabras ásperas que los Evangelistas ponen en boca de Jesús contra los fariseos. Estos doctores – estos tanaim – defendían sin embargo su fe religiosa. Actuaban como actúan todos los partidarios de las religiones y gobiernos establecidos contra los que quieren darles el asalto, y se manejaban con tan poca lógica e inteligencia. "Los Evangelios deben ser quemados – dice Rabí Tarfón – pues el paganismo es menos peligroso para la fe judaica que las sectas judeocristianas. Preferiría buscar refugio en un templo pagano antes que en una asamblea judeocristiana". No era el único que pensaba así y todos los rabinos entendían en qué peligro el judeocristianismo ponía al judaísmo. Por ello su ira no se manifestó en un primer momento contra los que predicaban ante los gentiles sino contra los que venían a buscar las ovejas en su propio corral. Y si tomaron medidas, fue contra sus apóstatas.
Algunos modernos interpretadores del Talmud han ido a buscar en las discusiones y las decisiones rabínicas de aquella época, armas contra los judíos, acusándolos de odiar ciegamente todo lo que no llevaba el signo de Israel. Pero no parecen haber puesto en su búsqueda toda la ciencia ni, tal vez, toda la buena fe necesarias.
El Sanhedrín de Jabné reglamenta las relaciones entre los judíos y los mineos. Ahora bien: los mineos no son sino los judeocristianos, los judíos considerados apóstatas, traidores de su Dios y de su ley. Son ellos a quienes se los declara inferiores a los samaritanos y a los gentiles. Es con ellos que se prohíbe cualquier relación. Sólo más tarde, mucho más tarde, tales interdicciones se aplicaron a la generalidad de los cristianos, cuando los cristianos se convirtieron en perseguidores, así como algunos exaltados por los sufrimientos y las humillaciones les aplicaron lo que el Talmud había dicho de los goim, vale decir de los helenos de Cesarea y de Palestina, en lucha perpetua con los judíos.
Al principio, todas las prohibiciones talmúdicas conciernen al contagio cristiano. Los tanaim querían preservar a sus fieles del contagio cristiano. Por ello se asimilan los Evangelios a los libros de magia. Por ello Samuel el joven, por orden del patriarca Gamaliel, insertó en las plegarias diarias una maldición contra los judeocristianos, Birkat Haminim, que hizo decir, y todavía hace decir a algunos, que los judíos maldicen a Jesús tres veces por día.
Pero, mientras los judíos buscaban separarse de los judeocristianos, el gran movimiento que llevaba a la Iglesia la obligaba, por su lado, a empujar al judaísmo lejos de ella. Para conquistar el mundo y convertirse en la fe universal, el cristianismo debía abandonar el particularismo judío y romper las cadenas demasiado apretadas de la antigua ley para difundir mejor la nueva. Fue ésta la obra de San Pablo, el verdadero fundador de la Iglesia, el que opuso a la limitada doctrina judeocristiana el principio de la catolicidad.
Las luchas, lo sabemos, fueron largas y ardientes entre las dos tendencias del cristianismo naciente que Pedro y Pablo simbolizan. Toda la predicación apostólica de Pablo fue un largo combate contra los judaizantes. Pero el día en que el Apóstol declaró que para llegar a Jesús no era necesario pasar por la sinagoga ni aceptar el signo de la antigua alianza, la circuncisión, ese día todos los vínculos que ataban la Iglesia cristiana a su madre fueron rotos y Jesús ganó a las naciones.
La resistencia de los judaizantes, que querían ser de Jesús y al mismo tiempo

guardar el sábado y la Pascua fue vana, y vana también su repugnancia por la conversión de los gentiles. Después de los viajes de Pablo en el Asia Menor, el catolicismo tuvo la partida ganada. Detrás del Apóstol hubo un ejército, y este ejército, al espíritu judío le opuso el espíritu heleno y a Jerusalén, Antioquía,
La gran masa de los judeocristianos se apartó de la estrecha doctrina de la pequeña comunidad de Jerusalén y la ruina de la ciudad santa la llevó a dudar de la eficacia de la antigua ley. Fue esto un bien para la Iglesia, desde el punto de vista de su desarrollo ulterior. El ebionismo hubiera sido su muerte. Si hubiera escuchado a los jerosolomitas, el cristianismo se habría convertido en una pequeña secta judía. Para ser la fe del mundo, hacía falta que el cristianismo dejara a un lado el particularismo judío. En efecto, los nuevos fieles – los gentiles – no no podían practicar la religión judía y seguir siendo griegos o romanos. Liberándose de los ebionitas y de los judeocristianos y rompiendo los vínculos que lo ataban a su madre, el cristianismo permitió a los pueblos llegar hacia él y permanecer siendo ellos mismos. Mientras que Pedro y los judaizantes, adoptando las costumbres de Israel, los hubieran obligado a perder algo de su nacionalidad y a aceptar la de sus convertidores.
Por ello, de lo que fue en el principio una rama de la Iglesia católica se ve nacer, ya al final del siglo I, dos herejías: el ebionismo y el elkasaísmo. Se formaron muy naturalmente, porque la gran masa de los judeocristianos aceptó las ideas de Pablo y se sumó a los paganocristianos. No quedó sino un pequeño grupo de judaizantes tercos, y los que habían en el origen representado estrictamente la ortodoxia se convirtieron en herejes. Sin embargo, su espíritu persistió y lo encontramos de nuevo más tarde en los nazarenos y los cuartodecimanes pero ya se trataba de enemigos de la catolicidad y catolicidad se volvió contra ellos o, más bien, contra el judaísmo del que sacaban su fuerza.
El espíritu judío, en sus dos formas, hasta tuvo que combatir, para asegurarse la supremacía, La primera es la que acabamos de señalar: el positivismo judaico, hostil al antropomorfismo y a la divinización de los héroes; positivismo éste que, a pesar de todo, ha perdurado a lo largo de los siglos, hasta el punto que se podría escribir la historia de la corriente judía en la historia cristiana, historia ésta que iría del ebionismo primitivo hasta el protestantismo pasando por los unitarianos y los arrianos, entre otros.
La segunda forma no es sino la forma mística representada por la gnosis alejandrina y asiática. Los judíos alejandrinos, se sabe, habían recibido la influencia del platonismo y el pitagorismo. Hasta Filón fue el precursor de Plotino y de Porfirio en la renovación del espíritu metafísico. Con ayuda de las doctrinas helenas, los judíos interpretaban la Biblia: escrutaban los misterios en ella contenidos. Los alegorizaban y los desarrollaban.
En el terreno religioso, partiendo del monoteísmo y de la idea del Dios personal, los judíos de Alejandría debían, en metafísica, llegar al panteísmo, a la idea de la sustancia divina y a la doctrina de los intermediarios entre el absoluto y el hombre, vale decir a las emanaciones, a los eones de Valentín o a los sephiroth de la Cábala. A este fondo judaico se superpusieron los aportes de las religiones caldeas, persas y egipcias que existían en Alejandría. Y entonces se elaboraron estas extraordinarias cosmogonías gnósticas, tan múltiples, tan variadas y tan locamente místicas.
Cuando nació el cristianismo, la gnosis ya había nacido. Los Evangelios le trajeron nuevos elementos. Especuló con la vida y la palabra de Jesús como ya había especulado con el Antiguo Testamento. Y cuando los Apóstoles se dirigieron a los gentiles, desde el inicio de sus predicaciones, encontraron a gnósticos frente a ellos

y, en primer lugar, a gnósticos judíos. Fueron ellos los que Pedro encontró en Samaria con los rasgos de Simón el Mago. Pablo se enfrentó con ellos en Colosa, Efeso y Antioquía, en todos los lugares donde llevó su prédica y tal vez haya estado en lucha con Cerinto. [1] El mismo Juan los combatió y, en las Epístolas del Apocalipsis, se oponía a los nicolaítas que "son de la sinagoga de Satanás".
Después de escapar del peligro de cristalizarse en una estéril comunidad judía, la Iglesia iba, por lo tanto a estar expuesta al nuevo peligro del gnosticismo que hubiera tenido por resultado, de triunfar, despedazarla en pequeñas sectas y quebrar su unidad.
Ahora bien: si más tarde el cristianismo vio llegar la gnosis helénica, sólo se encontró al principio en presencia de la gnosis judía, vale decir de la de los nicolaítas y de Cerinto, o de sistemas semejantes que se edificaban en en bases judaicas.
Todos los propagadores de la religión cristiana tuvieron, por lo tanto, que luchar con esta gnosis y se encuentran rastros de esta lucha en las Epístolas de San Pablo a los colosios y a los efesios, en la Epístola de Juda y en el Apocalipsis. [2] Pero el combate no fue solamente contra el espíritu judío de la gnosis, sino también contra las tendencias que se manifestaban dentro de la Iglesia y contra los judíos mismos, tan pronto como el espíritu pauliniano hubo triunfado sobre Pedro.
Ya en 182, después de la insurrección de Barkokeba, la separación de los judíos y los cristianos era definitiva. En 70, los judeocristianos se habían mostrad indiferentes al des tino de la nación judía. Bajo Adriano fue peor. Mientras que quinientos mil judíos respondían al Hijo de la Estrella y las legiones retrocedían ante él; mientras que hacía falta el mejor general del Imperio para combatir a este puñado de judíos que reivindicaban su libertad de Roma y la última y débil esperanza de Israel perecía con su última ciudadela, Bethar, y su último libertador, Barkokeba; mientras que atroces medidas de represión se tomaban contra los judíos y se prohibíe el ejercicio de su culto y se pasaba el arado por el suelo donde se alzaba Jerusalén, cuyo nombre desaparecía; mientras tanto los judeocristianos denunciaban ante los gobernadores de las provincias a los judíos que clandestinamente practicaban su rito o se entregaban al estudio de la ley.
Por otro lado, para prevenir las posibles traiciones, Barkokeba y sus soldados habían hecho ejecutar bastantes judeocristianos y hasta se habían tomado medidas para distinguir a los cristianos de los judíos. Por ambas partes pues, la animosidad era aguda, y el día en que, después de 131, la Iglesia de Jerusalén se hubo convertido en helenocristiana, la ruptura fue definitiva: judíos y cristianos por siglos serían enemigos.
Por un lado, los gentiles, al entrar en la cristiandad, aportaban con ellos todos los odios y prejuicios griegos y romanos contra los judíos. Por otro, los judeocristianos, tan pronto como hubieron abandonado la comunidad judaica, se hicieron más encarnizados aún que los gentiles contra sus hermanos de Israel.
En los escritos de los Padres apostólicos encontramos reflejados estos varios sentimientos al mismo tiempo que aparece el deseo de separar cada vez más el cristianismo del judaísmo. A medida que se desarrolla el dogma de la divinidad de Jesús, los judíos se van convirtiendo en el pueblo abominable de los deicidas, lo que no había sido en el principio. La Sinagoga ya no es sino la mujer otrora fecunda, según los términos de la II° Homilía clementina. Y se considera que " la ley de Moisés no fue hecha para los judíos, que no la entendieron". Así se expresa la Epístola de Barnabé, escrita durante el reinado de Nerva (96) y que reproducía en gran parte las ideas contenidas en el más antiguo de los escritos apostólicos, vale

decir la Didaché o Doctrina de los doce Apóstoles, que se puede fechar en el año 90. En cuanto a las tradiciones paulinianas, se repercuten a principios del siglo II en las siete Epístolas de Ignacio de Antioquía, dirigidas a las Iglesias de Roma, Magnesia, Filadelfia, Efeso, Esmirna, Trales, y al obispo Policarpo. Estas siete Epístolas combaten duramente a los docetistas judaizantes y tratan de preservar a los fieles de sus doctrinas.

Pero, frente a tales demostraciones hostiles, los judíos no quedaban inactivos y eran para el cristianismo adversarios temibles. Fue bajo su crítica que el dogma se constituyó. Fueron ellos los que, por la sutileza de su exégesis y la firmeza de su lógica obligaron a los doctores cristianos a precisar sus argumentos. Su hostilidad, por lo demás, atormentaba a los teólogos: a pesar de que se separaban del judaísmo, querían atraer a los judíos. Creían que el triunfo de Jesús sólo estaría asegurado el día en que Israel reconociera el poderío del Hijo de Dios, creencia ésta que, por otra parte, se ha perpetuado en distintas formas. Parece, en el curso del tiempo, que la Iglesia sólo estará tranquilizada respecto de la legitimidad de su fe el día en que el pueblo del que salió su Dios se convierta al Galileo. Este sentimiento era aun más vivaz en el corazón de los primeros Padres de lo que pudo serlo en Bossuet y los figuristas del siglo XVII, que discutían acerca de la conversión de los judíos. Por lo tanto, había que vencer la exégesis judía y, para ello, tomarle prestadas sus armas, vale decir la Biblia. Se trató de demostrar a los judíos que las profecías estaban cumplidas y que Jesús era realmente el que habían anunciado Isaías y David. Hasta se buscó probar que la doctrina cristiana se encontraba en el Antiguo Testamento y se sacaron conclusiones a favor de la Trinidad de las primeras palabras del Génesis o del encuentro de Abrahán con tres ángeles. En el curso de los siglos, los defensores de Cristo y los enemigos de los judíos no emplearon otro método.

A esta obra se dedicaron los apologistas – los defensores del cristianismo – y a sus preocupaciones apologéticas se mezclaron violentas antipatías. Así la Carta a Diogneta, que nos conservó las obras de San Justino y que fue escrita para refutar los errores de los adversarios de los cristianos, puede considerarse como uno de los primeros escritos antijudíos. El autor desconocido de esta breve epístola, al combatir duramente las ideas milenarias, llama supersticiones a los ritos judíos. No fueron los mismos motivos los que llevaron al autor ignorado del Testamento de los XII Patriarcas, pues éste quería, y lo proclamó, convertir a los judíos y convencerlos de la excelencia de la palabra de Cristo.

El más completo de los apologistas de esa época es seguramente Justino el Filósofo. Su Diálogo con Trifón constituye el modelo de este género de polémica dialogada, del que tenemos otro ejemplo de la misma época en el Altercado de Jasón y Papisco, del griego Aristón de Pela, diálogo éste que fue reproducido en el siglo V por Evagrio en su Altercado de Simón y Teófilo. Justino, que era de Samaria y conocía muy bien a los habitantes de Judea, pone en boca de Trifón, que no es otro que el Rabino Tarfón que luchó tan duramente contra la evangelización apostólica, todos los reproches de los exegetas judíos e intenta persuadirlo del acuerdo del Antiguo Testamento y el Nuevo, tratando de conciliar el monoteísmo con la teoría del Mesías Verbo encarnado. Al mismo tiempo, contestando los reproches de Trifón que acusaba a los cristianos de abandonar la ley mosaica, afirma que esta ley sólo fue una ley preparatoria. Justino, por lo demás, atacaba las tendencias judaizantes en sus dos formas: por un lado el judeocristianismo; por otro el alejandrismo que sólo quería admitir al Verbo como una irradiación temporaria del ser único. A estas observaciones, Justino mezclaba advertencias: "No blasfeméis al

hijo de Dios, decía. No escuchéis dócilmente a los fariseos. No os moféis del rey de Israel, como lo hacéis cada día". [3] Y contestaban las ironías de los judíos con sarcasmos contra los rabinos: "En lugar de exponeros el sentido de las profecías, vuestros maestros se rebajan a tonterías. Se inquietan por saber por qué se alude a camellos machos en tal o cual lugar y por qué tal cantidad de harina para vuestras oblaciones. Se inquietan religiosamente por saber por qué se agrega un alfa al nombre primitivo de Abrahán, un rho al de Sara. Este es el objeto de sus estudios. En cuanto a las demás cosas esenciales y dignas de meditaciones, no se atreven a hablaros de ellas ni tratan de explicarlas. Os prohíben escucharnos cuando las interpretamos". [4]

Este último reproche es importante, pues indica qué carácter tenía la lucha por la conquista de las almas, conquista ésta que casi hizo el judaísmo y en la cual fue suplantado. Este siglo II es uno de los momentos más considerables de la historia de la Iglesia. El dogma, vacilante en el siglo I, se precisa, Jesús marcha hacia la divinidad y la alcanza. Su metafísica, su culto y su concepción se confunden con las doctrinas judeoalejandrinas, las teorías de Filón sobre la palabra de Dios, la magia caldea y el logos griego. El Verbo nace. Se ha identificado con el Galileo. Las apologías de Justino y el cuarto Evangelio nos muestran la obra acabada. El cristianismo se ha hecho alejandrino y sus más ardientes sostenedores, sus defensores y hasta sus oradores ya son filósofos cristianos de la escuela de Alejandría: Justino, el autor del cuarto Evangelio y Clemente.

Al mismo tiempo que se efectuaba esta transformación dogmática, la idea de Iglesia universal se fortalecía. Las pequeñas comunidades cristianas, segregadas de las colectividades judías, se vinculaban entre sí. Cuanto más crecía su número, más aumentaba la fuerza de este vínculo, y la concepción unitaria – católica – coincidía con la expansión cada vez mayor del cristianismo.

Esta expansión no podía realizarse en una perfecta quietud. La predicación cristiana se dirigía a todas las juderías del Asia Menor, el Egipto, Cirenaica e Italia, en las cuales existía un elemento poco ortodoxo, el elemento judío helenizado, que los doctores cristianos trataban de conquistar. Asimismo, los propagandistas hablaban a esta masa ansiosa de las poblaciones que ya habían prestado el oído a la palabra judía. Los judíos asistían a la ruina de su influencia y tal vez de sus esperanzas. De cualquier modo, veían sus creencias – su fe – atacada y combatidas por neófitos. Experimentaban contra los cristianos una ira que éstos sentían cuando comprobaban las trabas que los doctores judíos ponían a su obra. Odio y furor eran, por lo tanto, recíprocos, y nadie se limitaba a odios y furores platónicos. Ahora bien: al principio, los judíos estaban en una mejor situación que los cristianos. Las comunidades cristianas no se beneficiaban, como los grupos judíos, con el reconocimiento legal. Se las consideraba como en oposición con la ley, como un peligro para el imperio. De ahí a maltratarlos, no había sino un paso, y así se explica el período de sufrimiento que la Iglesia tuvo que atravesar. No podía, en los días difíciles, contar con la ayuda de su rival, la sinagoga, y hasta en ciertos lugares en que las luchas entre judíos y cristianos habían alcanzado un carácter agudo, los judíos reconocidos por la legislación romana y en posesión de derechos adquiridos pudieron mezclarse con los ciudadanos de las ciudades que arrastraban a los cristianos ante los tribunales. En Antioquía, por ejemplo, donde siempre la animadversión había sido violentísima entre fieles de ambas confesiones, es infinitamente probable que los judíos reclamaron, como los paganos, el juicio y ejecución de Policarpo. Se aseguró aun, posteriormente, que se habían mostrado los más encarnizados en alimentar la hoguera del obispo.

Sin embargo, el combate no se manifestaba en todas partes de modo tan sangriento.
Siempre se polemizaba con vivacidad y, hay que decirlo, no con armas iguales. El arsenal era la Biblia, pero los doctores cristianos la conocían mal. Ignoraban el hebreo y utilizaban la versión de los Septantes, que interpretaban de un modo muy libre, llegando hasta invocar en respaldo de su dogma pasajes introducidos en los Septantes por falsarios, para este fin. Los judíos de habla griega no vacilaban en hacer otro tanto, de tal suerte que esta traducción de los Septantes, ya mala y llena de contrasentidos, servía para cualquier cosa. Al principio, los judíos quisieron poner en manos de sus fieles un texto depurado, lo que dio origen a la traducción griega, escrupulosa y literal, del proselita Aquilas, amigo y discípulo de Rabí Akiba. Sólo más tarde los cristianos experimentaron la misma necesidad y Orígenes dio sus Hexaples, en los cuales se encontraba, por lo demás, la versión de Aquilas.
Era ésta una necesidad para los apologistas cristianos que se hallaban frente a los rabanitas en un serio estado de inferioridad, y Orígenes lo había sentido en su discusión sobre la Trinidad con Rabí Simlai. Tales discusiones entre doctores judíos y doctores cristianos no eran pocas y se vio, entre otros, en Cesarea, al rabino Abbahu polemizar con el médico Jacobo el Mineo sobre la Ascensión.
Estas controversias, que se perpetuaron durante largos siglos, no siempre eran corteses. Al lado de las leyendas conmovedoras sobre Jesús se habían elaborado leyendas escandalosas. Para rebajar a sus enemigos, los judíos habían atacado a aquél a quien éstos consideraban su dios y oponían a la deificación de Jesús los cuentos del soldado Panthero y de María repudiada, cuentos de los que se apoderaban los filósofos hostiles al cristianismo y que Orígenes refutó, en el Contra Celso, contestando los insultos con insultos.
Nacía en medio de estas batallas lo que llamaré un antijudaísmo puramente ideológico que consistía en rechazar como malo o sin valor todo lo que venía de Israel. De este sentimiento Tertuliano, en su De adversus judaeos, nos da testimonio. En esta obra, el fogoso africano ataca la circuncisión que, dice, no confiere la salvación y sólo fue un mero signo para que Israel, que siempre va hacia la idolatría, esté marcado cuando llegue el Mesías que sustituirá la circuncisión carnal por la circuncisión espiritual. Combate el sábado: el sábado temporal al que opone el sábado eterno.
Pero con este antijudaísmo especial, que volvemos a encontrar en el Octavius de Minucio Felix, en el De Catholica unitate de Cipriano de Cartago, en las instrucciones adversus gentium deos del poeta Comodiano y en las Divinas institutiones de Lactancia, se mezclaban el deseo de convencer a los judíos de la verdad de la religión cristiana, de la realidad de sus creencias, sus dogmas y sus principios, y por lo tanto la ambición de hacer proselitas entre ellos. Se confundía con los esfuerzos que hacía la Iglesia para llegar a la universalidad y sólo podía, durante los primeros siglos, ser teórico. Con Constantino y el triunfo de la Iglesia, vamos a ver cómo se transforma y se precisa este antijudaísmo.

[1])- S. Ireneo, II, 26.
[2])- Apocalipsis, II y III.
[3])- Diálogo con Trifón, Migne, Patrologie
[4])- Diálogo con Trifón.

IV

EL ANTISEMITISMO DESPUES DE CONSTANTINO HASTA EL SIGLO VIII

La Iglesia triunfante - La decadencia del judaísmo - La Pascua y las herejías judaizantes - La judaización - El Concilio de Nicea - El antijudaísmo teológico se transforma - El final de los Apologistas - Antijudaísmo de los Padres y el clero - Los insultos - Hosio, el papa Silvestre, Eusebio de Cesarea, Gregorio de Nisa y San Agustín - San Ambrosio, San Jerónimo y San Cirilo de Jerusalén - San Juan Crisóstomo - Los escritores eclesiásticos - El edicto de Milán y los judíos - Proselitismo judío y proselitismo cristiano - Los judíos, la Iglesia y los emperadores cristianos - Acción de la Iglesia sobre la legislación imperial - Las leyes romanas - Los vejámenes contra los judíos - Los movimientos populares - La defensa de los judíos: sus sublevaciones - Isaac de Sepforis y Natrona - Benjamín de Tiberiades y la Conquista de Palestina - Juliano el Apóstata y la nacionalidad judía - Los judíos entre los pueblos - Generalización del antijudaísmo - En Persia - Los magos, los doctores judíos y las academias judías - En Arabia - La influencia de los judíos en el Yemen - La victoria del islamismo y las persecuciones contra los judíos - España y las leyes visigodas - Los burgundos - Los francos y la legislación romana - El derecho canónico, los concilios y el judaísmo - Situación y actitud de los judíos - El Catolicismo.

Durante tres siglos, la Iglesia había debido luchar contra todos los que unían la grandeza de Roma al culto secular de los Dioses, No obstante, la resistencia del poder, la de los pontífices y la de los filósofos no habían podido detener su marcha. Las persecuciones, los odios y la ira habían acrecentado su poder de propaganda. Por lo demás, había sabido dirigirse a aquellos cuya mente estaba perturbada y cuya conciencia vacilaba, aportándoles una idea y la certidumbre moral que les faltaba. Además, en el momento en que el Imperio romano, demasiado extenso, se fisuraba en todas partes, cuando Roma, anunciando a todo poder y toda autoridad, recibía sus Césares de las legiones y cuando surgían en cada rincón de provincia candidatos a la púrpura, la Iglesia católica daba a este mundo moribundo una unidad que buscaba.
Pero, si le daba una unidad intelectual, destruía al mismo tiempo sus instituciones, sus costumbres y su modo de vivir. En Roma y en el Imperio, en efecto, las funciones públicas eran al mismo tiempo civiles y religiosas. El magistrado, el procurador y el dux también eran sacerdotes y ningún acto púiblico se cumplía sin rito. El gobierno era, en alguna medida, teocrático y acabó simbolizándose totalmente en el culto a los Emperadores. Se consideraban enemigos del César y del Imperio todos aquellos que buscaban sustraerse a este culto y se juzgaban malos ciudadanos. Estos sentimientos explican la animosidad romana contra las

religiones orientales y contra los judíos. Explican las medidas tomadas contra los fieles de Iahvé y, más aún, hacen entender los rigores que fueron aplicados a los adoradores de Mitra, de Sabazios y, sobre todo, a los cristianos, pues éstos no eran extranjeros como los judíos sino ciudadanos rebeldes.
Por ello, fue gracias a motivos políticos que el cristianismo triunfó y con todo, para refirmar su victoria y para dominar, tuvo que adoptar muchas prácticas ceremoniales de la Roma antigua. Cuando los cristianos hubieron acrecentado su número y formado un partido considerable, estuvieron salvados y vieron nacer la aurora de la victoria, pues los pretendientes al trono pudieron respaldarse en ellos y utilizarlos para consolidar su autoridad. Fue esto lo que aconteció con Constantino, lo que tal vez Constancio había previsto cuando mandaba las legiones galas. La Iglesia victoriosa fue heredera de Roma. También heredó su orgullo, su exclusivismo y su insolencia. Casi sin transición se convirtió de perseguida en perseguidora, disponiendo a su vez del poder que la había combatido, tomando en sus manos los haces consulares y el hacha y dirigiendo a los legionarios.
Al mismo tiempo que Jesús se apoderaba de la Ciudad soberbia y que así empezaba su reinado universal, el judaísmo agonizaba en Palestina. Los doctores de Tiberiades estaban impotentes para retener cerca de ellos a los jóvenes habitantes de Judea y el "ilustre, muy glorioso y muy respetado" patriarca no tenía más que una sombra de autoridad. Era en Babilonia donde florecían las escuelas judías y donde estaba el centro de la vida intelectual de Israel. Pero en todas partes donde el cristianismo ejercía su influencia, tenía que tomar en cuenta la influencia del judaísmo y combatirla, aunque a partir del final del siglo III hubiera tenido poca importancia, por lo menos de modo directo. En aquel entonces, en efecto, las herejías judaizantes propiamente dichas se apagaban. Estos nazarenos, cristianos circuncidados apegados a la antigua ley de que hablan San Jerónimo y San Epifanio, no eran más que un puñado de creyentes apacibles refugiados en Berea (Alepo), en Korkabé de Batanea y en Pela. Hablaban el siríaco-caldeo y, residuos de la primitiva iglesia de Jerusalén, ya no ejercían ninguna acción, ahogados como estaban en medio de iglesias de lengua griega.
Pero, si el ebionismo se estaba muriendo, igual se judaizaba. Cristianos frecuentaban las sinagogas y celebraban las festividades judías. Las querellas acerca de la Pascua no habían terminado. Gran parte de las iglesias orientales se obstinaban en celebrarla al mismo tiempo que los judíos. Fue necesario el Concilio de Nicea para liberar al cristianismo de este último y débil vínculo que aún lo ataba a su cuna. Después del Sínodo, todo había terminado, por lo menos oficialmente y desde el punto de vista de la ortodoxia, entre la Iglesia y el Templo. Pero fueron precisas otras decisiones conciliares para impedir a los fieles conformarse a la costumbre antigua, y sólo en 341 se logró la unidad de celebración de la Pascua, cuando el Concilio de Antioquía excomulgó a los cuartodecimanes.
Armada la Iglesia, el antijudaísmo se transformó. Simplemente teológico al principio y hecho de discusiones y controversias, se precisó, se agravó y se hizo más áspero y duro. Al lado de los escritos aparecieron las leyes y con las leyes se produjeron manifestaciones populares. Los escritos, además, se fueron modificando. Durante los siglos de persecución había florecido la apologética y toda una literatura había nacido de la necesidad que experimentaban los cristianos de convencer a sus adversarios. Se dirigían sea a los judíos, sea a los paganos, sea a los emperadores y todos – Justino, Atenágoras, Tatiano, Aristón de Pela y Melitón – se esforzaban para probar al César que sus doctrinas no eran peligrosas para la cosa pública y que podían ellos, sin sacrificar a los Dioses, ser buenos súbditos, con

una obediencia igual y una moralidad superior a la de los paganos. Además, demostraban a los judíos que eran, ellos, los cristianos, los únicos fieles a la tradición, que cumplían las profecías y que los menores detalles de sus dogmas estaban previstos y anunciados en las escrituras. Vencedor, el cristianismo ya no tuvo necesidad de apologistas: César ya estaba convencido y Cirilo de Alejandría, que escribió una obra contra Juliano el Apóstata, fue el último apologista. En cuanto a Israel, si se persistió, inclusive hasta nuestros días, en mostrarle su terquedad, se lo hizo de un modo menos insidioso y menos persuasivo. Se le habló como amo. Desde mediados del siglo V, los apologistas propiamente dichos cesan, para reaparecer sólo más tarde, transformados y modificados.

Ya no se trató únicamente de atraer los judíos a Cristo. Por lo demás, unos años de esfuerzo habían podido mostrar a los teólogos la inutilidad de su obra y cuán poco sus razonamientos, por lo general basados en una exégesis fantasiosa o algún contrasentido de la traducción alejandrina de la Biblia, persuadían a estos endurecidos que más bien escuchaban a sus doctores y se apegaban tanto más a su fe cuanto que más se la odiaba. A los argumentos se mezclaron los insultos. Se vio menos en el judío al posible cristiano que al deicida sin remordimiento. Se injurió a estos hombres cuya persistencia chocaba y que, por su única presencia, impedían el triunfo completo de la Iglesia. Los cristianos se esforzaron por olvidar el origen judaico de Jesús, el de los apóstoles y que había sido a la sombra de la sinagoga que el cristianismo había crecido. Tal olvido se ha perpetuado y, aun hoy en día, en la cristiandad entera, ¿quién quisiera admitir que se hinca ante un pobre judío y una humilde judía de Galilea?

Los padres, los obispos y los sacerdotes que debían combatir a los judíos, los trataban muy mal. Hosio, en España, el papa Silvestre, Pablo, obispo de Constantinopla y Eusebio de Cesarea [1] los insultan: los llaman "secta perversa, peligrosa y criminal".

Algunos, como Gregorio de Nisa [2] se quedan en el terreno dogmático y reprochan simplemente a los judíos ser incrédulos que se niegan a aceptar el testimonio de Moisés y de los profetas sobre la trinidad y la encarnación. San Agustín [3] es más violento. Irritado por las objeciones de los talmudistas, los llama falsificadores y afirma que no se debe buscar religión en la ceguera de los judíos, no pudiendo el judaísmo servir de término de comparación para demostrar la belleza del cristianismo. San Ambrosio [4] los atacaba por otro lado. Volvía a los argumentos de la Antigüedad, a estos argumentos que habían servido contra los primeros cristianos, y acusaba a los judíos de menospreciar las leyes romanas. San Jerónimo [5] aseguraba que el espíritu inmundo se había apoderado de tos judíos y, él que había aprendido el hebreo con los rabinos, decía, pensando probablemente en la maldición de los Mineos cuyo sentido desnaturalizaba: "Hay que odiar a los judíos que, cada día, insultan a Jesucristo en sus sinagogas". Y San Cirilo de Jerusalén [6] injuriaba a los patriarcas judíos, sosteniendo que eran de raza inferior.

Encontramos estos procedimientos teológicos y polémicos reunidos en los seis sermones pronunciados en Antioquía por San Juan Crisóstomo [7] contra los judíos. El análisis de estas homilías nos permitirá darnos cuenta de los procedimientos de discusión y también de la situación recíproca de los cristianos y los judíos y de las relaciones que existían entre ellos.

Los judíos, dice Crisóstomo en el primero de sus sermones, son unos ignorantes que no entienden su ley y, por lo tanto, son impíos. Son unos miserables, unos perros, unas mentes obcecadas. Su pueblo es semejante a un rebaño de brutos, de fieras. Rechazaron a Cristo; luego, no son aptos sino para el mal. Sus sinagogas son

comparables con los lugares de espectáculos: cueva de ladrones y residencia de Satanás. Obligado como está de reconocer que los judíos no desconocen al Padre, agrega que esto es poca cosa puesto que crucificaron al Hijo, rechazan al Espíritu y su alma está habitada por el demonio. Por estos motivos hay que desconfiar de ellos y cuidarse de la Enfermedad judía. Y Crisóstomo apostrofa a sus fieles: No frecuentéis las sinagogas, grita, no guardéis el sábado, los ayunos ni los demás ritos judíos. Si encontráis a judaizantes, advertidlos del peligro, pues sois el ejército de Cristo. No os dejéis desviar: esto seria locura extrema. ¿Qué sacáis de este antro de hombres que niegan a Moisés y los profetas? Si las doctrinas judías suscitan vuestra admiración, debéis de encontrar falsas las doctrinas cristianas.
El segundo sermón renueva aún estas diatribas y atestigua las preocupaciones que la influencia judía causaba en Crisóstomo: "Nuestras ovejas – clama – están rodeadas de lobos judíos". Y repite: huid de ellos, huid de su impiedad. No son insignificantes controversias las que nos separan de ellos sino la muerte de Cristo. Si pensáis que el judaísmo es lo verdadero, dejad a la Iglesia. Si no, dejad el judaísmo. ¿No sabéis que los judíos sacrifican en todos los lugares de la tierra excepto en el único lugar donde el sacrificio es válido, esto es Jerusalén? ¿Ignoráis que sólo allá pueden celebrar la Pascua, según reza la ley? [8] No os conforméis, pues, con su Pascua ilusoria.
Los cuatro otros sermones son más teológicos. Crisóstomo, apoderándose de las invectivas de los profetas, es cierto que trata a los judíos de ladrones, impuros, licenciosos, rapaces, avaros, artífices de astucias y opresores de pobres, que pusieron el colmo a sus crímenes inmolando a Jesús, pero no se limita a esto. Da argumentos para combatirlos en las controversias que debían de ser muy activas en Antioquía. Hace la apología de la Iglesia. Muestra que Israel está disperso a causa de la muerte de Cristo. Saca de los profetas y de los relatos bíblicos las pruebas de la divinidad de Jesús y recomienda a sus feligreses no acudir a los sermones de estos judíos que llaman la cruz una abominación y cuya religión es nula e inútil para los que conocen la fe verdadera. En una palabra, concluye, es una cosa absurda darse con hombres que trataron de modo tan indigno a Dios y adorar, al mismo tiempo, el Crucificado.
Estas homilías de Crisóstomo son características y precisas. Se encuentra en ellas toda la táctica que los predicadores cristianos emplearon durante siglos, esta mezcla de razonamientos y apóstrofes, de persuasión e injuria que ha seguido siendo la norma de la prédica antijudía. Se capta sobre todo el papel del clero en el desarrollo del antijudaísmo: el antijudaísmo religioso, en primer lugar, pues el antijudaísmo social sólo vino más tarde en la sociedad cristiana. Leyendo esos sermones, se tiene un cuadro muy animado y muy viviente de las relaciones del judaísmo y el cristianismo en el siglo IV, relaciones éstas que persistieron durante mucho tiempo, más o menos hasta el siglo IX.
Los judíos no habían llegado todavía a esta concepción exclusiva de su personalidad y nacionalidad que fue obra de los talmudistas. Su modo de vivir, desde el punto de vista exterior, no era distinto del de los pueblos en los cuales vivían. Se mezclaban en la vida pública, y esto en todas partes, en el Asia Menor como en España. En contacto perpetuo con los cristianos, actuaban sobre ellos y, por no haberse todavía encerrado en el aislamiento huraño que más tarde preconizaron sus doctores, atraían a su culto muchos indecisos e irresolutos. Su ardor proselítico no había muerto. No se daban cuenta de que habían perdido definitivamente el imperio moral del mundo y persistían en luchar. Incitaban a paganos y cristianos a judaizar y encontraban adherentes. Hasta, de ser preciso,

convertían por la fuerza y no vacilaban en circuncidar a sus esclavos. Eran los únicos enemigos que la Iglesia podía encontrar frente a sí, pues el paganismo se apagaba lentamente, sin dejar en las almas más que supervivencias legendarias, supervivencias éstas que no están muertas ni en nuestros días. Si aún se oponía, por la voz de sus últimos filósofos de sus últimos poetas, a la difusión del cristianismo, ya no buscaba, a partir del siglo IV, conquistar a los que Jesús tenía ganados. Los judíos, por el contrario, no habían abdicado; estimaban, en el mismo grado que los cristianos, estar en posición de la religión verdadera y, a los ojos del pueblo, su afirmación tenía toda la atracción que procede de las convicciones inquebrantables. En la mañana de su triunfo, la Iglesia no tenía el ascendiente universal que tuvo más tarde. Todavía era débil, a pesar de poderosa, pero los que la dirigían aspiraban a esta universalidad y debían lógicamente considerar a los judíos como sus peores adversarios; por consiguiente, debían hacer cualquier cosa para debilitar su propaganda y su proselitismo. Por lo demás, los Padres seguían en eso una tradición secular. En este aspecto del combate se los encuentra unánimes y son numerosísimos los que, teólogos, historiadores o escritores, piensan y escriben sobre los judíos como Crisóstomo: Epífanes, Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsueste, Teodoreto de Ciro, Cosmo Indicopleusta, Atanasio el Sinaíta y Sinesio, entre los griegos; Hilario de Poitiers, Prudencio, Pablo Orosio, Sulpicio Severo, Genadio, Venancio Fortunato e Isidoro de Sevilla entre los latinos.

Sin embargo, después del Edicto de Milán, el antijudaísmo ya no se podía limitar a discusiones oratorias o escritas y ya no se trataba de una querella entre dos sectas igualmente detestadas o despreciadas. Antes de su conversión, Constantino, que no quería en un primer momento otorgar privilegios sólo a los cristianos, había reconocido, por el edicto de tolerancia, el derecho para cualquiera de practicar la religión que había aceptado. Así los judíos estaban puestos en un pie de igualdad con los cristianos: los pontífices paganos, los sacerdotes de Jesús y los patriarcas y doctores de Israel gozaban de los mismos favores y estaban eximidos dé cargas municipales. Pero en 323, después de la derrota y muerte de Licinio que reinaba en el Oriente, Constantino, vencedor y amo del Imperio, apoyado por todos los cristianos de sus estados, les dio un trato preferencial. Entre ellos eligió a sus grandes dignatarios, sus consejeros y sus generales, y la Iglesia, de ahí en adelante, para asentar su dominación, dispuso del poderío imperial. El primer uso que hizo de esta autoridad fue para perseguir a los que le eran hostiles: encontró a Constantino plenamente dispuesto a servirla. Por un lado, el Emperador prohibió la adivinación, cerró los templos, prohibió los sacrificios y hasta mandó fundir, para embellecer las iglesias, las estatuas de oro y plata de los Dioses; por otro, consintió reprimir el proselitismo judío y repuso en vigencia una antigua ley romana que prohibía a los judíos circuncidar a sus esclavos. Al mismo tiempo, les quitó gran parte de los privilegios que poseían y les cerró la entrada en Jerusalén: sólo podían entrar en la ciudad el día aniversario de la destrucción del templo y mediante tributo pagado en dinero. Así, agravando las cargas que pesaban sobre los judíos, Constantino favorecía el proselitismo cristiano, y los predicadores no dejaban de exponer a los israelitas las ventajas que traía el bautismo. Para decidir a los que vacilaban, a los que temiendo la venganza de sus correligionarios se cuidaban de la apostasía por temor de los malos tratos, el emperador promulgó una ley que condenaba a la pira a los judíos que persiguieran a sus apóstatas a pedradas. [9]

Sin embargo, a pesar de su animosidad contra los judíos, tal vez ficticia pues no se sabe si hay que aceptar como verídica la carta que Eusebio le atribuye [10] y cuyos

términos son violentísimos, Constantino se encargó de protegerlos contra sus propios renegados. Con sus sucesores, semejantes atenciones ya no tuvieron cabida. La influencia de la Iglesia sobre los emperadores fue todopoderosa. La religión católica se convirtió en religión de Estado y el culto cristiano fue el culto oficial. La importancia de los obispos aumentó día tras día, como también su predominio. Hicieron penetrar en el alma de los soberanos sentimientos que los excitaban y, si su antijudaísmo se manifestó por escritos, el antijudaísmo imperial se manifestó por leyes. Por lo demás el clero inspiró estas leyes no sólo contra los judíos, sino también contra los herejes. Esto es tan cierto que, durante este siglo IV fértil en herejía, a veces fueron molestados los ortodoxos cuando los teólogos herejes condujeron a los emperadores.
De estas leyes, todas promulgadas entre el siglo IV y el siglo VII, la mayor parte se dirigen contra el proselitismo judío. Se renueva la prohibición formulada a los que circuncidan a cristianos [11] y se condenan los contraventores al exilio perpetuo y a la confiscación de los bienes. Se prohíbe a los judíos tener esclavos cristianos [12] y casarse con mujeres cristianas, como a las judías unirse en matrimonio con cristianos, y se asimilan tales uniones a los delitos de adulterio. [13] Otras leyes favorecen la propaganda y el proselitismo entre los judíos, sea directamente al proteger a los apóstatas [14] y al impedir a los judíos desheredar a sus hijos y nietos conversos [15], sea indirectamente y por medio de medidas vejatorias. Tales medidas vejatorias consistieron en primer lugar en restringir los privilegios de los judíos. Se decidió que el dinero que los israelitas mandaban a Palestina sería entregado al tesoro imperial [16]. Se les prohibió desempeñar funciones públicas. [17] Se les impusieron cargas curiales, durísimas y opresivas. [18] Casi se les quitaron sus tribunales especiales. [19] Los vejámenes no se limitaron a esto. Se molestó a los judíos hasta en el ejercicio de su culto. Se reglamentó su modo de guardar el sábado. [20] Se les obligó a no celebrar su Pascua antes de las Pascuas cristianas, y Justiniano llegó hasta constreñirlos a no recitar la plegaria diaria, le Schema, que proclamaba al Dios uno contra la Trinidad.
Sin embargo, y a pesar de la benevolencia imperial, bajo Constantino, la Iglesia no había sido del todo libre de actuar. El soberano había restringido la libertad religiosa de paganos y judíos, pero había debido hacerlo con cierta moderación: los adoradores de los Dioses todavía eran numerosos durante su reinado, y él no se atrevía a provocar motines peligrosos. Los judíos se beneficiaron, hasta cierto punto, con estas vacilaciones. Con Constancio, todo cambió. Constantino, bautizado recién en su lecho mortuorio por Eusebio de Nicomedia, había sido un político y un escéptico que se había servido del cristianismo como de un instrumento. Constancio fue un ortodoxo: un ortodoxo intolerante y fanático como el clero y los monjes de su tiempo. Con él, la Iglesia se hizo dominadora y su poder se ejerció desde entonces, en gran medida, por la venganza, como si quisiera hacer pagar caro a sus perseguidores de antaño todo lo que había padecido. Apenas armada, se olvidó de sus más elementales principios y utilizó contra sus adversarios el brazo secular. Los paganos y los judíos fueron perseguidos con la mayor aspereza. Los que sacrificaban a Zeus como los que adoraban a Jehováh se vieron maltratados y el antijudaísmo marchó a la par del antipaganismo.
Los doctores judíos de Judea fueron exilados. Se los amenazó con la muerte si persistían en difundir sus enseñanzas. Se los obligó a abandonar a Tiberiades y hasta a huir de Palestina, mientras en todas las provincias del Imperio se les denegaban sus derechos de ciudadanos romanos. A las leyes se agregaron numerosas molestias. Durante la estada en Judea de las legiones romanas que iban

a combatir al rey de los persas, Schabur II, los judíos fueron tratados como los habitantes de un país conquistado. Se los sometió a duros impuestos. Se los obligó a pagar la tasa judaica, como también patentes y multas nuevas. Se los constriñó a cocer el pan para los soldados durante los días sábado y las fiestas.
En aquel tiempo, monjes y obispos hablaban en las ciudades contra los paganos y los judíos. Excitaban contra ellos a las poblaciones cristianas y llevaban a bandas frenéticas al asalto de los templos y las sinagogas. Bajo Teodosio I y bajo Arcadio, se queman las sinagogas en Roma y en Calinicio de Mesopotamia. Bajo Teodosio II, en Alejandría, San Cirilo subleva a la muchedumbre. Los anacoretas entran en la ciudad, masacran a los judíos y paganos que encuentran, matan a Hipatia, saquean las sinagogas, incendian las bibliotecas y a pesar de los esfuerzos del prefecto Oresto, que el emperador desautoriza, echan a todo lo que no es cristiano. En Imnestar, cerca de Antioquía, el asceta Simeón realiza la misma tarea y, bajo Zenón, escenas similares se producen en Antioquía. Una furia de destrucción se apodera de los cristianos. Parecería que quisieran aniquilar hasta el recuerdo del viejo mundo para preparar el dulce reinado de Cristo.
Los judíos, no obstante, no permanecían impasibles frente a sus enemigos. Aún no habían adquirido esta tozuda y tocante resignación que los caracterizó más tarde. A los discursos vehementes de los sacerdotes, replicaban con discursos; a los actos, respondían con actos; al proselitismo cristiano que se ejercía entre ellos, oponían su proselitismo y echaban el anatema sobre sus apóstatas. Las predicaciones más violentas hacían vibrar las sinagogas. Los predicadores judíos vociferaban contra Edom, vale decir contra Roma, la Roma de los Césares convertida en la Roma de Jesús, que violaba las conciencias después de haber violado la nacionalidad.
Mientras Galo, sobrino de Constancio, gobernaba las provincias orientales, Isaac de Sepforis sublevaba a los habitantes de Judea y lo ayudaba en su empresa un hombre intrépido, Natrona, que los romanos llamaban Patricio. "Natrona – gritaba Isaac – nos liberará de Edom como Mardoqueo y Ester nos liberaron de los medas y como los asmoneos nos liberaron de los griegos".
Los judíos tomaron las armas, pero fueron duramente reprimidos por Galo y su general Ursicino. Se degollaron las mujeres, los ancianos y los niños. Tiberiades y Lidda fueron medio destruidas. Sepforis fue arrasada y los subterráneos de Tiberiades se llenaron de fugitivos que se escondieron en ellos durante meses para escapar a las búsquedas y a la muerte.
Bajo el reinado de Focas, los judíos de Alejandría, cansados de persecuciones, agravios y matanzas, se echaron un día contra los cristianos, mataron al patriarca Anastasia el Sinaíta y se hicieron dueños de la ciudad. Focas envió contra ellos un ejército que mandaba Kotis. En un primer momento, los judíos repelieron las legiones imperiales pero, impotentes para luchar contra las tropas más considerables que fueron llevadas a Antioquía, fueron reducidos a someterse y a dejarse degollar, mutilar o exilar. No obstante su sumisión no era sino aparente. Esperaban una oportunidad para volver a luchar: Apareció cuando Kosru, rey de Persia, para vengar a su yerno Mauricio cuyo trono había usurpado Focas, marchó contra el imperio bizantino, los judíos se le unieron. Scharbázar invadió el Asia Menor, a pesar de las propuestas pacíficas de Heraclio que acababa de derrocar a Focas, y vio llegar a sus ejércitos a los judíos guerreros de Galilea. Benjamín de Tiberiades fue el alma de la rebelión. Fue él quien armó a los rebeldes y él quien los condujo. Los judíos querían reconquistar Palestina y devolverle su pureza que el culto cristiano, según ellos, había mancillado. Quemaron iglesias, saquearon a Jerusalén, destruyeron conventos y, sublevando en su avance a todos sus

correligionarios de Damasco, del sur de Palestina y de la isla de Chipre, hasta llegaron a asediar a Tiro, pero tuvieron que abandonar el sitio. Ocuparon durante catorce años la Judea, con todos los poderes en sus manos, mientras que los cristianos palestinenses se convertían en masa al judaísmo. Heraclio los separó de los persas que no habían cumplido su promesa de devolver a sus aliados la ciudad santa, Jerusalén. Se puso de acuerdo con Benjamín de Tiberiades, prometiendo a los judíos la impunidad y otras ventajas. Pero cuando el emperador hubo reconquistado sus provincias contra Kosru, hizo masacrar, instigado por los monjes y por el patriarca Modesto, a los que había acogido. Ya que había jurado a los judíos no molestarlos, Modesto lo relevó de su juramento e instituyó, tal vez por compensación, un ayuno que los maronitas y los coptos observaron durante largo tiempo.

Pero los judíos de Judea no eran sino un puñado y su historia en Palestina estaba cerrada. Cuando Juliano el Apóstata, que había abrogado las leyes restrictivas de Constantino y de Constancio contra los judíos, quiso reconstruir el templo de Jerusalén, las colectividades israelitas extranjeras permanecieron sordas ante el llamado imperial. Se habían desapegado de la causa nacional, por lo menos de modo inmediato. Para todos los judíos de aquel tiempo, la reconstitución del reino de Juda estaba vinculado con el advenimiento del Mesías y no podían esperarlo de un filósofo coronado. Sólo tenían que esperar al rey del cielo que les estaba prometido, y estos sentimientos persistieron durante siglos. Cuando Gamaliel VI, el último patriarca, murió, el fantasma de la realeza y de la nacionalidad judías, fantasma éste que aún subsistía, desapareció y no hubo más para Israel sino un jefe del exilio, el exilarca de Babilonia que desapareció en el siglo XI. Por lo demás, los judíos esparcidos por el mundo y constituidos en poderosas y ricas colectividades se habían creado múltiples patrias de intereses, y estos intereses los ataban al suelo que ocupaban. No los ligaba del todo, sin embargo, pues su religión social los mantenía a pesar de todo en un lamentable aislamiento y, mezclados con todos los pueblos, padecían en todos los lugares donde religiones precisas y dogmáticas se establecían las consecuencias de su oposición confesional. Por ello vemos el antijudaísmo florecer no sólo en las comarcas católicas sino también en Persia y en Arabia.

En Persia, en Babilonia, los judíos estaban establecidos desde el cautiverio. Después de la destrucción de Jerusalén, muchos más se refugiaron en este país fértil y admirable, donde tierras arables les fueron distribuidas y donde vivieron felices bajo la benevolente autoridad de los Arsacidas. Fundaron escuelas en Sora, Nehardea y Pumbaditha e hicieron nurnerosos proselitas. Pero, a mediados del siglo III, la dinastía de los Arsacidas, muy impopular, cayó con Artabán y Ardechir fundó la dinastía de los Sasanidas. Se trataba de un movimiento nacional y religioso. Los neopersas – los guebres – detestaban a los Arsacidas helenizantes que habían abandonado el culto del fuego. El triunfo de Ardechir fue el triunfo le los magos, quienes tomaron duras medidas contra los helenizantes, los cristianos de Edesa y los judíos, pues, en Persia, el antijudaísmo de los magos estuvo unido al anticristianismo y los hermanos enemigos fueron perseguidos simultáneamente, a pesar de que los judíos, más numerosos, más poderosos y más temibles, hayan sufrido más especialmente durante estos períodos de perturbaciones. Por lo demás, estas persecuciones nunca tuvieron muy larga duración. Atormentados al final del siglo III por Sohabur II que había traído de Armenia a Ispahán a 70.000 prisioneros judíos, los judíos permanecieron largos años sin ser molestados. Pero, en los siglos V y VI, bajo Yesdigerd II, Feroces y Kavadh, se tomaron medidas

restrictivas a instigación de los magos. Se prohibió a los judíos guardar el sábado. Se cerraron las escuelas y se suprimieron los tribunales judíos. Durante el reinado de Kavadh, Mezdek el Mago fue el promotor de estos vejámenes. Fundador de la secta de los Zandik, Mazdak predicaba el comunismo y hacía despojar a judíos y cristianos de sus mujeres y sus bienes. Bajo a conducción del exilarca Mar Zutra II, los judíos se rebelaron y las crónicas persas cuentan que vencieron a los partidarios del mago y fundaron un estado cuya capital fue Mahuza, ciudad poblada con persas convertidos al judaísmo. Este estado subsistió siete años, hasta la muerte de Mar Zutra, quien fue vencido y matado.

Posteriormente, los judíos conocieron en Persia alternativas de paz y de perturbación, felices bajo Kosroes Nuschirvan y Kosru II, desgraciados bajo Hormidas IV, hasta el día en que, cansados de tal precaria situación, ayudaron a Omar, de concierto con los cristianos del reino sasanida, a apoderarse del trono de Persia, contribuyendo así al triunfo de Mahoma y de los árabes.

Sin embargo, los judíos no habían tenido por qué regocijarse del yugo musulmán. Su establecimiento en Arabia, si se deja a un lado las leyendas que los hacen llegar en tiempos de Josué o de Saúl, debe remontarse a la época del cautiverio: a la destrucción del primer templo. El núcleo primitivo fue aumentado con los fugitivos de Judea que se marcharon para Arabia en el momento en que Roma conquistaba Palestina. A principios de la era cristiana, había en Arabia cuatro tribus judías, cuyo centro era Medina.

Los judíos hicieron la conquista moral e intelectual de los árabes. Los convirtieron al judaísmo o, por lo menos, les hicieron adoptar sus ritos. Las afinidades entre ambos pueblos hacían la cosa fácil, tanto más cuanto que, en el Yemen, los judíos habían a su vez aceptado las costumbres árabes, costumbres éstas poco diferentes de las de los israelitas de antaño. Eran agricultores, pastores y guerreros, bandoleros también, y poetas. Divididos en pequeños grupos que luchaban entre sí y tomaban partido en las querellas que oponían a las tribus árabes, fundaban al mismo tiempo escuelas en Yatrib, elevaban templos y difundían su religión hasta entre los himiaritas, con los cuales los comerciantes de su nación mantenían relaciones. En el siglo VI, durante el reinado de Zorah-Dhou-Nowas, el Yemen entero era judío. Con la conversión al cristianismo de una tribu árabe de Nedjran, las dificultades empezaron, pero duraron poco, pues la propaganda cristiana fue detenida repentinamente en Arabia por Mahoma. Éste fue nutrido de espíritu judío. Al huir de La Meca donde su prédica había sublevado contra él a los árabes fieles a las viejas tradiciones, se refugió en Medina, la ciudad judía y, así como los apóstoles habían hallado a sus primeros adherentes entre los proselitas helenos, él encontró a sus primeros discípulos entre los árabes judaizantes. Por ello las mismas causas religiosas provocaron el odio de Mahoma y el de Pablo. Los judíos se mostraron rebeldes a la prédica del profeta. Lo cubrieron de sarcasmos y Mahoma, quien hasta entonces había estado dispuesto a entrar en arreglo con ellos, los repudió violentamente y escribió una sura célebre – la sura de la vaca – en la cual los invectivaba cruelmente. Pero cuando el profeta hubo reunido alrededor de él un ejército de partidarios, no se limitó a las injurias: marchó contra las tribus judías, las venció y ordenó no tomar por amigos a "los cristianos y los judíos". Todos los judíos se sublevaron y se unieron a quienes, entre los árabes, rechazaban las nuevas doctrinas, pero la extensión del islamismo los aplastó. Cuando la muerte de Mahoma, estaban muy debilitados. Omar acabó la obra. Echó de Khaibar y de Whadi-el-Kora a las últimas tribus judías, así como a los cristianos de Nedjran, pues cristianos y judíos mancillaban el suelo sagrado del Islam.

Pero, en todas partes donde Omar llevó sus armas, los judíos oprimidos, en razón de esta afinidad que los ligaba a pesar de todo a los árabes, favorecieron al segundo califa, quien se apoderó de Persia y de Palestina. Omar impuso leyes estrictas a los judíos que lo habían ayudado. Los sometió a una legislación muy restrictiva, prohibiéndoles construir nuevas sinagogas, obligándoles a usar vestimenta de color especial, prohibiéndoles andar a caballo y gravándolos con un impuesto personal y un impuesto inmobiliario. Hizo lo mismo con los cristianos. Sin embargo, los judíos gozaron, bajo la autoridad de los árabes, de una mayor libertad que bajo la dominación cristiana. La legislación de Omar, por un lado, no fue rigurosamente aplicada. Por otro, la masa musulmana, a pesar de la diferencia de las religiones y dejando a un lado algunas manifestaciones de fanatismo, se mostró muy benevolente para con ellos. Fue éste el motivo por el cual veremos más tarde, cuando la expansión islámica, a los árabes aclamados como libertadores por todos los judíos del Occidente.

La condición de los judíos occidentales después del desmoronamiento del frágil imperio romano y el alud de los bárbaros sobre el viejo mundo fue sometida a todas las vicisitudes. Los césares – estos pobres césares que se llamaban Olibrio, Glicerio, julio Nepos y Rómulo Ausgústulo – cayeron, pero las leyes romanas perduraron. Y si durante breves periodos no fueron aplicadas a los judíos, siempre permanecieron vivientes, y los soberanos germánicos pudieron utilizarlas a su antojo.

Del siglo V al siglo VIII la felicidad o la desgracia de los judíos dependió únicamente de causas religiosas que no les pertenecían, y su historia entre aquellos que se llamaban bárbaros está ligada a la historia del arrianismo, a su triunfo y a su derrota. Mientras las doctrinas arrianas predominaron, los judíos vivieron en un relativo bienestar, pues el clero y hasta el gobierno heréticos luchaban contra la ortodoxia y se preocupaban muy poco de los israelitas que no eran para ellos enemigos que hubiera que destruir. Sin embargo, Teodorico fue una excepción. Apenas asentado el imperio ostrogodo, el rey, tal vez empujado por Casiodoro, su ministro, que parece haber tenido muy poca simpatía por los judíos – los calificaba de escorpiones, burros salvajes, perros y unicornios – prohibió a éstos edificar sinagogas y trató de convertirlos. Pero, a pesar de todo, los protegió contra las agresiones populares y obligó al senado de Roma a hacer reconstruir las sinagogas que la muchedumbre católica, alzada contra el arriano Teodorico, había incendiado.

Por otro lado, en Italia, bajo la dominación bizantina tan molesta para ellos, o bajo la dominación lombarda más indiferente, pues los lombardos arrianos y paganos casi ignoraban la existencia de Israel, los judíos fueron salvaguardados de las iras y rabias convertidoras del bajo clero y de sus feligreses por la benevolencia de la autoridad pontificia que, salvo pocas excepciones, a partir del momento en que se acrecienta su poderío, parece querer conservar la sinagoga como un testimonio vivo de su victoria.

En España, la situación de los judíos fue totalmente distinta. Desde tiempos inmemoriales habitaban la península donde se habían establecido libremente. Su número había aumentado bajo Vespasiano, Tito y Adriano, durante las guerras de Judea y después de la dispersión, Poseían grandes bienes, eran ricos, poderosos y respetados y habían adquirido una gran influencia sobre la población en medio de la cual vivían. La impresión misma que los pueblos de España recibieron del judaísmo persistió durante siglos, y esa tierra fue la última que vio una vez más el combate, con armas casi iguales, del espíritu judío y el espíritu cristiano. En varias oportunidades, poco faltó para que España se hiciera judía y escribir la historia de

sus judíos, hasta el siglo XV, es describir la historia del país, pues aquéllos estuvieron mezclados en su literatura y su desarrollo intelectual, nacional, moral y económico, del modo más íntimo y más notable. Contra las tendencias y el proselitismo judíos, la Iglesia combatió desde su primer establecimiento en España, y sólo los extirpó, y hasta cierto punto, después de doce siglos de lucha.
Hasta el siglo VI, los judíos españoles gozaron de la más completa felicidad. Fueron felices como en Babilonia y encontraron en España una nueva patria. Las leyes romanas
no los alcanzaron allá, y las prescripciones eclesiásticas del concilio de Elvira [21], que prohibían a los cristianos tener trato con ellos, quedaron en letra muerta.
Su estado no fue modificado por la conquista visigótica y los visigodos arrianos se limitaron a perseguir a los católicos. Los judíos gozaron de los mismos derechos civiles y políticos que los conquistadores. Por lo demás, ingresaron en sus ejércitos y fueron tropas judías las que vigilaron las fronteras pirenaicas. Con, la conversión del rey Reccarel, todo cambió.
El clero triunfante agobió a los judíos con persecuciones y vejámenes y desde aquél entonces (589) empezó para ellos una existencia precaria. Fueron sometidos a una legislación minuciosa y dura, progresivamente promulgada por los reyes visigodos y preparada por los numerosos concilios que durante este período tuvieron lugar en España. Estas leyes sucesivas se encuentran todas en la ordenanza promulgada por Receswinth (652). Fueron puestas otra vez en vigencia por Erwig, quien las hizo aprobar por el duodécimo concilio de Toledo (680). [22] Se prohibía a los judíos practicar la circuncisión, establecer diferencias entre las carnes, casarse con sus parientes hasta la sexta generación y leer libros condenados por la fe cristiana. No se les permitía prestar testimonio contra los cristianos ni entablar contra ellos acciones judiciales, ni desempeñar empleo público alguno. Estas leyes, que se habían constituido poco a poco, no siempre fueron aplicadas por los señores visigodos que vivían con cierta independencia, pero el clero redobló sus esfuerzos para conseguir su estricta observancia. La meta de los obispos y dignatarios de la Iglesia era la conversión de los judíos y la eliminación en España del espíritu judaico. La autoridad secular les prestó apoyo. En varias oportunidades, los judíos fueron obligados a elegir entre el exilio y el bautismo. Es de esa época que data la formación de la clase de los marranos, de los cristianos judaizantes que más tarde la Inquisición dispersó. Hasta el siglo VIII, los judíos españoles vivieron en esta situación de incertidumbre y angustia, contando sólo con la benevolencia momentánea de algunos reyes, tales como Swintila y Wamba. Fue Tarik, el conquistador musulmán el que los liberó al destruir el imperio visigótico, con la ayuda de los judíos que habían permanecido en España. Después de la batalla de Jerez y la derrota de Roderico (711), los judíos respiraron.
Casi en la misma época, una era mejor se abría para ellos en Francia. Habían fundado colonias en Galia en tiempos de la República romana o del César y habían prosperado, beneficiándose con su estado de ciudadanos romanos. Cuando llegaron los burgundos y los francos, su situación no cambió y los invasores no los trataron diferentemente de los galos. Su historia siguió las mismas fluctuaciones y los mismos ritmos que en Italia y España. Libres bajo la dominación pagana o arriana, fueron oprimidos tan pronto como dominó la ortodoxia. Segismundo, rey de los burgundos, promulgó leyes contra ellos inmediatamente después de su conversión al catolicismo y sus sucesores las confirmaron. [23] En cuanto a los francos, que ignoraban la existencia de los judíos, se dejaron guiar únicamente por los obispos y, después de Clodoveo, empezaron con la mayor naturalidad a aplicar a

los judíos las disposiciones el código teodosiano. Estas disposiciones fueron agravadas y complicadas por la autoridad eclesiástica que dejó al poder secular el cuidado de ejecutar y hacer observar sus decisiones. Del siglo V al siglo VIII, la parte del derecho canónico relativa los judíos se elaboró en Galia. Fueron los concilios los que formularon las leyes que respaldaron con sus edictos los reyes merovingios.

Toda la preocupación de la Iglesia, durante esos tres silos, parece haber sido la de separar a los judíos de los cristianos, impedir la judaización de sus fieles y detener el proselitismo israelita. Esta legislación que, en el siglo VIII, se había hecho extremadamente severa para los judíos y los judaizantes no se estableció de una vez. Al principio, desde el Concilio de Vannes de 465, los sínodos se limitaron a prohibiciones platónicas. El clero, por no disponer en aquel entonces sino de una muy reducida autoridad, no podía decretar castigos y fue sólo a partir del siglo VI que, gracias al apoyo de los jefes francos, pudo instituir penalidades progresivas, aplicables en un primer momento sólo a los clérigos que violaban las disposiciones conciliares y, luego, a los laicos. Pero estas penas canónicas que comprendían la excomunión y a veces, para los sacerdotes, el azote, no concernían sino a los fieles. En cuanto a los judíos, los sínodos no tomaban contra ellos ninguna medida aflictiva. Es esto lo que ha permitido a muchos proclamar victoriosamente, en apariencia, la benevolencia de la Iglesia para con los judíos. [24]

Sin embargo no hay nada de eso, y no hay que olvidar en efecto que la Iglesia no tenía derecho a legislar civilmente, pero las reglamentaciones sinodales, las prohibiciones e interdicciones eclesiásticas y los considerandos que las acompañaban tenían una enorme influencia sobre las autoridades políticas. El episcopado ejercía, además, sobre los reyes merovingios o visigodos una directa y manifiesta influencia, y se puede afirmar que Childeberto o Clotario II, por ejemplo, o Receswinth sancionaron los decretos eclesiásticos y que sus ordenanzas fueron promulgadas a instigación del clero.

Por lo demás, el clero no se limitaba a influenciar a los legisladores. Era él el que, constantemente, excitaba contra los judíos a poblaciones cuya ortodoxia no era muy intolerante. Era con la conducción de sus sacerdotes que la muchedumbre se echaba contra las sinagogas y colocaba a los judíos ante la disyuntiva de la matanza, el exilio o el bautismo.

No obstante, no habría que representarse el estado de los judíos en aquel entonces como muy miserable. Del lado judío como del lado cristiano se observaba una mezcla de tolerancia e intolerancia que se explica, sea por el mutuo deseo de hacer proselitas, sea también por cierta benevolencia religiosa recíproca. Los judíos se mezclaban en la vida pública, los cristianos comían en su mesa, [25] se casaban entre sí [26] y tomaban parte en duelos y fiestas como en las luchas de los partidos. Se los ve así en Arles unirse con el partido visigodo contra el obispo Cesario [27] y más tarde seguir el cortejo fúnebre del mismo obispo gritando: vae, vae! Eran clientes de los grandes señores (como lo atestiguan dos cartas de Sidonio Apolinario) [28] y éstos los ayudaban a sustraerse a las ordenanzas vejatorias. En muchas regiones, los clérigos los frecuentaban y, así como numerosos cristianos iban a las sinagogas, judíos asistían a los oficios católicos durante la misa de los catecúmenos. Resistían tanto como les era posible a los esfuerzos hechos para convertirlos, esfuerzos numerosos éstos, a veces acompañados de violencias, a pesar de las recomendaciones de ciertos papas [29] y entraban, osadamente en controversias con los teólogos que intentaban persuadirlos por los mismos medios que emplearon los Padres de los siglos anteriores. Volveremos a hablar de estas

controversias y de estos escritos cuando estudiemos la literatura antijudía.
Así, como se ha podido ver, durante los siete primeros siglos de la era cristiana, el antijudaísmo tuvo causas exclusivamente religiosas y fue casi únicamente dirigido por el clero. Los excesos populares y la represión legislativa no deben engañarnos, pues nunca fueron espontáneos y sus inspiradores siempre fueron obispos, sacerdotes y monjes. Sólo a partir del siglo VIII causas sociales vinieron a agregarse a las causas religiosas. También sólo después del siglo VIII empezaron las verdaderas persecuciones. Coincidieron con la universalización del catolicismo, la constitución del feudalismo y también el cambio intelectual y moral de los judíos, debido en su mayor parte a la acción de los talmudistas y la exageración de los sentimientos de exclusivismo de los judíos. Ahora vamos a asistir a esta nueva transformación del antijudaísmo.

[1])- Demonstratio evangelica.
[2])- Testimonia adversus Judaeis ex vetere Testamentum, Migne, P. G. XLVI.
[3])- Oratio adversus Judaeis, Migne, P. L. XLII.
[4])- De Tobia, Migne, P. L. XIV
[5])- Ep. CLI, Quaest. 10, Migne, P. L. XXII.
[6])- Ep. CLI, Quaest. 10, Migne, P. G. XXXIII.
[7])- Adversus Judaeis, Migne, P. G. XLVIII.
[8])- Deuter. 12, 5, 14
[9])- Codex Justinianus, 1, I, tít. VIII, 3.
[10])- Eusebio, Vita Constantini, III, 18, 20.
[11])- Codex Justinianus, 1, 1, tít. IX, 16.
[12])- Codex Theodosianus, 1, XVI, tít. IX, 3, 4 y 5.
[13])- Codex Justinianus, 1, I, tít. IX, 6.
[14])- Codex Theodosianus, 1, XVI, tít. VIII, 5.
[15])- Codex Theodosianus, 1, XVI, tít. VIII, 28.
[16])- Codex Justinianus, 1, I, tít. IX, 17, y Codex Theodosianus, 1, XVI, tít. VIII, 14.
[17])- Codex Justinianus, 1, I, tít. IX, 18.
[18])- Justiniano, Novelle 45.
[19])- Codex Justinianus, 1, 1, tít. IX, 15.
[20])- Codex Justinianus, 1, I, tít. IX, 13 y Codex Theodosianus, 1, VIII, tít. IX, 8.
[21])- En el siglo IV.
[22])- Leges visigoth., L. XII, tít. II, 5.
[23])- Leges burgundiorum, tít. XV, 1, 2, 3.
[24])- Los concilios se limitan a ordenar el bautismo de los niños nacidos de uniones mixtas y también la disolución del casamiento si el cónyuge judío no se convierte. Declaran
además que todo judío que intentare convertir a sus esclavos perderá estos esclavos, los que pasarán al fisco. Concilios de Orleáns, 533, Toledo, 589, Caledonia, 541, Macón, 581,
Roma, 625, etcétera.
[25])- Concilio de Vannes (465), canon XII, Concilio de Epaones (517), canon XV, Concilio
de Macón (581), canon XV, etcétera.

[26])- 2° Concilio de Orléans (533), canon XIX, Concilio de Clermont (535), canon VI.
[27])- Vie de Saint Césaire, Migne, Patrologie latine, t. LXVII.
[28])- Sidonio Apolinario, 1, III, ép. IV y 1, IV, ép. V.
[29])- Frédégaire (Chroniques, XV) y Aimoin (Chronica Moissiacensis, XLV) cuentan que,
a instigación del emperador Heraclio, Dagoberto dio de elegir a los judíos entre la muerte,
el exilio o el bautismo (Gesta Dagoberti, XXIV). Lo mismo se dijo del rey visigodo Sisebuto
(Appendice d la chronique de l'évéque Marius, año 588, Dom Bousquet, t. II, p. 19).
Chilperico obligó a muchos judíos a hacerse bautizar (Tours, Crégoire de, H. F., 1, VI, cap.
XVII). El obispo Avito constriñó a los judíos de Clermont a abjurar o dejar la ciudad.
(Tours, Crégoire de, H. F., 1, V, cap. XI). Otros obispos emplearon la fuerza, y fue necesaria
la intervención del papa San Gregorio para hacer cesar o por lo menos moderar su celo.
"Los judíos no deben ser bautizados por la violencia sino atraídos por la dulzura", dijo en
cartas dirigidas a Virgilio, obispo de Arles, Teodoro, obispo de Marsella y Paschasio, obispo
de Nápoles. (Regenta pontificum romanorum, edit. Jaffé, N° 1115 y 1879). Pero la autoridad del papa no siempre bastó.

V

EL ANTIJUDAISMO DEL SIGLO VIII HASTA LA REFORMA

Expansión del cristianismo - Difusión de los judíos entre las naciones - Constitución de las nacionalidades - El papel de los judíos en la sociedad - Los judíos y el comercio - El oro y los judíos - El amor del oro y del negocio adquirido por los judíos - El judío colono y emigrante - La Iglesia y la usura - Nacimiento del patronado y el salariado - Transformación de la propiedad - La revolución económica y la búsqueda del oro - El instinto de dominación - El oro y el exclusivismo judío - Maimónides y el oscurantismo - Salomón de Montpellier - Ben-Adret, Asher ben Yehiel y Jacobo Tibbon - El More Nebukhim - Rebajamiento intelectual y moral de los judíos - El Talmud - Influencia de este rebajamiento en la condición social de los judíos - Transformación del antijudaísmo - Las causas sociales y las causas religiosas: su combinación - El pueblo y los judíos - Los Pastoureaux, los Jacques y los Armleder - Los reyes y los judíos - Los monjes y el antijudaísmo - Pedro de Cluny, Juan de Capistrano y Bernardino de Feltre - La Iglesia y el antijudaísmo teológico - Cristianismo e islamismo - Los albigenses, los herejes de Orléans y los pasagianos -

Las herejías y la judaización - Los husitas - La Inquisición - La burguesía y los judíos - La legislación eclesiástica y la legislación civil contra los judíos - -Las controversias y la condenación del Talmud - Los vejámenes - Las expulsiones - Las matanzas - La situación de los judíos y la del pueblo - La relatividad de los padecimientos judíos - La Reforma y el Renacimiento.

En el siglo VIII, la Iglesia termina de constituirse. El período de las grandes crisis doctrinales está cerrado, el dogma se asienta y las herejías ya no la jaquearán hasta la Reforma. La primacía pontificia se afirma. La organización del clero, de ahora en adelante, es sólida. El culto y la liturgia se unifican. La disciplina y el derecho canónico se fijan. La propiedad eclesiástica se acrecienta. El diezmo se establece. La constitución federal de la Iglesia – dividida en circunscripciones bastante autónomas – desaparece y el movimiento centralizador en provecho de Roma se diseña. Cuando los carolingios hubieron constituido el poder temporal de los papas, este movimiento llega a su fin y la iglesia latina, sólidamente jerarquizada, fue relativamente en poco tiempo tan centralizada como otrora el Imperio romano al que su autoridad universal había sustituido. Al mismo tiempo, el cristianismo se extendió más aún y conquistó a los bárbaros. Los misioneros anglosajones dieron el ejemplo, desde San Bonifacio y San Willibrord: se los siguió. El Evangelio se predicó entre los alemanes y los frisones, los sajones y los escandinavos, los bohemios y los húngaros, los rusos y los vendes, los pomeranios y los prusianos, los lituanos y los fineses. Al final del siglo XIII, la tarea estaba cumplida: Europa era cristiana.

A medida que el cristianismo se fue expandiendo, los judíos, siguiéndolo, se establecían. En el siglo IX fueron de Francia a Alemania y de allá penetraron en Bohemia, Hungría y Polonia, donde se encontraron con otra ola judía, la que llegaba por el Cáucaso convirtiendo en su camino a algunas tribus tártaras. En el siglo XII se instalaron en Inglaterra y Bélgica y en todos los países fundaron sus sinagogas y organizaron sus comunidades, en esa hora decisiva en que las nacionalidades salían del caos y los estados se formaban y consolidaban. Permanecieron al margen de estas grandes agitaciones, en medio de las cuales las razas conquistadoras y conquistadas se amalgamaban y se vinculaban entre sí y, en el seno de estas combinaciones tumultuosas, quedaron como espectadores, extraños y hostiles a las fusiones; tal como un pueblo eterno que mirara surgir a nuevos pueblos. Sin embargo, su papel no fue nulo. Constituyeron uno de los fermentos activos de estas sociedades en formación.

En algunos países, como en España, su historia está ligada a tal punto a la de la península que no se puede sin ellos concebir ni valorar el desarrollo de la nación española. Pero si por la masa de sus conversiones en esta región y por el apoyo que sucesivamente dieron a los distintos amos que detentaron su suelo, lo hicieron tratando de atraer hacia sí a la gente en medio de la cual penetraban, y no dejándose absorber. Sin embargo, la historia de los marranos españoles es excepcional. En todos los demás lugares, lo vamos a ver, los judíos desempeñaron el papel de agentes económicos. No crearon un estado social, pero sí ayudaron en cierto modo a su establecimiento. No obstante, no pudieron ser tratados con benevolencia en medio de estos organismos a cuya formación contribuyeron. Había para ello un impedimento capital. Todos los Estados de la Edad Media fueron amasados por la Iglesia. En su esencia – en su ser – fueron penetrados por las ideas

y doctrinas del catolicismo. Fue la religión cristiana la que dio a los pueblos múltiples que se juntaron en nacionalidad la unidad de que carecían. Ahora bien: los judíos, que representaban dogmas contrarios, no podían sino oponerse, sea por su proselitismo, sea por su presencia misma, al movimiento general. Ya que fue la Iglesia la que condujo este movimiento, fue de la Iglesia que partió el antijudaísmo, teológico y legislativo, antijudaísmo éste que gobiernos y pueblos compartieron y que otras causas vinieron a agravar. El estado social y religioso y los mismos judíos hicieron nacer estas causas. Pero siempre permanecieron subordinadas a estas razones esenciales, que pueden reducirse a la oposición, ya secular, del espíritu cristiano y el espíritu judío: de la religión católica universal e internacional, digámoslo así, y de la religión judía particularista y estrecha. Fue en el fondo, y teniendo en cuenta los cambios producidos, la misma situación que en la antigüedad pagana. Por el solo hecho de negar la divinidad de Cristo, los judíos se definían como enemigos del orden social, puesto que este orden social estaba fundado en el cristianismo, así como otrora, en Roma, habían sido, junto con los cristianos mismos, los enemigos de otro orden social.

En medio del desmoronamiento del viejo mundo y en medio de las transformaciones radicales que se habían producido, el pueblo ubiquista de los judíos no había cambiado. Había logrado conservar, como siempre, sus costumbres, su modo de vida y sus hábitos y al mismo tiempo, participar de todas las ventajas que conferían los Estados a sus miembros o a sus súbditos. Ahora bien: todos estos Estados, muy heterogéneos al principio, se iban homogeneizando. Marchaban hacia una unidad cada vez mayor. Aspiraban, ya en la Edad Media, a la centralización que alcanzaron más tarde. Estaban llevados, pues, a combatir los elementos extraños – extraños nacional y dogmáticamente – sea que tales elementos vinieran de afuera, como los árabes, sea que subsistieran por dentro, como los judíos. En ese momento de la historia, el combate nacional y el combate confesional se confunden. Con la persistente barbarie del sistema feudal, tal combate no podía ser sino atroz, tanto más cuanto que era instintivo más que racional, sobre todo por parte del pueblo, ya que la Iglesia o por lo menos el papado y los sínodos procedieron por razonamiento. Dados estos principios generales, vamos a ver cómo actuaron y de qué modo influyeron en las manifestaciones especiales y particulares del antijudaísmo. Para eso, tenemos que hablar del papel comercial y financiero de los judíos, de su acción y de su mentalidad.

Fue hacia el final del siglo VIII que se desarrolló la actividad de los judíos occidentales. Protegidos en España por los Califas y respaldados por Carlomagno que dejó caer en el olvido las leyes merovingias, extendieron su comercio que, hasta entonces, había consistido sobre todo en la venta de esclavos. Por lo demás, se hallaban para ello en condiciones especialmente favorables. Sus colectividades estaban constantemente en contacto, unidas por el vínculo religioso que las vinculaban con el centro teológico de Babilonia, del que se consideraron dependientes hasta el ocaso del exilarcado. Así adquirieron grandes facilidades para el comercio de exportación con el cual juntaron riquezas considerables, si creemos las diatribas de Agobardo [1] y más tarde las de Rigord, [2] las que, si bien exageran la fortuna de los judíos, no deben sin embargo rechazarse totalmente como indignas de fe. [3] Acerca de esta riqueza de los judíos, sobre todo en Francia y España, hasta el siglo XIV, tenemos por lo demás los testimonios de los cronistas y los de los judíos mismos, varios de los cuales reprochaban a sus correligionarios preocuparse por los bienes materiales mucho más que por el culto de Jehováh. "En lugar de calcular el valor numérico del nombre de Dios, decía Abulafia el Cabalista,

los judíos prefieren contar sus riquezas."
A medida que se va avanzando, se ve crecer, en efecto, en los judíos esta preocupación por la riqueza y concentrarse toda su actividad práctica en un comercio especial: quiero hablar del comercio del oro. Aquí, no hace falta insistir. Se dijo a menudo y aún se repite que han sido las sociedades cristianas las que han obligado a los judíos a desempeñar las funciones de usurero y prestamista que han ejercido durante tanto tiempo: es ésta la tesis de los filosemitas. Por otro lado, los antisemitas aseguran que los judíos tenían disposiciones naturales e inmemoriales para el comercio y la finanza y que no hicieron jamás sino seguir su tendencia normal sin que nunca se le impusiera nada. Hay en estas dos aserciones una parte de verdad y una parte de error. O más bien es preciso comentarlas y sobre todo entenderlas.
En tiempos de su prosperidad nacional, los judíos, en eso semejantes a todos los demás pueblos, tuvieron una clase de ricos que se mostró tan interesada y tan dura para con los humildes como los capitalistas de todas las épocas y de todas las naciones. Por ello los antisemitas que utilizan, para demostrar la constante rapacidad de los judíos, textos de Isaías y jeremías, por ejemplo, obran como ilusos y, gracias a las palabras de los profetas, no pueden sino comprobar, lo que es pueril, la existencia en Israel de ricos y de pobres. Más aún: si examinaran imparcialmente los códigos y preceptos judaicos, reconocerían que tanto la legislación como la moral recomendaban nunca sacar interés de los préstamos. [4] Considerándolo bien, hasta los judíos fueron, en Palestina, los menos comerciantes de los semitas, muy inferiores en eso a los fenicios y los cartagineses. Fue recién bajo Salomón que entablaron relaciones con otros pueblos.
No obstante, en aquel tiempo, era una poderosa corporación de fenicios la que practicaba el cambio en Jerusalén. Por lo demás, la situación geográfica de Palestina no permitía a sus habitantes efectuar intercambios muy extensos y muy considerables. Sin embargo, durante el primer cautiverio, y por el contacto con los babilonios, una clase de comerciantes se constituyó, y era a esta clase a la que pertenecían los primeros emigrantes judíos, los que establecieron sus colectividades en el Egipto, en Cirenaica y en el Asia Menor. Formaron en todas las ciudades que los recibieron comunidades activas, poderosas y opulentas, y, cuando la dispersión, importantes grupos de emigrantes se unieron a los grupos primitivos que facilitaron su instalación.
Para explicar la actitud de los judíos, no es necesario, por lo tanto, recurrir a ninguna teoría sobre el espíritu ario y el espíritu semita. Por lo demás, se conocen la leyendaria cupididad romana y el sentido comercial de los griegos. La usura de los feneratores romanos no tenía límites, como tampoco su mala fe. Los respaldaba una ley durísima para el deudor, digna hija de la ley de las Doce Tablas que reconocía al acreedor el derecho de cortar pedazos de carne en el cuerpo vivo del deudor insolvente. En Roma, el oro era amo absoluto, y Juvenal podía hablar de la "sanctissima divitiarum majestas". [5] En cuanto a los griegos, eran los especuladores más hábiles y más audaces. Rivales de los fenicios en el comercio de los esclavos y la piratería, conocían la práctica de la letra de cambio y del seguro marítimo y, habiendo Solón autorizado la usura, no se privaban mucho de ella.
Los judíos, en cuanto pueblo, en nada se distinguían de los demás pueblos y, si fueron en un primer momento una nación de pastores y agricultores, llegaron, por una evolución de lo más natural, a constituir en su seno a otras clases. Al entregarse al comercio, después de su dispersión, siguieron una ley general que se aplica a todos los colonos. Salvo, en efecto, los casos en que fuera a desmontar una

tierra virgen, el emigrado no puede ser sino artesano o negociante, pues sólo la necesidad o el afán de lucro lo puede constreñir a abandonar el suelo natal. Los judíos, pues, al llegar a las ciudades occidentales, no actuaron de otro modo que los holandeses o los ingleses cuando éstos creaban puestos de trata.
Sin embargo, se especializaron bastante rápidamente en el cornercio del oro que se les ha reprochado tan vivamente desde entonces y, en el siglo XIV, son ante todo una tribu de cambistas y prestamistas; se han convertido en los banqueros del mundo. A ellos se encarga crear bancos de préstamos populares. Son ellos los que se convierten en testaferros de los señores y de los ricos burgueses, y esto era fatal, dada la concepción particular que del oro tenía la Iglesia y las condiciones económicas que dominaron en Europa a partir del siglo XII.
La Edad Media consideraba el oro y la plata como signos provistos de un valor imaginario, cambiando éste por mera decisión del rey que podía, según su fantasía, fijar su curso. Esta idea procedía del derecho romano que se negaba a tratar el dinero como una mercancía. La Iglesia heredó estos dogmas financieros, los combinó con las prescripciones bíblicas que prohibían el préstamo a interés y actuó severamente, desde sus orígenes, contra los cristianos y hasta los clérigos que seguían el ejemplo de los feneratores, quienes, cuando el interés legal era de alrededor del 12 %, prestaban al 24, 48 y hasta 60 por ciento. Los cánones de los concilios son muy explícitos al respecto. Siguen la doctrina de los Padres, de San Agustín, San Crisóstomo y San Jerónimo. Prohíben el préstamo y castigan a los que, clérigos y laicos, se dedican a prácticas usurarias. Su severidad no impedía del todo la usura, pero sí la moderaba, pues la tachaba de infame. Sin embargo, las condiciones sociales eran tales que la usura era inevitable y los concilios no podían cambiar en nada estas condiciones. Durante algunos siglos, el feudalismo había despojado a los municipios de sus bienes y había agrandado sus territorios a expensas de las tierras comunales. Cuando desapareció la servidumbre, la esclavitud económica sustituyó la esclavitud personal. Parte de la población campesina fue llevada a la vagancia, lo cual explica las bandas de vagabundos, mendigos y ladrones que, en el siglo XIV, cubrieron las carreteras de Francia. La otra parte fue sometida al régimen de salarios o vivió como arrendataria del suelo que había sido suyo.
Al mismo tiempo, en los siglos XII y XIII, se constituyeron el patronado y el salariado. La burguesía se desarrolló, se enriqueció y conquistó privilegios y franquicias: nació el poderío capitalista. Al transformarse el comercio, el valor del oro aumentó y la pasión por el dinero creció junto con la importancia que adquirió la moneda.
Por un lado los ricos, pues, y por el otro campesinos sin tierra propia, sometidos al diezmo y a las prestaciones, y obreros sojuzgados por las leyes capitalistas. Por encima de todo, guerras perpetuas, motines, enfermedades y hambrunas. Si el año es malo, o el fisco más duro, o si la cosecha fracasa, el campesino, el proletario o el pequeño burgués no tendrá más remedio que recurrir al empréstito. Hacen falta, por lo tanto, prestamistas. Pero la Iglesia prohíbe el préstamo a interés y el capital no se resuelve a quedar improductivo. Ahora bien: en la Edad Media, el capital sólo puede ser comerciante o prestamista: el dinero no puede producir de otro modo. Mientras las decisiones eclesiásticas tienen influencia, gran parte de los capitalistas cristianos no quieren alzarse directamente contra su autoridad. Así se formó una clase de réprobos, de la cual la burguesía y la nobleza a menudo fueron comanditarios. Se componía de lombardos y caorsinos, a quienes príncipes y señores conferían privilegios de préstamo a interés, cosechando parte de los

beneficios, que eran considerables, puesto que los lombardos prestaban al 10 por ciento por mes; o de extranjeros sin escrúpulos, como estos emigrados de Toscania establecidos en Istria, que practicaban la usura a tal punto que el municipio de Trieste suspendió en 1350 cualquier ejecución por apremio durante tres años. Esto no suprimía a los usureros locales, pero, ya lo he dicho, éstos encontraban las trabas que la Iglesia ponían a sus operaciones (el concilio de Lyón de 1245 quería que el testamento de los usureros fuera anulado).
Para los judíos, estas trabas no existían. La Iglesia no tenía sobre ellos ninguna acción moral. No podía prohibirles, en nombre de la doctrina y el dogma, practicar el intercambio y la banca. Los judíos que, en esa época, pertenecían en su mayor parte a la categoría de los comerciantes y los capitalistas, aprovecharon este privilegio y la situación económica de los pueblos en medio de los cuales vivían. La autoridad eclesiástica los empujó por este camino más que los retuvo, y los burgueses cristianos los hicieron entrar en él suministrándoles capitales, o sea usándolos como testaferros.
Así una concepción religiosa de las funciones del capital y del interés y un estado social que se oponía a tal concepción llevaron a los judíos de la Edad Media a ejercer un oficio despreciado pero necesitado, y en realidad no fueron causa de las desgracias provocadas por la usura, de lo que era culpable el orden social mismo. Fueron por lo tanto, en parte, motivos exteriores a ellos, a su naturaleza y a su temperamento los que los hicieron prestamistas, cambistas y banqueros, pero es justo agregar que estaban preparados para tales oficios por su condición misma de comerciantes, y esta condición, indudablemente la habían buscado. Si no cultivaron la tierra y no fueron agricultores, no fue porque no tuvieran bienes raíces, como a menudo se ha dicho: las leyes restrictivas del derecho e propiedad de los judíos no llegaron sino después de su establecimiento. Tuvieron tierras, pero las hicieron cultivar por esclavos, pues su tenaz patriotismo les prohibía arar suelo extranjero. [6] Este patriotismo, la idea que tenían de la santidad e la tierra palestinense, la ilusión que conservaban viva en ellos de la restauración de esta patria y la creencia particular que los hacía considerarse como exilados que algún día volverían a ver la ciudad sagrada los empujaron más que todos los demás extranjeros a dedicarse al comercio.
Comerciantes, debían fatalmente convertirse en usureros, dadas las condiciones que les impusieron los códigos y las condiciones que se impusieron a sí mismos. Para evitar persecuciones y vejámenes, tuvieron que hacerse útiles, y hasta necesarios, para sus dominadores, los nobles de quienes dependían y la Iglesia de la cual eran vasallos. Ahora bien: el noble y la Iglesia – a pesar de sus anatemas – necesitaban oro. Este oro, lo pedían a los judíos. El oro, en la Edad Media, se había convertido en el gran motor, en el dios supremo. Los alquimistas agotaban su vida en la búsqueda del procedimiento que debía crearlo. La idea de su posesión exaltaba las mentes. En su nombre, todas las crueldades se cometían. La sed de riquezas conquistaba todas las almas. Más tarde, para los sucesores de Colón, para Cortés y Pizarro, la conquista de América fue la conquista del oro. Los judíos fueron víctimas de tal fascinación universal, como la que habían conocido los Templarios. Les resultó especialmente funesta, por su mentalidad y por la condición civil que se les imponía. Para adquirir unos pocos privilegios, o más bien para durar, se hicieron los proxenetas del oro. Pero los cristianos lo buscaron con tanta avidez como ellos. Además, perpetuamente amenazados con la expulsión, siempre acampados y condenados al estado nómade, los judíos tuvieron que enfrentar las eventualidades temibles del exilio. Necesitaron transformar sus bienes, para

hacerlos fácilmente disponibles, dándoles una forma mobiliaria. Por ello fueron los más activos para imponer el valor dinero y considerarlo como una mercancía. De ahí el préstamo y, para remediar las confiscaciones periódicas, e inevitables, la usura.
La creación y organización, en el siglo XIII, de las guildas y los gremios redujeron definitivamente a los judíos al estado a que los habían llevado las condiciones sociales, generales y particulares, que sufrían. Todas esas corporaciones fueron corporaciones religiosas, digámoslo así: cofradías en las cuales sólo ingresaban los que se prosternaban ante el estandarte del Santo patrono. Las ceremonias que rodeaban el ingreso en esos cuerpos eran ceremonias cristianas. Los judíos tenían que ser excluidos. Lo fueron; una serie de normas les prohibió sucesivamente cualquier, industria y cualquier comercio, salvo el de ropa y muebles usados. Todos aquellos que se salvaron de esta obligación lo consiguieron merced a privilegios particulares que por lo general compraron carísimo.
Esto no es todo, sin embargo. Otras causas más íntimas se agregaron a las que acabo de mencionar, y todas concurrieron a rechazar cada vez más al judío fuera de la sociedad, a encerrarlo en el ghetto y a inmovilizarlo detrás del mostrador dónde pesaba el oro.
Pueblo enérgico, dinámico y de un orgullo infinito, que se consideraba superior a las demás naciones, el pueblo judío quiso ser una potencia. Tenía instintivamente el gusto de la dominación puesto que, por sus orígenes, su religión y el carácter de raza elegida que siempre se había atribuido, se creía ubicado encima de todos. Para ejercer esta suerte de autoridad los judíos no pudieron elegir los medios. El oro les dio el poder que todas las leyes políticas y religiosas les negaban; éste era el único que podían esperar. Detentadores del oro, se convertían en amos de sus amos, y los dominaban. También era éste el único modo de desplegar su energía y su actividad. ¿No hubieran podido manifestarlas de otra manera? Sí, lo intentaron. Pero para eso tuvieron que combatir contra su propia mentalidad. Durante largos años fueron intelectuales. Se dedicaron a las ciencias, las letras y la filosofía: Fueron matemáticos y astrónomos. Practicaron la medicina, y si la escuela de Montpellier no fue creada por ellos, contribuyeron a su desarrollo. Tradujeron las obras de Averroes y de los árabes comentadores de Aristóteles. Revelaron la filosofía griega al mundo cristiano y sus metafísicos Ibn Gabirol y Maimónides figuraron entre los maestros de los escolásticos. [7] Fueron durante años los depositarios del saber. Mantuvieron alto, como los iniciados de la Antigüedad, la antorcha que trasmitieron a los occidentales. Tomaron, con los árabes, la parte más activa del florecimiento y fructificación de esta admirable civilización semítica que surgió en España y en el mediodía de Francia, civilización ésta que anunció y preparó el Renacimiento. ¿Quiénes los detuvieron en este camino? Ellos mismos.
Para preservar a Israel de las perniciosas influencias del exterior – perniciosas, decían, para la integridad de la fe – sus doctores se esforzaron por limitarlo al estudio exclusivo de la ley. [8] Esfuerzos en este sentido ya se hicieron en la época de los Macabeos, cuando los helenizantes constituían un gran partido en Palestina. Vencidos en un primer momento o, por lo menos, poco escuchados, los que se llamaron más tarde los oscurantistas prosiguieron su misión. Cuando, en el siglo XII, la intolerancia y la beatería judías ganaron terreno y el exclusivismo aumentó, la lucha entre partidarios de la ciencia profana y sus adversarios se hizo más violenta. Se exasperó después de la muerte de Maimónides y acabó en la victoria de los oscurantistas.
Moisés Maimónides había intentado en sus obras, y en especial en el Moré

Nebukhim (Guía de los extraviados), conciliar la fe y la ciencia. Aristotélico convencido, había querido unir la filosofía peripatética con el mosaísmo, y sus especulaciones sobre la naturaleza e inmortalidad del alma hallaron defensores y admiradores ardientes, pero también detractores frenéticos. Estos últimos le reprocharon sacrificar el dogma a la metafísica y menospreciar las creencias fundamentales del judaísmo: la resurrección de la carne, por ejemplo. En realidad, los maimonistas, principalmente en Francia y España, tendían a dejar a un lado las prácticas rituales y las ceremonias demasiado minuciosas del culto. Osadamente racionalistas, explicaban alegóricamente los milagros bíblicos, como lo habían hecho en otros tiempos los discípulos de Filón, y evadían las proscripciones tiránicas de la religión. Pretendían participar en el movimiento intelectual de su época y mezclarse, sin abandonar sus creencias, con la sociedad en cuyo seno vivían. Sus adversarios defendían la pureza de Israel y la integridad absoluta de su culto, sus ritos y sus creencias. Veían en la filosofía y la ciencia los más funestos enemigos del judaísmo y afirmaban que si los judíos no volvían a ser ellos mismos, si no rechazaban lejos de sí todo lo que no era la Ley santa, estaban destinados a perecer y a disolverse entre las naciones. Desde su punto de vista estrecho y fanático tal vez no estuvieran equivocados, y fue gracias a ellos que los judíos persistieron en todas partes como una tribu extranjera que conservaba celosamente sus leyes y sus costumbres, resignada a la muerte intelectual y moral más bien que a la muerte física y natural de los pueblos degenerados.

En 1252, el rabino Salomón de Montpellier lanzó el anatema contra todos aquellos que leyeran el Moré Nebukhim o se dedicaran a estudios científicos y filosóficos. Esto fue la señal del combate, que fue violento de ambas partes y en el cual todas las armas fueron utilizadas. Los rabinos fanáticos recurrieron al fanatismo de los dominicos. Denunciaron la Guía de los Extraviados y la quisieron hacer quemar por la Inquisición. Ése fue el intento de Salomón de Montpellier, y su fracaso marcó la derrota de los oscurantistas. Pero esa derrota no terminó con la lucha. A fines del siglo, fue retomada por Astruc de Lunel, apoyado por Salomón ben Adret de Barcelona, contra Jacobo Tibbón de Montpellier. A instigación de un doctor de Alemania, Ascher ben Yehiel, un sínodo de treinta rabinos, reunido en Barcelona con la presidencia de Ben Adret, excomulgó a todos aquellos que antes de los veinticinco años leyeran otros libros que la Biblia y el Talmud.

La excomunión contraria fue pronunciada por Jacobo Tibbón quien, encabezando a todos los rabinos provenzales; defendió valientemente la ciencia condenada. Todo fue en vano. Estos miserables judíos que el mundo entero atormentaba por su fe persiguieron a sus correligionarios más áspera y duramente de lo que se los había jamás perseguido. A los que acusaban de indiferencia aplicaban los peores suplicios. A los blasfemos se les cortaba la lengua. A las mujeres judías que mantenían relaciones con cristianos se las condenaba a ser desfiguradas: se les practicaba la ablación de la nariz.

A pesar de todo, los partidarios de Tibbón resistieron. Si, durante los siglos XIV y XV, en Francia, España e Italia, el pensamiento judío no murió completamente, a ellos se debió. Sin embargo, todos esos hombres, tales como Moisés de Narbona y Levy de Bagnols, como Elías de Creta y Alemani, el maestro de Pico de la Mirándola, eran unos aislados, como más tarde Spinoza. En cuanto a la masa de los judíos, había caído enteramente bajo el yugo de los oscurantistas. Ya estaba separada del mundo y cualquier salida le estaba vedada. Ya no tenía, para nutrir su mente, sino los fútiles comentarios talmúdicos, discusiones inútiles y mediocres sobre la ley. Estaba encerrada y ahogada por las prácticas ceremoniales, como las

momias por sus vendas. Sus dirigentes y sus guías la habían encarcelado en la mazmorra más estrecha y más abominable. De ahí un espantoso embrutecimiento, un horroroso relajamiento, un debilitamiento del intelectualismo y una compresión de los cerebros que se hicieron ineptos para concebir cualquier idea.
A partir de ese momento, el judío ya no pensó. ¿Y qué necesidad tenía de pensar, puesto que tenía un código minucioso, obra de legistas casuistas, que podía contestar todas las preguntas que era lícito formular? Pues se prohibía al creyente inquietarse por problemas que no indicaba este código, el Talmud. En el Talmud el judío lo encontraba todo previsto. Los sentimientos y emociones, cualesquiera fuesen, estaban marcados. Unas plegarias – puras fórmulas – permitían manifestarlos. El libro no dejaba lugar alguno ni a la razón ni a la libertad, tanto menos cuanto que casi se proscribía, al enseñarlo, la parte leyendaria y la parte gnómica para insistir en la legislación y el ritual. Con semejante educación, el judío no perdió solamente toda espontaneidad y toda intelectualidad; vio disminuir y debilitarse su moralidad. Los talmudistas, que sólo tomaban en cuenta actos exteriores cumplidos maquinalmente, y no una meta moral, cerraron el alma judía. Entre el culto y religión que preconizaron y el sistema chino del molino de plegarias no había sino la diferencia que separa la complejidad de la simplicidad. Si, por la tiranía que ejercieron sobre su rebaño, desarrollaron en cada uno la ingeniosidad y la astucia necesarias para escapar de la red que lo agarraba impiadosamente, acrecentaron el positivismo natural de los judíos ofreciéndoles como único ideal una felicidad material y personal, felicidad ésta que se podía alcanzar en la tierra siempre que se supiera cumplir las mil leyes culturales.
Para conquistar esta felicidad egoísta, el judío, al que las prácticas recomendadas libraban de toda preocupación y de toda inquietud, era fatalmente llevado a buscar el oro, pues, dadas las condiciones sociales que lo regían, como regían a todos los hombres de la época, sólo el oro podía procurarle las satisfacciones que concebía su cerebro limitado y estrecho. Así, por sí mismo y por los que lo rodearon, por sus leyes propias y por las que se le impusieron, por su naturaleza artificial y por las circunstancias, el judío fue dirigido hacia el oro. Fue preparado para ser el cambista, el prestamista y el usurero: el que capta el metal, primero por el goce que puede proporcionar y, luego, por la única felicidad de su posesión; el que, ávido, se apodera del oro y, avaro, lo inmoviliza. Así transformado el judío, el antijudaísmo se complicó. Las causas sociales se mezclaron con las causas religiosas y la combinación de estas causas explica la intensidad y la gravedad de las persecuciones que Israel hubo de sufrir.
En efecto, los lombardos y los caorsinos, por ejemplo, fueron blancos de la animosidad popular. Fueron odiados y despreciados, pero no fueron víctimas de persecuciones sistemáticas. El que los judíos detentasen riquezas, se lo encontraba abominable sobre todo por tratarse de judíos. Contra el cristiano que lo expoliaba – y que, por lo demás, no valía ni más ni menos que el judío – el pobre diablo despojado sentía menos ira de la que experimentaba contra el réprobo israelita, enemigo de Dios y de los hombres. Al convertirse el deicida, ya objeto de horror, en usurero, recaudador de tasas e imperioso agente del fisco, el horror se acrecentó. Se le agregó el odio de los apremiados y oprimidos. Las mentes sencillas no buscaron las causas reales de su angustia: sólo vieron sus causas eficientes. Ahora bien: el judío era la causa eficiente de la usura. Era él quien, por los enormes intereses que cobraba, provocaba las penurias, la áspera y dura miseria. Era sobre el judío, pues, que recaía la enemistad, El pueblo sufrido no se preocupaba mucho por las responsabilidades. No era economista, ni pensador. Comprobaba que una mano

pesada lo sujetaba. Esta mano era la del judío: se tiraba, pues, contra el judío. No sé tiraba sólo contra él y a menudo, cuando se le habían agotado fuerza y paciencia, golpeaba a todos los ricos indistintamente y mataba a judíos y cristianos. Los Pastoureaux destruyeron, en Gascuña y en el sur de Francia, ciento veinte comunidades judías, pero no se limitaron a maltratar a los judíos: invadieron castillos y exterminaron a los nobles y a los que poseían. En el Brabante, los campesinos que asediaron a Genappe, lugar de residencia de los judíos, no perdonaron a sus correligionarios. Asimismo, en Renania, cuando los reyes Armleder sublevaron a los Gueux, no arrastraron consigo solamente a los Judenschläger, [9] sino también a matadores de ricos. Con todo, entre los cristianos, sólo los poseedores padecían la violencia de los revoltosos: no se tocaban los pobres. Entre los judíos, se exterminaban pobres y ricos indistintamente, pues eran ante todo culpables de ser judíos. A su ira por ser despojada, la muchedumbre agregaba la rabia de ser despojada por malditos y, perteneciendo estos malditos a una raza extranjera y formando un pueblo aparte, ya ninguna consideración retenía a los expoliados.

Sin embargo, las masas dominadas por la autoridad y las leyes pocas veces atacaban a la generalidad de los capitalistas. Hacía falta, para empujarlas a la rebelión, una espantosa acumulación de miseria. En lo que concernía a los judíos, su animosidad no estaba nada retenida sino, por el contrario, excitada. Era un derivativo y, de vez en cuando, reyes, nobles o burgueses ofrecían a sus esclavos un holocausto de judíos. A este judío desgraciado, durante la Edad Media se lo utiliza para dos fines. Se lo usa como sanguijuela, dejándolo inflarse y llenarse de oro; luego se lo obliga a devolver o, si el odio popular está demasiado exacerbado, se lo entrega a un suplicio ventajoso para los capitalistas cristianos que pagan así a los que despojan un tributo de sangre propiciatoria.

De vez en cuando, para dar satisfacción a sus súbditos, miserables en demasía, los reyes proscribían la usura judía y anulaban las deudas. Pero, por lo general, toleraban a los judíos y hasta los alentaban, seguros de encontrar algún día su provecho en la confiscación o, a lo mejor, sustituyéndolos como acreedores. Sin embargo, tales medidas sólo eran temporarias y el antijudaísmo de los gobiernos era meramente político. Echaban a los judíos, sea para reforzar su hacienda, sea para suscitar el reconocimiento de los humildes que liberaban, en parte, de la pesada carga de la deuda, pero pronto los llamaban de vuelta, pues no sabían dónde encontrar mejores recaudadores de tasas. Por lo demás, la legislación antijudía, ya lo hemos dicho, lo más a menudo era impuesta a los reinos por la Iglesia, sea por los monjes, sea por los papas y los sínodos. Con todo, el clero regular y el clero secular actuaban según principios distintos.

Los monjes se dirigían al pueblo, con el cual estaban en contacto permanente. Predicaban en primer lugar contra los deicidas, pero mostraban a estos deicidas como dominadores, mientras que hubieran debido estar perpetuamente hincados bajo el yugo de la cristiandad. Todos esos predicadores daban cuerpo a las quejas populares, "Si los judíos llenan sus graneros de fruta, sus alacenas de víveres, sus bolsos de plata y sus, arcas de oro – decía Pedro de Cluny – [10], no es ni labrando la tierra, ni sirviendo en la guerra, ni practicando cualquier otro oficio útil y honorable, sino engañando a los cristianos y comprando a vil precio a los ladrones los objetos de que éstos se han apoderado". Exaltaban una ira que no pedía sino manifestarse y, en sus homilías y sermones, era sobre todo el lado social del problema el que ponían de relieve. Invectivaban a la nación "infame" que "vive de rapiña" y, si mezclaban a sus injurias algunas preocupaciones de proselitismo, se

presentaban sobre todo como vengadores llegados para castigar "la insolencia, la avaricia y la dureza de los judíos". Por eso se los escuchaba. En Italia, Juan de Capistrano, el "Castigo de los Hebreos", sublevaba a los pobres contra la usura de los judíos y su dureza de corazón. Proseguía su obra en Alemania y Polonia, arrastrando a bandas de pobres diablos, miserables y desesperados, que hacían pagar sus sufrimientos a las colectividades judías. Bernardino de Feltre seguía su ejemplo, pero estaba obsesionado por ideas más prácticas, entre otras la de organizar Montes-Píos, para eliminar la rapacidad de los prestamistas. Recorría Italia y el Tirol, pidiendo la expulsión de los hebreos, provocando sublevaciones y motines y causando la matanza de los judíos de Trento.
Los reyes, los nobles y los obispos no alentaban esta campaña de los regulares. En Alemania, protegían a los israelitas contra el monje Radulfo. En Italia, se oponían a las predicaciones de Bernardino de Feltre que acusaba a los príncipes de haberse dejado comprar por Yehiel de Pisa, el judío más rico de la Península. En Polonia, el papa Gregorio XI detenía la cruzada del dominico Juan de Ryczywol. Los gobernantes tenían sumo interés en reprimir estas sublevaciones parciales, pues sabían por experiencia que las bandas de hambrientos, cuando habían degollado a los judíos, degollaban a los que gozaban de exorbitantes privilegios, a los señores, condes o barones, cuya dominación pesaba demasiado sobre los hombros de los contribuyentes. Los Pastoureaux, los Jacques, los seguidores de Armleder y, más tarde, los campesinos de Munzer, mostraron que los dueños del poder tenían algunas buenas razones para temer. Al proteger, hasta cierto punto, a los judíos, se protegían a sí mismos.
En cuanto a la Iglesia, se mantenía en el antijudaísmo teológico y, esencialmente conservadora, se cuidaba de no alentar el furor popular. Hablo de la Iglesia universal y centralizadora, que abrigaba sueños de universal dominación, la Iglesia de los sínodos, la Iglesia legisladora, y no la Iglesia de los pobres sacerdotes y de los monjes, que sentía la misma ira que agitaba a los humildes. Pero si la Iglesia intervenía a veces a favor de los judíos cuando eran víctimas del odio de la muchedumbre, alimentaba este odio y le suministraba argumentos al combatir el judaísmo, aunque no lo combatía por los mismos motivos.
Fiel a sus principios, perseguía vanamente el espíritu judío en todas sus formas. Le era imposible librarse de él, pues dicho espíritu judío había inspirado su primera época y la impregnaba corno la sal marina que surge en su superficie impregna la arena de las playas. Aunque, desde el siglo II, se hubiera dedicado a negar sus orígenes y a alejar de ella cualquier recuerdo de sus fundamentos iniciales, éstos la habían marcado. Al tratar de realizar su concepción de los estados cristianos dirigidos y dominados por el papado, la Iglesia tendió a reducir todos los elementos anticristianos. Así inspiró la reacción violenta de Europa contra los árabes y la lucha de las nacionalidades europeas contra el islamismo fue una lucha a la vez política y religiosa.
Pero el peligro musulmán era un peligro exterior, y los peligros interiores que amenazaban el dogma fueron juzgados tan graves por la Iglesia. A medida que se hizo todopoderosa y alcanzó su máximo de catolicidad, soportó más difícilmente la herejía. A partir del siglo VIII, la legislación contra los herejes se agravó. Antes benigna y limitada a penas canónicas, recurrió en adelante al poder secular, y se tomaron medidas durísimas contra los valdenses, los albigenses, los beggards, los hermanos apóstoles y los luciferianos. La Inquisición que el papa Inocencio III estableció en el siglo XIII fue el acabamiento de este movimiento. En adelante, un tribunal especial, con la autoridad civil sometida a sus decisiones, fue el único juez,

un juez impiedoso, de la herejía.
Los judíos no pudieron permanecer al margen de esta legislación. Se los persiguió, no por ser judíos – la Iglesia quería conservar a los judíos como un testimonio vivo de su triunfo – sino por incitar a la judaización, sea directamente, sea inconscientemente y por el solo efecto de su existencia. ¿No habían sus filósofos alentado a metafísicos como Amaury de Pene y David de Finan? Además, ciertos herejes ¿no eran judaizantes? Los pasagianos de la Alta Italia observaban la ley mosaica. La herejía de Orleans era una herejía judía. Una secta albigense afirmaba que la doctrina de los judíos era preferible a la de los cristianos. Los husitas estaban respaldados por los judíos. Por ello los dominicos predicaron contra los husitas y los judíos y el ejército imperial que marchaba contra Juan Ziska masacró a judíos en su camino.
En España, donde la mezcla entre judíos y cristianos había sido considerable, la Inquisición fue instaurada por Gregorio XI, quien le dio una constitución, para controlar a los herejes judaizantes, y a los judíos y a los moros que, aunque no fueran súbditos de la Iglesia, estaban sometidos al Santo Oficio cuando "por sus palabras o sus escritos alentaban a los católicos a abrazar su fe". Además, el papado recordó a los reyes de España las decisiones canónicas, pues los fueros castellanos, al sustituir las leyes visigóticas, habían asegurado a los judíos, los cristianos y los musulmanes los mismos derechos.
Todas estas medidas eclesiásticas reforzaron los sentimientos antijudíos de los reyes y los pueblos. Eran causas generadoras. Mantuvieron un estado de espíritu especial que acentuaron para los reyes motivos políticos y para los pueblos motivos sociales. Gracias a ellas, el antijudaísmo se generalizó, y ningún estrato de la sociedad permaneció al margen, pues todos los estratos estaban, en mayor o menor medida, guiados por la Iglesia o inspirados en sus doctrinas. Todos eran o se creían perjudicados por los judíos. Los nobles estaban ofendidos por sus riquezas. Los proletarios, los artesanos y los campesinos, en una palabra, el bajo pueblo, estaban irritados por su usura. En cuanto a la burguesía – comerciantes y manejadores de dinero – se encontraba en rivalidad permanente con los judíos, y la competencia constante engendraba el odio. En los siglos XIV y XV, empieza a dibujarse la lucha moderna del capital cristiano contra el capital judío y la burguesía católica mira con bastante satisfacción la matanza de los judíos, que la libra de un rival a menudo feliz.
Así todo concurrió a hacer del judío el enemigo universal, y el único apoyo que encontró durante este terrible período de unos siglos fue el del papado y de la Iglesia que, aun alimentando la ira cuyas consecuencias padecía, querían conservar preciosamente este testigo de la excelencia de la fe cristiana. Si la Iglesia conservó a los judíos, no fue sin embargo sin reprimendarlos y castigarlos. Fue ella la que prohibió encargarles empleos públicos que pudieran conferir autoridad sobre los cristianos. Fue ella la que incitó a los reyes a tomar contra ellos medidas restrictivas, les impuso signos distintivos – la rueda y el sombrero – y los encerró en ghettos, estos ghettos que a menudo los judíos aceptaron, y hasta buscaron, en su deseo de separarse del mundo y de vivir apartados, sin mezclarse con las naciones, para conservar la integridad de sus creencias y de su raza. Si bien es cierto que en muchos lugares los edictos ordenaban a los judíos permanecer confinados en barrios especiales, no hicieron sino consagrar un estado de cosas ya existente. Pero el principal papel de la Iglesia fue el de combatir dogmáticamente la religión judía. Para eso, las controversias, tan numerosas sin embargo, no bastaron. Se dictaron leyes contra los libros judíos. Ya Justiniano [11] había prohibido en las

sinagogas la lectura de la Mischna. Posteriormente, no se legisló más contra el Talmud hasta San Luis. Después de la controversia de Nicolás Donin y Yehiel de París (1240), Gregorio IX ordenó quemar el Talmud. Esta ordenanza fue reiterada por Inocencio IV (1244), Honorio IV (1286) y Juan XXII (1320) y por el antipapa Benedicto XIII (1415). Además, se expurgaron las plegarias judías y se prohibió la erección de nuevas sinagogas.
Las leyes civiles comentaron las decisiones eclesiásticas y se inspiraron en ellas. Así, por ejemplo, las leyes de Alfonso X de Castilla, en el código de las Siete Partidas, [12] las disposiciones de San Luis, las de Felipe IV, las de los emperadores alemanes y las de los reyes polacos. [13] Se prohibió a los judíos mostrarse en público en ciertos días. Se les impuso, como al ganado, un peaje personal. A veces se les impidió casarse sin autorización.
A las leyes se agregaron las costumbres: costumbres vejatorias como la de Tolosa, en Languedoc, que sometía al síndico de los judíos a la colafización. La muchedumbre los insultaba en ocasión de sus fiestas y sus sábados. Profanaba sus cementerios. Al salir de los misterios y de las representaciones de la Pasión, saqueaba sus casas.
No bastó con vejarlos ni expulsarlos, como hicieron Eduardo I de Inglaterra (1287), Felipe IV y Carlos VI de Francia (1306 y 1394) y Fernando el Católico de España (1492); se los masacró en todas partes.
Cuando los cruzados iban a liberar el santo Sepulcro, se preparaban a la guerra santa con la inmolación de los judíos. Cuando la peste negra o la hambruna se desencadenaba, se ofrecía a los judíos en holocausto a la divinidad irritada. Cuando las exacciones, la miseria, el hambre y las penurias asustaban al pueblo, éste se vengaba sobre los judíos, que proporcionaban víctimas expiatorias, "¿Para qué ir a combatir a los musulmanes – gritaba Pedro de Cluny [14] – puesto que tenemos a los judíos entre nosotros, a los judíos que son peores que los sarracenos?"
¿Qué hacer contra la epidemia sino matar a los judíos que conspiran con los leprosos para envenenar las fuentes? Por ello se los extermina en York y en Londres, en España a instigación de San Vicente Ferrer, en Italia donde predica Juan de Capistrano, en Polonia, en Bohemia, en Francia, en Moravia, en Austria. Se los quema en Estrasburgo, Maguncia y Troyes. En España, los marranos van a la hoguera por millares. En otras partes, se los destripa a golpes de horquilla y de guadaña, se los cachiporrea como a perros.
Por cierto, los profetas que pidieron para Judá, como castigo de sus crímenes, los temibles furores de su Dios, no soñaron con desgracias más espantosas que aquellas con las que se lo abrumó. Cuando se lee su martirologio, tal como lo lloró, en el siglo XVI, el aviñonés Ha Cohen, [15] este martirologio que va desde Akiba, desgarrado por almohazas de hierro, hasta los supliciados de Ancona rogando en las llamas y los héroes de Vitry que se inmolaron a sí mismos, uno se siente agarrado por una lastimosa tristeza. El Valle de los Llantos, así se llama este libro que "resonó para el duelo. . . ", cuya tocante grandeza no alcanzaron las Lágrimas del Pastor de Chambrun celebrando a los hugonotes proscriptos. "Lo llamé El Valle de los Llantos – dice el viejo cronista – pues responde a este título. Quienquiera lo lea se sentirá conmovido, sus párpados dejarán correr lágrimas y, con las manos colocadas en los riñones, se preguntará.; ¡hasta cuándo, Díos mío!"
¿Qué culpas podían merecer castigos tan espantosos? ¡Cuán desgarradora debía ser la aflicción de esos seres! En las horas malas, se estrecharon los unos contra los otros y se sintieron hermanos. El vínculo que los unía se fortaleció. ¿A quiénes habrían dicho sus lamentos y sus pocas alegrías, sino a si mismos? De estas

comunes desolaciones y de estos sollozos nació una intensa y sufrida fraternidad. El viejo patriotismo judío se exaltó más aún. Se complacieron, estos abandonados, maltratados en toda Europa y que marchaban con la cara escupida, se complacieron en sentir revivir a Sion y sus colinas perdidas y evocar, supremo y dulce consuelo, las amadas orillas del Jordán y los lagos de Galilea. Lo lograron por una intensa solidaridad. En medio de los lamentos y las opresiones, fueron llevados a vivir más entre sí y a aliarse estrechamente. ¿No sabían que en sus viajes sólo en casa del judío encontrarían un amparo seguro, que si la enfermedad los asaltaba sólo un judío los auxiliaría fraternalmente y que si morían lejos de los suyos sólo judíos los podrían sepultar según los ritos y rezar sobre sus cuerpos las plegarias tradicionales?

Sin embargo, si se quiere comprender exactamente la situación de los judíos durante esa época sombría, hay que compararla con la del pueblo que los rodeaba. Si las persecuciones contra los judíos tuvieran lugar hoy en día, su carácter de excepción las haría más dolorosas. En la Edad Media, los proletarios y campesinos no eran mucho más felices. Los judíos, sacudidos por terribles convulsiones, tenían épocas de relativa tranquilidad, períodos ésos que no conocieron los siervos. Se tomaban medidas contra ellos, ¿pero qué medidas no se tomaron contra los mozárabes, los husitas, los albigenses, los Pastoureaux y los Jacques? ¿Contra los herejes y los miserables? -Desde el siglo XI al final del siglo XVI, se desarrollaron años abominables y los judíos no sufrieron mucho más que aquellos en medio de quienes vivían. Sufrieron por otras causas y quedaron marcados de modo distinto. Pero a medida que las costumbres se fueron suavizando, horas más felices llegaron para ellos. Vamos a ver qué modificaciones debían aportar a su estado la Reforma y el Renacimiento.

[1])- De insolentia judaeorum (Patrologie latine, t. CIV).

[2])- Gesta Philippi Augusti.

[3])- Sobre la situación de los judíos meridionales en tiempo de Felipe el Hermoso, ver Luce, Simón, Catalogue des documenta du trésor des chartes (Revue des Eludes Juives, t.
1, n° 3).

[4])- "No prestarás a interés a tu hermano, ni dinero, ni alimentos, ni cosa alguna; podrás
prestar a interés al extranjero (nochri)", Deuteronomio, XXIII, 19, 20.
Nechri significa el extranjero de paso; el extranjero residente se llama guer.
"Cuando tu hermano se haya empobrecido y te extienda sus manos temblorosas, lo sostendrás, inclusive al extranjero (guer) que habita en el país, para que viva contigo. No le
sacarás ni interés ni usura." Levítico, XXV, 35.
"Jehováh ¿quién es el que estará en tu tabernáculo? El que no presta a interés." (Psalmo XV, 5. "Ni a un no judío", agrega el comentario talmúdico. (Maccoth., 1, XXIV). (Ver también Éxodo, XXII, 25. Filón, De caritate, Josefo, Antiquit. jud., 1, IV, cap. VIII, Seldon,
1, VI, cap, IX).

[5])- La Sibila hebraica habla de "la sed execrable del oro, del amor a la ganancia sórdida

que lleva a los latinos a la conquista del mundo".
[6])- Cer. cap. I, p. 18.
[7])- Ver Munk, S., Mélanges de philosophie juive et arabe.
[8])- Cap. I
[9])- Literalmente “golpeadores de judíos” y, por extensión, “matadores de judíos”
[10])- Pedro el Venerable, abad de Cluny, Tractatus adversus judaeorum inveteram diritiam (Bibl. des Péres Latins, Lyon).
[11])- Novelle, 146.
[12])- Tít. XXIV.
[13])- Status principal de Ladyslas Jagellon, art. XIX.
[14])- Lug. citado.
[15])- Emek-Habbaka (La vallée des pleurs), traducción de Julien Sée

VI

EL ANTIJUDAISMO DESDE LA REFORMA HASTA LA REVOLUCION FRANCESA

Situación de los judíos a principios del siglo XVI - Derrota de los moros - Expulsión de España - Ablandamiento de las costumbres - Las últimas persecuciones - La Inquisición en Portugal - El Renacimiento y la Reforma de la Iglesia - Los ataques contra la primacía romana - Los humanistas y el Talmud - Reuchlin y Pfefferkorn - La Reforma y el espíritu judío - La Biblia - Lutero y los judíos - Transformación de la cuestión social y de la cuestión religiosa - Las guerras de los campesinos - Los judíos no son más los principales enemigos de la Iglesia - El Estado cristiano - El catolicismo, los reformados y los judíos - Los papas y el judaísmo - Las medidas contra el Talmud y las conversiones - La legislación antijudía - Los vejámenes y agravios - El antijudaísmo dogmático - El nuevo llamado de los judíos - Los judíos en Europa en el siglo XVIII - Los judíos en Holanda, Inglaterra, Polonia y Turquía - Los judíos portugueses en Francia - Estado intelectual y moral de los judíos - Cabalismo y mesianismo - Sabbatai Zevi y Franck - Las sectas místicas: los hasidianos y los neohasidianos, los donméh y los trinitarios - El talmudismo - Joseph Caro y el Schuldeban-Aruch; el Pilpul - La reacción judía contra el Talmud - Mardochée-Kolkos - Uriel Acosta y Spinoza - Mendelsohn, el Meassef y la emancipación judía - La filosofía humanitaria y los judíos - Las objeciones económicas y las objeciones políticas - Maury y Clermont-Tonnerre; Rewbel y Grégoire - La Revolución - El ingreso de los judíos en la sociedad

Cuando se inició el siglo XVI y el primer soplo de libertad pasó sobre el mundo, los judíos ya no eran sino un pueblo de cautivos y esclavos. Encerrados en los ghettos cuyos muros sus manos imbéciles habían contribuido a edificar, estaban segregados de la sociedad de los hombres y, en su mayor parte, vivían en un estado de lamentable y desoladora abyección. Puesto que ellos mismos habían cerrado todas las puertas y tapado todas las ventanas por las cuales habrían podido recibir aire y luz, su intelecto se había atrofiado.
Durante toda la Edad Media, con la influencia de los pueblos ambientes y de las legislaciones especiales y envilecedoras, y como consecuencia de la acción depresiva y funesta de los talmudistas, habían adquirido esta fisionomía particular que sólo perdieron en nuestros días y que muchos conservan todavía en Polonia, Rumania, Rusia, Hungría y Bohemia y en algunas regiones de Alemania, fisonomía ésta que la humildad consuetudinaria cabía hecho vil y obsequiosa, que las condiciones de existencia habían hecho temerosa y enfermiza y que la enseñanza exclusiva de los rabinos había marcado con cautela e hipocresía, pero que el sufrimiento había agudizado y, a veces, iluminado en una tristeza pasiva y una resignación dolorosa. El número le los que habían escapado de tal envilecimiento era muy reducido y los judíos que habían sabido conservar la mente libre y el espíritu orgulloso eran una ínfima minoría. La mayor pare de éstos eran médicos, pues la medicina era la única ciencia que permitía el Talmud. Eran a veces, al mismo tiempo, filósofos, y veremos qué papel desempeñaron en Italia durante el Renacimiento. En cuanto a la masa, era inepta para todo lo que no era comercio y usura. Por lo demás, ya no tenía ningún derecho y ninguna capacidad. No tenía salida alguna, y los pocos caminos que aún hubiera podido tomar se los cerraban sus propios doctores que se aliaban así con los legistas cristianos.
Estos últimos, para su obra, se habían inspirado en las octrinas de la Iglesia, doctrinas éstas que Tomás de Aquino había expresado de modo lapidario. Judae sunt servi, había dicho enérgicamente el maestro. La ley no los había considerado de otro modo. Al final del siglo XV, en Alemania, el judío se había convertido en el siervo de la cámara imperial. En Francia, era siervo del rey y del señor, menos que un siervo, para decir verdad, pues el siervo podía poseer mientras que en realidad el judío no tenía propiedad; más que una persona era una cosa. El rey, el señor, el obispo o el abad podía disponer de todo lo que pertenecía al judío, pues la posibilidad de poseer era para él meramente teórica. Era imponible sin límite. Lo gravaban impuestos fijos, sin perjuicio de las confiscaciones y, mientras que, por un lado, la Iglesia hacía todos sus esfuerzos para atraer al judío, por el otro los barones y los dignatarios eclesiásticos lo mantenían en su condición. Al convertirse, perdía sus bienes en provecho del señor deseoso de compensar la pérdida de las tasas que no percibiría más y, así, el interés mantenía al judío en su ergástulo. Se lo miraba como una bestia inmunda y útil, menos que un perro o un cerdo al que el peaje personal lo asimilaba sin embargo. Era el eterno maldito, aquél sobre quien era lícito y hasta meritorio hacer recaer los golpes que había recibido el Crucificado en el pretorio de Pilatos.
Cuando se inició el siglo XVI, el único país donde los judíos podían reivindicar su dignidad de hombre acababa de serles cerrado. La toma de Granada y la conquista del reino moro había quitado a los judíos su último refugio. El día (2 de enero de 1492) en que Fernando e Isabel entraron en la ciudad musulmana, España toda fue cristiana. La guerra santa de los españoles contra los infieles había terminado victoriosamente y los moros que permanecían, a pesar de la seguridad que se les

había garantizado, eran cruelmente perseguidos. Ya que la victoria había excitado el fanatismo, por un lado, y el sentimiento nacional, por otro, España, liberada de los moros, quiso librarse de los judíos que los reyes católicos expulsaron en el mismo año de la caída de Boabdil, mientras que la Inquisición redoblaba su rigor contra los marranos y los descendientes de los moros.
Sin embargo, y a pesar de la condición lamentable a la cual estaban reducidos, el tiempo de los grandes dolores había pasado para los judíos. Empiezan a bajar por la pendiente por la cual tan penosamente habían subido y, si no encuentran todavía plena seguridad en los senderos, hallan más humanidad y más piedad. Las costumbres se suavizan en aquella época. Las almas se hacen menos rudas y se adquiere realmente la noción de criatura humana. Esa edad, en la que crece el individualismo, entiende mejor al individuo. Al mismo tiempo que la personalidad se desarrolla, los hombres se muestran más tiernos para con la persona ajena.
Los judíos se beneficiaron con este estado de espíritu. Fueron tan despreciados como antes, pero fueron odiados de modo menos violento. Se buscó todavía atraerlos al cristianismo, pero por la persuasión. Es cierto que se los expulsó de algunas ciudades y de algunos países. Se los echó de Colonia y de Bohemia, en el siglo XVI. Los gremios de artesanos de Francfort y de Worms, conducidos por Vicente Fettmilch, los obligaron a dejar también estas ciudades. Pero, en su carácter de siervos de la cámara imperial, fueron eficazmente protegidos por su soberano. Si Leopoldo I los echó de Viena y María Teresa, más tarde, los expulsó de Moravia, estos decretos de expulsión sólo tuvieron un efecto temporario. Sus consecuencias no se hicieron sentir por mucho tiempo. Y cuando los judíos volvieron a las ciudades merced a cierta tolerancia, no se los molestó. Las matanzas de Franconia y Moravia y las hogueras de Praga fueron excepcionales en el siglo XVI. Y en cuanto al exterminio que Chmielniki ordenó en Polonia en el siglo XVII, sólo alcanzó a los judíos de rebote.
Persecuciones sistemáticas, ya no hubo desde entonces, salvo las que la Inquisición siguió ejerciendo en España contra los judíos conversos, y en Portugal cuando fue introducida por el papa Clemente VII a pedido de Juan III, y después de las matanzas de 1506. Por lo demás, en este último país, la Inquisición fue encargada a los franciscanos que se mostraron menos feroces que los dominicos españoles.
Los judíos, sin embargo, no habían cambiado. Tal como los vimos en plena Edad Media los reencontramos en el momento de la Reforma. Hasta, tal vez, moral e intelectualmente, la masa judía era peor. Pero si no habían cambiado, sí lo habían hecho los que los rodeaban. Estos eran menos creyentes y, por lo tanto, menos predispuestos a odiar a los herejes. El averroísmo había preparado esta decadencia de la fe, y se sabe qué papel tuvieron los judíos en la difusión del averroísmo. De tal modo que así trabajaron para sí mismos. La mayor parte de los averroístas era incrédula o, por lo menos, atacaba la religión cristiana. Fueron los antepasados directos de los hombres del Renacimiento. Fue gracias a ellos que nació el espíritu de duda y también el espíritu de investigación. Los platónicos de Florencia, los aristotélicos de Italia y los humanistas de Alemania procedieron de ellos. Fue gracias a ellos que Pomponazzo compuso tratados contra la inmortalidad del alma y gracias a ellos también que en los pensadores del siglo XVI brotó el teísmo que correspondió a una decadencia del catolicismo.
Animados por semejantes sentimientos, los hombres de ese período no podían experimentar mucha indignación religiosa contra los judíos. Otras preocupaciones los dominaban, por otro lado, y debían abatir dos autoridades poderosas: la escolástica y la primacía romana. Las luchas del siglo anterior, el cisma de

Occidente, el relajamiento de las costumbres entre los clérigos, la simonía y la venta de beneficios e indulgencias, todo eso había debilitado la Iglesia y disminuido el papado. En todas partes la gente se alzaba contra ellos. Se proclamaba la autoridad del concilio por encima de la del papa. Se hacían distinciones entre la Iglesia universal, que es infalible, y la Iglesia romana, que es capaz de equivocarse. Seculares y regulares se peleaban. Se alzaban voces para pedir un cambio. "Hay que moralizar al clero", habían dicho los Padres ya en el sínodo de Viena (1511). Después de ellos, se declaró que había que reformar "la cabeza y los miembros". Ya el movimiento de los husitas y los de los frérots, los fraticelli y los beggards habían sido una protesta contra las riquezas y la corrupción de la Iglesia. Pero el papado era impotente para reformar, y la Reforma se iba a hacer fuera de él y contra él.

Los humanistas fueron sus promotores. Todo los alejaba del catolicismo. Los griegos de Constantinopla, al huir de los turcos, les habían traído los tesoros de las literaturas antiguas. Colón, al descubrir el nuevo mundo, acababa de abrir horizontes desconocidos. Encontraban en eso nuevos motivos para combatir la escolástica, esta vieja sirvienta de la Iglesia. En Italia, los humanistas se hacían escépticos y paganos. Se emancipaban con sornas o con actitudes platonizantes. Pero, en Alemania, el movimiento emancipador que contribuían a crear se hacía más bien religioso. Para vencer a los escolásticos, los humanistas del imperio se hicieron teólogos y, para encontrar mejores armas, fueron a las fuentes mismas. Aprendieron el hebreo, no como Pico de la Mirándola y los italianos por una especie de diletantismo o por amor de la ciencia, sino para encontrar en él argumentos contra sus adversarios.

Durante los años que preanuncian la Reforma, el judío se convirtió en educador y enseñó el hebreo a los sabios. Los inició en los misterios de la cábala después de haberles abierto las puertas de la filosofía árabe. Los proveyó, contra el catolicismo, de la temible exégesis que los rabinos, durante siglos, habían cultivado y fortalecido: esta exégesis que el protestantismo y, más tarde, el racionalismo sabrán utilizar. Por una extraña casualidad, los judíos que habían, consciente o inconscientemente, suministrado armas al humanismo, le dieron el pretexto de su primera batalla seria. La disputa en pro o en contra del Talmud preludió las disputas sobre la Eucaristía.

Fue en Colonia que se abrió el combate. Colonia, ciudad de la Inquisición y capital de los dominicos. Un judío converso, Joseph Pfefferkorn, denunció – una vez más – el Talmud al mundo cristiano y, respaldado por el gran inquisidor Hochstraten, obtuvo del emperador Maximiliano una ordenanza que lo autorizaba a examinar el contenido de los libros judíos y a destruir los que blasfemaban la Biblia y la fe católica. Los judíos apelaron ante Maximiliano y lograron hacer atribuir al arzobispo elector de Maguncia los poderes anteriormente conferidos a Pfefferkorn. El arzobispo tomó como consejeros a doctores, a humanistas y, entre aquellos, a Reuchlin. Reuchlin no tenía por los judíos una inmoderada simpatía. Hasta los había atacado en otros tiempos, pero no por ello dejaba de ser un hebraizante y, en este carácter, el Talmud le interesaba probablemente más que el tribunal inquisitorial y sus fallos. Por ello combatió violentamente los proyectos de Pfefferkorn y de los dominicos. No sólo declaró que había que conservar los libros de los israelitas sino que, más aún, sostuvo que se debía crear en las universidades cátedras de hebreo. Se acusó a Reuchlin de haberse dejado corromper por el oro de los judíos. Contestó con un panfleto terrible, el Espejo de los Ojos, que fue condenado al fuego, y los judíos, causa inicial del debate, fueron olvidados.

Humanistas y dominicos quedaron solos frente a frente y estos últimos, definitivamente abatidos por las Cartas de los Hombres Oscuros, fueron condenados por el obispo de Espira y abandonados por el papa que, unos años después, se dio a los impresores de Amberes el privilegio de publicar el Talmud. Tiempos nuevos se acercaban, sin embargo. El temporal que todos preveían cayó sobre la Iglesia. Lutero publicó en Witembergo sus noventa y cinco tesis, y el catolicismo ya no tuvo sólo que defender la condición de sus sacerdotes: tuvo que combatir por sus dogmas esenciales. Por un momento los teólogos se olvidaron de los judíos. Hasta olvidaron que el movimiento que se estaba propagando tenía sus raíces en fuentes hebraicas. Sin embargo, la Reforma, en Alemania como en Inglaterra, fue uno de esos momentos en que el cristianismo volvió a las fuentes judías. Fue el espíritu judío el que triunfó con el protestantismo. La Reforma fue, en algunos de sus aspectos, una vuelta al viejo ebionismo de las edades evangélicas. Gran parte de las sectas protestantes fue medio judía. Doctrinas antitrinitarias fueron predicadas más tarde por protestantes, entre otros Michel Servet y los dos Socins de Siena. En Transilvania, más aún, el antitrinitarismo había florecido a en el siglo XVI y Seidelius había sostenido la excelencia del judaísmo y el Decálogo. Los evangelios fueron abandonaos por la Biblia y el Apocalipsis. Se sabe qué influencia estos dos libros tuvieron en los luteranos, los calvinistas y, sobre todo, los reformadores y revolucionarios ingleses. Esta influencia se prolongó hasta el siglo XVIII: fue ella la que hizo los cuáqueros, los metodistas, los pietistas y sobre todo, los milenaristas, los hombres de la Quinta Monarquía, que soñaban con Venner en Londres, con la república y se aliaban con los Niveladores de John Lilburn.

Por ello, en sus comienzos en Alemania, el protestantismo trató de conquistar a los judíos y, desde este punto de vista, la analogía es notable entre Lutero y Mahoma. Ambos sacan sus doctrinas de fuentes hebraicas y ambos desearon hacer aprobar por los supervivientes de Israel los nuevos dogmas que elaboraban. No es éste, en efecto, uno de los aspectos menos curiosos de la historia de esta nación. Mientras el judío es detestado, despreciado, humillado, escupido, basureado, ensuciado de ultrajes, martirizado, encerrado y apaleado, es de él que el catolicismo espera el reinado final de Jesús: es el retorno los judíos lo que la Iglesia espera y pide, este retorno que para ella será el supremo testimonio de la verdad de sus creencias, y es también a los judíos a quienes luteranos y calvinistas recurren. Hasta parece que estos últimos habrían estado plenamente convencidos de la validez de su causa si los hijos Jacobo hubieran llegado a ellos. Pero los judíos seguían siendo el pueblo obstinado de la Escritura, el pueblo del cuello rígido, rebelde a los requerimientos, tenaz e intrépidamente fiel a su dios y a su ley.

La prédica de Lutero fue inútil y el colérico monje publicó contra los judíos un terrible panfleto: [1] "Los judíos son unos brutos y sus sinagogas son chiqueros. Hay que incendiarlas, pues Moisés lo haría si volviera al mundo. Arrastran en el fango la palabra de Dios, viven mal y de rapiñas. Son bestias malas que habría que cazar como perros rabiosos".

A pesar de tales violencias, a pesar de las excitaciones y a pesar de las numerosas controversias que tuvieron lugar entre protestantes y judíos, estos últimos no fueron maltratados en Alemania: no había tiempo para ocuparse de ellos. Por un lado los luteranos y los calvinistas estaban muy ocupados en pelearse entre sí. Las discusiones sobre la eucaristía, sobre la empanación y la invinación, sobre la trinidad y sobre la naturaleza de Cristo ocupaban suficientemente sus mentes, y las sectas eran tan numerosas – criptocalvinistas y antinomistas, adiaforistas y

mayoristas, osiandristas y sinergistas, menonitas y sinerchistas, etc. – que luchar las unas contra las otras debía absorber su actividad. Por otro lado, las condiciones sociales y religiosas habían cambiado mucho y su cambio era provechoso para los judíos que veían otras preocupaciones apoderarse de sus enemigos.
Aplastados por la miseria, diezmados por la guerra, arruinados, reducidos a esclavitud y presas de la penuria y la hambruna, los campesinos del siglo XVI ya no acusaron únicamente al judío prestamista y al cristiano usurero. Miraron más alto. Atacaron en primer lugar a toda una clase, a la de los ricos, y después al estado social entero. Su rebelión fue general. Primero, fueron los campesinos de los Países Bajos, después y sobre todo los de Alemania. En todo el imperio habían fundado sociedades secretas: el Bundschuh, [2] el Pobre Conrado, la Confederación Evangélica. En 1503, los campesinos de Espira y de las orillas del Rin se levantaron; en 1512 las bandas de Joss Fritz; en 1514, los campesinos de Wurtembergo; en 1515, los de Austria y Hungría; en 1524, los de Suabia; en 1525, los de Suabia, Alsacia y el Palatinado. Todos marcharon al grito de "En Cristo ya no hay amo ni esclavo". Los artesanos se unieron a ellos y caballeros como Goetz de Berlichingen los encabezaron. Masacraron a los nobles e incendiaron castillos y conventos.
Munzer fue más lejos todavía. Combatió no sólo a los barones, los obispos y los ricos, estos "reyes de Moab", sino al mismo principio de autoridad. "No más autoridad, gritaba, salvo la que se acepta y elige libremente". En el código de doce artículos que redactó, quería la liberación de los siervos y, cuando subió al cadalso, después de haber perdido la batalla de Frankenhausen, atestiguó que había querido "establecer la igualdad en la cristiandad; que todas las cosas fueran comunes a todos, y a cada uno según sus necesidades". Los doce artículos fueron traducidos al francés y difundidos en Lorena donde los campesinos se sublevaron también, en el momento en que Hutter y Gabriel Scherding iban a fundar las comunidades de Moravia, en el momento en que el anabaptismo se difundía en Suiza, Bohemia y los Países Bajos.
En este movimiento formidable que hasta 1535 agitó parte de Europa, dejando en todos lados profundos rastros, los judíos habían sido olvidados. Habían dejado de ser el chivo emisario y ya no había sido contra ellos que se habían tirado los pobres diablos, los hambrientos y los miserables.
¿Estaban tan felices en los países católicos? Sí, pues también en ellos habían dejado de ser los principales – cuando no los únicos – enemigos de la Iglesia; ya no eran ellos a quienes se temía.
Los protestantes hacían olvidar a los judíos. Su existencia amenazaba la vieja concepción del Estado católico, y fue esta concepción tradicional la que provocó, para los religionarios de Francia, Italia y España, persecuciones idénticas a las que hasta entonces habían padecido los judíos.
Sin embargo, después del concilio de Trento, el papado reformado se preocupó otra vez de los judíos. El relajamiento de las ideas religiosas había producido en Italia un acercamiento entre cierta categoría de judíos y las distintas clases de la sociedad. En primer lugar los humanistas y los poetas frecuentaban a los sabios, filósofos y médicos judíos. Tal familiaridad había empezado en el siglo XIV, cuando se vio á Dante tener como amigo al judío Manoello, primo del filósofo Giuda Romano. Prosiguió en los siglos XV y XVI. Alemani fue el maestro de Pico de la Mirándola.
Elías el Medigo enseñó la metafísica públicamente en Padua y Florencia. León el Hebreo publicó sus diálogos platónicos sobre el amor. Los impresores judíos, tales

como el
sabio Soncino, estuvieron en constante contacto con los eruditos de la época. Soncino, cuya librería fue el centro de las publicaciones hebraicas, hasta entró en rivalidad con Alde e imprimió también a autores griegos. Hércules Gonzago, obispo de Mantua, discípulo del judío Pomponazzo de Bolonia; aceptó las dedicatorias de Jacobo Mantino, que había traducido el Compendium de Averroes, mientras que otros príncipes alentaron a Abrahán de Balines en su obra de traductor. [3] Y no solamente la categoría escéptica, y hasta incrédula, de los helenistas y los latinistas, adoradores de Zeus y Afrodita más que de Jesús, se daba con los judíos, sino que los señores y los burgueses hacían lo mismo. "Hay – dice el obispo Maiol [4] – personas, y a menudo de calidad, tanto varones como mujeres, que son tan locos e insensatos que consultan con judíos acerca de sus asuntos más íntimos, con gran perjuicio suyo. Se los ve (a los judíos) frecuentar asiduamente las residencias y palacios de los grandes y las casas de los militares, los consejeros, los secretarios y los caballeros, tanto en la ciudad como en el campo". No sólo se recibía a los judíos: se iba a su casa y, más aún, se asistía a sus ceremonias religiosas. "Hay – dice también Maiol – personas entre nosotros que frecuentan y reverencian supersticiosamente las sinagogas". Y, apostrofándolas, exclama: "Oís a los judíos en sus días de fiesta cuando tocan la trompa, y corréis con vuestra familia para mirarlos".
Esto prosiguió durante el siglo XVII. Se iba a Ferrara a escuchar los sermones de Juda Azael y todavía en 1676 Inocencio XI amenazaba con la excomunión y una multa de quince ducados a los que frecuentaban las sinagogas. Entonces; ¿los papas temían para sus fieles la influencia judía? Después de la tremenda sacudida que acababa de hacer temblar a la Iglesia, querían más que nunca garantizar la seguridad del dogma católico. "Se podrá tolerar el Talmud, había decidido el concilio de Trento, con tal de quitar las injurias que contiene, pues algunas partes del Talmud pueden servir para la defensa de la fe y mostrar a los judíos su obstinación". Los papas no compartieron esta opinión. Por denuncia de un judío converso, Salomón Romano, Julio III hizo quemar el Talmud en Roma y Venecia. A pedido de otro converso, Vittorio Eliano, Paulo IV también lo condenó. Lo mismo hicieron Pío V y Clemente VIII.
La Iglesia romana, que hasta entonces había sido benevolente para con los judíos, se convirtió, durante la reacción dogmática y teológica que siguió la Reforma, en el único gobierno – y casi la única autoridad – que persiguió sistemáticamente al judaísmo. Paulo IV puso de nuevo en vigencia las antiguas leyes canónicas e hizo quemar a los marranos. Pío V, después de publicar su Constitución contra los judíos, los expulsó de sus estados, salvo de Roma y Ancona, mientras que los españoles, a medida que penetraban en Italia, los echaban de Nápoles, Génova y Milán.
Otra preocupación animaba sin embargo a la Iglesia. Perseguir a los judíos y quemar sus libros estaba bien. Convertirlos estaba mejor. Ésta había sido la constante preocupación de los teólogos, los doctores cristianos y los padres. En el siglo XV, los concilios se habían ocupado de la conversión de los judíos. El concilio de Basilea había ordenado predicar a los judíos en Alemania y había otorgado importantes privilegios a los conversos. Los papas del siglo XVI obligaron a los judíos a asistir a ciertos sermones y les hicieron llevar la buena palabra por sus propios apóstatas. La tercera parte de los judíos de Roma debían, por turno, estar presente en las predicaciones. Y mientras que Sadolet hacía restringir en Aviñón los privilegios pontificios otorgados a los judíos y se imponía a las sinagogas un

impuesto anual de diez ducados para la instrucción de los que quisieran abjurar el judaísmo, Paulo IV hacía construir casas hospitalarias donde se alimentaban, vestían y curaban los catecúmenos.
Los demás soberanos no tuvieron para ocuparse de los judíos los mismos motivos que los papas. Por ello, desde el siglo XVI, se dejó de legislar contra los judíos. Casi no se encuentra más que la ordenanza de Fernando I, en Alemania, relativa a la usura judía, algunos decretos en Polonia y, mucho más tarde, las prohibiciones de Luis XV y Luis XVI. Para volver a encontrar una legislación antijudía, habrá que estudiar la Rusia moderna, Rumania y Serbia, lo que haremos más adelante.
El antijudaísmo consistía sobre todo en vejámenes y agravios. Al pueblo le gustaba mofarse de los judíos y a menudo los grandes los daban en espectáculo. León X, pontífice fastuoso que gustaba de las payasadas – tenía cerca de él a dos monjes encargados de divertirlo con sus chistes –, hacía organizar carreras de judíos y, desde lo alto de sus balcones, miraba con lentes de aumento el espectáculo, pues era muy miope. Durante el carnaval de Roma, el pueblo parodiaba el sepelio de los rabinos y a menudo se paseaba por las calles de la ciudad a un judío sentado al revés en un burro y agarrado de la cola del animal. [5]
En las puertas de los ghettos se esculpía una chancha y, a veces, hasta se la rodeaba de grupos obscenos en los cuales figuraban rabinos. [6] La chancha simbolizaba la sinagoga – exactamente como entre los israelitas se designaba la Iglesia romana con el nombre hebreo del cerdo – y se lo recordaba a menudo a los judíos. Un pintor llegó a contar un día a Wagenseil que había pintado una chancha en las puertas del arca de una sinagoga que se le había encargado de ornamentar.
Entre los sabios, los eruditos y los teólogos, el antijudaísmo se hacía dogmático y teórico. Se quería aún atraer a los judíos, pero por la dulzura. Ya no se trataba de quemar sus libros sino de traducirlos. Se decía que la fe cristiana ya estaba enraizada lo bastante sólidamente como para que se pudiera, sin peligro para los fieles, publicar obras judías, como se lo había hecho con las de los arrianos y otros herejes. Así se conocerían los procedimientos de polémica de los israelitas y se sabría combatirlos más eficazmente.
Este estudio tuvo un resultado muy distinto del que se esperaba. Analizando el espíritu de los judíos, la gente culta se acercó a ellos y por eso mismo se hizo simpática para ellos. Hombres que se habían preparado para la exégesis científica – como Richard Simon, por ejemplo – mediante búsqueda de talmudistas y hebraizantes no podían mirar con odio a aquellos de quienes habían recibido su ciencia. Otros se preocupaban por saber en qué época los judíos serían llamados a la comunión cristiana. El siglo XVII fue el tiempo más propicio para las discusiones sobre la vuelta de los judíos. En Francia, el problema de saber si los judíos serían llamados cuando el fin del mundo, o antes, separó a Bossuet y los figuristas que conducía Duguet. [7] En Inglaterra, los milenaristas anunciaban el retorno de los judíos. [8] Florecieron sobre todo en el siglo XVIII, durante el cual Worthington, Bellamy, Winchester y Towers describían los tiempos próximos del millenium. También en Alemania esta opinión encontró defensores: así Bengel. En Francia, no sólo los convulsionarios de Saint-Médard proclamaban el próximo ingreso de los judíos en la Iglesia sino que se vieron hasta nuestros días a hombres sostener estos sueños y, en 1809, el presidente Agier fijaba la fecha de la conversión de los judíos para el año 1849.
En el siglo XVII, en toda Europa, los judíos gozaban de la mayor tranquilidad. Solamente en Polonia vivían mal por haber vivido demasiado bien. Allá habían sido prósperos hasta mediados del siglo XVII. Ricos y poderosos, habían subsistido en

pie de igualdad con los cristianos, tratados como ellos por el pueblo en medio del cual vivían. Sin embargo, no habían podido dejar de entregarse a su habitual comerció, a sus vicios y a su pasión por el oro. Dominados por los talmudistas, no pudieron producir nada, salvo comentarios del Talmud. Fueron recaudadores de impuestos, destiladores de alcohol, usureros e intendentes señoriales. Fueron los aliados de los nobles en su obra de abominable opresión y, cuando los cosacos de Ucrania y de la pequeña Rusia, conducidos por Chmielniki, se sublevaron contra la tiranía polaca, los judíos, cómplices de los señores, fueron los primeros masacrados. En diez años, según se dice, perecieran más de cien mil de ellos, pero perecieron otros tantos católicos y sobre todo jesuitas.
En otras partes, eran muy prósperos. Así, en el Imperio Otomano donde sólo estaban sometidos a la tasa de los extranjeros y no sufrían ninguna reglamentación restrictiva. Pero en ningún lado su prosperidad era tan grande como en Holanda e Inglaterra. Se habían establecido en los Países Bajos – marranos huidos de la Inquisición española – y, desde allá, habían creado una colectividad en Hamburgo y más tarde, bajo Cromwell, en Inglaterra de donde se los había expulsado siglos antes y a donde Menassé-ben-Israel los trajo de vuelta. Los holandeses, como los ingleses, gente práctica y hábil, utilizaron el genio comercial de los judíos y los hicieron servir para su propio enriquecimiento. Incontestables afinidades existían, por lo demás, entre el espíritu de esas naciones y el espíritu judío, entre el israelita y el holandés positivo o el inglés, este inglés cuyo carácter, dice Emerson, puede reducirse a una dualidad irremediable que hace que este pueblo sea el más soñador y el más práctico del mundo, cosa que se puede igualmente decir de los judíos.
En Francia, los judíos portugueses habían sido autorizados por Enrique II a establecerse en Burdeos donde, en virtud de los privilegios conferidos, privilegios éstos que confirmaron Enrique III, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, adquirieron grandes riquezas en el comercio marítimo.
En otras ciudades de Francia, se encontraban pocos de ellos. Más aún, los que vivían sea en París sea en otras partes sólo se habían radicado por la tolerancia administrativa. Solamente en Alsacia existía una fuerte aglomeración.
La excelencia de su situación no provocaba manifestaciones violentas. A veces se protestaba un poco y se decía con Expilly: "Se ve con infinita congoja que hombres tan viles, que sólo fueron recibidos como esclavos, tengan muebles preciosos, vivan delicadamente, usen oro y plata en sus vestimentas, se apresten, se perfumen, aprendan la música instrumental y vocal y anden a caballo por pura distracción". Sin embargo, una cada día más amplia tolerancia se manifestaba a su respecto. El mundo se les acercaba.
¿Ellos, a su vez, se acercaban al mundo? No. Parecían encerrarse cada vez más en su patriotismo místico. Cuanto más iban, más los sueños de la Cábala penetraban en sus mentes. Esperaban al Mesías con una confianza cada día renovada, y nunca los falsos Mesías fueron acogidos con tanto entusiasmo como en los siglos XVII y XVIII. Los cabalistas agotaban las combinaciones aritméticas para calcular la fecha exacta de la llegada del que tanto se deseaba. Hacia 1666, época ésta que se había indicado más generalmente como la época sagrada, todos los judíos de Oriente fueron sublevados por la prédica de Zabbatai Zevi. Desde Esmirna, donde Zabbatai había proclamado su mesianidad, el movimiento se propagó a Holanda y hasta a Inglaterra, y cada uno esperó de este rey de reyes – así se llamaba Zabbatai – la restauración de Jerusalén y del santo reino. El mismo entusiasmo se manifestó en 1755, cuando Franck se presentó en Padolia como el nuevo Mesías. Alrededor de todos estos iluminados, numerosas sectas místicas se formaron: la de los donmeth,

que se vinculaba con los musulmanes, la de los hasidianos, la de los neohasidianos y la de los trinitarios que se acercaba al cristianismo al profesar el dogma del Dios uno y triple. [9]
Estas esperanzas que alimentaba el iluminismo de los cabalistas contribuían a mantener apartados a los judíos, pero los que no se dejaban seducir por las especulaciones de los soñadores se hincaban bajo el yugo del Talmud, yugo éste más duro todavía y, de cualquier modo, más envilecedor. Desde el siglo XVI, lejos de disminuir, la tiranía talmúdica se había acrecentado, En esa época, Joseph Caro había redactado el Schuldeban Aruch, código talmúdico que – por lo demás conforme a as tradiciones inculcadas por los rabanitas – convertía en leyes las opiniones doctorales. Hasta hoy los judíos de Europa tan vivido bajo la abominable opresión de estas prácticas. [10] Los judíos polacos, yendo aún más lejos que Joseph Caro, refinaron las sutilezas ya tan grandes del Schuldeban Aruch, al que hicieron agregados, e instauraron en la enseñanza dialéctica el método del Pílpul (de los granos de pimienta).
A medida que el mundo se hacía más pacífico para ellos, los judíos – por lo menos la masa – se retraían sobre sí mismos, estrechaban su cárcel y se ataban con ataduras más apretadas. Su decrepitud era inaudita y su debilitamiento intelectual no tenía parangón sino en su rebajamiento moral. Este pueblo parecía muerto.
Sin embargo, la reacción anti-talmúdica partió de los judíos mismos. En el siglo X, Mardoqueo Kolkos, [11] de Venecia, ya había publicado un libro contra la Mischna. En el siglo XVII, Uriel Acosta [12] combatió con violencia a los rabinos y Spinoza [13] no se mostró muy tierno con ellos. Pero el anti-talmudismo se manifestó sobre todo en el siglo XVIII, en primer lugar entre los místicos: así los zoharitas, discípulos de Franck, que se declaraban enemigos de los doctores de la ley. Sin embargo, estos adversarios de los rabanitas eran impotentes para sacar a los judíos de su abyección. Fue necesario, para empezar esta tarea, que un hombre judío al mismo tiempo que filósofo, Moisés Mendelsohn, opusiera la Biblia al Talmud. La tradujo al alemán en 1779. ¡Gran revolución! Era éste primer golpe asestado a la influencia rabínica. Por ello los talmudistas, que otrora habían querido asesinar a Kolkos y a Spinoza, atacaron violentamente a Mendelsohn y prohibieron, con pena de excomunión, la lectura de la Biblia que había traducido. Estas cóleras fueron vanas. Mendelsohn fue seguido. Unos jóvenes, sus discípulos, fundaron un periódico, el Meassef, que defendía el nuevo judaísmo, trataba de arrancar a los judíos de su ignorancia y su envilecimiento y preparaba su emancipación moral. En cuanto a la emancipación política, la filosofía humanitaria del siglo XVIII trabajaba para hacerla posible. Si Voltaire fue un ardiente judeófobo, las ideas que él y los enciclopedistas representaban no eran hostiles para con los judíos, puesto que eran ideas de libertad e igualdad universal. Por otro lado, si de hecho los judíos estaban aislados en los estados, no era sin tener puntos de contacto con los que los rodeaban.
El capitalismo se había desarrollado entre las naciones. El agio y la especulación habían nacido. Los financistas cristianos se entregaban a ellos sin reparos, como se dedicaban a la usura y como, en funciones de recaudadores generales, percibían impuestos y tasas. Los judíos podían, por lo tanto, ocupar su lugar en medio de los que "el descuento enriquecía a expensas del público y que eran los amos de los bienes de los franceses de todos los estratos", como ya decía Saint-Simon.
Las objeciones económicas que se hicieron valer contra su posible emancipación ya no tenían el mismo valor que en la Edad Media, cuando la Iglesia quería hacer de los judíos los únicos representantes de la clase de los manejadores de dinero. En

cuanto a las objeciones políticas: que los judíos formaban un Estado en el Estado y que su presencia con carácter de ciudadanos no se podía tolerar en una sociedad cristiana y hasta le era nociva, permanecieron válidas hasta el día en que la Revolución Francesa asestó un golpe directo a la concepción del estado cristiano. Por ello, Dohm, Mirabeau, Clermont-Tonnerre y el abate Grégoire tuvieron razón contra Rawbel, Maury y el Príncipe de Broglie y la Asamblea Constituyente obedeció al espíritu que la inspiraba desde sus orígenes cuando, el 27 de septiembre de 1791, declaró que los judíos gozarían en Francia de los derechos de ciudadanos activos. Los judíos entraban en la sociedad.

[1])- Los judíos y sus mentiras, Witembergo, 1558.
[2])- Literalmente: "El zapato federativo".
[3])- Abrahán de Balmes tradujo al latín la mayor parte de los escritos de Averroes y se utilizaron sus traducciones en las universidades italianas hasta el final del siglo XVII.
[4])- Dierum canicularíuun (Los días canicularios), traducidos al francés, París (1612), t.
VII, De perfidia Judaeorum.
[5])- E. Rodocanachi, Le Saint Siége et les Juifs, París, 1891.
[6])- Lutero, Tractatus de Schemhamephorasch, Altenburgo (Opera, t. VIII). Se llamaban
estos grupos obscenos Schemhamephorasch. Aquí está el origen. Estas palabras Schemhamephorasch significan "el nombre e Dios distintamente pronunciado: el nombre
tetragramata escrito y leído por las cuatro letras yoa, he, vav y he" (Munk, traducción del
Guide des égarés, t. I, 1, p. 267, nota 3). Es de este nombre que dice Maimónides: "Antes
de la creación del mundo, no había sino al Altísimo y su nombre solo (Guide des égarés, t.
1, cap. LXI). Era éste el nombre misterioso. Se le atribuía un poder mágico y los rabinos,
disfrazados de magos que estaban representados en los grupos en cuestión estaban supuestamente revelando el Nombre a la chancha. De ahí la palabra Schemhamephorasch.
[7])- Véase sobre este punto Duguet, Regles pour l'intelligence des Saintes Escritures, 1723, Bossuet, Discours sur l'hístoire universelle, II parte, Rondet, Dissertation sur le rappel des Juifs, París, 1778, Anónimo, Lettre sur le proche retour des Juifs, París, 1789, etcétera.
[8])- Grégoire, Histoire des sectes religieuses, t. II, París 1825.
[9])- Beer, Peter, Le judaisme et ses sectes.
[10])- Todavía hoy viven así en Rusia, Polonia y Galitzia. (En la época del autor. N. del E.)
[11])- Cf. Wolf, Bibliotheca Hebraea, t. II, p. 798, Hamburgo, 1721.
[12])- Exemplar vítas humanae (Publicado por Limborch, 1687).
[13])- Tractatus theolog.-polit

VII

LA LITERATURA ANTIJUDAICA Y LOS PREJUICIOS

El antijudaísmo escrito y sus formas - El antijudaísmo teológico - La transformación de la apologética cristiana - La judaización y sus enemigos - Anselmo de Canterbury e Isidoro de Sevilla - Pedro de Blois - Alain de Lila - El estudio de los libros judíos - Raimundo de Peñafort y los dominicos - Raimundo Martín y el Pugio fidei - Nicolás deLira y su influencia - La literatura antijudía teológica y las conversiones - Nicolás de Cusa - Los conversos judíos y su papel - Pablo de Santa María y Alfonso de Valladolid - El antitalmudismo y los conversos: Pfefferkorn - Las controversias sobre el Talmud - Nicolás Donin, Pablo Christiano y jerónimo de Santa Fe - Las Extracciones Talmut - El antijudaísmo social - Agobergo, Amolón, Pedro el Venerable y Simón Maiol - El antijudaísmo polémico - Alonso de Spina - El Libro del Alboraico - Pierre de Lancre - Francisco de Torrejoncillo y el Centinela contra judíos - El antijudaísmo polémico y los prejuicios - Los judíos y las razas malditas - Judíos, templarios y hechiceros - El homicidio ritual - La defensa de los judíos - Jacobo ben Ruben, Moisés Kohen de Tordesillas, Semtob ben Isaac Schaprut - La literatura polémica judía en España en el siglo XV - El anticristianismo - Hasdai Crescas y José ibn Schem Tob - Los ataques contra el Nuevo Testamento - Los Nizachon y el Livre de Joseph le Zélateur - El Toledot Jeschu - Ataques contra los apóstoles - Isaac Pulgar y Vidal ibn Labi - Transformación del antijudaísmo escrito en el siglo XVII - Los conversores - Los hebraizantes y los exegetas: Buxtorf y Richard Simon - Wagenseil, Voetius y Bartolocci - Eisenmenger - John Dury - Parentesco y similitud de las obras antijudías: los imitadores - El antijudaísmo literario antiguo y el antisemitismo moderno - Sus afinidades.

Desde el siglo VIII hasta la Revolución Francesa, sólo estudiamos el antijudaísmo legal y el antijudaísmo popular. Vimos poco a poco constituirse una legislación, primero canónica y luego civil, contra los judíos. Dijimos de qué modo la muchedumbre fue preparada en parte, por los decretos de los papas, los reyes y las repúblicas, para odiar y maltratar a los judíos y hasta qué punto esta exasperación del pueblo, las matanzas que hacía y los insultos y agravios que prodigaba repercutieron sobre esta legislación. Mostramos que, hasta el siglo XV, las cargas que pesaban sobre los judíos se fueron acrecentando año tras año y, en aquella época, alcanzaron su grado máximo y empezaron a disminuir. Los artículos de los

códigos dejaron de cumplirse rigurosamente, las costumbres cayeron poco a poco en desuso, se promulgaron pocas leyes nuevas o ninguna y el judío se encaminó hacia la liberación.
Sin embargo, hay un tipo de antijudaísmo del que no nos preocupamos mayormente y que tenemos que examinar ahora. Mientras la Iglesia y las monarquías legislaban contra los judíos, teólogos, filósofos, poetas e historiadores escribían sobre ellos. Nos queda por definir el papel, la acción y la importancia de este antijudaísmo escrito.
No nació con las mismas influencias. Causas diversas lo engendraron y, según estas causas, fue teológico o social, dogmático o polémico. No es que se pueda clasificar todos los escritos antijudíos en una de estas categorías con exclusión de cualquier otra. Hay pocos, por el contrario, que puedan reducirse a uno solo de estos tipos. Pero se puede, sin embargo, según su tendencia principal, hacerlos entrar en uno de los marcos que acabo de indicar. Sólo el antijudaísmo teológico produjo obras netamente situadas y escritos sin preocupaciones sociales, y aun así estas obras, por características que sean, pueden ser dogmáticas y polémicas a la vez.
El antijudaísmo teológico, el primero en el tiempo, tuvo muy naturalmente, en sus comienzos, aspectos de apología. No podía ser de otro modo, pues sólo se combatía el judaísmo para glorificar la fe cristiana y probar su excelencia. Como dijimos, hacia el final del siglo IV se dejaron de producir escritos apologéticos. La joven Iglesia, en la embriaguez de su triunfo, pensó que ya no tenía necesidad de demostrar su superioridad y casi no se encuentra, en el siglo V, para representar la apologética, sino el Altercado de Simón y Teófilo, de Evagrio, [1] en el cual se imitaba y hasta se plagiaba el Altercado de Jasón y Papisco de Aristón de Pela. Después, hay que llegar al siglo VII para encontrar los tres libros de Isidoro de Sevilla dirigidos contra los judíos. [2]
Cuando nació la escolástica, la apologética reapareció. La escolástica fue sin duda, en sus comienzos, una sirvienta del dogma, pero una sirvienta razonadora que trataba de explicar metafísicamente la Trinidad, y las discusiones sobre el nominalismo y el realismo sólo tuvieron tanta importancia en la Edad Media porque se aplicaron estas dos teorías a la interpretación de la Trinidad. Toda la metafísica de aquel tiempo giraba alrededor de la naturaleza y la divinidad de Jesucristo. De ahí la importancia para los teólogos escolásticos de defender esta divinidad misma contra los que la negaban. Ahora bien: ¿aquéllos cuya negación era más tenaz no eran los judíos? Era necesario, pues, persuadir a estos obcecados. Por ello las apologías renacieron y casi todas ellas fueron dirigidas a los judíos. Tenían dos fines: defendían los dogmas y símbolos católicos y combatían el judaísmo. Se oponían a esta judaización que la Iglesia, sus doctores, sus filósofos y sus apologistas siempre temían, representándose al judío como el lobo que ronda alrededor del establo para sacar las ovejas de la vida bienaventurada. Fue por tales sentimientos que fueron guiados, por ejemplo, Cedreno [3] y Tepófanes [4] que escribían sus Contra Judaeos y Gilberto Crépin, abad de Westminster, en su Disputatio Judei cum christiano de fide christiana. [5]
La forma de estos escritos variaba poco. Reproducían casi servilmente los argumentos clásicos de los Padres de la Iglesia y estaban redactados sobre patrones semejantes. Analizar uno de ellos es analizarlos todos. Así el tratado de Pedro de Blois: [6] Contra la perfidia de los judíos, enumera en treinta capítulos los testimonios que contienen el Antiguo Testamento sobre todo los profetas a favor de la Trinidad y la Unidad divina, del Padre y el Hijo, del Espíritu Santo, de la mesianidad de Jesucristo, de la ascendencia divina del Hijo del hombre y de su

encarnación. Terminaba demostrando, según las mismas autoridades, que la ley había sido trasmitida a los gentiles y que los judíos estaban condenados a la reprobación, pero que los restos de Israel sin embargo serían convertidos salvados algún día. Guibert de Nogent, en su De incarnatione adversus Judaeos, [7] Rupert en su Analus sive dialogus inter christianum et Judeum de fideisacramentis, [8] Alain de Lila en su De fide catholica, [9] y muchos otros más cuya enumeración resultaría fastidiosa, procedían de modo idéntico, desarrollando los mismos razonamientos, apoyándose en los sismos textos y usando las mismas interpretaciones. Esta literatura era toda, por lo demás, de una mediocridad extrema. Conozco poca más vana, y el mismo Anselmo de Canterbury, cuando compuso su De fide seu de inearnatione verbis contra Judaeos no consigue hacerla más interesante.

Sin embargo, estos escritos, estas discusiones y estos diálogos ficticios cumplen poco, si cumplen de algún modo, su misión. Casi no los consultaban sino clérigos y así se dirigían a conversos. Si los rabinos los leían, no los tomaban mucho en cuenta. Puesto que su exégesis y su ciencia bíblica eran muy superiores a las de los buenos monjes, estos últimos pocas veces llevaban las de ganar. De cualquier modo, no persuadían en absoluto a los que deseaban convencer y, ya que no conocían los comentarios talmúdicos y exegéticos en los cuales, los judíos encontraban sus armas y sus fuerzas, no podían combatirlos con eficacia. En el siglo XIII las cosas cambiaron. Las obras de los filósofos judíos se difundieron y ejercieron sobre la escolástica de aquel tiempo una considerable influencia. Hombres como Alejandro de Hales leyeron a Maimónides (Rabí Moisés) y a Ibn Gabirol (Avicebrón) y conservaron la impronta de las doctrinas que exponían el Guía de los extraviados y el Fuente de vida. La curiosidad fue despertada. Se quiso conocer el pensamiento y la dialéctica judíos, primero para filosofar, en segundo lugar para luchar con mayor provecho contra los judíos.

El dominico Raimundo de Peñafort, confesor de Jaime I de Aragón y gran conversor de judíos, invitó a los dominicos a aprender el hebreo y el árabe para mejor persuadir a los judíos y mejor combatirlos. Organizó escuelas para enseñar a los frailes estos dos idiomas y fue el iniciador de los estudios hebraicos y árabes de España. Así creó un linaje de apologistas que ya no se limitaron a juntar los pasajes del Antiguo Testamento que prefiguraban la Trinidad o anunciaban al Mesías, sino que trataron de refutar los libros rabínicos y las aserciones talmúdicas.

De este movimiento salió una legión de tratados y demostraciones, todos ellos escudos, murallas y fortalezas de la fe. En estos escritos, los judíos eran "degollados con su propio sable" o "atravesados por su espada", vale decir que se los persuadía de su ignominia y se probaban sus mentiras sobre la base de su propia argumentación tal como los frailes la encontraban o, por lo menos, creían encontrarla en el Talmud.

De todos estos libelos teológicos, los más conocidos son los que publicó el dominico Raimundo Martin, "hombre tan notable por su conocimiento de los escritos hebraicos y árabes como por el de las obras latinas". [10] Estos libelos llevaban títulos bastante característicos: Capistrum Judaeorum (Bozal de los judíos) y Pugio Fidei (Puñal de la Fe). [11] El segundo fue el más difundido. "Es bueno – decía en él Raimundo Martín – que los cristianos tomen en sus manos la espada de sus enemigos, los judíos, para pegarles con ella". Partiendo de esa posición y de la muy difundida idea de que Dios dio a Moisés una ley oral, comentario de la ley escrita, que contenía la revelación de la Trinidad y de la divinidad de Jesús, Martin probaba, por los textos bíblicos, talmúdicos y cabalísticos, que el Mesías había

venido y que los dogmas del catolicismo eran irrefutables. Al mismo tiempo, en dos capítulos, [12] atacaba al judaísmo que presentaba como réprobo y abominable.
El Pugio Fidei estuvo muy en auge durante los siglos XIII y XIV entre los monjes y, en especial, entre los dominicos, ardientes defensores de la fe. Se lo estudió, se lo consultó y se lo plagió. El número de los escritos que inspiró Raimundo Martin y para los cuales el Pugio Fidei sirvió de prototipo y hasta de molde fue considerable. Se pueden citar, entre otros, los de Porchet Salvaticus [13] de Pedro dé Barcelona [14] y de Pietro Galatini. [15]
Sin embargo, la ciencia misma de Martin no era perfecta y, como vamos a ver, en las controversias los rabinos vencían demasiado a menudo a sus adversarios. Los antijudíos necesitaban mejores armas. El franciscano Nicolás de Lira se las dio. Nicolás de Lira había estudiado con cuidado la literatura rabínica, y la amplitud, variedad y solidez de sus conocimientos hebraicos han hecho creer que era de origen judío, lo que es poco probable. Fue, de cualquier modo, el precursor de la exégesis moderna, esta exégesis que es hija del pensamiento judío y cuyo racionalismo es puramente judaico. Fue el antepasado de Ricardo Simón. Nicolás de Lira declaró que la explicación literal del texto de las Escrituras debía ser el fundamento de la ciencia eclesiástica y que, una vez establecido el texto con su significado, había que extraer de él cuatro sentidos: literal, alegórico, moral y anagógico. [16] En la Postilla y las Moralitates, reunidos y refundidos más tarde [17] en una gran obra, Nicolás de Lira exponía su búsqueda.
Fue en adelante el arsenal donde se encontraban armas para las polémicas contra los judíos, y también para defender los evangelios contra los ataques israelitas, pues Nicolás de Lira, en su de Messia, [18] había refutado las críticas que los judíos hacían del Nuevo Testamento. [19] Se hicieron numerosas ediciones de las obras de Nicolás de Lira, se les agregaron comentarios, notas y aditamentos y su autor fue todavía el maestro de exégesis de Lutero.
Pero si el combatir a los judíos era loable, más meritorio aún era convencerlos y la mayor parte de los monjes polemistas no olvidaban que uno de los fines de la Iglesia era la conversión de Judá. Mientras los concilios tomaban medidas para convertir a los judíos, los escritores por su lado se esforzaban por ser persuasivos y hasta algunos, más prácticos, iban hasta buscar un terreno de conciliación. Así Nicolás de Cusa quería, haciendo ciertos sacrificios – iba hasta aceptar la circuncisión – reunir todas las religiones en una cuyo dogma principal hubiera sido la Trinidad. La antigua obstinatio Judaeorum, que sostenía la unidad divina, se oponía a tales intentos y, por lo general, los gestos conciliadores de los cristianos eran mal acogidos. Sin embargo, las conversiones no eran excepcionales, y no hablo solamente de las que se obtenían por la persuasión. En la literatura antijudía como en la historia de las persecuciones, estos judíos conversos desempeñaron un gran papel. Se mostraron, contra sus correligionarios, los adversarios más violentos, más injustos y más desleales. Es ésta la característica general de los conversos y los ejemplos de árabes convertidos al cristianismo o de cristianos pasados al Islam atestiguan que esta norma tiene pocas excepciones.
Numerosos sentimientos concurrían a alimentar en los apóstatas este humor atrabiliario. Deseaban ante todo dar garantías de su sinceridad. Sentían que una especie de suspicacia los rodeaba cuando ingresaban en el mundo cristiano y la afectación de piedad que manifestaban no les parecía suficiente para despejar las sospechas.
No temían nada tanto como ser acusados de tibieza, o de simpatía para con sus antiguos hermanos, y el modo cómo la Inquisición trataba a los que consideraba

relapsos no debía de disminuir el temor que experimentaban los proselitas. Por ello simulaban un exceso de celo, que sostenía en muchos, ya que no en todos, una fe real. Hasta algunos de ellos, convencidos de haber encontrado la salvación al convertirse, se esforzaban por conquistar a sus correligionarios para las creencias cristianas. Entre éstos la Iglesia encontró a varios de sus más intrépidos y más escuchados conversores. [20] No se limitaban a publicar apologías: predicaban en las iglesias a los judíos, a quienes las decisiones canónicas obligaban a asistir a los sermones como dóciles oyentes. Así Samuel Nachmias, [21] bautizado con el nombre de Morosini, Joseph Tzarphati, que se hizo llamar Monte después de su bautismo [22] y el rabino Weidnerus, que persuadió a un gran número de judíos de Praga de la excelencia de la Trinidad. Algunos hasta pedían para los israelitas, a quienes habían abandonado, los rigores de las leyes eclesiásticas y civiles. Hacia 1475, por ejemplo, Peter Schwartz y Hans Bayol, judíos conversos, provocaron por sus excitaciones el saqueo del ghetto por la población de Ratisbona. En España, Pablo de Santa María incitó a Enrique III de Castilla a tomar medidas contra los judíos. Este Pablo de Santa María, otrora conocido como Salomón Levi de Burgos, no era un personaje común. Rabino muy piadoso y muy sabio, abjuró a los cuarenta años, después de las matanzas de 1491, y recibió el bautismo junto con su hermano y cuatro de sus hijos. Estudió teología en París, se ordenó sacerdote y fue obispo de Cartagena y, posteriormente, canciller de Castilla. Publicó un Examen de las Santas Escrituras, diálogo entre el incrédulo Saúl, y el converso Pablo, y dio una edición de la Postilla de Nicolás de Lira, edición ésta aumentada de sus Aditamentos y de glosas. No detuvo en eso su acción. Se lo encuentra como instigador de todas las persecuciones que los judíos de su tiempo tuvieron que padecer en España. Persiguió a la sinagoga con un odio feroz. Sin embargo, se limitó en sus obras a la polémica teológica. [23]

Todos los conversos, sin embargo, no se parecían a Pablo de Santa María. Por lo general eran poco instruidos y de mediocre inteligencia, si creemos a Pogge que aprendió el hebreo con un judío bautizado: "Animal – dice – lunático e ignorante como lo son habitualmente los judíos que se hacen bautizar". Esta categoría de catecúmenos fue la que más odio demostró. Los que la componían estaban, por lo demás, excitados por sus correligionarios, que detestaban muy vigorosamente a sus apóstatas y no se privaban de maltratarlos, a tal punto que se hicieron numerosas leyes para prohibir a los judíos tirar piedras a los renegados y ensuciar su vestimenta con aceite y olores fétidos. Cuando los judíos ya no pudieron maltratar a los conversos, los insultaron y se rieron de ellos. Los cristianos nuevos contestaron estos insultos publicando sátiras contra los rabinos, como hicieron Pedro Ferrus y Diego de Valencia, o injuriando a sus adversarios en gruesos tratados, al modo de Víctor de Carben. [24] No se olvidaban de recurrir a la demostración teológica, pero a menudo preferirían el invento y hasta la calumnia. A veces unían ambas cosas, como Alfonso de Valladolid (Abner de Burgos), quien publicó a la vez concordancias de la ley y tratados de áspera polémica: el Libro de las batallas de Dios y el Espejo dé justicia. [25]

Pero el gran adversario de los conversos, el que debía soportar su ira más violenta, era el Talmud. Lo denunciaban constantemente a los inquisidores, al rey, al emperador y al papa. El Talmud era el libro abominable, el receptáculo de las más horrorosas injurias contra Jesús, la Trinidad y los cristianos. Contra él Pedro de la Caballería escribía su Cólera de Cristo contra los judíos [26] y Pfefferkorn su Enemigo de los judíos, [27] en el cual se felicitaba de haberse "retirado del sucio y pestífero barrial de los judíos", y Jerónimo de Santa Fe, su Hebreomastix. [28] Los

teólogos católicos seguían el ejemplo de los conversos, lo más a menudo aun cuando no tenían con respecto al Talmud sino las nociones que les daban los conversos.
Los autos de fe seguían habitualmente las denuncias del Talmud, pero los precedía generalmente una controversia. Esta costumbre de las controversias se remonta a los tiempos más lejanos. Ya sabemos que los doctores judíos discutieron con los apóstoles. En presencia de los emperadores de Roma y de Bizancio se vieron varias veces rabinos y monjes hacer alardes de elocuencia para convencer a sus oyentes de la excelencia de su causa, y el rey de los Kazares sólo se decidió a convertirse al judaísmo después de una discusión en la cual tomaron parte un judío, un cristiano y un musulmán. Así, por lo menos, lo cuenta la leyenda. Estas conferencias, sin embargo, pocas veces eran públicas. La Iglesia temía sus consecuencias y más aún la sutileza judía, hábil para encontrar objeciones que ponían en apuros a los defensores de la fe católica y perturbaban a los fieles. Casi no se realizaban sino conferencias privadas entre dignatarios eclesiásticos y talmudistas, y en estas reuniones se admitían pocos oyentes, salvo en circunstancias excepcionales e importantes, cuando una sanción legal debía seguir el debate. En estos extraños debates, en los cuales una de las partes también era juez, los judíos por lo general llevaban las de ganar. Su dialéctica más apretada, su ciencia, más real, y su exégesis más seria y más sutil les proporcionaban una fácil ventaja. A pesar de ello, o más bien por ello, los judíos se mostraban prudentísimos en sus aserciones y las presentaban en la forma más cortés. Prestaban el oído a la advertencia melancólica que Moisés Kohen de Tordesillas dirigía a sus hermanos: "No os dejéis llevar por su celo al punto de proferir palabras hirientes, pues los cristianos poseen la fuerza y pueden acallar la verdad a puñetazos". Tales consejos se seguían, pero, a pesar de las precauciones tomadas, cuando se carecía de argumentos se pegaba al judío que siempre, al final, estaba equivocado.
Por lo demás, se encargaba habitualmente a los denunciadores defender sus aserciones. En 1238, Nicolás Donin, de La Rochelle, judío converso, elevó al papa Gregorio IX una acusación contra el Talmud. Gregorio ordenó secuestrar los ejemplares del libro y hacer una averiguación. Se dirigieron bulas a los obispos de Francia, Inglaterra, Castilla y Aragón. En Francia, único país donde las bulas tuvieron efecto, el Canciller de la Universidad de París, Eudes de Chateauroux, dirigió la investigación. La controversia fue ordenada y tuvo lugar en 1240 entre el acusador Nicolás Donin y cuatro rabinos: Yechiel de París, Juda ben David de Melun, Samuel ben Salomon y Moisés de Coucy. La discusión fue larga, pero la habilidad de Donin acabó por dividir a los rabinos. El Talmud fue condenado y, unos años después, quemado.
En 1263, Raimundo de Peñafort organizó en la corte de Aragón una controversia entre los rabinos Nahmaní de Gerona (Maese Astruc de Porta) y Pablo Christiani, dominico, judío converso y ardiente conversor. Esta vez, después de una discusión de cuatro días sobre la venida del Mesías, la divinidad de Jesús y el Talmud, Nahmaní fue vencedor. El rey mismo lo recibió en audiencia, lo acogió muy bien y lo colmó de regalos. Pero semejantes victorias eran excepcionales, pues por lo general los libros judíos, cualquiera fuese la habilidad de sus defensores, estaban condenados de antemano por los jueces. Así Josuá Lorqui de Alcanis, judío bautizado y conocido con el nombre de Jerónimo de Santa Fe, médico del antipapa Benedicto XIII, provocó, con la finalidad de hacer proselitas, un coloquio en Tortosa, coloquio éste que se abrió en 1417. Jerónimo había afirmado poder demostrar, por los textos talmúdicos, que el Mesías había llegado y que era

realmente Jesús. Tuvo como contradictores a los más famosos doctores de España, Vidal Benveniste ibn Albí, José Albo, Zerayha Halleví Saladín, Astruc Leví de Daroque y Bonastruc de Gerona. La controversia tuvo lugar ante el antipapa rodeado de sus cardenales. Duró sesenta días después de los cuales, no habiéndose producido ninguna conversión, Jerónimo de Santa Fe pronunció un requisitorio contra el Talmud, cuya lectura fue prohibida.
Durante los siglos XIV y XV, en España, estas controversias se multiplicaron. El converso Alfonso de Valladolid discutió en Valladolid con sus antiguos correligionarios. Juan de Valladolid, también converso, discutió con Moisés Kohen de Tordesillas sobre las pruebas del dogma cristiano contenidas en el Antiguo Testamento y salió vencido de la lucha. Scherri Tob ben Isaac participó, en Pamplona, en una controversia sobre el pecado original y la redención con el cardenal Pedro de Luna, que más tarde fue el antipapa Benedicto XIII. Se podría mencionar a muchas otras, que todas demostraban qué preocupaciones causaban los judíos a la Iglesia y cuán deseada y solicitada era su conversión. Todas esas disputas, por lo, demás, fueron corteses hasta el momento en que se estableció la Inquisición. Los teólogos se esforzaban por preparar para ellas a los sacerdotes y los monjes, para evitar que la fe católica quedara mal parada y, con esta finalidad, componían extractos que se destinaban a informar a los defensores de la fe acerca de los errores reprochados al Talmud. Algunas de esas guías se han conservado, por ejemplo las Extractiones Talmut, que hizo redactar Eudes de Chateauroux después del auto de fe de 1242, y la Censura et Confutatio libri Talmut, [29] obra compuesta por Antonio de Avila y un prior del convento de la Santa Cruz de Segovia y dirigida a Tomás de Torquemada. Todos esos manuales fueron puestos en manos de los inquisidores de España y sirvieron para instruir los procesos de los marranos y los judíos.
Pero, además del judío considerado como el enemigo de Jesús y adversario del cristianismo, estaba el judío usurero, el manejador de dinero, en el que recaía parte del odio del oprimido y del pobre y el que la burguesía naciente empezaba a envidiar y odiar. Mostré a ese judío en sus actividades: cómo desembocó en la exclusiva búsqueda del oro y cómo, víctima expiatoria, chivo emisario cargado con todos los pecados de una sociedad que no valía más que él, se convirtió en el blanco de la ira popular. El pueblo, si masacró por lo general al deicida, también se echaba sobre el limador de ducados. Su antijudaísmo fue no sólo religioso sino también social. Lo mismo sucedió con el antijudaísmo escrito. Si algunos obispos y algunos escritores eclesiásticos se limitaron a defender los símbolos de su fe contra la exégesis judía y luchaban contra este espíritu judío, terror de la Iglesia que sin embargo estaba profundamente impregnada de él, otros seguían el ejemplo de los Padres que habían anatematizado la rapacidad judaica y la rapacidad de los ricos en general. A los tratados teológicos que publicaron agregaron requisitorios destinados a combatir a los prestamistas, a los hombres que vivían de la usura. Agobardo, [30] Amolón, [31] Rigord, [32] Pedro de Cluny [33] y Simón Maiol [34] fueron estos antijudíos. Fueron de los que la opulencia de los judíos indignaba más que su impiedad, que se escandalizaban más por su lujo que por sus blasfemias. Por cierto, los judíos eran para ellos los más detestables adversarios de la verdad: los peores de los incrédulos. [35] Son enemigos de Dios y de Jesucristo. Llaman apóstatas a los apóstoles. Se mofan de la Biblia de los Septantes. [36] Maldicen al Salvador, en sus plegarias diarias, con el nombre de Nazareno. Construyen nuevas sinagogas, como para insultar a la religión cristiana. Judaízan a los fieles, les predican sobre el sábado y los convencen de practicar el descanso sabático. Pero,

además, estos judíos roban al pueblo. Amontonan riquezas que son el fruto de la usura y de rapiñas. [37] Tienen a cristianos en servidumbre. Poseen enormes tesoros en las ciudades que los acogieron, por ejemplo en París y Lyon. [38] Cometen hurtos y conquistan el dinero por malos procedimientos: "Todo pasa por sus manos. Invaden las casas y captan la confianza. Por su usura, extraen el jugo, la sangre y el vigor natural de los cristianos". [39] Venden alhajas falsas. Son reducidores y falsos monederos. Desleales, hacen pagar dos veces las deudas. En resumidas cuentas, "no hay maldades en el mundo que los judíos no practiquen, de modo que parece que sólo buscan, la ruina de los cristianos". [40]
A este cuadro de la "perfidia Judaeorum", los antijudíos como Maiol o como Lutero [41] agregaban abundantes injurias, y pronto el antijudaísmo se hizo puramente polémico. Las consideraciones teológicas y sociales ya no ocupan sino un lugar reducido en los libros de Alonzo de Spina, [42] Pedro de Lancre, [43] sobre todo, y Francisco de Torrejoncillo. [44] El panfleto de este último, Centinela contra judíos es sobre todo curioso. Escrito a comienzos del siglo XVII, en España, estaba dirigido contra los marranos, quienes, según se decía, invadían todas las funciones civiles y religiosas. Estaba dividido en catorce libros y demostraba que los judíos son presuntuosos y mentirosos, que siempre han sido traidores, que se los ha despreciado y abatido, que los que los favorecen acaban mal, que no se debe creer en ellos ni en sus obras, que son movedizos, vanidosos y sediciosos y que la Iglesia sólo los conserva para permitirles engendrar al Anticristo, su Mesías, que será vencido, y para permitir a Israel reconocer su error. Sin embargo, se lo puede considerar amable a Francisco de Torrejoncillo si se compara su libelo con un singular opusculito de la misma época, que se llama Libro del Alboraico. [45] El Alboraico era la montura de Mahoma, animal extraño que no era ni caballo, ni mula, ni buey, ni burro. A esta bestia singular el autor del panfleto asimila a los marranos, los cristianos nuevos que, por no ser ni judíos ni cristianos, son Alboraicos. Esto precisado, el panfletario declara que los judíos o marranos tienen todos los caracteres del Alboraico y establece la más extraordinaria de las comparaciones. La montura de Mahoma tenía orejas de lebrel: los Alboraicos son perros. Tenía un cuerpo de buey: los Alboraicos sólo sueñan en bienes materiales y a llenarse la panza. Tenía una cola de serpiente: los Alboraicos desparraman el veneno de la herejía.
Si todos los polemistas se hubieran limitado a comparaciones alegóricas, el daño no habría sido muy grande para los judíos. Pero algunos no vacilaron en contar acerca de estos malditos las cosas más extraordinarias y la literatura antijudía registró todos los prejuicios populares, inclusive agravándolos; engendró otros nuevos y, de cualquier modo, los perpetuó. Se difundieron sobre los judíos los rumores más extraños. Se los representó con rasgos monstruosos y se les atribuyó las deformidades más abominables, los vicios más ruines, los crímenes más odiosos y las costumbres más abyectas. Tienen cara de chivo, con cuernos en la frente y un apéndice caudal. [46] Están sujetos a esquinencias, escrófulas, pérdidas de sangre y enfermedades fétidas que los obligan a agachar la cabeza. [47] Tienen hemorroides y llagas sangrientas en las manos. No pueden escupir y, de noche, su lengua es invadida por gusanos. La creencia en estas enfermedades particulares de los judíos vino de España en el siglo XIV. Más tarde, se hicieron catálogos de ellas, el más antiguo de los cuales data de 1634. En estos catálogos se atribuía a cada una de las doce tribus su mal especial. Los de la tribu de Ruben alzaron la mano contra Jesús, se decía; por ello sus manos desecan todo lo que tocan. Los de la tribu de Simeón clavaron a Jesús; cuatro veces por año tienen en las manos y los pies estigmas

sangrientos. Que su sangre recaiga sobre nosotros, gritaron todos; por ello sus hijos nacen con un brazo sangriento y en día del Viernes Santo pierden sangre por el trasero. El origen de esta creencia en las enfermedades de los judíos fue, por lo tanto, puramente místico. Hasta se puede decir que fueron la objetivación y la concreción de las figuras de retórica y de las comparaciones alegóricas las que engendraron estas fábulas.

Se formaron leyendas que tenían como punto de partida una metáfora: así la leyenda sobre el olor de los judíos. Es Fortunat quien lo menciona en primer lugar – pues parece probable que el pasaje de Amio Marcelino que a menudo se invoca fue mal citado [48] – y lo hace en un sentido figurado: [49] "El agua del bautismo se lleva el olor judío, dice. El rebaño purificado expandirá un olor nuevo". Por lo demás, se asociaba la idea de buen olor con la de pureza. Decir de un bienaventurado que había muerto en olor de santidad quería realmente decir que este santo personaje había tenido el don de emitir bálsamos divinos. Si leemos la biografía de Santo Domingo, la de San Antonio de Padua y la de Francisco de Sales, vemos que gozaron de este privilegio. En contrapartida, los enviciados, los impíos y todos aquellos cuya alma era impura debían desparramar un olor pestilente. San Felipe de Neri, afirma su biógrafo, distinguía por el olor los vicios incontinentes de los hombres y adivinaba así la presencia del demonio. Domingo de Paradis y Gentille de Ravena también tenían esta facultad. En cuanto al diablo, cualquiera, en la Edad Media, estaba conforme en decir que revelaba su llegada; por un olor caprino y envenenado. El judío, que era el peor de los impíos y el verdadero hijo de Satanás, sólo podía, por consiguiente, irradiar emanaciones atroces. Cosa extraña, los judíos tenían ideas análogas sobre las relaciones del pecado con el mal olor y, según Maimónides, la serpiente había echado su hedor sobre la raza de Eva, pero los judíos fieles habían sido preservados.

Así pueden explicarse todavía algunos prejuicios antijudíos. Pero si es evidente que la asimilación de los israelitas al espíritu maligno les hizo atribuir la cara del chivo y los cuernos en la frente, muchas de estas creencias siguen siendo inexplicables. Provienen en gran parte del hecho de que la vida retirada de los judíos y su costumbre secular de mantenerse apartados y de no mezclarse con los que los rodeaban siempre excitaron la imaginación popular. Cada vez que individuos o grupos de individuos se segregaron voluntariamente, o fueron segregados, se presentó el mismo fenómeno. Se olvidaron las causas que había provocado esta especie de reclusión y se atribuyeron a esas aisladas pasiones, vicios y enfermedades que se suponían tanto más horribles cuanto que esos solitarios eran detestados. Lo mismo se ha producido con algunas asociaciones conventuales, con sociedades secretas, con órdenes religiosas militantes y con todas las agrupaciones que, de cualquier modo que fuera, vivieron fuera de la masa, por razones místicas, nacionales o política, poco importa. El pueblo es naturalmente curioso y, además, muy imaginativo. Tiende a formar leyendas y engendrar fábulas, y esto inocentemente, de manera infantil. Una palabra, una frase o una asociación de ideas le basta. Sobre la base del menor indicio elabora sueños e inventa cuentos cuyo origen nos resulta imposible desentrañar. Lo escondido lo inquieta, lo perturba y lo preocupa. Busca los motivos que pudieron llevar una clase de hombres a refugiarse en una soledad colectiva y, si no los encuentra, los inventa y, aun cuando deduce algunos que son reales, no puede impedirse de inventar otros imaginarios. Todos los seres que han formado parte de las llamadas razas malditas han tenido que soportar tales fábulas y tales leyendas.

De los Cagots de los Pirineos, los Gahets de Guyena, los Agotacs de los Bajos-Pirineos, los Couax de Bretaña, los Oiseliers del ducado de Bouillon, los Burrins del Ain, los Canots, los Trangots, los Gésitains y los Colibérts se afirmó lo que se afirmaba de los judíos. [50] Tienen, se decía, un olor pestilente e infecto, secan la fruta al tomarla en sus manos, son sujetos a pérdidas de sangre, tienen apéndice caudal, vierten sangre por el ombligo el día del Viernes Santo, tienen ojos oscuros, agachan la cabeza y no pueden escupir. Con algunas variantes se repetían esos cuentos al hablar de los arrianos, los maniqueos, los cátaros, los albigenses, los patarinos y todos los herejes en general.

En cuanto a los Templarios, contra los cuales tantas abominaciones semejantes fueron difundidas, se los puede, más que cualesquiera otros, acercar a los judíos. Como a éstos se los detestaba por su orgullo, su fasto, su fortuna en medio de la miseria general, su afán de lucro, el empleo desvergonzado de los medios de adquirir y la costumbre de los contratos usurarios. Se los odiaba por prestar sobre bienes y feudos con tal que dichos feudos y bienes les quedaran cuando falleciera el deudor; por poseer la orden del Temple, a mediados del siglo XIII, gran parte del territorio francés y por formar una república en el Estado, no teniendo ni reconociendo el Templario otro amo que Dios. [51] Se ven aquí, pues, a las mismas causas producir los mismos efectos, crear la misma hostilidad y engendrar las mismas creencias.

¿No se dijo de los Templarios que "cocinaban y asaban a los hijos que habían procreado con mujerzuelas y, con toda la grasa extraída, consagraban y ungían sus ídolos? [52] ¿No se dijo de los Cagots que se servían de sangre cristiana? ¿La acusación de homicidio ritual no pesa sobre los judíos como pesó sobre los leprosos, estos miserables que la Edad Media – retomando las aserciones de Manetón, repetidas por Cheremón, Lisímaco, Posidonio, Apolonio Molón y Apión – consideró como hermanos de los judíos; como pesó sobre los hechiceros que se asimilaban a los judíos? Pero volveremos sobre este problema cuando hablemos de los antisemitas modernos.

¿En presencia de estos ataques e injurias que les dirigían los teólogos y los polemistas, cómo se comportaban los judíos? Se defendían vigorosamente. A la exégesis oponían la exégesis. A los razonamientos de sus adversarios, oponían su lógica. A los insultos y calumnias, contestaban con calumnias e insultos, lo que era normal e inevitable, aunque estas injurias se volvieran no menos fatalmente contra ellos. Si la literatura antijudía es enorme, la literatura defensiva de los judíos y también la literatura anticristiana – pues a menudo los judíos pasaban a la ofensiva – es considerable. [53]

La primera obra de controversia que produjo la literatura israelita en la Edad Media fue el Libro de las Guerras del Señor, de Jacobo ben Ruben, escrito en 1170. [54] Se componía de doce capítulos o puertas y demostraba mediante textos bíblicos que el Mesías no había llegado, lo cual, por otro lado, era tan fácil, si no más, para los retores exégetas, que demostrar lo contrario. Pero probar que Jesús no era el Mesías esperado no bastaba. Había que mostrar igualmente la preexelencia de la religión judía a los que establecían, irrefutablemente, la preexistencia de la religión cristiana, y esto resultaba fácil para ambas partes. Pues cada una sacaba de la Biblia lo que le convenía. Los talmudistas hasta se servían del Nuevo Testamento para confirmar los dogmas judaicos. Así lo hizo Moisés Kohen de Tordesillas en su Sostén de la Fe, mientras Semtob ben Isaac Schaprut retomaba, en forma de diálogo entre un unitario y un trinitario, las ideas expuestas por Jacobo ben Ruben. [55]

En el siglo XV, la literatura polémica adquirió un gran desarrollo en España. El momento, en efecto, era difícil para los judíos de la Península. Para convertirlos, la Iglesia redoblaba sus esfuerzos. Las controversias, los panfletos y los tratados dogmáticos se multiplicaban. Los judíos resistían el proselitismo. Sólo se entregaban en último extremo y, más tarde, cuando la expulsión final, la mayor parte prefirió el exilio, sin esperanza de retorno, a la conversión. Mientras los monjes buscaban en el Pentateuco y en los Profetas argumentos para sostener los símbolos cristianos, los judíos se aplicaban a poner de relieve las diferencias que separaban las dos creencias y, para refirmar la fe en el alma de los vacilantes, combatían el catolicismo. Como Hasdai Crescas, estudiaban la teología de sus adversarios. Así armado, Jacobo Schem Tob escribió sus Objeciones contra la religión cristiana. [56] Simón ben Cemah Durán publicó un Examen filosófico del judaísmo, en el que un capítulo especial, titulado "Arco y escudo", contenía una crítica del cristianismo.
Los rabinos, imitando a los escritores eclesiásticos y a los inquisidores, escribieron libros destinados a aquellos a quienes se provocaba en las controversias. Estos libros, especies de vademecum, señalaban los lados vulnerables de los dogmas cristianos. Y si, por un lado, se publicaban unos "judaísmo vencido con sus propias armas", por otro se componían unos "cristianismo vencido con sus propias armas", vale decir con las que se encontraban en el Nuevo Testamento. Los Evangelios desempeñaron en la literatura anticristiana el papel del Talmud en la literatura antijudía. A partir del siglo XI o el siglo XII, se los atacó mucho y numerosas discusiones tuvieron lugar entre rabanitas y teólogos. Estas discusiones a veces se reunían en compendios en los cuales se las presentaba de modo muy favorable para la dialéctica judaica. Estos compendios servían después de manuales. Así el viejo Nizachon (Victoria), de Rabbi Mattatiah; el Nizachon, de Lipmann de Mulhausen; el Joseph Kimhi; el Reafirmación de la Fe, de Isaac Troki: [57] y el Libro de José el Celador. [58] Esto no bastaba, sin embargo, para el ardor de los judíos. Después de preparar las mentes para los futuros coloquios y de atacar las doctrinas católicas, no sólo en torneos oratorios, sino también en apologías, escribieron panfletos injuriosos tales como el Toledot Jeschu, vida del Galileo, que se remonta al siglo II o III y que Celso tal vez conociera. [59] Este Toledot Jeschu fue publicado por Raimundo Martin. Lutero lo tradujo al alemán. Wagenseil y el holandés Euldrich también lo publicaron. Contenía el cuento del soldado Pantherus y las leyendas que representaban a Jesús como un mago. Luego, habiendo defendido la Biblia y el monoteísmo, los judíos se volcaron contra los que eran sus enemigos más peligrosos: los conversos. Si bien refutaron a Raimundo Martin [60] y a Nicolás de Lira, [61] refutaron con mayor energía aún a Jerónimo de Santa Fe, a este Santa Fe que sus correligionarios llamaban Megaddef, vale decir Blasfemo. Con Jerónimo se encarnizaron. Vidal ibn Labi, Isaac ben Nathan Kalonymos, [62] Salomón Durán [63] y otros más escribieron para desmentir al "calumniador". Lo mismo hicieron Isaac Pulgar contra Alfonso de Valladolid, [64] Josuá ben Joseph Lorqui y Profiat Durán. [65] Los apóstatas de la Edad Media no fueron sensiblemente mejor tratados que antes, en el siglo I de la era cristiana, cuando se agregaba a las plegarias diarias una maldición que debía alcanzarlos. Del siglo X al siglo XVI y hasta el XVII se siguió repitiendo contra ellos lo que el Talmud decía de los mineos, los viejos judeocristianos y los ebionitas. Naturalmente, todos esos libros judíos no fueron aceptados sin protestas. También provocaron numerosas refutaciones que, a su vez, engendraron respuestas.
En el siglo XVII, el antijudaísmo se transformó. A los teólogos sucedieron los

eruditos, los sabios y los exegetas. El antijudaísmo se hizo más dulce y más científico. Lo representaron hebraizantes a menudo de gran valía: Wagenseil, [66], Bartolocci, [67] Voetius, [68] José de Voisin, [69] etc. Estos hombres estudiaron de modo más serio la literatura y las costumbres judaicas. A veces, inclusive, las juzgaron equitativamente. Así Wagenseil negó el homicidio ritual [70] y Buxtorf, aun diciendo que el Talmud contenía "blasfemia, imposturas y estupideces", declaró que en él se encontraban cosas útiles para el historiador y el filósofo. [71] Sin embargo, persistían las mismas ideas que habían animado a los escritores de los siglos anteriores. Como siempre se quería probar la verdad de la fe y los dogmas cristianos por el Antiguo Testamento. La preocupación por la conversión de los judíos rondaba en las almas: se hablaba del retorno de Israel y se proponían medios para traerlo de vuelta. [72] Apóstatas invocaban el Zohar y la Mischna a favor de Jesús [73] y la literatura polémica seguía floreciendo, con Eisenmenger, cuyo Judaísmo desvelado [74] ha inspirado a muchos antisemitas contemporáneos, con Schudt [75] y, más tarde, con Voltaire. Es cierto que el antijudaísmo literario, sobre todo el de tendencias combativas y panfletarias, es poco variado. La mayor parte de los escritores antijudíos se imitan unos a otros, sin escrúpulo, y se plagian sin siquiera soñar en controlar las afirmaciones de sus predecesores. Un libro suscita otros idénticos. Alonzo de Spina se inspira en Batallas de Dios, de Alfonso de Valladolid. Porcher Selvaticus, Pietro Galatini y Pedro de Barcelona reeditan con nombres distintos el Puñal de la Fe, de Raimundo Martin. Pablo Fagius y Sebastián Münster [76] utilizan el Libro de la Fe.
A pesar de todo eso, e independientemente de las desemejanzas que ya ha señalado, el antijudaísmo a partir del siglo XVII se diferencia del antijudaísmo de los siglos anteriores. El aspecto social predomina poco a poco sobre el aspecto religioso, aunque éste siempre subsiste. Se empieza a preguntar, no si los judíos son culpables por ser usureros, comerciantes o deicidas, sino, como dice Schudt, [77] si deben ser tolerados en el Estado, o no; si, como lo pregunta ya en 1655 John Dury, [78] en un panfleto dirigido contra Menasseh ben Israel, el protegido de Cromwell, es legal admitir a los judíos en una república cristiana. Es este punto de vista social el que se va en adelante a desarrollar en el antijudaísmo literario. Parte del antisemitismo moderno va a estribar en la teoría del Estado cristiano y su integridad, y es así como se vinculará con el antijudaísmo. En el curso del presente libro, habremos de examinar más atentamente las afinidades y las diferencias que unen y separan estos dos antijudaísmos.

[1])- Cf. Spicilegium, de Achéry, t. X y XV.
[2])- Isidoro de Sevilla, De fide catholica ex veteri et novi Testamenti contra Judaeos (Opera, t. VII), Migne, P. - L. LXXXIII.
[3])- Disputado contra Judaeos, Opera, Edit, Basileens, p. 180.
[4])- Contra Judaeos, lib. VI.
[5])- Migne, P. L., CLIX.
[6])- Liber contra perfidia Judaeorum, Opera, París, 1519.
[7])- Opera París, 1651.
[8])- Migne, P. L., CLXX.
[9])- Migne, P. L., CCX.
[10])- Giustiniani, Augustin, Liguae hebrae (1566).

[11])- Pugio Fidei, París, 1651 (Véase Quétif, Bibl. scriptorum dominiarum, t. 1, p. 396, y la
edición de Carpson, Leipzig, 1670).
[12])- Cap. XXI y XXII, De reprobatione et foetore doctrinae Judaeorum.
[13])- Victoria adversus impios hebraeos et sacris litteris (París, 1629). Wolf, Bibl. Hebr.,
t. I, p. 1124.
[14])- Sobre Pedro de Barcelona (Petrus Barcinonensis), véase Fabricius, Bibliotheca Latina.
[15])- De Arcanis Catholicae veritalis libri (Soneino, 1518).
[16])- Toda la Edad Media creyó en este cuádruple sentido de las Escrituras, cuádruple sentido éste cuyo valor se expresa en el siguiente dístico:
Littera gesta doces; quid credas, allegoria
Moralis quid agas; quo tendas anagogia.
[17])- Postillae perpetuae in universa Biblia (Roma, 1471, 5 vols.).
[18])- De Messia, ejusque adventu praeterito, tractatus una cum responsione ad Judavi argumenta XIV contra veritatem Evangeliorum (Venecia, 1841).
[19])- El original francés dice "Antiguo Testamento", pero se trata evidentemente de un lapsus calami o de un error de imprenta (N. del T.)
[20])- Para la literatura antisemita de los apóstatas judíos, véase Wolf, Bibl. Hebr., t. I.
[21])- Via della Fede (Wolf, Bibl. hebr., p. 1010).
[22])- Traité de la confusión des Juifs (Wolf, Bibl. Hebr., p. 1010).
[23])- Véase Wolf, Bibl., Hebr., 1, p. 1004 y Rodríguez de Castro, José, Bibliotheca española (Madrid, 1781), t. 1, p. 234.
[24])- Tres tratados contra los judíos: 1. Propagnaculum fidei christianae (1510). 2. Judaeorumn errores et mores (Colonia, 1509). 3. De vita et moribus Judaeorum (París, 1511). Véase Wolf, Bibl. Hebr., t. IV, p. 578.
[25])- Biblioteca Nacional, París, manuscritos del fondo español, N° 43. Cf. Loeb, Isidore,
Revue des Etudes Juives, t. XVIII.
[26])- Tractatus zelus Christi contra Judaeos, Sarracenos et infideles (Venecia, 1542).
[27])- Hosti Judaeorum (Colonia, 1,509).
[28])- Hebreomastix (Francfort, 1601).
[29])- Manuscrito N° 351 del fondo español de la Biblioteca Nacional de París (Cf. Loeb,
Revue des Etudes Juives, t. XVIII).
[30])- De insolentia Judaeorum (Patrologie Latine, t. CIV).
[31])- Epistola seu liber conga Judaeos (Patrologie Latine, t. CXVI).
[32])- Gesta Philippi Augusti, 12, 13, 14, 15 y 16.
[33])- Tractatus adversus Judaeorum inveteratam duritiam (Bibliothéque des Péres Latins, Lyón).
[34])- Les jours caniculaires (Dierium canicularium), traducido al francés por Rosset, P'.
de (París, 1612).
[35])- Agobardo, ob. citada.
[36])- Amolón, ob. citada.
[37])- Cluny, Pedro de, ob. citada.
[38])- Agobardo, ob. cit., Rigord, ob. citada.
[39])- Maiol, Simón, lug. citado.
[40])- Maiol, Simón, lug. citado.

[41])- Los judíos y sus mentiras (Witembergo, 1588), Bibl. hebr., t. I, p. 1116.
[42])- Fortalitium Fidei (Nüremberg, 1494).
[43])- L'incrédulité et mécréanee du sortilége pleinement convaincue (1622).
[44])- Centinela contra Judíos (Of. Loeb, Revue des Etudes Juives, t. V).
[45])- Bibliothéque Nationale, París, fondo español, manuscrito N° 356 (Loeb, Revue des
Etudes Juives, t. XVIII).
[46])- Centinela contra judíos
[47])- Lancre, Pedro de, ob. citada.
[48])- Amio Marcelino, t. XXII. Es seguro que el Judaeorum Foetentium de que se quejaba Marco Aurelio viene de un error, tal vez malicioso de un copista y que foetentium
– mal olor – se puso en lugar de poetentium – turbulencia – que contenía el manuscrito de
Amio.
[49])- Fortunat, Poème, I, V.
[50])- Miehel, A., Les races maudites, París, 1847.
[51])- Lavoeat, Procès des Frères de l'ordre du Temple, París, 1888
[52])- Lavocat, ob. citada.
[53])- Habría que dedicar un capítulo entero a la literatura anticristiana, lo que no puedo
hacer en estas páginas en las cuales sólo enfoco el antijudaísmo, y no puedo sino indicar la
reacción judía. El esfuerzo judaico contra la "idolatría cristiana" fue muy grande. Para darse cuenta de él basta dar una hojeada a la Bibliotheca judaica antichristiana de Rossi, J. B. de, Parma, 1800. Y eso que el catálogo establecido por Rossi no es rigurosamente exacto. Sin embargo, permite apreciar la actividad polémica de los judíos, que sólo en la de
los cristianos encuentra parangón (Véase también Wolf y Wagenseil, ob. citada).
[54])- Loeb, Revue des Etudes Juives, t, XVIII.
[55])- Schaprut, Semtob ben Isaac, La pierre de touche (Loeb, ob. citada).
[56])- Véase Graetz, t. IV (Traducción francesa de Bloch, M., París, 1893).
[57])- Wagenseil, en sus Tela ignea Satanae (Altdorf, 1681) reproduce y publica todos los
tratados.
[58])- Zadoe, Kahn, le Libre de Joseph le Zélateur (Revue des Etudes Juives, t. I. y III.).
[59])- Para el Toledot Jeschu, véase Tela ignea Satanae, de Wagenseil, t. II, p. 189, y Rossi, B. de, Bibliotheca judaica antichristiana, Parma, 1800, p. 117.
[60])- Salomón ben Adret, de Barcelona, refutó el Pugio Fidei.
[61])- Hayym ben Mousa refutó a Nicolás de Lira en su Escudo y espada (Graetz, ob. citada).
[62])- Refutación del Engañador (Graetz, ob. citada).
[63])- Carta de combate (Graetz, ob. cit., y Rossi, Biblioth. antchrist., p. 100.
[64])- Diálogo contra los apóstatas (Loeb, ob. citada).
[65])- Alteca Boteca (Loeb, ob. eit., Rossi, Dizionario storico degli Ebrei (Parma, 1802), p.
89.
[66])- Wagenseil, ob. citada.
[67])- Magna bibliotheca rabbinica (Roma, 1695-98).

[68])- Disputationes selectae (Utrecht, 1663).
[69])- Theologia Judaeorum (1647).
[70])- Benachrichtigung wegen einiger Judenschaft angehend wichtige Sachen (Altdorf,
1707).
[71])- Dictionnaire chaldéo-talmudique-rabbinique (Basilae, 1639) y Sinagoga Judaica (Hanau, 1604).
[72])- Péan de la Croullardiére, Méthode facile pour convainere les hérétiques (París, 1667), en el cual se encuentra un "Método para atacar y convencer a los judíos", Thomas
Bell Haver, Dottrina facile e breve per riduire l'Hebreo al conoscimento del vero Messia e
Salvatore del mondo (Venecia, 1608).
[73])- Otton, Conrad, Gali Razia (Secrets dévoilés, Nuremberg, 1605).
[74])- Judaisme dévoilé (Francfort, 1700).
[75])- Compendium Historiae Judaicae (Francfort, 1700) y Judaeus christicida peccans et
vapulans (1700).
[76])- Revue des Etudes Juives, t. V., p. 57.
[77])- Ob. citada.
[78])- Un cas de conscience (Londres, 1655).

VIII
EL ANTIJUDAISMO LEGAL MODERNO

El judaísmo emancipado - La situación de los judíos en la sociedad - La usura y los asuntos de Alsacia - Napoleón y la organización administrativa de la religión judía - El Gran Sanhedrín - Las leyes restrictivas y la liberación progresiva en Francia - La emancipación en Holanda - La emancipación en Italia y en Alemania - La reacción antinapoleónica y los judíos - El renacimiento de la legislación antijudía - Los movimientos populares - La emancipación en Inglaterra - En Austria - La Revolución de 1848 y los judíos - El final del antijudaísmo legal en Occidente - El antijudaísmo oriental - Los judíos en Rumania - Los judíos rusos - Las persecuciones - Cuestión social y cuestión religiosa.

El 27 de septiembre de 1791, después de discusiones anteriores como consecuencia de las cuales toda decisión sobre la emancipación de los judíos había sido

postergada, la Asamblea Constituyente votó, a propuesta de Dupont y merced a la intervención de Regnault de Saint-Jean d'Angély, la admisión de los judíos como ciudadanos activos. Este decreto estaba preparado desde hacía tiempo: preparado por la obra de la comisión reunida por Luis XVI y que presidía Malesherbes; preparada por los escritos de Lessing y de Dohm y por los de Mirabeau y de Grégoire. Era la conclusión lógica de los esfuerzos realizados desde hacía unos años por los judíos y los filósofos. Mendelsohn, en Alemania, había sido su promotor y su más activo defensor y fue en Berlín, en los salones de Henriette de Lemos, que Mirabeau encontró sus inspiraciones, después de Dohm.
Cierta categoría de judíos, por lo demás, ya se había emancipado. En Alemania, los judíos de corte (Hofjuden) habían adquirido privilegios comerciales. Hasta se les otorgaba, contra dinero, títulos de nobleza. En Francia, los marranos portugueses, retornados al judaísmo, gozaban de grandes libertades y, con la dirección de sus síndicos, prosperaban en Burdeos; cierto es, muy indiferentes ante la suerte de sus hermanos desdichados, pero muy influyentes, puesto que uno de ellos, Gradis, estuvo por ser nombrado diputado en los Estados Generales. Hasta en Alsacia ciertos israelitas habían conseguida importantes favores: Cerf Beer, por ejemplo, proveedor de los ejércitos de Luis XV, a quien el rey había dado cartas de naturalización y el título de marqués de Tombelaine. [1]
Gracias a todos esos privilegios, se había constituido una clase de judíos ricos, que habían tomado contacto con la sociedad cristiana, clase ésta de mente abierta y sutil, inteligente y refinada, de un intelectualismo extremo, que había abandonado, como muchos cristianos, la letra de su religión o hasta la fe y sólo había conservado un idealismo místico que se conciliaba como podía con un racionalismo liberal. Fue sobre todo en Berlín, ciudad joven y centro de un reino que nacía para la gloria – ciudad más fácil y menos tradicional – que se operó la fusión de este grupo de judíos y de la élite que conducía Lessing. En casa de Henriette de Lemos y de Rachel de Varnhagen se encontraba la joven Alemania. El romanticismo alemán acababa, por obra de estas damas judías, de impregnarse de espinozismo. Schleiermacher y Humboldt las frecuentaban y, si se puede decir que fue la Asamblea Constituyente la que decretó la emancipación de los judíos, fue en Alemania donde se preparó.

Sin embargo, el número de esos judíos capaces de entrar en las naciones era extremadamente reducido, tanto más cuanto que la mayor parte acababa – tal como las hijas de Mendelsohn, y, más tarde, Boerne y Heine – convirtiéndose y ya no existía como israelita. En cuanto a la masa judía, se encontraba en condiciones muy distintas.
El decreto de 1791 liberaba a todos esos parias de una secular servidumbre. Rompía todas las ataduras que las leyes les habían impuesto. Los sacaba de los ghettos de todo tipo en los cuales estaban encarcelados. De ganado que eran, los convertía en seres humanos. Pero si bien podía así devolverlos a la libertad y si bien le fue posible abolir en un día la obra legislativa de los siglos, no podía deshacer su obra moral y, sobre todo, era impotente para quebrar las cadenas que los mismos judíos se habían forjado. Los judíos estaban emancipados legalmente; no lo estaban moralmente. Conservaban su modo de vida, sus costumbres y sus prejuicios; prejuicios éstos que también conservaban sus conciudadanos de las otras confesiones. Estaban felices de escapar de su abyección, pero miraban a su alrededor con desconfianza y sospechaban hasta de sus libertadores.
Durante siglos, habían visto con asco y terror el mundo que los rechazaba. Habían

sufrido por su culpa, pero, más aún, habían temido perder, por su contacto con él, su personalidad y su fe. Más de un viejo judío debió, en 1791, mirar con angustia esta nueva existencia que se le abría. Ni siquiera estaría yo sorprendido que hubiera habido algunos a cuyos ojos la liberación hubiera parecido una desgracia o una abominación. Muchos de estos miserables estaban encariñados con su rebajamiento y su enclaustramiento que los, mantenía alejados del pecado y la impureza, y el esfuerzo de la mayoría tendió a seguir siendo ellos mismos en medio de extranjeros entre los cuales se los arrojaba. Fue la parte esclarecida, inteligente y reformadora de los judíos, la que sufría por su situación inferior y el envilecimiento de sus correligionarios, la que trabajó para su emancipación. Pero tampoco ella pudo transformar repentinamente a aquellos para quienes había reclamado el derecho de ser criaturas humanas.

El yo judaico no fue cambiado por el decreto emancipador, y tampoco el modo como este yo se manifestaba. Desde el punto de vista económico, los judíos siguieron siendo lo que eran. Hablo por supuesto de la mayoría: unos improductivos, vale decir unos ropavejeros, unos prestamistas y unos usureros, y no pudieron ser otra cosa dado sus hábitos y las condiciones en las cuales habían vivido. Si dejamos a un lado una ínfima minoría entre ellos, no tenían otras aptitudes y aún hoy en día una cantidad considerable de judíos se encuentran en el mismo estado. Estas aptitudes, no dejaron de aplicarlas y hallaron más que nunca la oportunidad de hacerlo en este período de perturbaciones y desorden. En Francia se aprovecharon de los acontecimientos, y los acontecimientos les resultaron muy favorables. Fueron en Alsacia, por ejemplo, los auxiliares de los campesinos a quienes prestaron, con elevados intereses, los capitales necesarios para la adquisición de los bienes nacionales. [2] Antes de la revolución, ya eran en esa provincia los usureros naturales, los que cargaban con el odio y el desprecio. [3] Después de la revolución, estos mismos campesinos que otrora fabricaban falsos recibos [4] para escapar de las garras de sus acreedores, recurrieron a ellos. Gracias a los judíos alsacianos, la nueva propiedad [5] se constituyó en Alsacia, pero pretendieron sacar provecho de ella, amplia y usurariamente. Los deudores protestaron. Afirmaron que estarían arruinados si no se los ayudaba, y en eso exageraban, puesto que ellos, que no poseían nada antes de 1789, habían adquirido dieciocho años después campos por 60 millones, sobre los cuales debían 9.500.000 francos a los judíos. Sin embargo, Napoleón los escuchó y, durante un año, suspendió la ejecución de los fallos pronunciados a favor de los usureros judíos del Alto Rin, el Bajo Rin y las provincias renanas. A eso no se limitó su obra. En los considerandos del decreto suspensivo del 30 de mayo de 1806, mostraba que no consideraba suficientes las medidas represivas y que era necesario hacer desaparecer la fuente del mal.

"Estas circunstancias – decía el texto en cuestión – nos han llevado a considerar al mismo tiempo cuán urgente era reanimar, entre los que profesan la religión judía en los países sometidos a nuestra obediencia, los sentimientos de moral cívica que, desgraciadamente, han sido apagados en un número demasiado grande de ellos por el estado de rebajamiento en el cual languidecieron durante un tiempo demasiado largo, estado éste que no es nuestro propósito mantener ni restablecer."

Para reavivar estos sentimientos o, más bien, para hacerlos nacer, quiso plegar la religión judía a la disciplina, jerarquizarla como había jerarquizado al resto de la nación y conformarla al plan general. Siendo primer cónsul, había dejado el culto judío a un lado. Quiso corregir este olvido y convocó una asamblea de notables judíos, cuyo papel debía consistir en "deliberar sobre los medios de mejorar la

nación judía y difundir entre sus miembros el gusto por las artes y oficios útiles" y organizar administrativamente el judaísmo. Un cuestionario fue distribuido a los notables judíos y, después de que hubiera sido contestado, el Emperador reunió un Gran Sanhedrín encargado de conferir a las respuestas de la primera asamblea una autoridad religiosa.
El Sanhedrín declaró que a ley mosaica contenía disposiciones religiosas obligatorias y disposiciones políticas. Estas últimas concernían al pueblo de Israel cuando era un pueblo autónomo y habían perdido vigencia desde que los judíos se habían difundido entre las naciones. Prohibió hacer distinciones, en el futuro, entre judíos y cristianos en lo que atañía a los préstamos y condenó cualquier tipo de usura.
Estas declaraciones mostraban que los notables judíos, que pertenecían en su mayor parte a esa minoría que ya he mencionado, sabían acomodarse al nuevo estado de cosas, pero no podían de ninguna manera representar las disposiciones de la masa. En eso Napoleón se equivocó. Lo engañó su amor al orden, al reglamento y a la ley y su creencia en su eficacia. Se imaginó, probablemente, que un Sanhedrín era un concilio, y no había nada de eso. Las decisiones del Sanhedrín sólo tenían, en cualquiera de sus aspectos, el valor de opiniones personales. No comprometían de ningún modo a los judíos. No tenían autoridad alguna y no existían sanciones para hacerlas prevalecer. La única obra de esa asamblea fue una obra administrativa: la organización de los consistorios. En cuanto a la obra moral, fue nula y los hombres que habían sido reunidos eran incapaces de cambiar las costumbres. Lo sabían muy bien, por lo demás, y sólo pudieron registrar cosas ya adquiridas. Así abolieron la poligamia que ya no se practicaba más desde hacía varios siglos. Para creer que un sínodo tiene el poder de imponer el amor del prójimo o de prohibir la usura que un estado social facilita, hacía falta el candor de legista de Napoleón. La prohibición imperial a los judíos de proveer reemplazantes para el servicio militar hecha con el propósito de infundirles la grandeza de sus deberes cívicos, debió de tener la misma influencia que las prescripciones sinodales. [6]
Lo mismo sucedió con el decreto del 17 de marzo de 1808, que prohibía a los judíos dedicarse al comercio sin una patente nominal expedida por el prefecto y de inscribir hipotecas sin autorización. Además, estaba vedado a los judíos radicarse en Alsacia y los países renanos, y a los judíos alsacianos, establecerse en otros departamentos, salvo para dedicarse a la agricultura. [7] Estos decretos, válidos por diez años, no hicieron un solo judío agricultor y, si algunos se convirtieron en patriotas, la obligación que tenían de pasar por el ejército no contribuyó al cambio. Fueron éstas las últimas leyes restrictivas en Francia. La asimilación legal acabó de cumplirse en 1830, cuando Lafitte hizo inscribir el culto judío en el presupuesto. Lo cual significaba el desmoronamiento definitivo del Estado cristiano, aunque el Estado laico no estuviera del todo constituido. En 1839 el último vestigio de las antiguas separaciones entre judíos y cristianos desaparecieron con la abolición del juramento more judaico. La asimilación moral no fue tan completa.
Pero sólo hemos hablado hasta ahora de la emancipación de los judíos franceses. Nos queda por ver la influencia que tuvo sobre los judíos de Europa. [8] En Holanda, ya en 1796, cuando la fundación de la República Batava, la Asamblea Nacional dio a los judíos derechos de ciudadanía y su situación, reglamentada más tarde por Luis Bonaparte, fue determinada de modo definitivo por Guillermo I en 1815. Es cierto que, desde el siglo XVI, los judíos holandeses gozaban de importantes privilegios y de una libertad bastante grande. La Revolución sólo fue la

causa determinante de su liberación. En Italia y Alemania fueron los ejércitos de la República y el Imperio los que llevaron a los judíos a la emancipación. Napoleón se convirtió en el héroe y el dios de Israel, el libertador esperado, aquél cuya mano poderosa abatía las puertas del ghetto. Entró en todas las ciudades bajo las aclamaciones de los judíos – el modo cómo Henri Heine lo celebró es testimonio del hecho – que sentían perfectamente que su causa estaba ligada al triunfo de las águilas.

Por ello, después de la caída de Bonaparte, los judíos estuvieron entre los primeros que alcanzó la reacción antinapoleónica. Con la exaltación del patriotismo coincidió un retorno al antijudaísmo. La emancipación era obra francesa. Había, por lo tanto, que juzgarla mala. Era, además, obra revolucionaria, y se reaccionaba contra la revolución y las ideas igualitarias. Al mismo tiempo que se restauraba el Estado cristiano, se echaba de él a los judíos. Fue en Alemania sobre todo donde la antigua concepción religiosa del Estado renació con un nuevo brillo, y también fue sobre todo en Alemania donde el antijudaísmo se manifestó más vivamente. Pero el renacimiento de la legislación antijudía fue general. En Italia se volvió a la legislación de 1770. En Alemania, el congreso de Viena abolió todas las disposiciones imperiales relativas a los judíos, sin dejarles más derechos que los otorgados por los gobiernos alemanes legítimos. Las ciudades y municipios, como consecuencia de las decisiones del congreso, se mostraron durísimos para con los israelitas. Lübeck y Bremen los expulsaron. Francfort hizo como Roma: los encerró de nuevo en sus antiguos barrios. [9] A las medidas legales correspondieron naturalmente movimientos populares. En un momento en que el patriotismo estaba excitadísimo, cualquier limitación de los derechos de los extranjeros era bien acogida. Ahora bien: los judíos eran los extranjeros por excelencia, los que mejor representaban a los extranjeros nocivos. Por ello, hacia 1820, vale decir en el momento en que este estado de espíritu alcanzó su paroxismo, la muchedumbre, en muchos lugares, se echó contra los judíos y, si bien no los mató, sí los maltrató fuertemente.

Los treinta años que siguieron a la desaparición de Napoleón no vieron, pues, grandes progresos para los judíos. En Inglaterra, donde sin embargo se los trataba de hecho con bastante liberalidad, se seguía considerándolos como disidentes y se los sometía – como a los católicos, por lo demás – a ciertas obligaciones. No fue sino poco a poco que vieron modificarse su condición, y la historia de su emancipación es un episodio de la lucha entre la Cámara de los Comunes y la de los Lores. Fue recién en 1860 que quedaron completamente asimilados a los demás ciudadanos ingleses.

En Austria, habían sido emancipados en parte por el Edicto de Tolerancia de José II (1785), pero tuvieron que sufrir la misma reacción. La revolución había sido demasiado funesta para la casa de Austria para que aceptara de ella aun esta casi igualdad de los judíos, que había querido un soberano demócrata y filósofo. Recién en 1848 los israelitas austríacos se convirtieron en ciudadanos. [10]

En la misma época, su emancipación se hizo en Alemania, [11] en Grecia, en Suecia y en Dinamarca. De nuevo, debieron su independencia al espíritu revolucionario que una vez más vino de Francia. Veremos, por lo demás, que no fueron extraños a este gran movimiento que agitó toda Europa. En algunos países, especialmente en Alemania, ayudaron a prepararlo y fueron los defensores de la libertad. También fueron los primeros en beneficiarse con ella, pues se puede decir que, después de 1848, el antijudaísmo legal terminó en Occidente. Poco a poco las últimas trabas caen y las últimas restricciones son abolidas. En 1870, la caída del poder temporal

de los papas hizo desaparecer el último ghetto occidental y los judíos pudieron ser ciudadanos aun en la ciudad de San Pedro.
Desde entonces, el antijudaísmo se transformó. Se hizo puramente literario. No fue más que una opinión, y esta opinión no tuvo más incidencia en las leyes. Pero antes de examinar este antisemitismo escrito del siglo XIX, antisemitismo éste que hasta 1870 coexistió con una reglamentación restrictiva en algunos países, hemos de hablar de los Estados cristianos de Europa oriental donde el antijudaísmo es, aun en nuestros días, legal y perseguidor, vale decir Rumania y Rusia.
Los judíos establecidos en Rumania, [12] es decir en los países moldovalacos, desde el siglo XIV, sólo llegaron masivamente a principios del presente siglo [13] y, como consecuencia de la emigración húngara y rusa, son ahora trescientos mil. Durante muchísimos años vivieron tranquilos. Dependían naturalmente de los boyardos que tenían preponderancia en el país y les alquilaban los derechos de venta de alcohol, cuyo monopolio tenían esos señores. Como eran necesarios para los nobles como recaudadores de impuestos, agentes fiscales e intermediarios de toda índole, estos últimos eran más bien propensos a otorgarles privilegios, y ellos sólo tenían que temer el exceso de las supersticiones o de las cóleras populares.
La persecución oficial contra los judíos sólo empezó en 1856, cuando Rumania se dio un régimen representativo y cayó así el poder en manos de la clase burguesa. El tratado de París de 1858, que precedió a la unión de Moldavia y Valaquia, reconocía a los moldovacos, sin distinción de religión, el goce de los derechos civiles. A pesar del texto formal del tratado, los judíos fueron excluidos de los beneficios de la ciudadanía y el gobierno rumano contestó las presentaciones que se le hicieron diciendo que los judíos eran extranjeros. Desde aquel entonces, las medidas restrictivas se agravaron. Los israelitas no pudieron obtener grados. Se les quitó el derecho de domicilió permanente en la campiña. Se les prohibió poseer inmuebles – salvo en las ciudades – ni tierras o viñedos. No pudieron arrendar campos, ni tener hoteles y despachos de bebidas fuera de las ciudades, ni vender alcohol, ni tener sirvientes cristianos, ni edificar nuevas sinagogas. Alguna de estas decisiones las tomaban arbitrariamente ciertos municipios. En otras aldeas, por lo contrario, los judíos eran tolerados. Este estado de cosas duró hasta 1867. En esa época, el ministro Juan Bratianu publicó una circular en la cual recordaba que los judíos no tenían derecho a permanecer en municipios rurales ni a arrendar propiedades en ellos. Como consecuencia de esta circular, los judíos fueron expulsados de las aldeas en las que vivían. Se los condenó como vagabundos y las expulsiones se sucedieron hasta 1877. Por lo general las provocaban motines, en Bucarest, Jassy, Calatz, Tucuciú y otros lugares más, motines éstos durante los cuales se profanaban los cementerios y se quemaban las sinagogas.
¿Cuáles eran y cuáles son todavía las causas de esta legislación especial y de esta animosidad de los rumanos contra los judíos? No son únicamente religiosas y no se trata, a pesar de la persistencia de los prejuicios atávicos, de una guerra confesional. Los judíos rumanos, sobre todo en el momento de la formación de Rumania, constituían en los países moldovalacos aglomeraciones completamente separadas del grueso de la población. [14] Llevaban un hábito especial, vivían en barrios reservados para escapar de las máculas, y hablaban una jerga judeoalemana que acababa de distinguirlos. Vivían bajo la dominación de sus rabinos, talmudistas estrechos, cerrados e ignorantes, de quienes recibían en las escuelas judías – las Heder – una educación que contribuía a perpetuar su rebajamiento intelectual y su envilecimiento.
Fueron las víctimas de este aislamiento que debían al fanatismo de los rabinos que

los dirigían. En un país que nacía, que adquiría una nacionalidad y tendía hacia la unidad, las pasiones patrióticas estaban sobremanera excitadas. Hubo un panrumanismo, así como hubo un pangermanismo o un paneslavismo. Se discutió sobre la raza rumana, su integridad, su pureza y el peligro que había en dejar adulterarla. Se fundaron asociaciones para resistir la invasión extranjera y, sobre todo, para resistir la invasión judía. Los maestros y los profesores universitarios fueron el alma de esas sociedades. Como en Alemania, fueron ellos los que se mostraron como los antisemitas más activos. Consideraban a los judíos como los agentes y los apóstoles del germanismo y fue para repelerlos o contenerlos que se convirtieron en instigadores de la legislación restrictiva. Reprochaban a los judíos formar un estado en el estado, lo que era cierto, y, perpetua contradicción del antijudaísmo, legislaban para mantenerlos en esta situación que consideraban peligrosa. Afirmaban que la educación judaica deformaba las mentes de los que la recibían y los hacía ineptos para la vida social, lo que era demasiado exacto, y acababan prohibiendo a los judíos recibir la instrucción dada a los cristianos, instrucción ésta que los habría sacado de su abyección.

Pero los universitarios no fueron los únicos antisemitas de Rumania y, al lado de causas patrióticas, hubo causas económicas. Fue con el advenimiento de la burguesía, ya lo he dicho, que nació el antisemitismo, porque esta clase burguesa, compuesta de comerciantes e industriales, estaba en competencia con los judíos que se dedicaban exclusivamente al comercio y a la industria, cuando no a la usura. La burguesía tenía sumo interés en hacer votar leyes protectoras, leyes éstas que no estaban dirigidas nominalmente contra los judíos sino contra los extranjeros y que tenían principalmente por propósito trabar la expansión de rivales temibles. Lo consiguió fomentando hábilmente motines que permitieron a sus representantes en el parlamento proponer nuevas reglamentaciones. Por ello se pueden reducir a una sola estas distintas causas de antisemitismo: el proteccionismo nacional, y este proteccionismo es habilísimo, pues, al mismo tiempo que niega todos los derechos cívicos a los judíos, les impone el servicio militar, lo que también es contradictorio, puesto que nadie, que no sea ciudadano puede formar parte de un ejército nacional. [15]

Más dura todavía, más penosa que en Rumania es la situación de los judíos en Rusia. Su historia en ese país, adonde llegaron ya en el siglo III antes de Cristo, fundando colonias en Crimea, fue la de los judíos de toda Europa. En el siglo XII, fueron expulsados y no se los llamó nunca de vuelta. Sin embargo, Rusia cuenta hoy en día con cuatro millones y medio de judíos, y no se puede decir que esos judíos la hayan invadido, como dicen los antisemitas, puesto que Rusia los conquistó al apoderarse en 1769 de Rusia Blanca y, luego, de las provincias polacas y de Crimea, que contenían un número considerable de israelitas. En el momento de dicha conquista, no se podía pensar en aplicarles el ukase de 1742 que de nuevo había echado a los judíos. Por un lado, el rechazo de algunos millones de individuos hacia los estados circunvecinos no hubiera sido cosa fácil; por otro, el comercio, la industria y, sobre todo, el fisco habrían sufrido consecuencias negativas de tal expulsión masiva. Catalina II encerró entonces a los judíos en Rusia Blanca y Crimea – que constituyeron entonces el Territorio judío – y en Polonia. Sólo les estaba permitido salir de este ghetto territorial en ciertos casos y bajo ciertas condiciones.

Todo el antisemitismo moderno en Rusia, antisemitismo éste que es sobre todo un antisemitismo oficial, consiste en impedir a los judíos sustraerse a los ukases senatoriales de los que acabamos de hablar. Rusia se ha resignado a tener sus

judíos, pero ha querido dejarlos donde los había tomado. Sin embargo, hubo para los judíos alternativas felices, o menos infelices. Alejandro I los autorizó en 1808 a radicarse en los dominios de la corona, con tal de desempeñarse como agricultores. Nicolás les permitió viajar por necesidades de su comercio. Pudieron entrar en las universidades y, con Alejandro II, su posición mejoró más aún. [16]
Después del asesinato de Alejandro II, la reacción autoritaria fue espantosa, en Rusia. La bomba de los nihilistas desencadenó un abominable despertar del absolutismo. Se sobrexcitó el espíritu nacional y ortodoxo. Se atribuyó el movimiento liberal y revolucionario a las influencias extranjeras y, para apartar al pueblo de la propaganda nihilista, se lo lanzó contra los judíos. De ahí las matanzas de 1881 y 82, durante las cuales la muchedumbre incendiaba las casas israelitas, saqueaba y mataba a los judíos diciendo: "Nuestro padrecito el Czar así lo quiere". Después de estos motines, el General Ignatieff promulgó las leyes de mayo de 1882. Estas leyes decían: "A título de medida temporaria y hasta la revisión general de las leyes que regulan la situación de los israelitas, queda prohibido a los israelitas establecerse, de ahora en adelante, fuera de las ciudades y aldeas. Se exceptúan las comunidades israelitas ya existentes en las cuales los israelitas se dedican a la agricultura.
"2° Hasta nuevo aviso, no tendrán efecto los contratos hechos a nombre de un israelita y que tuvieran por objeto la compra, la hipoteca o la locación de inmuebles rurales, situados fuera de las ciudades y aldeas. Es igualmente nulo el mandato otorgado a un israelita para administrar bienes de la naturaleza indicada más arriba o disponer de ellos.
"3° Queda prohibido a los israelitas dedicarse al comercio en domingo y en los días feriados de la religión cristiana. Las leyes que obligan a los cristianos a cerrar sus casas de comercio durante esos días se aplicarán a las casas de comercio de los israelitas.
"4° Las medidas arriba mencionadas sólo se aplicarán en los gobiernos que se encuentran en todo el territorio judío."
Estas leyes fueron promulgadas a título de medida temporaria. Por ello, en 1883, se reunió una comisión, con la presidencia del Conde Pahlen, para resolver definitivamente la cuestión judía. Esta comisión llegó a conclusiones muy liberales. Pedía que se otorgasen ciertos derechos civiles a los judíos. Gracias a la influencia del señor Pobedonotseff, procurador del Santo Sínodo, el informe de la comisión Pahlen quedó en letra muerta y las leyes de mayo se aplicaron. Posteriormente, y sobre todo a partir de 1890, las persecuciones se han acrecentado. Se ha reducido el Territorio al prohibir a los judíos la entrada en ciertas plazas fuertes y al crear una zona fronteriza en que los judíos no pueden domiciliarse. Se abrogó el ukase de 1865 por el cual Alejandro II autorizaba a los artesanos "hábiles" a radicarse en todo el imperio. Así se encerraron en las ciudades del Territorio alrededor de tres millones de judíos, mientras que un millón están instalados en Polonia y 500.000 privilegiados, comerciantes de primera guilda, financistas y estudiantes, por toda Rusia.
En las ciudades del Territorio, los judíos son mayoría y sus condiciones de vida son espantosas. Amontonados en casas malsanas donde viven en la peor pobreza, hundidos en una miseria al lado de la cual la miseria que se encuentra en París, Berlín y Londres es prosperidad, reducidos a la desocupación durante parte del año y sólo encontrando trabajo en la otra parte con tal de contentarse con salarios irrisorios, salarios éstos cuya tasa ha bajado tanto que ha caído a 0,40 y 0,50 por día, y multiplicándose sin cesar a causa de su pobreza misma, estos desgraciados

agonizan lentamente y están a merced de todos los cóleras, todos los tifus y todas las pestes. Día tras día su estado se agrava y su desesperación aumenta. Se amontonan en las ciudades como un ganado demasiado apretado en establos demasiado estrechos, y no se vislumbra para ellos ninguna esperanza de liberación. Sólo pueden elegir entre tres alternativas: convertirse, emigrar o morir. Es esto lo que había previsto el señor Pobedonotseff, el procurador del Santo Sínodo, cuando exigía la aplicación de las leyes de Ignatieff.

Además de este confinamiento sistemático, otras medidas han sido tomadas contra los judíos. Se les prohíbe ciertos empleos y ciertas profesiones. Se expulsan de los hospitales a los que trabajan en ellos como enfermeros. Se despiden a los que son empleados de las compañías de ferrocarril y de las compañías de navegación. Se limita el número de los que tienen derecho a ingresar en las universidades, las escuelas superiores y los gimnasios. Se les impide ser abogados, procuradores, médicos e ingenieros o, por lo menos, sólo se los autoriza muy excepcionalmente a ejercer estas profesiones. Se les cierra sus propias escuelas. Ni siquiera se los admite en los hospitales. Se los carga con impuestos especiales: sobre sus alquileres, sobre sus herencias, sobre la carne que matan, sobre las velas que encienden el viernes a la noche y sobre las gorritas con que se cubren la cabeza durante las ceremonias religiosas, aun las privadas.

Al lado de estas tasas oficiales, decretadas por el gobierno, sufren la explotación de la administración y la policía rusas, las más corruptas, las más venales y las más abyectas de Europa. La mitad de los recursos de la clase media judía, dicen Weber y Kempater y Harold Frédéric, [17] va a la policía. Cualquier judío de buena condición económica es víctima de un chantaje perpetuo. En cuanto a aquellos – la mayoría – que son demasiado miserables para poder pagar, se los somete a los tratos más odiosos y mis inhumanos, obligándolos a doblegarse ante todos los caprichos de los policías brutales que los regentean y los martirizan, como martirizan, por lo demás, a los nihilistas y a los sospechosos de liberalismo que la horrible autocracia czarista pone bajo su autoridad. [18]

¿Por qué este trato, esta persecución abominable? Porque, contestan los antisemitas, estos cuatro millones y medio de judíos explotan a los noventa millones de rusos. ¿Cómo los explotan? Mediante la usura. Ahora bien: el noventa por ciento de los judíos rusos no tienen nada y hay apenas, en Rusia, diez a quince mil judíos que son detentadores de capitales. De estos diez a quince mil, unos son comerciantes y los demás, financistas y, por cierto, practican el agio, cuando no la usura. En fin una ínfima minoría vivía otrora en las aldeas y prestaba a los campesinos. Se echó a estos últimos de las campiñas, pero se ha dejado muy tranquilos a los comerciantes, los financistas y, en general, a todos aquellos que, siendo ricos, pueden pagar los privilegios. Por lo tanto, si se quería alcanzar a los explotadores, hubo equivocación, pues se perjudicó sobre todo a los artesanos y a los miserables. ¿Se consiguió, por lo menos, un mejoramiento de la situación de los campesinos? No. El campesino ruso, agobiado de impuestos desde su liberación y explotado por el fisco y por los agentes del gobierno, es presa fácil para los usureros. El judío fue sustituido por el kulak (el campesino prestamista) que ya actuaba en todas las aldeas rusas donde no había judíos, vale decir en la mayoría de las aldeas rusas. Ahora bien: no se ha tomado medida alguna contra los kulaki. La expulsión de los judíos no tuvo por causa, pues, la defensa de los campesinos.

También fomentan el alcoholismo, según se afirma. Sin embargo, decía Katkorff, fidedigno puesto que era antisemita, el alcoholismo está más difundido en el centro y el norte de Rusia, lugares éstos donde sólo hay pocos judíos, que en el sudoeste

donde ejercen la profesión de cantineros. Nada más natural: el alcohol, que ya es una necesidad para los míseros cuya nutrición es insuficiente, es aún más necesario en los países fríos. Si los judíos no fueran cantineros, otros los reemplazarían. Por lo demás, la expulsión de los judíos no es lucha contra el alcoholismo, puesto que no se tomó medida alguna contra los vendedores cristianos de bebidas alcohólicas, más numerosos que los comerciantes israelitas.

No nos podemos ocupar aquí de los fraudes que se reprochan a los negociantes judíos ricos, puesto que precisamente estos negociantes ocupan una situación privilegiada. En cuanto a los procedimientos desleales de parte de la masa miserable, los que la componen están en una situación tal que "si no saquearan, los alimentos les faltarían" [19] y se encuentran así en el mismo estado que un gran número de rusos ortodoxos que el estado social y económico de Rusia lleva a ser poco escrupulosos para poder vivir. [20]

¿Cuáles son, pues, las causas verdaderas del antisemitismo? Son políticas y religiosas. El antisemitismo no es de ninguna manera un movimiento popular en Rusia: es puramente oficial. El pueblo ruso, agobiado de miseria, aplastado por los, impuestos, sometido a la tiranía más atroz, amargado por las violencias administrativas y la arbitrariedad gubernamental y cargado de sufrimiento y humillaciones, se encuentra en una situación intolerable. Habitualmente resignado, es capaz de ira. Sus sediciones y sus revueltas son de temer. Los motines antisemitas pueden desviar el furor popular. Es ésta la razón por la cual el gobierno los ha alentado y, a menudo, provocado. En cuanto a los campesinos o los obreros, se lanzaban contra los judíos porque, decían, "el judío y el noble se valen, pero es más fácil pegarle al judío". [21] Así se explica el saqueo de los ricos comerciantes y de los opulentos prestamistas judíos y también, a veces, de rebote, de los miserables obreros israelitas, y es desgarrador ver a esos desheredados echarse unos contra otros en lugar de unirse contra el zarismo opresor.

La posibilidad de la unión de estas dos miserias tal vez sea presentida por los que tienen interés en engendrar y perpetuar su antagonismo y vieron, en efecto, durante los disturbios de 1881 y 1882, a los revoltosos saquear y quemar tantas casas cristianas. Después de la muerte de Alejandro II, se hizo urgente borrar de la memoria de los muzhiki y los proletarios el recuerdo de los intentos libertadores de los nihilistas. La revolución fue más que nunca la hidra y el dragón espantoso de los cuales había que proteger la santa Rusia. Se pensó conseguirlo mediante una vuelta a las ideas ortodoxas. Todo el mal, se decía, viene del extranjero, del hereje, del que ensucia el suelo sagrado. Era ésta la teoría de Ignatieff, es la de Pobedonotseff y del Santo Sínodo y también, probablemente, la del pobre Alejandro III a quien el miedo enloquece y al que Pobedonotseff guía como a un niño de mente débil. Se echaron contra los judíos del mismo modo que tomaron medidas contra los alemanes, los católicos y los luteranos, contra todos aquellos que no eran de raza eslava o no pertenecían a la ortodoxia griega. [22] Sin embargo, la persecución fue más activa contra los judíos, pues no era preciso tomar a su respecto los cuidados diplomáticos que se imponían respecto de los católicos, los luteranos y los alemanes. Si se hubiera masacrado a los católicos rusos, Europa entera se habría levantado; a los judíos se los pudo matar impunemente. Por lo demás, y por las mismas razones que los judíos rumanos, los judíos rusos se distinguen del resto de la población por sus costumbres, su modo de vida y su educación – salvo la minoría esclarecida, muy inteligente, de los jóvenes judíos que se precipitaban en las universidades antes de que se les cerraran sus puertas. Tienen una organización interna, la del Kahal, que les da una especie de autonomía, y resulta más fácil

denunciarlos como un peligro, con gran provecho para las instituciones establecidas y también para los capitalistas ortodoxos que escapan así de la ira popular cuya explosión es siempre de temer.
A menudo se ha negado que el antisemitismo oficial tuviera un origen religioso. Esto no es discutible, sin embargo, y los rusos tal vez renunciaran al paneslavismo para lograr la unidad religiosa que les parece – por lo menos a algunos – indispensable para lograr la unidad del Estado. La cuestión nacional y la cuestión religiosa se confunden, en Rusia, pues el Zar es a la vez jefe temporal y jefe espiritual: César y Papa. Pero se da más importancia a la fe que a la raza, y lo prueba el hecho de que cualquier judío que consiente en convertirse no es expulsado. Por el contrario, se alienta al judío a pasarse a la ortodoxia. Cualquier niño israelita, a partir de los catorce años, puede abjurar contra la voluntad de sus padres. Un converso casado se encuentra librado de los vínculos que lo unen a su mujer y sus hijos. Una conversa rompe, por el hecho de su conversión, los compromisos matrimoniales. Pero los cónyuges que no se convierten siguen considerándose casados. En fin los conversos adultos reciben, al momento de abjurar, una suma de quince a treinta rublos, y los conversos niños, una suma de siete a quince rublos. Para llevar a los judíos a adoptar la religión ortodoxa, se suprimen las escuelas rabínicas. Se restringe el número de las sinagogas – la sinagoga de Moscú fue cerrada en 1892 como cosa indecente – y hasta se prohíbe a los judíos reunirse para rezar. ¿Qué pasa, entonces, con los reproches de los antisemitas contra los judíos, cuando consienten conservar entre ellos a esos judíos hechos cristianos, sabiendo perfectamente que el cristianismo no hará renunciar a su papel social a los que no son artesanos sino intermediarios y capitalistas? [23]
Así, en esa Europa oriental, donde el estado actual de los judíos representa bastante bien lo que fue su situación en la Edad Media, podemos decir que las causas de antisemitismo son de dos especies: causas sociales y causas religiosas unidas a causas patrióticas. Ahora tenemos que ver cuáles son los motivos que alimentan el antisemitismo en los países en los cuales se ha convertido de legal en literario y, ante todo, examinar esta transformación y las manifestaciones a las cuales ha dado lugar.

[1])- Se trataba, por parte de Luis XV, de una broma de mal gusto, agraviante para su destinatario. Tombelaine significa "esquilmador" (N. del T.).
[2])- Bienes de los gremios, la Iglesia y los nobles emigrados, que el gobierno vendía en
subastas públicas (N. del T.)
[3])- Hay que notar que, igual que en la Edad Media, los judíos de Alsacia eran los testaferros y los intermediarios de usureros cristianos (Véase Halphen, Recueil des lois et
décrets concernant les israélites, París, 1851, y La pétition des Juifs établis en France adressée d l'Assemblee Nationale le 28 janvier 1790).
[4])- Sobre los judíos de Alsacia, antes y después de la Revolución, véase Grégoire, Essai
sur la regénération des Juifs, Dohm, De la réforme politique des Juifs, Fauchille, Paul, La
question juive en France sous le premier Empire.

[5])- O sea la propiedad individualista – el jus utendi et abutendi del derecho bizantino –
en lugar de la propiedad considerada como una función social, tal como regía en el Antiguo
Régimen (N. del T.).
[6])- Halphen, Recueil des lois et décrets. La legislación vigente desde 1789 hasta principios del presente siglo permitía a los jóvenes burgueses eximirse de sus obligaciones
militares mediante pago de un reemplazante (N. del T.).
[7])- Halphen, ob. citada.
[8])- No hablaré en este libro de los judíos modernos de los países musulmanes: judíos de
Turquía, del Asia Menor, de Tripolitana y de Persia. Está bien claro que allá la enemistad
tiene otras causas que en los países cristianos, y no son principios, o por lo menos ideas e
instintos muy distintos los que guían a los mahometanos. El antisemitismo, en el sentido contemporáneo, no existe en ninguno de esos países, pero la hostilidad para con los judíos
es muy grande, sobre todo la hostilidad popular. Haría falta, para determinar sus motivos,
un estudio especial que realizaré más tarde. En este estudio abarcaré también a los judíos
argelinos y tunesinos, sin ocuparme, por supuesto, de los reproches que les pueden hacer
los antisemitas franceses, reproches éstos semejantes a los que vamos a exponer aquí, aunque algunos, como el que se basa en el aspecto nacional del problema, no se puedan sostener fácilmente. Sólo me ocuparé de las relaciones, más interesantes, y de los motivos
de odio entre árabes y judíos (Bernard Lazare no escribió el libro anunciado. N. del T.).
[9])- Los judíos entablaron un pleito contra la ciudad de Francfort para poner en tela de juicio la legalidad de las decisiones de la ciudad. Lo cual dio lugar a violentas polémicas antijudías.
[10]) - La Constitución del 4 de marzo de 1849 proclamó la igualdad ante la ley. Pero, esta
Constitución fue abolida en 1851 y una ordenanza del 29 de julio de 1853 restableció la antigua legislación en lo que atañía a los judíos. Se la atemperó con medidas sucesivas y la
Constitución de 1867 restableció definitivamente la igualdad ante la ley y liberó a los judíos.
En Hungría, la ley de emancipación de los judíos también fue votada, a propuesta del gobierno, por la Cámara de Diputados en 1867. (Cf. Wolf, Geschichte der Juden in Wien,
Viena, 1876, y Kahn, Ein Jarhundert der Judenemancipation, Leipzig, 1869).
[11])- La Constituyente alemana votó el 20 de mayo de 1848 la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. El parlamento de Francfort hizo lo mismo y el principio de esta igualdad fue inscripto en la constitución alemana de 1849. Sin embargo, muchos Estados
mantuvieron las restricciones contra los judíos hasta la ley de la Confederación del Norte

del 3 de julio de 1869, que abolió todas las "restricciones de los derechos civiles y políticos
todavía existentes y basadas en la diferencia de religión" (véase al respecto Kaim, ob. cit., y
el Allgemeine Zeitung des Judenthums, años 1837, 1848, 1856, 1867 y 1869). Después de la
guerra franco-alemana, esta ley fue impuesta a los Estados como Baviera, que no la habían
aceptado antes de la constitución del Imperio.
[12])- Desjardins, Les Juifs de Moldavie (París, 1867); Loeb, Isidore, La situatíon des Israelites en Turquie, en Serbie et en Roumanie (París, 1877).
[13])- El siglo XIX (N. del T.).
[14])- Tal estado no se ha modificado mucho desde aquel entonces, y es una minoría de judíos que, por el acceso a las universidades y el desarrollo intelectual que se produjo como
consecuencia, ha podido escapar de los prejuicios exclusivistas de la masa, que sigue hundida en un embrutecimiento del que únicamente la instrucción antitalmúdica podría sacarla.
[15])- Creo que es ésta una verdad que admitiría hasta el chauvino más absurdo, sea turco,
búlgaro, ruso, alemán, inglés y hasta francés.
[16])- Cradovski, N. de, La situation légale des Israélites en Russie (París, 1891); Tikhomirov, La Russie politique et sociale (París, 1888); Les Juifs de Russie (París, 1891);
Príncipe Demidoff San Donato, La question juive en Russie (Bruselas, 1884); Leroy-Beaulieu, Anatole, L'Empire des Tzars et les Russes (París, 1881-82-89); Weber y Kepster,
La situation des Juifs en Russie (Resumen del informe enviado al gobierno de los Estados
Unidos por sus delegados), Errera, Leo, Les Juifs Russes (Bruselas, 1893); Frédéric, Harold, The new Exodus (1892).
[17])- Ob. citada.
[18])- La situación de los judíos en Rusia con respecto al pueblo es absolutamente la misma que en la Edad Media. El campesino y el obrero rusos son, con poca diferencia, tan
miserables como los judíos. Están sometidos, también ellos, a los vejámenes y la arbitrariedad, pero sin embargo no se los persigue y tienen, hasta cierto punto, la libertad
de moverse.
[19])- Tikhomirov, ob. citada.
[20])- Gran parte de estos reproches encuentran mayor fundamento en lo que atañe a los
judíos de Polonia. Sin embargo, los judíos de Polonia no están confinados en las ciudades
como lo están los judíos del Territorio.
[21])- Tikhomirov, ob. citada.
[22])- Es esto lo que hay de muy extraño en la aprobación que algunos antisemitas religiosos de Francia y Alemania dan –por chauvinismo o por pasión – a los actos del gobierno del Zar. Al aprobar las persecuciones zaristas contra los judíos, aprueban implícitamente las que se dirigen contra los católicos o los luteranos que tanto quieren.

[23])- Sólo he podido indicar a grandes rasgos el antisemitismo rumano y el antisemitismo ruso. Haría falta, para estudiarlos completamente, más que estas pocas páginas en las cuales me ha sido imposible trazar un cuadro social de Rumania y Rusia, exponer la situación moral, psicológica, etnológica y económica de los judíos en esos países.

IX
EL ANTISEMITISMO MODERNO Y SU LITERATURA

El judío emancipado y las naciones - Los judíos y la revolución económica - La burguesía y el judío - La transformación del antijudaísmo - Antijudaísmo y antisemitismo - Antijudaísmo instintivo y antisemitismo razonado - El antijudaísmo legal y el antisemitismo escrito - Clasificación de la literatura antisemita - El antisemitismo cristiano y el antijudaísmo de la Edad Media - El antitalmudismo - Gougenot des Mousseaux, Chiarini y Rohling - El antisemitismo cristiano-social - Barruel, Eckert y Dom Deschamps - Chabeauty - Edouard Drumont y el Pastor Stoecker - El antisemitismo económico - Fourier y Proudhon; Toussenel, Capefigue y Otto Glagau - El antisemitismo etnológico y nacional - El hegelianismo y la idea de raza - W. Marr, Treitschke y Schoenerer - Hegel y la extrema izquierda hegeliana - Max Stirner - Dühring, Nietzsche y el antisemitismo anticristiano - El antisemitismo revolucionario - Gustave Tridon - Los reproches de los antisemitas y las causas del antisemitismo

Los judíos emancipados penetraron en las naciones como extranjeros, y no podía ser de otro modo, lo vimos, puesto que desde hacía siglos formaban un pueblo entre los pueblos, un pueblo especial que conservaba sus caracteres merced a ritos estrictos y precisos y también a una legislación que lo mantenía apartado y servía para perpetuarlo. Entraron en las sociedades modernas no como huéspedes sino como conquistadores. Eran semejantes a un rebaño encerrado: de repente cayeron las barreras, y ellos se lanzaron sobre el campo que se les abría. Ahora bien: no eran guerreros y, además, la época no se prestaba a expediciones de una horda minúscula. Pero hicieron la única conquista para la cual estaban armados: la conquista económica que se habían preparado para hacer desde tan largos años. Eran una tribu de mercaderes y financistas, degradados tal vez por la práctica del mercantilismo, pero armados, gracias a esta práctica misma, con cualidades que se hacían preponderantes en la nueva organización económica. Por ello les fue fácil

apoderarse del comercio y la finanza y, hay que repetirlo una vez más, les era imposible no actuar así.
Comprimidos y oprimidos durante siglos y constantemente refrenados en todos sus impulsos, habían adquirido una formidable fuerza de expansión, y esta fuerza sólo podía ejercerse en cierta dirección. Se había limitado su esfuerzo, pero no se había modificado la naturaleza de éste y no se la modificó tampoco el día en que se los liberó. Avanzaron derecho por el camino que les era familiar. El estado de cosas, por lo demás, los favoreció excepcionalmente. En esa época de grandes sacudidas y reconstrucciones, en un momento en que las naciones se modificaban, los gobiernos se transformaban, nuevos principios se establecían y nuevas concepciones sociales, morales y metafísicas se elaboraban, ellos fueron los únicos con plena libertad. No tenían vínculo alguno con quienes los rodeaban. No tenían patrimonio antiguo que defender. La herencia que la sociedad anterior dejaba a la sociedad naciente no era suya. Las miles de ideas atávicas que ligaban al pasado a los ciudadanos de los Estados modernos no podían influir en nada en su comportamiento, su en intelectualidad ni en su moralidad: su mente no tenía trabas.
Mostré que su liberación no los pudo cambiar y que muchos de ellos echaban de menos su aislamiento pasado. Pero si se esforzaron, a pesar de todo, por seguir siendo ellos mismos y no se asimilaron, se adaptaron maravillosamente, y eso en virtud de sus tendencias especiales, a las condiciones económicas que regían las naciones desde principios de siglo. [1]
La Revolución Francesa fue, ante todo, una revolución económica. Si se la puede considerar como el término de una lucha de clases, también se debe ver en ella la conclusión de una lucha entre dos formas de capital: el capital inmobiliario y el capital mobiliario, el capital territorial y el capital industrial y agiotista. Con la supremacía de la nobleza desapareció la supremacía del capital territorial, y la supremacía de la burguesía trajo la supremacía del capital industrial y agiotista. La emancipación del judío se vincula con la historia de la preponderancia de este capital industrial. Mientras el capital territorial tuvo el poder político, el judío estuvo privado de todo derecho; el día en que el poder político pasó al capital industrial, el judío fue liberado, y esto era ineludible. En la lucha que había emprendido, la burguesía necesitaba auxiliares. El judío fue para ella un ayudante utilísimo, un ayudante que ella tenía interés en liberar. Desde la Revolución, el judío y el burgués marcharon juntos. Juntos sostuvieron a Napoleón, en el momento en que la dictadura se hizo necesaria para defender los privilegios conquistados por el Estado Llano. Y cuando la tiranía imperial se hizo demasiado pesada y demasiado opresiva para el capitalismo, fueron el burgués y el judío los que, unidos, preludiaron a la caída del Imperio con el acaparamiento de los víveres en el momento de la campaña de Rusia y contribuyeron al desastre final provocando la baja de los títulos públicos y comprando la defección de los mariscales.
Después de 1815, al principio del gran desarrollo industrial, cuando se formaron las compañías de canales, minas y seguros, los judíos estuvieron entre los más activos para hacer prevalecer el sistema de la asociación de los capitales o, por lo menos, para aplicarlo. Eran, por lo demás, los más aptos para ello, puesto que el espíritu de asociación había sido, durante siglos, su único apoyo. Pero no se contentaron con contribuir de este modo práctico al triunfo del industrialismo: también contribuyeron de modo teórico. Se juntaron alrededor del filósofo de la burguesía, Saint-Simon. Trabajaron en la difusión y hasta en la elaboración de su doctrina.

Saint-Simon había dicho: [2] "Hay que encargar a los industriales la administración del poder temporal" y "El último paso que a la industria le queda por hacer es apoderarse de la dirección del Estado, y el problema supremo de nuestros tiempos es el de asegurar a la industria la mayoría en los Parlamentos". Había agregado: [3] "La clase industrial debe ocupar el primer lugar, porque es la más importante de todas; porque puede prescindir de todas las demás mientras que ninguna de las demás puede prescindir de ella; y porque subsiste por sus propias fuerzas, por sus obras personales. Las otras clases deben trabajar para ella, porque son sus criaturas y están mantenidas por ella. En una palabra, ya que todo se hace por la industria, todo debe hacerse para ella". Los judíos contribuyeron a realizar el sueño saint-simoniano. Se mostraron los más seguros aliados de la burguesía, tanto más cuanto que al trabajar para ella trabajaban para sí mismos, y estuvieron, en toda Europa, en la vanguardia del movimiento liberal que, de 1815 a 1848, acabó de establecer la dominación del capitalismo burgués.

Este papel del judío no escapó a la clase de los terratenientes, y veremos que fue ésta una de las causas del antijudaísmo de los conservadores, pero no le mereció a Israel el reconocimiento de la burguesía. Cuando ésta hubo definitivamente asentado su poder, ya tranquila y segura de sí misma, se dio cuenta de que su aliado judío no era sino un temible competidor y reaccionó contra él. Así, los partidos conservadores generalmente compuestos de capitalistas agrícolas, se hicieron antijudíos en su lucha contra el capitalismo industrial y agiotista que representaba sobre todo el judío, y el capitalismo industrial y agiotista se hizo a su vez antijudío a causa de la competencia judía. El antijudaísmo, que había sido religioso en un primer momento, se hizo económico o, mejor dicho, las causas religiosas, que otrora dominaban en el antijudaísmo, se subordinaron a causas económicas y sociales.

Esta transformación, que correspondió al cambio de papel de los judíos, no fue la única. La hostilidad para con los judíos, otrora sentimental, se hizo razonadora. Los cristianos de antaño detestaban a los deicidas instintivamente y no trataban de ningún modo de justificar su animosidad: la manifestaban. Los antijudíos contemporáneos quisieron explicar su odio, o sea que quisieron adornarlo: el antijudaísmo se convirtió en antisemitismo. ¿Cómo se manifestó este antisemitismo? Sólo se pudo manifestar a través de escritos. El antisemitismo oficial había muerto en Occidente o se estaba muriendo. Por lo tanto, también estaba desapareciendo la legislación antijudía. El antisemitismo permaneció en el campo de las ideologías. Fue una opinión, una teoría.

Pero los antisemitas tuvieron una meta muy definida. Hasta la Revolución, el antijudaísmo literario había corroborado al antijudaísmo legal. Desde la Revolución, y la emancipación de los judíos, el antisemitismo literario ha tendido a restaurar el antisemitismo legal en los países donde ya no existe. No lo ha logrado aún, y sólo tenemos que estudiar, por lo tanto, las manifestaciones escritas del antisemitismo, algunas de las cuales representan la opinión de la mayoría, pues, si los literatos antisemitas han aportado razones a los antisemitas inconscientes, han sido engendrados por estos últimos. Han tratado de explicar lo que el rebaño experimentaba, y si le han atribuido a veces motivos extraños e inverosímiles, sólo se han hecho eco, por lo general, de los sentimientos de sus inspiradores. ¿Cuáles eran estos sentimientos? Lo vamos a ver examinando la literatura antisemita, lo que nos permitirá también desentrañar las causas múltiples del antisemitismo contemporáneo.

No es posible, salvo en cuanto a algunas, clasificar las obras antisemitas en

categorías demasiado estrechas, pues cada una ofrece frecuentemente múltiples tendencias. Sin embargo, todas tienen una dominante en función de la cual se puede establecer su clasificación, siempre que se recuerde en todo momento que una obra próxima a un tipo determinado no se relaciona únicamente con este tipo. Dividiremos, pues, el antisemitismo en antisemitismo cristiano-social, antisemitismo económico, antisemitismo etnológico y nacional, antisemitismo metafísico y antisemitismo revolucionario y anticristiano.
Fue la permanencia de los prejuicios religiosos la que generó el antisemitismo cristiano-social. Si los judíos no hubieran cambiado al entrar en la sociedad, los sentimientos que se experimentaban a su respecto desde hacía tanto tiempo no habrían podido tampoco desaparecer. Los israelitas habían debido su emancipación a un movimiento filosófico que coincidía con un movimiento económico y no a la abolición de las prevenciones seculares que se abrigaban contra ellos. Los que consideraban que el único Estado posible era el Estado cristiano veían con mal ojo la intrusión de los judíos, y la primera manifestación de tal hostilidad fue el antitalmudismo. Se atacó lo que se consideraba, con toda razón, como la fortaleza religiosa de los judíos, el Talmud, y una legión de polemistas se dedicó a mostrar cuánto las doctrinas talmúdicas se oponían a las doctrinas evangélicas. Se puso de relieve contra el libro todos los reproches de los controversistas de antaño, los que habían formulado los judíos apóstatas en los coloquios y había reproducido Raimundo Martin en el siglo XIII, los de Pfefferkorn y los posteriores de Eisenmenger. No se cambió el procedimiento, ni siquiera la forma. Se utilizaron los mismos moldes, se siguieron, para la redacción de los panfletos, las mismas tradiciones que los dominicos inquisitoriales y, en el estudio de la mar talmúdica, no se aplicó más sentido critico. Por lo demás, los antisemitas cristianos de nuestro tiempo tienen del judío, de sus dogmas y de su raza, la misma concepción que los antijudíos de la Edad Media. El judío los preocupa y los obsesiona. Lo ven en todas partes. Lo reducen todo a él. Tienen de la historia una concepción idéntica a la de Bossuet. Para el obispo, Judea había sido el centro del mundo. Todos los acontecimientos, los desastres y las alegrías, las conquistas y los desmoronamientos como las fundaciones de imperios tenían por causa primitiva, misteriosa e inefable la voluntad de un Dios fiel a los Bené-Israel, y este pueblo, sucesivamente nómade, creador de reinos y cautivo, había dirigido a la humanidad hacia su única meta: el advenimiento de Cristo. Ben Hadad y Sennacherib, Ciro y Alejandro parecen no existir sino porque Judá existe y porque es preciso que Judá sea a veces exaltado y a veces abatido, hasta la hora en que se imponga al universo la ley que debe salir de él. Pero lo que Bossuet había concebido con un propósito de glorificación inaudito, los antisemitas cristianos lo renuevan con intenciones contrarias. Para ellos, la raza judía, flagelo de las naciones, esparcida por todo el globo, explica las desdichas y las felicidades de los pueblos extranjeros en los cuales se ha establecido, y de nuevo la historia de los hebreos se convierte en la historia de las monarquías y repúblicas. Castigados o tolerados, expulsados o acogidos, explican, por el mismo hecho de estas diversas políticas, la gloria de los Estados o su decadencia. Explicar a Israel es explicar a Francia, o a Alemania o a España. Esto es lo que ven los antisemitas cristianos, y su antisemitismo es así puramente teológico. Es el de los Padres, de Crisóstomo, de San Agustín y de San jerónimo. Antes del nacimiento de Jesús, el pueblo judío fue el pueblo predestinado, el hijo predilecto de Dios. Desde que desconoció a su Salvador, desde que fue deicida, se ha convertido en el pueblo decaído por excelencia y, después de haber aportado la salvación al mundo, es causa de su ruina.

En algunas obras, esta concepción está muy claramente expuesta. Así en el libro poco conocido de Gougenot des Mousseaux, Le Juif, le judaisme et la judaisation des peuples chrétiens. [4] Para Gougenot, los judíos son "el pueblo para siempre elegido, el más noble y el más augusto de los pueblos, el pueblo nacido de la sangre de Abrahán, al que debemos la madre de Dios". Al mismo tiempo, los judíos son los seres más perversos y más insociables. ¿Cómo conciliar estas contradicciones? Oponiendo el judío mosaísta al judío talmudista y la Biblia al Talmud. Es así, por lo demás, como procede la mayor parte de los antisemitas cristianos. "Es el judaísmo y no el mosaísmo el que se opone a la reforma radical de los judíos", dice el Abate Chiarini en una memoria escrita para servir "de guía a los reformadores de los judíos". [5]

Con todo, los antitalmudistas, cualesquiera sean sus afinidades y su parentesco con los antijudíos de la Edad Media, enfocan el problema desde un punto de vista un tanto distinto. Antes, se buscaban sobre todo en el Talmud las blasfemias contra la religión cristiana o argumentos para respaldar la divinidad de Jesucristo. Ahora los enemigos del libro lo persiguen sobre todo como obra antisocial, perniciosa y destructora. Según ellos, el Talmud hace del judío el enemigo de todas las naciones. Pero si algunos, como Gougenot des Mousseaux y Chiarini, ante todo, están empujados como los teólogos de antaño, por el deseo de atraer a Israel al seno de la Iglesia, [6] otros, como el Doctor Rohling, [7] están más bien dispuestos a suprimirlo y lo declaran incapaz de servir jamás para el bien. Antes al contrario, pues no sólo, dicen, sus doctrinas son incompatibles con los principios de los gobiernos cristianos, sino que además buscan arruinar a estos gobiernos para sacar provecho de la situación.

Se concibe que, después de las sacudidas provocadas por la Revolución Francesa, los conservadores hayan sido llamados a hacer responsables a los judíos por la destrucción del Antiguo Régimen. Cuando, pasado el temporal, echaron una ojeada en su derredor, una de las cosas que más debió de sorprenderlos fue indudablemente la situación del judío. Ayer, el judío no era nada y no tenía derecho ni poder alguno. Hoy, brillaba en primera fila. No sólo era rico sino que también, por pagar el censo, podía ser elector y gobernar al país. [8] Era él a quien el cambio social más había favorecido. A los ojos de los representantes del pasado – de la tradición – pareció que se había derrumbado un trono y desencadenado guerras europeas únicamente para que el judío pudiera adquirir el rango de ciudadano, y la Declaración de los Derechos del Hombre pareció no haber sido otra cosa que la declaración de los derechos del judío. Por ello los antisemitas cristianos no se limitaron a indignarse ante las especulaciones de los judíos con los bienes nacionales o los suministros militares; [9] les aplicaron el viejo adagio jurídico: fecisti qui prodes. Si los judíos se habían beneficiado a tal punto con la Revolución, si habían sacado de ella tanto provecho, es que la habían preparado o, mejor dicho, es que habían contribuido a hacerla con todas sus fuerzas.

Sin embargo, era preciso explicar cómo el judío, despreciado y odiado, considerado como una cosa, había tenido el poder de realizar tales acciones, cómo había dispuesto de tal poderío. Aquí interviene una teoría, o más bien una filosofía de la historia, habitual entre los polemistas católicos. Según estos historiadores, la Revolución Francesa, cuyas repercusiones fueron universales y que transformó todas las instituciones de la Europa occidental, no fue sino el resultado y la conclusión de una conspiración secular. Todos aquellos que la atribuyen al movimiento filosófico del siglo XVIII, a los excesos de los gobiernos monárquicos, a una fatal transformación económica, a la decrepitud de una clase, al debilitamiento

de una forma de capital, a la ineludible evolución de los conceptos de autoridad y de Estado y a la ampliación de la noción del individuo, todos aquellos, según los historiadores de que hablo, se equivocan profundamente. Son ciegos que no quieren ver la verdad. La Revolución fue obra de una o varias sectas, cuya fundación se remonta a la más lejana antigüedad, sectas éstas llevadas por un mismo deseo y un mismo principio: el deseo de dominar y el principio de destrucción. Esas sectas procedieron, según un plan netamente determinado e implacablemente ejecutado, a la destrucción de la Monarquía y de la Iglesia. Por sus innumerables ramificaciones, cubrieron Europa con una red de mallas estrechas y, mediante los medios más tenebrosos y más abominables, consiguieron zapar el trono que es el único defensor del orden social y del orden religioso.
La génesis de esta concepción histórica es fácil de encontrar. Nació durante el Terror mismo. La parte que habían tomado en la Revolución las logias masónicas, los Iluminados, los Rosacruces, los Martinistas, etc., había llamado fuertemente la atención de ciertas mentes, que fueron llevadas a exagerar la influencia y el papel de estas sociedades. Una de las cosas que más sorprendió a esos observadores superficiales fue el carácter internacional de la Revolución de 1789 y la simultaneidad de los movimientos que engendró. Opusieron su acción general a la acción local de las revoluciones precedentes, que no habían agitado – como en Inglaterra – sino a los países en los cuales habían nacido y, para explicar esta diferencia, atribuyeron la obra de los siglos a una asociación europea, con representantes en todas las naciones, en lugar de admitir que un mismo estadio de civilización y semejantes causas intelectuales, sociales, morales y económicas habían podido producir simultáneamente los mismos efectos. Los mismos miembros de esas logias, de esas sociedades, contribuyeron a difundir esta creencia. [10] Exageraron, también ellos su importancia y no sólo afirmaron que habían trabajado, en el siglo XVIII, en los cambios que se preparaban, lo que era verdad, sino que también pretendieron que eran sus iniciadores lejanos. Sin embargo, no es este el lugar indicado para discutir acerca de este problema. Nos basta haber comprobado la existencia de estas teorías. Vamos a mostrar cómo ayudaron a los antisemitas cristianos.
Los primeros escritores que expusieron estas ideas se limitaron a comprobar la existencia de "una nación particular que nació y se ha agrandado en las tinieblas, en medio de todas las naciones civilizadas, con el propósito de someterlas todas a su dominación, [11] como lo quiere demostrar el Caballero de Malet, hermano del general conspirador, en un libro poco conocido y, por lo demás, muy mediocre. Hombres como el P. Barruel, en sus Mémoires sur le jacobinisme, [12] como Eckert, en sus obras sobre la masonería, [13] como Dom Deschamps, [14] como Claudio Jannet y como Crétineau-Joly [15] desarrollaron esta teoría y la sistematizaron. Hasta trataron de demostrar su realidad y, si no alcanzaron su meta, juntaron por lo menos todos los elementos necesarios para emprender la tan curiosa historia de las sociedades secretas. En todas sus obras, fueron llevados a examinar cuál había sido la situación de los judíos en esos grupos y sectas y, ante las analogías que presentaban los ritos mistagógicos de la masonería con ciertas tradiciones judaicas y cabalísticas [16] y todo ese decorado hebraico que caracteriza las iniciaciones en las logias, concluyeron que los judíos siempre habían sido los inspiradores, guías y maestros de la masonería y, más aún, que habían sido sus fundadores y que desde su fundación, con su ayuda, buscaban tenazmente destrucción de la Iglesia.
Se fue más lejos en este camino. Se quiso probar que los judíos habían conservado

su constitución nacional, que aún estaban gobernados por príncipes – nassi – que los conducían a la conquista del mundo, y que estos enemigos del género humano tenían una organización y una táctica temibles. Gougenot des Mousseaux, [17] Rupert, [18] Saint-André [19] y el Abate Chabauty [20] sostuvieron estas afirmaciones. En cuanto al señor Edouard Drumont, toda la parte seudo histórica de sus libros, cuando no está sacada del Padre Loriquet, no es sino una paráfrasis inhábil y sin crítica de Barruel, Gougenot des Mousseaux, Dom Deschamps y Crétineau-Joly. [21]

Sin embargo, con el señor Drumont, como con el Pastor Stoecker, el antisemitismo cristiano se transforma o, más bien, toma prestadas de algunos sociólogos armas nuevas. Si el señor Drumont combate el anticlericalismo del judío y si el señor Stoecker, preocupado por merecer el nombre de segundo Lutero, se alza contra la religión judía destructora del Estado cristiano, otras preocupaciones los dominan. Atacan la riqueza judía y atribuyen a los judíos la transformación económica que es obra de este siglo. Aún siguen persiguiendo, en el israelita, al enemigo de Jesús, al matador de un dios, pero buscan sobre todo alcanzar al financista, y en eso se juntan con los que profesan el antisemitismo económico.

Este antisemitismo se manifiesta desde los comienzos de la finanza y el industrialismo judíos. Si se encuentra solamente rastros de él en Fourier [22] y Proudhon – que se limitaron a comprobar la acción del judío intermediario, agiotista e improductivo [23] – animó a hombres como Toussenel [24] y Capefigue. [25] Inspiró libros tales como Les Juifs rois de l'époque y la Histoire des grandes opérations financiéres y más tarde, en Alemania, los panfletos de Otto Glagau contra los banqueros y bolsistas judíos. [26] Ya he indicado, por lo demás, los orígenes de este antisemitismo económico: cómo, por un lado, los terratenientes hicieron al judío responsable de la preponderancia, para ellos desagradable, del capitalismo industrial y financiero y cómo, por otro, la burguesía cubierta de privilegios se dio vuelta contra el judío, otrora su aliado y ahora su competidor, y su competidor extranjero, pues ha sido a su carácter de extranjero, de no asimilado, que el israelita ha debido el exceso de animosidad que se le ha manifestado, y así el antisemitismo económico se vincula con el antisemitismo etnológico y nacional.

Esta última forma del antisemitismo es moderna. Nació en Alemania y fue a los alemanes a quienes los antisemitas franceses pidieron prestada la teoría.

Fue bajo la influencia de las doctrinas hegelianas que se elaboró en Alemania esta doctrina de las razas que Renan sostuvo en Francia. [27] En 1840 y, sobre todo, en 1848, se hizo dominante, no sólo porque la política alemana la puso a su servicio, sino porque concordó con el movimiento nacionalista y patriótico que impulsó a las naciones y con la tendencia a la unidad, que caracterizó a todos los pueblos de Europa. El Estado, se decía entonces, tiene que ser nacional. La nación debe ser una y abarcar a todos los individuos que hablan el idioma nacional y son de la misma raza. Más aún: conviene que este Estado nacional reduzca los elementos heterogéneos, vale decir los extranjeros. Ahora bien: el judío no es un ario. No tiene los mismos conceptos morales, sociales e intelectuales que el ario. Es irreductible. Hay que eliminarlo, pues. En caso contrario, arruinará a los pueblos que lo acogieron. Algunos entre los antisemitas nacionalistas y etnólogos afirman que la obra ya está realizada.

Estas ideas, retomadas posteriormente por los señores de Treitschke [28] y Adolf Wagner, en Alemania, por el señor de Schoenerer, en Austria, por el señor Pattai, en Hungría, y, mucho más tarde, por el señor Drumont, en Francia, [29] fueron

sistematizadas por primera vez por W. Marr en un panfleto que tuvo cierta repercusión, inclusive en Francia: La Victoire du judaisme sur le germanisme. [30] Marr declara en él que Alemania era presa de una raza conquistadora, la de los judíos, raza ésta que lo poseía todo y quería judaizar a Alemania, como por otra parte a Francia, y concluía diciendo que Germania estaba perdida. Hasta mezclaba con su antisemitismo etnológico un antisemitismo metafísico, digámoslo así, que ya Schopenhauer había profesado, [31] antisemitismo éste que consistía en combatir el optimismo de la religión judía, que Schopenhauer encontraba vil y degradante y al cual oponía las concepciones religiosas griegas e indias.
Schopenhauer y Marr no eran los únicos representantes del antisemitismo filosófico. Toda la metafísica alemana combatió el espíritu judío que consideraba esencialmente diferente del espíritu germánico y que representaba para ella el pasado en oposición con las ideas del presente. Mientras que el Espíritu se va realizando en la historia del mundo y va avanzando, los judíos permanecen en un estadio inferior. Tal es el pensamiento hegeliano, el de Hegel y también de sus discípulos de la extrema izquierda, Feuerbach, Arnold Ruge y Bruno Bauer. [32] Max Stirner [33] desarrolló estas ideas con gran precisión. Para él, la historia universal ha recorrido hasta ahora dos edades. La primera, representada por la Antigüedad, en la cual teníamos que eliminar el estado de alma negro; la segunda, la del mongolismo, representada por la época cristiana. En la primera edad, el hombre dependía de las cosas; en la segunda lo subyugan las ideas mientras no las domine y no libere su yo. Ahora bien: los judíos "esos niños precozmente envejecidos y dóciles de la Antigüedad, no han superado el estado de alma negro. A pesar de toda su sutileza y de toda la fuerza de su sagacidad y su inteligencia que se adueña de las cosas con un fácil esfuerzo y las constriñe a servir al hombre, no pueden descubrir el espíritu que consiste en considerar las cosas como inexistentes". Encontramos otra forma del antisemitismo filosófico en Dühring, una forma más ética que metafísica. Dühring, en varios tratados, panfletos y libros, [34] ataca el espíritu semítico y la concepción semítica de lo divino y de lo ético, que opone a la concepción de los pueblos nórdicos. Llevando lógicamente hasta el final las consecuencias de sus premisas y siguiendo, por lo demás, la doctrina de Bruno Bauer; ataca el cristianismo que es la última manifestación del espíritu semítico. "El cristianismo, dice, carece sobre todo de toda moral práctica que, no susceptible de doble interpretación, fuera utilizable y sana. Por consiguiente, los pueblos sólo acabarán con el espíritu semítico cuando hayan sacado de su mente este segundo aspecto del hebraísmo".
Después de Dühring, Nietzsche, [35] a su vez, ha combatido la moral judía y cristiana que, según él, es la moral de los esclavos en oposición con la moral de los amos. Los judíos y los cristianos, por los profetas y por Jesús, han fomentado "la rebeldía de los esclavos en la moral". Han hecho predominar concepciones bajas y nocivas, que consisten en endiosar al débil, al humilde y al miserable y en sacrificar al fuerte, al orgulloso y al poderoso.
En Francia, algunos revolucionarios ateos, entre otros Gustave Tridom [36] y Regnard [37] han practicado este antisemitismo anticristiano que se reduce, en último análisis, al antisemitismo etnológico, así como el antisemitismo metafísico propiamente ficho.
Podemos, pues, reducir a tres las distintas variedades de antisemitismo: el antisemitismo cristiano, el antisemitismo económico y el antisemitismo etnológico. En el examen que acabamos de hacer de ellos, hemos comprobado que los reproches de los antisemitas eran reproches religiosos, reproches sociales,

reproches etnológicos, reproches nacionales y reproches intelectuales y morales.
Para el antisemita, el judío es un individuo de raza extranjera, incapaz de adaptarse, hostil con respecto a la civilización y la fe cristiana, inmoral, antisocial, provisto de un intelecto diferente del intelecto ario y, además, depredador y dañino.
Ahora vamos a estudiar sucesivamente estos reproches. Veremos si están fundados, vale decir si las causas reales del antisemitismo contemporáneo les corresponden, o si sólo se trata de prejuicios. Estudiamos en primer lugar los reproches etnológicos.

[1])- El siglo XIX (N. del T.)
[2])- Saint-Simon, Du systéme industriel (París, 1821).
[3])- Saint-Simon, Catéchisme des índustriels, 1er. Cuaderno (París 123).
[4])- París, 1869.
[5])- Chiarini, Théorie du judaisme (París, 1830).
[6])- Esta preocupación por el papel futuro de los judíos se expresa en un libro singular del señor León Bloy: Le salut par les Juifs (París, 1892). En el volumen de documentos y notas que escribió a consecuencia de la obra de Dom Deschamps sobre Les sociétés secrétes, el señor Claudio Jannet formula la opinión de que los judíos están destinados probablemente a devolver el mundo a Dios. Es ésta exactamente la antigua creencia teológica.
[7])- Rohling, A., Le Juif selon le Talmud (París, 1888), traducido del alemán.
[8])- En el siglo XIX, en Francia, sólo tenían derecho de voto los ciudadanos que pagaban determinada suma de impuestos – el censo – vale decir, los miembros de las reducidas minorías burguesas que se habían apoderado del Estado en 1789 (N. del T.).
[9])- No quiero decir con esto que los judíos fueron los únicos que especularon de este modo. Por el contrario, entre los especuladores fueron una ínfima minoría.
[10])- Blanc, Louis, Histoire de la Révolution Franpaise, t. II, p. 74.
[11])- Recherches historiques et politiques qui prouvent l'existence d'une secte révolutionnaire, son antique origine, son organisation, ses moyens ainsi que son but; et dévoilent entiérement l'unique cause de la Révolution Francaise, por el Caballero de Malet, París, 1817.
[12])- Barruel, Mémoires sur le jacobinisme (1797-1813). El Padre Barruel fue el primero en exponer sus ideas, y los que lo siguieron no han hecho en realidad sino imitarlo y continuarlo.
[13])- Eckert, La Franc-Maconnerie dans sa véritabie signification (traducción Cyr, Lieja, 1854). La Franc-Maconnerie en elle-méme (traducción Gyr, Lieja, 1859).
[14])- Dom Deschamps, Les sociétés secrétes et la société, con introducción, notas y documentos de Jannet, Claudio, París, 1883.
[15])- Crétineau-Joly, L'Eglise romaine avant la Révolution, París, 1863
[16])- Sobre las tradiciones hebraicas en la masonería y sobre las reaciones de similitud de

los masones y los antiguos esenios, véase Clavel, Histoire pittoresque de la Franc-Maconnerie (París, 1843). Kauffmann y Cherpin, Histoire philosophíque de la Franc-Maconnerie (Lyon, 1856), y un artículo del señor Moise Schwab sobre los judíos y la masonería, publicado en el Annuaire des Archives Israélites pour l'an 5650 (1889-1890).
Véase también las distintas obras de Ragon, J.M., sobre la masonería (París, Dentu).
[17])- Gougenot des Mousseaux, ob. citada.
[18])- Rupert, L'Eglise et la synagogue (París, 1859).
[19])- Saint-André, Francs-Macons et Juifs (París, 1880).
[20])- Chabaudy, A., Les Juifs nos maitres (París, 1883).
[21])- Es de notar que en La France juive (quiero decir en los primeros capítulos), el señor
Drumont no cita ni una sola vez a Gougenot des Mousseaux ni a Barruel. Cita tres veces a
Dom Deschamps, al pasar, y una vez a La Vendée militaire de Crétineau-Joly. Sin embargo, utilizó mucho a esos escritores, salvo que sus documentos históricos le hayan sido suministrados por discípulos de los que acabo de citar, lo que es muy posible. Sólo se
trata aquí, por supuesto, del señor Drumont historiador y no del señor Drumont polemista.
[22])- Fourier, Le nouveau monde industriel et sociétaire (París, 1848).
[23])- Se encuentran en Carlos Marx (Annales franco-allemandes, 1844, p. 211) y en Lasalle las mismas apreciaciones sobre el judío parásito que en Fourier y Proudhon.
[24])- Toussenel, Les Juifs rois de l'époque (París, 1847). Toussenel corroboró este libro
con una violenta campaña en el periódico La Démocratie Pacifique. Bajo la Monarquía de
julio, el movimiento antisemita fue violentísimo y se publicaron numerosos panfletos contra los financistas judíos.
[25])- Capefigue, Histoire des grandes opérations financiéres (París, 1855).
[26])- Glagau, Otto, Der Börsen und Gründersschwindel in Berlín (Leipzig, 1876) Les besoins de l'Empire et le nouveau Kulturkampf (Osnabrück, 1879).
[27])- En los últimos años de su vida, Renan había abandonado la doctrina de las razas, de
su desigualdad y de su superioridad o inferioridad recíproca. Se encontrarán estas teorías
muy neta y claramente expuestas en el libro, notable desde muchos puntos de vista, de Gobineau: Essai sur l'inégalité des races humaines (París, 1884). N. del T.: La primera edición del Essai data de 1853.
[28])- von Treitschke, H., Ein Wort über unser Judenthum (Berlín, 1888).
[29])- El señor Drumont es el tipo del antisemita asimilador que ha florecido en los últimos años en Francia y más aún en Alemania. Polemista de talento, periodista vigoroso
y satírico lleno de recursos, el señor Drumont es un historiador mal documentado y un sociólogo – y, sobre todo, un filósofo – mediocre. No se lo puede comparar desde ningún
punto de vista con hombres del valor de H. de Treitschke, Adolf Wagner y Eugen Dühring.
Ha desempeñado, no obstante, en el desarrollo del antisemitismo en Francia y hasta en Alemania un papel considerable y tuvo una gran influencia en la propaganda.

[30])- Marr, W., Der Sieg des Judenthums über das Germanthum (Berna, 1879). El señor
Bourdeau dedicó a este folleto un estudio en el Journal des Débats del 5 de noviembre de
1879.
[31])- "Un Dios como ese Jehováh – dice Schopenhauer – que animi causa, por su mero placer y fríamente produce este mundo de miseria y lamentaciones y que además se complace con ello y se aplaude (...) esto es demasiado. Consideremos, pues, la religión judía, desde este punto de vista, como la última entre las doctrinas religiosas de los pueblos
civilizados. Lo cual concuerda perfectamente con el hecho de que es la única que no tiene
absolutamente ningún rastro de inmortalidad". (Parerga und Parelipomena, t. II, cap. XII,
p. 112, Leipsig, 1874).
[32])- Volveremos detalladamente sobre este punto en nuestra Historia económica de los
judíos, cuando hablemos del papel de los judíos en Alemania en el siglo XIX. Véase al respecto Hegel, Filosofía del Derecho; Ruge, Arnold, Zwei Jahre in Paris; Bauer, Bruno,
Die Judenfrage, Feuerbach, L., La esencia del cristianismo.
[33])- Stirner, Max, Der Einzige und sein Eigenthum, Leipsig, 1882, ps. 22, 25, 31 y 69.
[34])- En especial en Los partidos y la cuestión judía y Die Judenfrage als Frage der Rassenschädlichkeit.
[35])- Nietzsche, Federico; Humano, demasiado humano. Más allá del bien y del mal. La
genealogía de la moral.
[36])- Tridon, Gustave, Du molochisme juif (Bruselas, 1884).
[37])- Regnard, A., Aryens et Sémites (París, 1890).

X

LA RAZA

El reproche etnológico - La desigualdad de las razas - Semitas y arios - La superioridad aria - La lucha de los semitas y los arios - El aporte semítico en las civilizaciones llamadas arias - La colonización semítica - Los primeros años de la era cristiana y los judeocristianos - Los elementos judíos en las naciones europeas - La idea de raza en el judío - La superioridad judía - Los orígenes de la raza judía - Los elementos extranjeros en la raza judía - El proselitismo judío - En la Antigüedad pagana - Después de la era cristiana - Las infiltraciones uroaltaicas en

la raza judía - Los kazares y los pueblos del Cáucaso - Las distintas variedades de judíos - Dolicocéfalos y braquicéfalos - Askenazim y sewarditas - Judíos de China, de la India y de Abisinia - Las modificaciones por el medio y por el idioma - La unidad judía - La nacionalidad.

El judío es un semita. Pertenece a una raza extranjera, nociva, perturbadora e inferior: tal es el reproche etnológico de los antisemitas. ¿En qué estriba? Estriba en una teoría antropológica que ha engendrado o, por lo menos, justificado una teoría histórica: la doctrina de la desigualdad de las razas, de la que debemos hablar en primer lugar.

Desde el siglo XVIII, se ha tratado de clasificar a los hombres y de distribuirlos entre ciertas categorías determinadas, distintas y separadas. Para eso, se han utilizado como base indicios muy diferentes: la sección del pelo: ovalada (en los negros de cabello lanudo) o redonda; [1] la forma del cráneo, ancha o alargada: [2] en fin, el color de la piel. Esta última clasificación ha prevalecido. Hoy en día se distinguen tres razas humanas: la raza negra, la raza amarilla y la raza blanca. A estas razas se atribuyen aptitudes diferentes y se las ordena por orden de superioridad, la raza negra en el nivel más bajo de un gradiente cuyo escalón más alto pertenece a la raza blanca. Asimismo, para explicar mejor todavía esta jerarquía de las razas humanas, se niega la doctrina religiosa del monogenismo, doctrina ésta que declara que el género humano desciende de una pareja única, y se le opone el poligenismo que admite la aparición simultánea de numerosas parejas distintas: concepción más lógica, más racional y más conforme a la realidad.

¿Esta clasificación tiene bases serias y reales? ¿La creencia en el monogenismo o en el poligenismo permite afirmar que hay razas elegidas y razas réprobas? De ninguna manera. Si se admite el monogenismo, es evidente que los hombres, que descienden todos de una pareja común, tienen las mismas propiedades, la misma sangre y la misma constitución física y psíquica. Si, por el contrario, se acepta el poligenismo, vale decir la existencia inicial de un número indefinido y considerable de bandas heterogéneas sobre el globo, se hace imposible sostener la existencia de razas originariamente superiores o inferiores, pues los primeros agrupamientos sociales se formaron por amalgama de dichas bandas humanas heterogéneas cuyas calidades y virtudes respectivas no estamos en condiciones de determinar y menos aún de clasificar. “Todas las naciones – dice el señor Gumplowicz [3] – las más primitivas que nos aparezcan en los albores de los tiempos históricos, serán para nosotros los productos de un proceso de amalgamación (ya terminado en los tiempos prehistóricos) entre elementos étnicos heterogéneos". Por lo tanto, si uno se ubica desde el punto de vista de la identidad de origen, la jerarquía etnológica es inadmisible y se puede afirmar, con Alejandro de Humboldt, que "no hay cepas étnicas que sean más nobles que las demás".

La raza, por lo demás, es una ficción. No existe grupo humano alguno que pueda alabarse de tener dos antepasados iniciales y de descender de ellos sin que jamás el aporte primitivo haya sido adulterado por una mezcla. Las razas humanas no son puras, lo que significa; propiamente hablando, que no hay raza. "La unidad falta. – afirma el señor Topinard [4] – Las razas se han dividido, dispersado, mezclado en todas las proporciones y en todas las direcciones durante miles de siglos. La mayor parte dejó su idioma por el de los vencedores y luego lo abandonó por un tercero, cuando no por un cuarto. Las masas principales han desaparecido y nos

encontramos en presencia, ya no de razas, sino de pueblos." Por lo tanto, la clasificación antropológica de la humanidad no tiene valor alguno.
Es cierto que los partidarios de la jerarquía etnológica se apoyan, a falta de caracteres antropológicos, en caracteres lingüísticos. Clasificados los idiomas en monosilábicos, aglutinantes, flexionales y analíticos, según su evolución, se ha establecido, sobre la base de estas diversas formas del lenguaje, la elección o reprobación de los que los hablan. Sin embargo, esta pretensión no es sostenible, pues los chinos, cuyo idioma es monosilábico, no son inferiores ni a los yacutes ni a los kamchalades cuyo idioma es aglutinante, ni a los zulúes que hablan una lengua flexional, y sería fácil demostrar que los japoneses y los magiares, cuyo idioma es aglutinante, no son de ningún modo inferiores a ciertos pueblos llamados arios, cuya lengua es flexional. Por lo demás, sabemos que el hecho de hablar un mismo idioma no implica identidad de origen, puesto que tribus victoriosas impusieron, en todas las épocas; su lengua a otras tribus extranjeras, sin que estas tribus hubieran tenido para ello aptitudes nativas. Por lo tanto, la clasificación de las lenguas no puede en nada determinar la clasificación étnica del género humano.
Con todo, por insostenible que sea la doctrina de la desigualdad de las razas, tanto desde el punto de vista lingüístico como desde el punto de vista antropológico, no ha dejado de dominar nuestra época y los pueblos han perseguido y siguen persiguiendo esta quimera de la unidad etnológica, que no es sino la herencia de un pasado mal informado y, para decir verdad, una forma de regresión. La Antigüedad tuvo las mayores pretensiones de pureza de sangre y, hoy en día, es entre los negros africanos y entre algunos salvajes que la idea de raza está más difundida y más enraizada. Esto se entiende. Los primeros vínculos colectivos fueron los vínculos de sangre. La primera unidad social, la familia, se fundó en la sangre. La ciudad se consideró una ampliación de la familia y, en la aurora de cada ciudad, la leyenda colocó una pareja ancestral, así como en ciertas religiones se colocó una pareja inicial en los comienzos de la humanidad. [5] Cuando elementos humanos nuevos llegaron en esas aglomeraciones, fue preciso perpetuar esta creencia en la identidad originaria y se llegó a ello por la ficción de la adopción y, en esas civilizaciones lejanas, sólo hubo lugar para el hijo de la tribu y de la ciudad, o para el adoptado. El extranjero, en todas las legislaciones primitivas, fue el enemigo, aquél de quien había que protegerse, el perturbador, el que perturbaba creencias e ideas. Sin embargo, a medida que las colectividades se agrandaron, se hicieron menos unificadas. Si se considera como pauta exclusiva de la unidad la filiación sin ruptura, ya hemos visto que, desde la prehistoria, las amplias hordas se formaron por la aglomeración de bandas heterogéneas y los Estados, los primeros Estados históricos, fueron a su vez constituidos por la aglomeración de esas hordas que ya no podían reivindicar el mismo antepasado para cada uno de sus miembros. A pesar de todo, hasta nuestros días, esta idea de la comunidad de origen se ha perpetuado. Deriva, en efecto, de una necesidad esencial: la necesidad de homogeneidad y unidad, que lleva a todas las sociedades a reducir sus elementos disímiles, y la creencia en la pureza de la sangre no es sino la manifestación exterior de este afán de unidad: un modo de expresar su necesidad, modo éste claro, simplista y satisfactorio para el inconsciente y el salvaje, pero de cualquier modo insuficiente y sobre todo indemostrable para el que no se contenta con el decorado de las cosas.
Asimismo, la teoría de la desigualdad de las razas estriba en un hecho real. Debería formularse: la desigualdad de los pueblos, pues resulta evidente, a las claras, que el destino de los distintos pueblos no ha sido semejante. Pero esto no quiere decir que

la desigualdad de dichos pueblos haya sido originaria. Esto quiere decir meramente que algunos pueblos se encontraron en condiciones geográficas, climáticas e históricas más favorables que las que gozaron otros pueblos y que pudieron, por lo tanto, desarrollarse más completamente, más armónicamente; y no que tuvieron mejores disposiciones ni un, cerebro más acertadamente conformado. Lo prueba el hecho de que algunas naciones pertenecientes a la raza blanca, supuestamente superior, fundaron civilizaciones muy inferiores a las civilizaciones de los amarillos o hasta de los negros. No hay, por consiguiente, pueblos ni razas originariamente superiores. Hay naciones que "en ciertas condiciones fundaron imperios más poderosos y civilizaciones duraderas". [6]

De cualquier modo, y en el caso que nos interesa, estos principios etnológicos, verdaderos o falsos, han sido, por el solo hecho de su existencia, una de las causas del antisemitismo. Han permitido dar a una manifestación que reconoceremos más adelante como nacionalista y económica una apariencia científica y, gracias a ellos, los reproches de los antisemitas se han fortalecido con razones seudo históricas y seudo antropológicas. No sólo, en efecto, se ha admitido la existencia de las tres razas negra, amarilla y blanca, ubicadas por orden jerárquico, sino que se ha establecido, en estas razas mismas, subdivisiones y categorías. Se ha afirmado, en primer lugar, que sólo la raza blanca y algunas familias de la raza amarilla eran capaces de crear civilizaciones superiores. Se ha dividido, después, a la raza blanca en dos ramas: la raza aria y la raza semítica. Se ha asegurado, por fin, que la raza aria debía considerarse la más perfecta. En nuestros días, inclusive, la raza aria ha sido subdividida en grupos, lo que ha permitido a los antropólogos y etnólogos chauvinistas declarar que sea el grupo celta sea el grupo germano, debe considerarse la flor y nata de la raza aria, ya de por sí superior. Sobre la base de la historia de la antigüedad oriental, los historiadores modernos colocan este problema que dan por capital, tanto más cuanto que es insoluble. ¿A qué cepa pertenecen los pueblos antiguos? ¿Son arios, turanios o semitas? Tal es la pregunta que se coloca en los comienzos de todas las búsquedas sobre las naciones del Oriente.

Se modela así la historia, consciente o inconscientemente, sobre los cuadros étnicos del Génesis – cuadros éstos que se encuentran también entre los babilonios y los griegos primitivos – que explicaban, de modo rudimentario, la diversidad de los grupos humanos por la existencia de retoños salidos de padres únicos, retoños éstos que habrían, cada uno, engendrado un pueblo. Así es la Biblia la que sirve todavía de auxiliar a los antisemitas, pues se han quedado aún, en etnografía y en historia, en las explicaciones del Génesis: en Sem, Cham y Jafeto, sustituidos por el semita, el turanio y el ario, aunque estas divisiones fueran imposibles de justificar, sea lingüísticamente, sea antropológicamente, sea históricamente. [7]

Sin detenernos en discutir si las razas negras son capaces o no de civilización, [8] debemos ver lo que se entiende por arios y por semitas.

Se llaman arios todos los pueblos cuyo idioma deriva del sánscrito, lengua ésta que hablaba un grupo humano que se conocía por ario. Ahora bien: este grupo "sólo muestra unidad científicamente demostrable desde el punto de vista exclusivamente lingüístico". [9] Toda unidad antropológica es indemostrable: las mediciones cefálicas, los índices y los números no suministran prueba alguna. En este grupo ario se encuentran tipos semíticos, tipos mongoles, todos los tipos y todas las variedades de tipos, desde el que es capaz de desarrollarse moral, intelectual y socialmente hasta el que permanece en una duradera mediocridad. Se observan en él dolicocéfalos y braquicéfalos, hombres de piel morena, otros de piel

amarillenta y otros de piel blanca. Sin embargo, a pesar de que algunas de estas tribus de lengua aria no ha tenido un desarrollo apreciablemente superior al de ciertas aglomeraciones de negros, no por ello se deja de afirmar enérgicamente que la raza aria es la más hermosa y la más noble de las razas, que es productora y creadora por excelencia, que se le debe las metafísicas más admirables, las creaciones líricas, religiosas y éticas más magníficas y que ninguna otra raza ha sido ni es capaz de semejante florecimiento, Para llegar a tal resultado, se hace por supuesto caso omiso del hecho indiscutible que todos los organismos históricos han sido formados por los elementos más disímiles, cuya parte respectiva en la obra común es imposible determinar.

La raza aria, pues, es superior y ha manifestado su superioridad oponiéndose a la dominación de una raza fraternal y rival: la raza semítica. Esta es una raza feroz, brutal, incapaz de creación y desprovista de ideal, y la historia universal se representa como la historia del conflicto entre la raza aria y raza semítica, conflicto éste que podemos comprobar aún hoy. Cada antisemita aporta una prueba de este secular combate. Es la guerra de Troya que unos representan como la lucha del ario y el semita, y Paris se convierte para el caso en un bandido semítico que roba las hermosas arias. Más tarde, las guerras médicas configuran una fase de este gran combate, y se muestra al Gran Rey como jefe del oriente semítico que se lanza al asalto del occidente ario. Luego viene Cartago que disputa a Roma el imperio del mundo y el Islam que marcha contra el cristianismo. Y los antisemitas se complacen en mostrar al griego vencedor del troyano y de Atarjerjes, a Roma triunfante sobre Cartago y a Carlos Martel deteniendo a Abd-er-Rhaman. Los apologistas de los arios, así como reconocen a semitas en los troyanos, no quieren ver sino a arios en las hordas heterogéneas y bárbaras que sitiaron la opulenta Ilión, n¡ en los medas que subyugaron Asiria, estos medas que sólo comprendían una tribu aria, la de los arya-zantha, mienas que la mayor parte era probablemente turania. Quieren probar que Sumer y Accad, los educadores de los semitas, eran arios, y algunos hasta atribuyeron este noble origen al antiguo Egipto. Han hecho más todavía: han separado, en las civilizaciones semíticas, lo bueno de lo malo y es artículo del catecismo antisemita que todo lo que es aceptable o perfecto en el semitismo se tomó prestado a los arios.

Los antisemitas cristianos han conciliado así su fe con su animosidad y, sin titubear ante la herejía, han admitido que los profetas y Jesús eran arios, [10] mientras que los antisemitas anticristianos consideran al Galileo y los nabis como semitas inferiores y condenables.

Lo que sabemos de la historia de las naciones antiguas y modernas ¿nos autoriza a aceptar como real esta rivalidad, esta lucha y esta oposición instintiva de la raza aria y la raza semítica? De ninguna manera, puesto que semitas y arios se mezclaron de modo continuo y el aporte semítico es considerable en todas las civilizaciones llamadas arias. Diez siglos antes de la era cristiana, las ciudades fenicias del Mediterráneo enviaron a sus emigrados a las islas y sucesivamente, después de haber fundado las ciudades que cubrieron el lado norte del África desde Hadrumeta y Cartago hasta las Islas Canarias, colonizaron Grecia que los invasores arios encontraron poblada de aborígenes amarillos y de colonos semitas, a tal punto que Atenas fue una ciudad totalmente semítica. Lo mismo sucedió en Italia, España y Francia, donde los navegantes fenicios fundaron Nimes, por ejemplo, como habían fundado Tebas en Beocia, y vinieron a Marsella como habían llegado al África. Estos diversos elementos se amalgamaron después y se armonizaron por efecto del clima y el medio mental, intelectual y moral, pero no permanecieron

inactivos. Los semitas transformaron el genio griego, o sea le permitieron modificarse introduciendo en él elementos extranjeros. La historia de los mitos helénicos es, desde este punto de vista, curiosa e instructiva y, al comparar a Heracles con Melqarth o Afrodita con Aschtoreth [11] se captará este aporte semítico. Asimismo, las copas y los vasos fenicios, exportados en grandes cantidades por los comerciantes de Tiro y Sidón, al servir de modelas a los artistas griegos permitieron, al espíritu sutil de los jonios y los dorios interpretar los mitos cuyas imágenes ofrecían y la imaginería fenicia ayudó considerablemente la mitología iconológica griega. [12] También son los fenicios los que trajeron a los helenos el alfabeto tomado prestado de los jerogrifos del viejo Egipto. Les enseñaron la industria minera y el trabaja de los metales, como el Asia Menor, alumna de Asiria, los inició en la escultura, y tenemos todavía monumentos que atestiguan está influencia, así los leones de la Acrópolis de Micenas y esas diosas helénicas que conservaron el tipo de las terracotas babilónicas. Los griegos, con su maravilloso sentido de la armonía y de la belleza y con su ciencia del orden – de la orquestación, digámoslo así – amasaron estas ideas orientales, las transformaron y las depuraron, pero el pueblo griego no dejó por ello de ser una amalgama de razas muy diversas, arias, turanias y semíticas, y tal vez camíticas, y debió su genio a otras causas que la nobleza y pureza de su origen.

Sin embargo, los antisemitas modernos admitirían en rigor la importancia del semitismo en la historia de las civilizaciones, pero también aquí con una clasificación. Hay semitas superiores, dicen, y semitas inferiores. El judío es el último de los semitas, el que es improductivo por esencia, aquél cuyos hombres no han recibido nada y no pueden dar nada. Es imposible aceptar esta aserción. Es cierto que la nación israelita no ha manifestado nunca grandes aptitudes por las artes plásticas, pero cumplió por la voz de sus profetas una obra moral con la que se beneficiaron todos los pueblos. Elaboró algunas de las ideas éticas y sociales que son el fermento de la humanidad. Si no ha tenido escultores ni pintores divinos, ha tenido sobre todo moralistas que han trabajado a favor de la fraternidad universal y panfletarios vaticinadores que han hecho viviente e inmortal la noción de justicia. Isaías, Jeremías y Ezequiel, a pesar de su violencia y, más, de su ferocidad, hicieron oír la gran voz del sufrimiento que quiere no sólo ser protegido contra la fuerza abominable, sino también ser liberado.

Por lo demás, si el elemento fenicio se incorporó al elemento pelágico y heleno, al elemento latino, al elemento celta y al elemento íbero, el elemento judío contribuyó también, al mezclarse con otros, a formar las aglomeraciones que se aliaron más tarde para constituir las naciones modernas. En este amplio crisol que fue el Asia Menor, crisol éste en el cual se fusionaron los pueblos más diversos, el judío vino también a tirarse y desaparecer. En Alejandría, los judíos, lentamente helenizados, hicieron de la ciudad uno de los centros más activos de la propaganda cristiana. Estuvieron entre los primeros conversos y formaron el núcleo de la Iglesia primitiva, en Alejandría, Antioquía y Roma, y los ebionitas, cuando desaparecieron, fueron absorbidos en todas partes por la masa de los conversos griegos o romanos. Durante toda la Edad Media, la sangre judía siguió mezclándose con la sangre cristiana. Los casos de conversiones masivas fueron extremadamente numerosos y sería interesante establecer la nómina de los que, como los judíos de Braine, de Tortosa y de Clermont, convertidos por Avito, y como los veinticinco mil bautizados, según se dice, por San Vicente Ferrer, desaparecieron en medio de los pueblos entre los cuales vivían. La Inquisición, si bien impidió la judaización o si, por lo menos, trató de impedirla, favorecía esta absorción de los judíos y si los

antisemitas cristianos fueran lógicos maldecirían a Torquemada y sus sucesores que ayudaron a mancillar la pureza aria por la adjunción del judío. El número de los marranos, en España, fue enorme. En casi todas las familias españolas se encuentra, en un punto de la genealogía, al judío o al moro. "Las casas más nobles están llenas de judíos", se decía, [13] y el Cardenal Mendoza y Bobadilla escribió, en el siglo XVI, un panfleto sobre las máculas de los linajes españoles. [14] Así sucedió en todas partes y comprobamos [15] por el número de los apóstatas adversarios de sus ex correligionarios, que los judíos fueron accesibles a la seducción cristiana.
Así hemos contestado a los que afirman la pureza de la raza aria. Hemos indicado que esta raza fue, como todas las razas, el producto de innumerables mezclas. Sin hablar de los tiempos prehistóricos, hemos mostrado que las conquistas persas, macedonias y romanas agravaron la confusión etnológica que se acrecentó aún en Europa en tiempos de las invasiones. Las razas llamadas indo-germánicas, ya cargadas de aluviones, se mezclaron con los chudes, los ongrios y los uroaltaicos. Los europeos que creen descender en línea recta de antepasados arios no piensan en los países tan diversos que dichos antepasados atravesaron en sus largos éxodos, ni a todos los pueblos que arrastraron consigo, ni a todos los que encontraron establecidos en todos los lugares donde se detuvieron, pueblos éstos de razas desconocidas y origen dudoso, tribus oscuras e ignoradas cuya sangre corre todavía en las venas de los hombres que se dicen herederos de los legendarios y nobles arios, como la sangre de los dacios amarillos y de los drávidas negros bajo la piel de los blancos arios de la India.
Pero la idea de la superioridad semítica no está más justificada que la idea de la superioridad aria, y sin embargo se la ha sostenido con la misma verosimilitud. Se han hallado teóricos para afirmar, y hasta para probar, que los semitas eran la flor y nata de la humanidad y que todo lo que el arianismo tenía de bueno venía de ellos. Se encontrará algún día, si no está hecho aún, a algún etnólogo cuyo patriotismo demostrará, con el mismo grado de evidencia, que el turanio debe ocupar el más alto lugar en la historia y en la antropología.
Hoy, los que se consideran la más alta encarnación del semitismo, los judíos, contribuyen a perpetuar la creencia en la desigualdad y la jerarquía de las razas. El prejuicio etnológico es un prejuicio universal, y sus propias víctimas son sus más tenaces conservadores. Antisemitas y filosemitas se unen para defender las mismas doctrinas. Sólo se separan cuando hay que atribuir la supremacía. Si el antisemita reprocha al judío formar parte de una raza extranjera y vil, el judío pretende pertenecer a una raza elegida y superior. Atribuye a su nobleza y a su antigüedad la más alta importancia y, todavía ahora, es presa del orgullo patriótico. Aunque no es más un pueblo y protesta contra quienes quieran ver en él al representante de una nación acampada entre naciones extranjeras, no por ello conserva menos en el fondo de sí mismo esta vanidosa convicción y, así, es semejante a los chauvinistas de todos los países. Como ellos, pretende ser de origen puro, sin que su afirmación esté mejor apuntalada, y tenemos que examinar de cerca la afirmación de los enemigos de, Israel y de Israel mismo: o sea que los judíos son el pueblo más unido, más estable, más impenetrable y más irreductible.
Los documentos faltan para determinar la etnología de los Bene-Israel nómades, pero es probable que las doce tribus que, según la tradición, componían este pueblo, no pertenecieran a una cepa única. Eran probablemente tribus heterogéneas; pues la nación judía, a pesar de sus leyendas, no puede vanagloriarse más que las demás naciones de haber sido engendrada por una pareja única, y la concepción común que representa a la tribu hebraica dividiéndose en sub-tribus

[16] no pasa de una concepción legendaria, la del Génesis que aceptaron, equivocadamente, parte de los historiadores de los hebreos.
Ya compuestos de unidades diversas, entre las cuales figuraban probablemente grupos turanios y kuchitas, vale decir amarillos y negros, [17] a los judíos se agregaron aún otros elementos extranjeros durante su estada en el Egipto y en el país de Canaán que conquistaron. Más tarde, Gog y Magog – los escitas – al llegar bajo Josías hasta las puertas de Jerusalén, dejaron tal vez su rastro en Israel. Pero fue a partir del primer cautiverio que las mezclas aumentaron. "Durante el cautiverio de Babilonia – dice Maimónides [18] – los israelitas se mezclaron con toda suerte de razas extranjeras y tuvieron niños que, gracias a estas uniones, formaron una especie de nueva confusión de las lenguas". Sin embargo, esta Babilonia – donde existían ciudades, como Mahuza, casi íntegramente poblada por persas convertidos al judaísmo – se consideraba como habitada por judíos de raza más pura que los judíos de Palestina. "En cuanto a la pureza de la raza – rezaba un viejo proverbio – la diferencia entre los judíos de las provincias romanas y los de Judea es tan visible como la diferencia entre una masa de calidad mediocre y una masa de flor de harina. Pero la Judea misma es como una masa mediocre en comparación con la Babilonia".
Judea, en efecto, había sufrido innumerables vicisitudes. Siempre había sido un país de paso para Mizraím y para Asur. Luego, cuando los judíos hubieron vuelto del cautiverio, se unieron con samaritanos, edomitas y moabitas. Después de la conquista de la Idumea por Hircán, había habido uniones judías e idumeas y, durante la guerra con Roma, los vencedores latinos, según se afirmaba, habían engendrado hijos. "¿Estamos seguros – decía melancólicamente Rabbí Ulla ben Yehisquil – de no descender de los paganos que, después de la toma de Jerusalén, deshonraron a las jóvenes de Sion?"
Pero lo que más favoreció la introducción de sangre extranjera en la nación israelita fue el proselitismo. Los judíos fueron por excelencia un pueblo de propagandistas y, a partir de la construcción del segundo Templo y, sobre todo, de la dispersión, su celo fue considerable. Fueron realmente los que el Evangelio dice que recorrían "la tierra y el mar para hacer un proselita", [19] y Rabbí Eliezer podía con todo derecho exclamar: "¿Para qué Dios ha esparcido a Israel entre las naciones? Para reclutarle proselitas en todas partes". [20] Abundan los testimonios que atestiguan este ardor proselítico de los judíos [21] y, en los primeros siglos antes de la era cristiana, el judaísmo se propagó con el mismo poderío que caracterizó más tarde al cristianismo y al Islam. Roma, Alejandría; Antioquía, donde casi todos los judíos eran gentiles conversos, Damasco y Chipre fueron centros de fusión, ya lo he mostrado. [22] Además, los conquistadores hachmonides obligaron a los sirios vencidos a hacerse circuncidar. Hubo reyes que se convirtieron arrastrando con ellos a sus súbitos, como la familia del Adiabene y, en ciertas regiones de la Palestina misma, la población estuvo muy mezclada: así en Galilea, en esta "región de los gentiles" donde debía nacer Jesús.
Después de la era cristiana, la propaganda judía no cesó. Se efectuó hasta por la fuerza y cuando, bajo Heraclio, Benjamín de Tiberíades conquistó Judea, los cristianos palestinos se convirtieron en masa. Fue la persistencia y continuidad de esta propaganda la que constituyó, como ya he dicho, una de las causas del antisemitismo teológico.
Durante siglos, los concilios legislaron y se tomaron medidas para impedir a los judíos atraer a los fieles, para prohibirles circuncidar a sus esclavos y para vedar sus casamientos con cristianos. Pero, hasta el momento de las persecuciones

generales, vale decir cuando se hizo demasiado peligroso ser judío, las prescripciones canónicas fueron impotentes para detener este proselitismo y a veces, cuando se produce un acontecimiento importante o cuando estalla un escándalo, podemos ver la propaganda judía en acción. Es un obispo que se convierte en 514. Más tarde es el diácono Bodon [23] que pide la circuncisión y adopta el nombre de Eliezer. A menudo los papas intervienen con bulas, así Clemente IV en 1255 y Honorio IV en 1288. Los reyes mismos actúan, como lo hizo Felipe el Hermoso, quien en 1298 ordenaba a los jueces del reino "castigar a los judíos que atraen a cristianos a su religión mediante regalos".
En toda Europa los judíos atrajeron a sí a proselitas, rejuveneciendo su sangre por agregado de una sangre nueva. Convirtieron en España, donde los sucesivos concilios de Toledo prohibían los casamientos mixtos; en Suiza, donde un decreto del siglo XIV condena a muchachas a usar sombreros judíos por haber dado a luz niños de padres israelitas; en Polonia, en el siglo XVI, a pesar de los edictos de Segismundo I, según dice el historiador Bielski. [24] Y no sólo se unieron en Europa con las naciones llamadas arias, sino también con los uroaltaicos: con los turanios. Y esta última infiltración fue la más considerable.
En el litoral del Mar Negro y del Mar Caspio, los judíos estaban establecidos desde hacía muchísimo tiempo. Se cuenta que Artajerjes Ochos, durante la guerra que hizo al Egipto y al rey Tachos (361 AC.) arrancó a judíos de su país y los trasladó a Hircania, en las orillas del Mar Caspio. Si su establecimiento en esa región no es tan antiguo como lo pretende la tradición, ya estaban radicados allá mucho antes de la era cristiana, como lo atestiguan las inscripciones griegas de Anape, Olbia y Panticapeia. En los siglos VI y VIII, emigraron de Babilonia y llegaron a las ciudades tártaras: Kerstch, Tarku, Derbend, etc. Allá, más o menos en 620, convirtieron a un pueblo entero cuyo territorio se encontraba en los alrededores de Astrakán: los kazares. [25] La leyenda se apoderó de este hecho que conmovió mucho a los judíos de Occidente, pero la conversión no puede, sin embargo, ser puesta en duda. Isidoro de Sevilla, su contemporáneo, la menciona y más tarde, en el siglo X, Hasdai ibn Schaprout, ministro del califa Abdel-Rhaman III, tuvo correspondencia con José, último Chagan de los Kazares, cuyo reino fue destruido por el Príncipe Sviatislav de Kiev. Los Kazares tuvieron una gran influencia sobre las tribus tártaras vecinas, las de los polianos, los severianos y los viatischi, entre otras, e hicieron entre ellas numerosos proselitas. [26]
En el siglo XII, pueblos tártaros del Cáucaso se convertían aún al judaísmo, según relata el viajero Petaya de Ratisbona. [27] En el siglo XIV, en las hordas que – encabezadas por un tal Mamai, invadieron las regiones que rodean el Cáucaso – había numerosos judíos. Fue en ese rincón de la Europa oriental que se operó activamente la fusión de los judíos y los uroaltaicos. Allá el semita se unió con el turanio y aún hoy, al estudiar los pueblos del Cáucaso, se encuentran los rastros de esta mezcla entre los treinta mil judíos de ese país y en las tribus que los rodean. [28]
Así esta raza judía, presentada por los judíos y los antisemitas como la raza más destacable y más homogénea, es muy diversa. Los antropólogos podrían, en primer lugar, dividirla en dos partes bien separadas: los dolicocéfalos y los braquicéfalos. Al primer tipo pertenecen los judíos sefarditas, o sea los judíos españoles y portugueses, así como la mayor parte de los judíos de Italia y del sur de Francia. Al segundo se puede incorporar a los judíos azkenazim, vale decir los judíos polacos, rusos y alemanes. [29] Pero los sefarditas y los azkenazim no son las dos únicas variedades de judíos conocidas. Estas variedades son numerosas.

En el África se encuentran judíos agricultores y nómades, aliados con los cabileños y bereberes, [30] cerca de Setif, Guelma y Biskra, en la frontera de Marruecos. Van en caravanas hasta Tombuctú y algunas de sus tribus, en los confines del Sahara, son tribus negras, [31] así los daggatunes, así como son negros los falachas, judíos de Abisinia. [32] En la India se hallan judíos blancos en Bombay y judíos negros en Cochín, pero los judíos blancos tienen sangre melánica. Se establecieron en la India en el siglo V, después de las persecuciones del rey persa Feroces que los expulsó de Bagdad. Sin embargo, según algunos, su establecimiento se remontaría a una fecha más lejana: a la llegada de los judíos a China, vale decir antes de Jesús. En cuanto a los judíos de China, no sólo están emparentados con los chinos que los rodean sino que también han adoptado las prácticas de la religión de Confucio. [33]

El judío, pues, ha sido incesantemente transformado por los medios diferentes en los cuales ha vivido. Ha cambiado porque los idiomas diversos que ha hablado han introducido en él nociones diferentes y opuestas. No ha permanecido como pueblo unido y homogéneo. Al contrario, es hoy en día el más heterogéneo de todos los pueblos, el que ofrece las variedades más amplias y esta supuesta raza cuya estabilidad y resistencia amigos y enemigos se acuerdan en alabar nos ofrece los tipos más múltiples y más opuestos, ya que van desde el judío blanco hasta el judío negro pasando por el judío amarillo, y esto sin hablar de las divisiones secundarias, las de los judíos de pelo rubio y rojo y las de los judíos morenos de pelo negro.

Por consiguiente, el reproche etnológico de los antisemitas no se apoya en ninguna base seria y real. La oposición de los arios y los semitas es ficticia. No es cierto que la raza aria y la raza semítica sean razas puras y que el judío sea un pueblo único e invariable. La sangre semita se ha mezclado con la sangre aria y la sangre aria, con la sangre semita. Arios y semitas han recibido ambos, además, la adjudicación de la sangre turania y de la sangre camítica, negra o negroide, y, en la Babel de nacionalidades y de razas que es actualmente el mundo, la preocupación de los que buscan reconocer en sus vecinos cuál es el ario, el turanio y el semita es una preocupación vana.

A pesar de esto, hay una parte de verdad en el reproche que hemos examinado, o más bien en las teorías de los antisenitas acerca de la desigualdad de las razas y la superioridad aria. Los prejuicios antropológicos, en una palabra, son el velo que cubre algunas de las causas reales del antisemitismo.

Hemos dicho que no hay razas. Pero existen pueblos y naciones. Lo que se llama impropiamente una raza no es una unidad etnológica, pero sí una unidad histórica, intelectual y moral. Los judíos no son un ethnos, pero sí una nacionalidad. Son de tipos variados, es cierto, pero ¿cuál es la nación que no es diversa? Lo que hace a un pueblo no es la unidad de origen, sino la unidad de sentimientos, de pensamiento, y de ética. Veamos si los judíos no poseen esta unidad y si no encontraremos en este campo el secreto de la animosidad que se les manifiesta.

[1])- Ulótricos y leiótricos.

[2])- Braquicéfalos y dolicocéfalos.

[3])- Gumplowicz, L., La lutte des races (París, 1893).

[4])- Topinard, P., L'Anthropologie (París, Bibliothéque des sciences conteinporaines, Reinwald edit.).

[5])- El décimo capítulo del Génesis nos presenta uno de los tipos más perfectos de esta

creencia, con la genealogía de los hijos de Noé: a la cabeza de cada grupo humano de cada
nación se coloca un antepasado.
[6])- Metchnikoff, León, La civilisation el les grands fleuves.
[7])- Esta clasificación tiene más o menos el mismo valor que la pretensión de las clases
feudales que, en la Edad Media, justificaban su tiranía pretendiendo ser jaféticos mientras
que el campesino y el siervo eran camitas, lo que legitimaba las relaciones de superior a inferior.
[8])- Sabemos que la civilización tan admirable del antiguo Egipto fue en buena parte obra
de los negros, en cuya ayuda vinieron rojos, semitas y turanios y algunos elementos
blancos, representados aún en nuestros días por los tuaregs que jamás han fundado
sociedad ni nada duradero. Existen todavía en el África ruinas grandiosas que atestiguan la
existencia de una civilización negra muy desarrollada en un momento de la historia.
[9])- Metchnikoff, León, ob. Citada.
[10])- Esta teoría, que tiene la inmensa ventaja de no estribar en ningún fundamento,
nació en Alemania y pasó después a Francia y Bélgica. El señor de Biez y el señor Edmond
Picard la sostuvieron sucesivamente. Pero no respaldaron sus aserciones en prueba alguna,
ni siquiera ilusoria. (Véase Antisemiten Spiegel, p. 132 y sigtes., Dantiz, 1892).
[11])- Astarté (N. del T.).
[12])- Véase Clermont-Ganneau, L'imagerie phénicíenne et la mitologie iconologique chez
les Grecs, París, 1880 y Les antiquités orientales, París, 1890.
[13])- Centinela contra judíos.
[14])- Mendoza y Bobadilla, Francisco, El tizón de la nobleza española, o máculas y
sambenitos de sus linajes (Barcelona, 1880, Biblioteca de Obras Raras). Véase también
Lorente, Histoire de l'Inquisítion (París, 1817).
[15])- Cap. VII.
[16])- Renan, Ernest, Histoire du peuple d'Israel, t. I.
[17])- En la base de toda civilización se encuentran los tres elementos: el blanco, el
amarillo y el negro. Lo vemos en el Egipto, donde se agregó un elemento rojo, en
Mesopotamia y en la India, en todos los lugares donde se crearon grandes imperios, y casi
se podría afirmar que, para fundar civilizaciones duraderas, hace falta la cooperación de
esos tres tipos humanos.
[18])- Maimónides, Yad Hazaka (La mano poderosa), 1ª parte, cap. I, art. IV.
[19])- Mat. XXIII.
[20])- Talmud Babil., Pessahim, f. 87.
[21])- Horacio, Sát., IV, 143, Josefo, Bell. Jud., VII, III, 3, Dion Casio, XXXVII, XVII, etcétera.
[22])- Véase cap. II, cap. III y cap. IV.
[23])- Amolón, Liber contra Judaeos, Migne, P. L., CXVI.
[24])- Bielski, Chronicon rerum polocarum.
[25])- Saint-Martín, Vivien de, Les Khazars (París, 1851), d'Ohsson, C., Les peuples du
Caucase (París, 1826), Revue des Etudes Juives, t. XX, p. 144.

[26])- A pesar de su fe mosaica, los kazares no se mezclaron en ningún momento con los
judíos; motivo por el cual no les fueron aplicadas ni la legislación restrictiva del imperio zarista ni, durante la segunda guerra mundial, las leyes de Nüremberg de la Alemania nazi
(N. del T.).
[27])- Basnage, Histoire des Juifs, t. IX, p. 246, y Wagenseil, Excercitations.
[28])- Entre los chetchnas, establecido en el Este y el Noroeste del Cáucaso, el tipo judío
está muy difundido, así como entre los andis del Daguestán. Los tatas del Mar Negro se consideran judíos y existen muchos judíos en las tribus tártaras, por ejemplo entre los kumiks (Véase Erckert, Der Kaukasus und seine Völker, Leipzig, 1887).
[29])- En cuanto a los judíos dolicocéfalos del África y de Italia, véanse los trabajos de Pruner-Bey (Mémoire de la Société d'Anthropologie, II, p. 432, y III, p. 82) y de Lombroso.
Para los judíos braquicéfalos, véase Kopernicki y Mayer, Caractéres physiques de la population de la Galicie, Cracovia, 1876 (en polaco).
[30])- Los cabileños son de raza bereber (N. del T.).
[31])- Mardochée Aby Serour, Les Daggatouns, París, 1880.
[32])- Véase para los falachas, d'Abbadie, Nouvelles annales de voyages, 1845, 111, p. 18, y
Luzzato, Ph., Archives Israélites, 1851-54.
[33])- Schwartz, Elie, Le peuple de Dieu en Chine, Estrasburgo, 1880, Abate Sionnet, Essai
sur les Juifs de la Chine, París, 1837.

XI

NACIONALISMO Y ANTISEMITISMO

Los judíos en el mundo - Raza y nación - ¿Son los judíos una nación? - El medio, las leyes y las costumbres – La religión y los ritos - El idioma y la literatura - El espíritu judío - ¿Cree el judío en su nacionalidad? - La restauración del Imperio judío - El chauvinismo judío - El judío y los extraños a su ley - ¿El Talmud es antisocial? - Otrora y hoy día - La permanencia de los prejuicios - El exclusivismo judío y la permanencia del tipo - El principio de nacionalidades en el siglo XIX - En Alemania y en Italia - En Austria, en Rusia y en la Europa oriental - El pangermanismo y el paneslavismo - La idea de nacionalidad, el judío y el antisemitismo - Los elementos heterogéneos en las naciones - Eliminación o absorción - El egoísmo nacional - Conservación o

transformación - Las dos tendencias - El patriotismo y el humanitarismo - Nacionalismo, internacionalismo y antisemitismo - El cosmopolitismo judío y la idea de patria - Los judíos y la Revolución.

Existen alrededor de ocho millones de judíos, esparcidos por toda la superficie del globo, [1] cuyas siete octavas partes viven en Europa.[2] Entre estos judíos figuran los judíos beduinos de los confines del Sahara, los falachas de Abisinia, los judíos negros de la India, los judíos mongoloides de China, los judíos kalmukos y tártaros del Cáucaso, los judíos rubios de Bohemia y Alemania, los judíos morenos de Portugal, el Sur de Francia, Italia y el Oriente, los judíos dolicocéfalos, los judíos braquicéfalos y sub-braquicéfalos: judíos todos que, por la forma de su cráneo y el color de su piel se podrían clasificar, según los mejores principios de la etnología, en cuatro o cinco razas diferentes, como acabamos de mostrarlo.
Del mismo modo, comparando por ejemplo a los habitantes de los distintos departamentos de Francia, y tomando un provenzal y un bretón, un nizarte y un picardo, un normando y un gascón, un auverñés y un vasco, podríamos probar que estas diferencias no permiten creer en la existencia de la raza francesa.
Sin embargo, al proceder en esta forma, habríamos demostrado, en realidad, que la raza no es una unidad etnológica, vale decir que ningún pueblo desciende de padres comunes y que ninguna nación está formada por un agregado de células semejantes. Pero no habríamos demostrado de ningún modo que no existe un pueblo francés, un pueblo alemán, un pueblo inglés, etc., y no podríamos hacerlo, puesto que existe una literatura inglesa, una literatura alemana y una literatura francesa, todas distintas, que expresan de manera diferente sentimientos comunes, es verdad, pero cuya reacción objetiva y subjetiva no es la misma en los distintos individuos que alcanzan; sentimientos comunes a la naturaleza humana, pero que cada hombre y cada colectividad de hombres siente y expresa diferentemente.
Tuvimos que rechazar la noción antropológica de raza, noción falsa ésta, que como veremos es la generadora de las peores opiniones y de las vanidades más detestables y menos justificadas, esta noción antropológica que tiende a hacer de cada pueblo una asociación de presos orgullosos y egoístas; pero estamos obligados de comprobar la existencia de unidades históricas, vale decir de naciones.
Sustituimos la idea de raza por la idea de nación. Pero debemos explicarnos, puesto que el presente siglo ha hecho estribar su creencia en la nacionalidad sobre su creencia en la raza: en la raza innata.
¿Cuál es el sentido común de nación? Según Littré, una nación es una "reunión de hombres que viven en un mismo territorio, sometido o no a un mismo gobierno y tienen desde hace tiempo intereses bastante comunes para que se los considere como perteneciendo a la misma raza". A esta definición de la nación, Littré opone la del pueblo: "multitud de hombres que, aunque no viven en el mismo país, tienen una misma religión y un mismo origen". Según Mancini, [3] la nación es una "comunidad natural de hombres unidos por el país, el origen, las costumbres y el idioma, que tienen conciencia de tal comunidad". Según Bluntschli, [4] se puede definir al pueblo como: "la comunidad del espíritu, el sentimiento, y la raza, hecha hereditaria en una masa de hombres de profesiones y clases diferentes; masa ésta que, prescindiendo de un vínculo político, se siente unida por la cultura y el origen – en especial por el idioma y las costumbres – y extranjera a las demás". En cuanto a la nación, siempre según Bluntschli, es una "comunidad de hombres unidos y

organizados en Estado". Como se nota, sólo se logra diferenciar el pueblo de la nación haciendo intervenir, sea una unidad territorial, como Littré, sea una unidad estatal, como Bluntschli, vale decir una cosa exterior o superior a los que componen este pueblo y esta nación que se puede en realidad confundir.
Resumamos. Se llama comúnmente nación a una aglomeración de individuos que tienen una raza, un territorio, un idioma, una religión, un derecho, usos, costumbres, un espíritu y un destino histórico comunes. Ahora bien: vimos que la raza común, la raza innata, la raza que signifique mismo origen y pureza de sangre, no era sino una ficción. La idea de raza no está necesariamente vinculada con el concepto de nación. Lo prueba el hecho de que los vascos, los bretones y los provenzales, aunque son muy diferentes desde el punto de vista antropológico, pertenecen todos, sin embargo, a la nación francesa. En cuanto a la comunidad territorial, tampoco es necesaria. Los polacos, por ejemplo, no tienen territorio común y, no obstante, existe una nación polaca. Tampoco el idioma parece ser indispensable, y se puede, en efecto, mencionar el caso de Suiza, Austria o Bélgica, países éstos en los cuales se habla dos o más lenguas. Pero estos países, salvo Suiza, organizada en forma federal, nos permiten afirmar por el contrario que el idioma es efectivamente un signo de nacionalidad, puesto que en todos ellos, los que hablan en la misma lengua aspiran a agruparse, o bien un idioma tiende a hacerse preponderante y a desplazar los demás.
La religión fue otrora una de las formas más importantes que contribuyeron a formar los pueblos. Nos resulta imposible representarnos lo que fueron Roma, Atenas o Esparta si dejamos a un lado los dioses del Olimpo y los del Capitolio. Lo mismo sucede con Menfis, Nínive, Babilonia y Jerusalén. ¿Y qué pasa con la sociedad de la: Edad Media si prescindimos del cristianismo? La acción de la religión fue preponderante durante largos siglos. Pero sólo tiene, desde unos años, una fuerza extremadamente reducida, salvo en algunos países – Rusia, por ejemplo – donde se procura la unidad de la fe y se hace de ella uno de los elementos constitutivos e indispensables de la nacionalidad. En otras partes, la multiplicidad de las confesiones religiosas no es obstáculo para la unidad. Sin embargo, es bueno agregar que, en todos los países de Europa, la religión fue la primera unidad conocida y que todos los Estados y todos los pueblos europeos, salvo el Imperio otomano, fueron en un primer momento Estados y pueblos cristianos. La Reforma fue el último esfuerzo de unificación religiosa y, después de las guerras de religión, los edictos de tolerancia marcaron el fin de la dominación de los dogmas sobre las nacionalidades.
Sin embargo, el cristianismo ha dejado su impronta en las costumbres, el modo de vida y la moral. De cualquier modo que se juzguen sus principios, su metafísica y su ética, ha sido uno de los más importantes factores de las naciones europeas y de los individuos que las componen. Es el fondo común sobre el cual se construyeron edificios diferentes. Es una de las nociones fundamentales a la que otras numerosas se han agregado, que ha evolucionado diferentemente, pero que se encuentra en la base de las sociedades modernas. El cristianismo ha sido uno de los elementos fijos del espíritu de los distintos pueblos del antiguo y nuevo continente, pero son las costumbres, el modo de vida, el arte, el idioma y miles de ideas propias que se generan por la literatura y la filosofía lo que ha diferenciado a los pueblos y ha creado su personalidad. Lo que hace a la desemejanza de los individuos es la manera diferente en que interpretan ideas generales y comunes, el modo también diferente en que son impresionados por los fenómenos y la manera en que los traducen.

Pasa lo mismo con las colectividades. Se componen de seres variados, cada uno de los cuales, es cierto, tiene su esencia propia, pero que siguen todas ciertas direcciones comunes. ¿Qué es lo que indica estas direcciones? El idioma, y también las tradiciones, los intereses y el destino histórico comunes a todos esos seres. Pero a eso hay que agregar, como dice Mancini, la conciencia de esta comunidad. Esta conciencia se ha elaborado lentamente, a lo largo del tiempo, a través de miles de choques exteriores y de miles de luchas intestinas. Pero el día que las naciones tuvieron conciencia de sí mismas, recién ese día existieron y esta conciencia, una vez nacida, fue un factor más de la nacionalidad. Sin ella, no hay nacionalidad. Pero, tan pronto como exista, reacciona a su vez sobre el cerebro de cada uno y es esta conciencia de la nacionalidad, la última que se haya formado, la que desaparece en último lugar, cuando ya han desaparecido el territorio, el modo de vida, los usos y costumbres y la religión y cuando la literatura ya no vive.
Existen naciones, pues. Estas naciones pueden a veces no están constituidas con un mismo gobierno y pueden haber perdido su patria y su idioma. Pero mientras no haya desaparecido la conciencia que tienen de sí mismas y de la comunidad de pensamiento e intereses, que representan mediante el decorado ficticio de la raza, la filiación, el origen y la pureza de sangre, la nación perdura.
Consideremos ahora al judío. Vimos que no tiene existencia en cuanto raza. Se equivocan los que dicen: "Ya no hay pueblo judío sino una comunidad judía estrechamente unida a una raza". [5] Queda por preguntarnos si el judío no forma parte de una nación, compuesta por elementos diversos, como todas las naciones, pero con todo provista de unidad. Ahora bien: si ponemos a un lado los felachas de Abisinia, algunas tribus judías nómades poco conocidas del África, los judíos negros de la India y los judíos de China, comprobamos que, al lado de las diferencias ya señaladas que distinguen a los judíos, también existen entre ellos particularidades, individualidad y tipo comunes. Sin embargo, los judíos han vivido en países muy opuestos, han estado sometidos a influencias climáticas muy diversas y han estado rodeados de pueblos muy desemejantes. ¿Qué es lo que los ha podido mantener tal como se han mantenido hasta nuestros días? ¿Por qué perduran de otro modo que como confesión religiosa? Esto proviene de tres cosas. Una que depende de los judíos: su religión; la segunda, de la que son en parte responsables: su condición social; la tercera que les es extraña: las condiciones a las cuales han sido sometidos.
Ninguna religión ha sido más amasadora de almas y de mentes que la religión judía. Casi todas las naciones han tenido, al lado de sus dogmas religiosos, una filosofía, una moral y una literatura. Para Israel, la religión ha sido al mismo tiempo una ética y una metafísica y, más aún, una ley. Los israelitas no tuvieron una simbólica independencia de su legislación. No; sólo hubo para ellos – después del retorno del segundo cautiverio – Iahvé y su ley, inseparables el uno de la otra. Para formar parte de la nación, hubo que aceptar no solamente a su dios, sino también todas las prescripciones legales que dimanaban de él y tenían un carácter de santidad. Si el judío no hubiera tenido más que a Iahvé, es probable que se habría desvanecido en medio de los distintos pueblos que lo habían acogido, como se desvanecieron los fenicios qué sólo llevaban consigo a Melqarth. Pero el judío tenía algo mejor que su dios: tenía su Thora – su ley – y es ella la que lo conservó. Esta ley, no sólo no la perdió al perder el territorio ancestral, sino que por el contrario reforzó su autoridad: la desarrolló y aumentó su poderío y también su virtud. Cuando, Jerusalén hubo sido destruida, fue la ley la que se convirtió en el vínculo de Israel: vivió para su ley y por su ley.

Ahora bien: esta ley era minuciosa y formalista; era la manifestación más perfecta de la religión ritual en la cual se había convertido la religión judía bajo la influencia de los doctores, influencia ésta que se puede oponer al espiritualismo de los profetas cuya tradición Jesús continuó. Estos ritos que preveían cada acto de la vida y que los talmudistas complicaron hasta el infinito, estos ritos moldearon el cerebro del judío y, en todas partes – en todos los países – lo moldearon del mismo modo, Los judíos, aunque dispersos, pensaban de la misma manera en Sevilla y en York, en Ancona y en Ratisbona, en Troye y en Praga. Tenían sobre los seres y las cosas los mismos sentimientos y las mismas ideas. Miraban con las mismas lentes. Juzgaban según principios semejantes, de los que no podían apartarse, pues no había en la ley obligaciones graves y menores: todas tenían un idéntico valor porque todas dimanaban de Dios.

Todos aquellos a quienes los judíos atraían a sí estaban aprisionados en este terrible engranaje que trituraba las mentes y las moldeaba de un modo uniforme. Así la ley creaba particularidades. Estas particularidades, los judíos se las trasmitían porque ellos constituían en todas partes una asociación estrechísima, manteniéndose muy apartados para poder cumplir las prescripciones legales, lo que les daba cada vez más fuerza de conservación, por ser rebeldes a la penetración. No sólo la ley creó particularidades, sino que también creó tipos: un tipo moral y hasta un tipo físico.

Acabamos de indicar la formación del tipo moral. En cuanto al tipo físico, resultó en ciertos aspectos de este tipo moral. Se conoce la influencia que ejerce sobre el individuo fisiológico el ejercicio de las facultades mentales y la dirección de estas facultades. Se sabe que algunos seres dedicados a las mismas tareas intelectuales adquieren rasgos especiales y semejantes. Se forman delante de nosotros tipos profesionales y conocemos los experimentos del señor Galton sobre esta creación de caracteres comunes por el pensamiento común. El tipo judío se formó de la misma manera que el tipo del médico, el tipo del abogado, etc., tipos éstos generados por la identidad de la función social y psíquica. El judío es un tipo confesional. La ley y el Talmud lo han hecho tal como es. Más fuertes que la sangre o las variaciones climáticas, han desarrollado en él caracteres que la imitación y la herencia han perpetuado.

A estos caracteres confesionales se agregaron caracteres sociales. Vimos [6] cual es el papel que desempeñó el judío en la Edad Media y cómo razones interiores y exteriores, producto de leyes económicas y psicológicas, lo impelieron a convertirse casi exclusivamente en comerciante y, sobre todo en traficante de oro, en esa época en que el capital debía obligatoriamente ser usurario para ser productivo. Este papel fue general. Los judíos no lo desempeñaron solamente en una región especial sino en todas. A sus comunes preocupaciones religiosas se agregaron, pues, preocupaciones sociales comunes. El judío, ser religioso, ya pensaba de cierto modo uniforme, dondequiera se encontrara. Como ser social, pensó también en forma idéntica. Así se crearon otras particularidades, que se propagaron también, particularidades éstas cuya formación fue general y simultánea en todos los judíos. Pero el judío, aunque se aislara, no estaba solo. Los pueblos entre los cuales vivía reaccionaban sobre él y podían ser causas de cambios. El medio natural no lo es todo para el hombre que vive en sociedad. Su acción, por cierto, es grande y puede a veces, en gran parte, formar naciones, [7] pero existe un medio social cuya acción no es menos considerable. Este medio social lo hacen las leyes, las costumbres y el modo de vida. Si los judíos hubieran vivido en medios sociales diferentes, probablemente habrían sido diferentes, mental y también físicamente. [8] No fue

éste el caso, y el medio social y político fue para ellos el mismo en todas partes. En España, Francia, Italia, Alemania y Polonia, la legislación contra los judíos fue idéntica, cosa ésta muy explicable puesto que se trató, en todos esos países, de una legislación inspirada por la Iglesia. El judío estuvo sometido a las mismas restricciones; las mismas barreras fueron elevadas ante él; estuvo regido por las mismas leyes. Ya se había apartado, y se lo apartó. Se habla esforzado por distinguirse, y se lo diferenció. Se había retirado en su casa para poder cumplir libremente sus ritos, y se lo encerró en ghettos. El día en que el judío estuvo encarcelado en sus juderías, ese día tuvo un territorio, e Israel vivió exactamente como un pueblo que tuviera patria. Conservó, en sus barrios especiales, sus costumbres, su modo de vida y sus hábitos seculares, preciosamente trasmitidos por una educación que dirigían en todos los lugares los mismos principios invariables.

Esta educación no conservaba solamente las tradiciones: conservaba el idioma. El judío hablaba el idioma del país en que vivía, pero sólo lo hablaba porque le era necesario para sus transacciones. De vuelta en su casa, utilizaba un hebreo corrupto o una jerga cuya base constituía el hebreo. Cuando escribía, lo hacía en hebreo, y la Biblia y el Talmud no constituyen toda la literatura hebraica. La producción literaria judía del siglo VIII al siglo XV fue muy grande. Hubo una poesía neohebraica, poesía sinagogal ésta que fue sobre todo abundantísima y brillantísima en España. [9] Hubo una filosofía religiosa judía, que nació en el Egipto con Saadia y que desarrollaron más tarde Ibn Gebirol y Maimónides. Hubo una teología judía con Joseph Albo y Judá Levita, y una metafísica judía que fue la Cábala. Esta literatura, esta filosofía, esta teología y esta metafísica fueron el patrimonio común de los israelitas de todos los países. Hasta el momento en que el esfuerzo oscurantista de los rabinos hubo cerrado sus oídos y sus ojos, su espíritu se inspiró de las mismas fuentes. Se conmovieron con los mismos pensamientos, soñaron con los mismos sueños y se exaltaron por los mismos ritmos, por la misma poesía, mientras las mismas preocupaciones los dominaban. Así experimentaron las mismas impresiones, que moldearon idénticamente su espíritu, este espíritu judío, formado de mil elementos diversos, pero que no fue apreciablemente distinto, por lo menos en cuanto a sus tendencias generales, del viejo espíritu judío, pues los que contribuyeron a engendrarlo se habían nutrido de la antigua Ley.

Todos los judíos, pues, tuvieron religión, costumbres, hábitos y modo de vivir semejantes. Estuvieron sometidos a las mismas leyes, civiles, religiosas, morales o restrictivas. Vivieron en idénticas condiciones. Tuvieron en cada ciudad un territorio. Hablaron el mismo idioma. Gozaron de una literatura. Especularon acerca de las mismas ideas, persistentes y antiquísimas. Esto ya bastaba para constituir una nación. Tuvieron más todavía: la conciencia de que eran una nación y nunca habían dejado de serlo. Cuando dejaron Palestina; en los primeros siglos antes de la era cristiana, un vínculo siempre los unió con Jerusalén. Cuando Jerusalén hubo desaparecido en las llamas, tuvieron sus exilarcas, sus nassis y sus gaones. Tuvieron sus escuelas de doctores: escuelas de Palestina, luego escuelas del Egipto y por fin escuelas de España y Francia. La cadena tradicional no fue rota jamás. Siempre se consideraron exilados y soñaron con el restablecimiento del reino terrenal de Israel. Cada año, en vísperas de la Pascua, salmodiaron en lo más profundo de su ser, tres veces, la oración sagrada: Lechana aba Ieruschalaim (el año próximo en Jerusalén). Conservaron su viejo patriotismo y hasta su chauvinismo. Se consideraron, a pesar de los desastres, las desgracias, los vejámenes y la esclavitud, como el pueblo elegido, el que era superior a todos los

pueblos, lo que es la característica de todos los pueblos chauvinistas, tanto de los alemanes como de los franceses y de los ingleses actuales.
Por un momento, a principios de la Edad Media, el judío fue efectivamente superior, por llegar en medio de bárbaros infantiles; él que era heredero de una civilización ya antigua y tenía una literatura, una filosofía y sobre todo una experiencia que debió de conferirle cierta ventaja. Perdió esta superioridad y hasta, en el siglo XIV, llegó a tener una cultura inferior a la cultura general que correspondía a los de su misma clase. Pero conservó preciosamente la idea de su supremacía y siguió mirando con desdén y desprecio a los que eran extraños a su Ley. Por lo demás, su libro, el Talmud, animado por un patriotismo estrecho y huraño, se lo enseñaba.
Se ha acusado a este libro de ser antisocial, y algo de cierto hay en esta acusación. Se ha sostenido que era la obra jurídica y moral más abominable, y esto ha sido un error, pues no es ni más ni menos abominable que todos los códigos particularistas y nacionales. Si es antisocial, es en el sentido de que representó – y representa – un espíritu distinto del de las leyes vigentes en los países en que los judíos vivieron, queriendo los judíos seguir su código antes de seguir el que regía a todos les miembros de la sociedad. Aun así, sólo fue y es antisocial de modo relativo; puesto que la ley no siempre ha sido uniforme ni la costumbre invariable en todas las partes de los Estados. En un momento de la historia, apareció fatalmente como inhumano, puesto que, mientras todo cambiaba, permanecía inmutable. Los antisemitas cristianos han mostrado su brutalidad, porque esta brutalidad los tocaba directamente. Pero cuando Rabbi Yochai decía: "al mejor de los goim, mátalo", no era más feroz que San Luis, que pensaba que el método más recomendable para discutir con un judío era meterle la daga en la barriga, o que el Papa Urbano III que escribía en una bula: "Está permitido a todo el mundo matar a un excomulgado cuando se lo hace por motivo de celo por la Iglesia".
Hay que darse cuenta, además, de una cosa. Algunos judíos modernos y algunos filosemitas han rechazado con horror esos aforismos y axiomas, que fueron aforismos y axiomas nacionales. Las invectivas a los goim y a los mineos fueron dirigidas, dicen, a los romanos, a los helenos y a los judíos apóstatas y jamás alcanzaron a los cristianos. Hay una gran parte de verdad en tales afirmaciones, pero también una gran parte de error. Efectivamente, parte de las prescripciones contra los extranjeros, prescripciones éstas que fueron obra de los judíos defensores de su espíritu nacional, se refieren al tiempo en que la nacionalidad judía estuvo amenazada, al tiempo en que el espíritu judío fue arrinconado por el espíritu griego, cuando la influencia helénica tendía a hacerse preponderante. Más tarde, cuando las guerras romanas, las maldiciones se hicieron más ásperas. Contra el opresor todo se consideró permitido, se preconizaron todas las violencias y todos los odios, y el Talmud fue el eco de estos sentimientos. Registró preceptos y palabras, y las perpetuó.
Cuando el judaísmo fue combatido por el cristianismo naciente, todo el odio y toda la ira de los sicarios, de los patriotas y de los piadosos se revirtieron sobre los judíos que se convertían: sobre los mineos. Al desertar de la fe nacional, desertaban del combate contra Roma y contra el extranjero. Eran traidores a la patria y a la religión judía. Se desinteresaban de una lucha que era vital para Israel. Agrupados alrededor de sus nuevas iglesias, miraban con ojo indiferente desmoronarse la gloria de la nación y desaparecer su autonomía. No solamente no combatían contra la loba sino que debilitaban el coraje de quienes los escuchaban. Fue contra ellos, contra estos antipatriotas, que se redactaron las fórmulas de maldición. Los judíos

los excluían de su sociedad. Fue lícito matarlos, como era lícito matar al "mejor de los goim".
En todos los períodos de lucha patriótica y en todas las naciones se encontrarían exhortaciones semejantes. Las proclamaciones de los generales y los llamados a las armas de los tribunos de todos los tiempos contienen fórmulas tan odiosas. Cuando los franceses invadieron el Palatinado, por ejemplo, fue norma para los alemanes y, más aún, un deber decir: "al mejor de los franceses, mátalo". Asimismo, cuando les tocó a los alemanes entrar en Francia, probablemente les tocara a los franceses decir: "al mejor de los alemanes, mátalo". Es la guerra cruel y abominable la que engendra tales sentimientos y cada vez que las circunstancias despiertan el espíritu guerrero, la ferocidad antihumana se manifiesta.
Entre los judíos, se dice también, estos preceptos no representaron sino opiniones personales y se encontrarían al lado de ellos fórmulas morales tan humanas, tan fraternales y tan piadosas como las fórmulas cristianas. Es exacto, y en el espíritu de los Padres que escribieron esas sentencias, reunidas en el Pirké Aboth, [10] esas sentencias humanitarias tuvieron un sentido general. Pero el judío de la Edad Media, que las encontró en su libro, les atribuyó un sentido restringido: las aplicó sólo a los de su nación. ¿Por qué? Porque ese libro, el Talmud, contenía también preceptos egoístas, feroces y nacionales dirigidos contra los extranjeros. Conservadas en ese libro cuya autoridad fue inmensa, en ese Talmud que fue para los judíos un código, expresión de su nacionalidad, un código que fue su alma, esas afirmaciones, crueles o estrechas, adquirieron una fuerza, si no legal, por lo menos moral. El judío talmudista que las encontró les atribuyó un valor permanente. No las aplicó solamente a los enemigos griegos, romanos y mineos: las aplicó a todos sus enemigos e hizo de ellas una norma general con respecto a los extrañas a su culto, a su ley y a sus creencias. Llegó el día en que el judío, en Europa, no tuvo más que un enemigo: el cristiano que lo perseguía, lo masacraba, lo quemaba y lo martirizaba. No pudo, por lo tanto, experimentar para con el cristiano un sentimiento muy tierno, tanto más cuanto que todos los esfuerzos de dicho cristiano tendían a destruir el judaísmo: a abolir la religión que era lo que quedaba de la patria judía. El goi de los macabeos y el mineo de los doctores se convirtieron en el cristiano y se aplicaron al cristiano todas las palabras de odio, de ira y de furiosa desesperación que se encontraban en el libro. Para el cristiano, el judío fue el ser abyecto, pero para el judío el cristiano fue el goi, el abominable extranjero, el qué no teme las máculas, el que maltrata a la nación elegida, aquél por el cual sufre Judá. Esta palabra goi encierra todas las iras, todos los desprecios y todos los odios de Israel perseguido contra el extranjero, y esta crueldad del judío para con el no judío es una de las cosas que mejor muestran cuán vivaz era la idea de nacionalidad en los hijos de Jacobo. Creían – siempre han creído – ser un pueblo. ¿Lo creen todavía hoy?
Entre los judíos que reciben la educación talmúdica, y se trata aún de la mayoría de los judíos en Rusia, Polonia, Galitzia, Hungría y Bohemia y en el Oriente, entre estos judíos la idea de nacionalidad es todavía tan viviente como en la Edad Media. Siguen formando un pueblo aparte; un pueblo fijo, rígido, inmovilizado por los ritos escrupulosamente respetados, por las costumbres constantes y por el modo de vida, hostil a toda novedad y a todo cambio y rebelde a los esfuerzos intentados para destalmudizarlo. En 1854, hubo rabinos que anatemizaron escuelas de Oriente, fundadas por judíos franceses, donde se enseñaban las ciencias profanas. En 1856, en Jerusalén, se lanzó el anatema contra la escuela fundada por el Doctor Franckel. En Rusia y en Galitzia, sectas tales como los neohassidim se oponen aún

a todos los intentos hechos para civilizar a los judíos. En todos esos países, sólo una minoría escapa del espíritu talmúdico, pero la masa persiste en su aislamiento y, por grandes que fueran su abyección y su envilecimiento, sigue considerándose el pueblo elegido, o sea la nación divina.
Entre los judíos occidentales, entre los judíos de Francia, Inglaterra e Italia y en gran parte de los judíos alemanes, [11] esta aversión intolerante para con el extranjero ha desaparecido. Esos judíos no leen más el Talmud y la moral talmúdica o, por lo menos, la moral nacional del Talmud ya no los aprisiona. No observan más las seiscientas trece leyes. Han perdido el horror a la mácula, que conservan los judíos orientales. La mayor parte ya no domina el hebreo. Han olvidado el sentido de las antiguas ceremonias. Han transformado el judaísmo rabínico en un racionalismo religioso. Han dejado a un lado las observancias familiares, y el ejercicio de la religión se reduce para ellos a pasar unas horas por año en una sinagoga, escuchando himnos que ya no entienden. No pueden aferrarse a un dogma ni a un símbolo que ya no tienen. Al abandonar las prácticas talmúdicas, han abandonado lo que hacía su unidad, lo que contribuía a formar su mente, El Talmud había formado la nación judía después de la dispersión. Gracias a él, individuos de distintos orígenes habían constituido un pueblo. Había sido el molde del alma judía y el creador de la raza. Él y las leyes restrictivas habían moldeado al judío. Abolidas las legislaciones y desdeñado el Talmud, parece que la nación judía inevitablemente hubiera debido morir.
Sin embargo, los judíos occidentales aún son judíos. Son judíos porque conservaron vivaz y viviente su conciencia nacional. Siguen creyendo que son una nación y, por creerlo, se conservan. Cuando el judío deja de tener la conciencia de su nacionalidad, desaparece. Mientras tiene esta conciencia, permanece. Ya no tiene fe religiosa, no practica y es irreligioso, cuando no ateo, pero permanece porque tiene la creencia en su raza. Ha conservado su orgullo nacional, sigue imaginándose ser una individualidad superior, un ser diferente de los que lo rodean, y esta convicción le impide asimilarse, pues, siempre exclusivo, se niega por lo general a mezclarse por el casamiento con los pueblos que lo rodean.
El judaísmo moderno pretende no ser más que una confesión religiosa. Pero, en realidad, sigue siendo un ethnos, puesto que cree serlo y ha conservado sus prejuicios, su egoísmo y su vanidad de pueblo; creencia, prejuicios, egoísmo y vanidad que lo hacen aparecer como extraño a los pueblos en cuyo seno subsiste.
Aquí tocamos una de las causas más profundas del antisemitismo. El antisemitismo es uno de los modos en los cuales se manifiesta el principio de nacionalidades.
¿En qué consiste el problema de las nacionalidades? Se refiere a "este movimiento que lleva a ciertas poblaciones que tienen el mismo origen y el mismo idioma pero forman parte de Estados distintos a reunirse de tal modo que constituyan un solo cuerpo político, o sea una sola nación." [12]
Al mismo tiempo que la Revolución Francesa proclamó los derechos de los pueblos, subvirtió la vieja concepción autoritaria y dinástica en la cual estaban fundadas las naciones. Los territorios, otrora propiedad y dominio de los reyes, se convirtieron en dominios de los pueblos que los ocupaban. El gobierno real constituía por sí mismo la unidad nacional. El gobierno representativo – constitucional – colocó su unidad en otra parte: en la comunidad de origen y en la comunidad de idioma.
Roto el vínculo artificial, se buscó un vínculo natural. Hubo un esfuerzo por parte de las naciones para conquistar una individualidad. Todas tendieron a la unidad que les faltaba.
Fue hacia 1840 sobre todo que las ideas nacionales se manifestaron. Empezaron a

actuar y la Europa contemporánea fue fundada por ellas. La teoría del Estado nacional fue elaborada por los científicos, los historiadores, los filósofos y los poetas de toda una época. "Todo pueblo está llamado a formar un Estado y tiene derecho a constituirse en Estado. La humanidad se divide en pueblos. Luego, el mundo debe dividirse en Estados correspondientes. Todo pueblo es un Estado y todo Estado, una persona nacional." [13] Esta teoría y estas ideas se convirtieron en fuerzas poderosas e irresistibles. Fueron ellas las que hicieron la unidad de Alemania y la de Italia, y fueron las causas del irredentismo. Son ellas todavía las que crean el separatismo en Irlanda y en Austria y provocan las luchas entre magiares y eslavos, y entre checos y alemanes. Es sobre estas ideas de nacionalidades que se han basado y se basan Rusia y Alemania para constituir su imperio paneslavo o pangermánico. ¿Y no son este paneslavismo y este pangermanismo los que agitan el Oriente europeo? ¿No es de su choque lejano o próximo que depende el destino de esa parte de Europa?

No podemos aquí discutir acerca de la legitimidad o ilegitimidad de este movimiento. Basta, para lo que nos interesa, comprobar su existencia. ¿Cómo los pueblos manifiestan esta tendencia a la unidad? De dos modos: reuniendo bajo el mismo gobierno a todos los individuos que hablan el idioma nacional, o reuniendo los elementos heterogéneos que coexisten en las naciones, en provecho de uno de estos elementos que se hace preponderante y cuyas características se convierten, desde entonces, en características nacionales. Así los alemanes se esfuerzan por asimilar a los alsacianos y a los polacos. Los rusos obligan a los polacos a mantener universidades rusas que los desnacionalizan. En Austria, los alemanes tratan de absorber a los checos. En Hungría, "los huérfanos eslovacos son arrancados del país donde se habla su lengua y trasferidos a las comarcas magiares." [14] Si esos elementos heterogéneos no se dejan absorber, hay lucha, a menudo violenta, que se manifiesta de múltiples maneras: desde la persecución hasta la expulsión.

Ahora bien: en medio de todas las naciones de Europa; los judíos existen como una comunidad confesional y conservan la creencia en su nacionalidad, un tipo particular, aptitudes especiales y un espíritu propio. Las naciones, al luchar contra los elementos heterogéneos que contenían, fueron llevadas a luchar contra los judíos, y el antisemitismo fue una de las manifestaciones del esfuerzo que hicieron los pueblos para reducir las individualidades extranjeras.

Para reducir estas individualidades, hay que absorberlas o eliminarlas, y el proceso de reducción social no es apreciablemente distinto del proceso de reducción fisiológica. En el origen, cuando las bandas humanas heterogéneas cubrieron el mundo, lucharon por la existencia y pensaron que no podrían desarrollarse sino suprimiendo al extranjero que coexistía a su lado. El canibalismo es el primer grado de la eliminación. Cuando las naciones se formaron por la fusión y homogeneización de las hordas heterogéneas, tendieron más bien a absorber al extranjero, aunque la tendencia a la eliminación aún subsistía. Llegadas a cierto nivel de desarrollo, las sociedades primitivas practicaron el aislamiento, el exclusivismo y el odio mutuo. Los caracteres nacionales en formación exigían que se evitara todo conflicto y toda alteración, y tal vez el exclusivismo fuera necesario durante cierto tiempo para constituir tipos. Cuando estos tipos estuvieron sólidamente formados, se hizo útil agregar nuevas células al agregado primitivo, so pena de ver a este agregado cristalizarse e inmovilizarse, como sucedió en ciertos casos. Por lo tanto, se permitió al extranjero introducirse en la nación, pero se le permitió con grandes precauciones, rodeando la naturalización y la adopción con innumerables reglas, y el que quiso seguir siendo extranjero en la sociedad fue

sometido a restricciones molestísimas. Las leyes fueron durísimas para los que no eran nacionales. Se acusa a la ley judía de haber sido impiadosa para con el no judío, pero la ley romana no fue muy tierna para el no romano, que carecía de todo derecho, como el no griego en Atenas y Esparta.
Todavía hoy el exclusivismo o el egoísmo nacional se manifiesta del mismo modo. Sigue siendo tan vivaz como el egoísmo familiar del que no es sino extensión. Hasta se puede comprobar que, por una especie de regresión, se afirma actualmente con más fuerza. Todo pueblo parece querer elevar en su derredor una muralla china. Se habla de conservar el patrimonio nacional, el alma nacional y el espíritu nacional, y la palabra huésped vuelve a tomar, en nuestras civilizaciones contemporáneas, el mismo sentido que adquirió en el derecho romano: el de hostis: de enemigo. Se limitan por todos los medios los derechos económicos y los derechos políticos del inmigrante. Se traban las inmigraciones y hasta se expulsan los extranjeros cuando su número se hace demasiado considerable. Se los mira como un peligro para la cultura nacional, la que modifican, sin darse cuenta de que se trata de una condición de vida para esta cultura misma. Claro que vivimos en un período de cambios y que el porvenir no se delinea muy netamente ante los pueblos. Muchos hombres se inquietan por el futuro. Están apegados a las viejas costumbres. Ven en cualquier transformación la muerte de la sociedad de la que forman parte y, conservadores opuestos a toda transformación, odian profundamente todo lo que es capaz de traer una modificación y todo lo que es distinto de ellos, vale decir extranjero.
Para estos egoístas nacionales y exclusivistas, los judíos han aparecido como un peligro, porque han sentido que estos judíos todavía eran un pueblo, y un pueblo cuya mentalidad no concordaba con la mentalidad nacional y cuyos conceptos se oponían al conjunto de concepciones sociales, morales, psicológicas e intelectuales que constituyan la nacionalidad. Así, los exclusivistas se han convertido en antisemitas, porque podían reprochar a los judíos un exclusivismo tan intransigente como el suyo, y todo el esfuerzo antisemita tiende, ya lo vimos, [15] a restablecer las antiguas leyes, limitativas de los derechos de los judíos, considerados como extranjeros. Así se realiza esta contradicción fundamental y perpetua del antisemitismo nacionalista: porque el judío no se ha asimilado y no ha dejado de ser un pueblo, el antisemitismo ha nacido en las sociedades modernas. Pero cuando el antisemita hubo comprobado que el judío no estaba asimilado, se lo ha reprochado violentamente y, al mismo tiempo, ha tomado, cuando ha podido, todas las medidas necesarias para impedir su asimilación futura.
Sin embargo, al lado de estas tendencias nacionalistas existen tendencias opuestas. Por encima de las nacionalidades está la humanidad. Ahora bien: esta humanidad compuesta de miles de tribus enemigas que se devoraban mutuamente, tan fragmentada en sus comienzos, se hace muy homogénea. A pesar de sus diferencias, los distintos pueblos poseen un fondo común. Por encima de todas las conciencias nacionales, una conciencia general se va formando. Antes había civilizaciones: marchamos ahora hacia una civilización. Antes, Atenas se oponía a su vecina Esparta. Ahora, si bien las desemejanzas entre naciones persisten, las semejanzas se acentúan. Así como cada individuo de una nación posee, al lado de sus calidades especiales, que constituyen su esencia y su personalidad, calidades comunes a los que hablan el mismo idioma y tienen los mismos intereses que él; así la humanidad civilizada adquiere caracteres semejantes, aunque cada nación conserva su fisonomía. Las relaciones entre los pueblos, cada día más frecuentes, acarrean una comunión más íntima. La ciencia, el arte y la literatura se hacen cada

vez más cosmopolitas. Al lado del patriotismo se coloca el humanitarismo, y la noción de humanidad adquirirá pronto más fuerza que la noción de patria, que se va modificando y va perdiendo algo del exclusivismo que los egoístas nacionales quieren perpetuar. De ahí un antagonismo entre ambas tendencias. Al internacionalismo, ya tan poderoso, el patriotismo se opone con una violencia inaudita. El viejo espíritu conservador se exalta. Se alza contra el cosmopolitismo que algún día lo vencerá. Combate con aspereza a los que lo favorecen, y es ésta una causa más de antisemitismo.

En efecto, aunque a menudo extremadamente chauvinistas, los judíos son de esencia cosmopolita. Son el elemento cosmopolita de la familia humana, dice Schoeffle. Esto es muy exacto, pues siempre poseen en el más alto grado una extrema facilidad de adaptación, signo del cosmopolitismo. A su llegada a la Tierra Prometida, adoptaron la lengua de Canaán. Después de setenta años pasados en Babilonia, habían olvidado el hebreo y volvieron a Jerusalén hablando una jerga aramea o caldea. En el siglo I antes y después de la era cristiana, el idioma helénico penetró en las juderías. Dispersos, los judíos se hicieron fatalmente cosmopolitas. No estaban vinculados con ninguna unidad territorial y sólo tuvieron una unidad religiosa. Tuvieron una patria, es cierto, pero esta patria, la más hermosa de todas, como toda patria por lo demás, la situaron en el futuro: fue la Sion renovada, a la cual ninguna tierra se comparaba ni se podía comparar. Patria espiritual, ésta, que amaron con un amor tan ardiente que se hicieron indiferentes para con toda tierra y que todos los países les parecieron igualmente buenos, o igualmente malos. Vivieron, por fin, en condiciones tales, y tan horrorosas, que no se les pudo pedir que eligieran una patria. Y, con la ayuda de su instinto de solidaridad, siguieron siendo internacionalistas.

Los nacionalistas fueron llevados a considerarlos como los más activos propagandistas de las ideas del internacionalismo. Hasta descubrieron que el solo ejemplo de estos apátridas era malo y que destruían por su presencia la idea de patria, vale decir cada idea especial de la patria. Fue por ello que se convirtieron en antisemitas, o más bien fue por ello que su antisemitismo se reformó. No sólo acusaron a los judíos de ser extranjeros, sino también de ser extranjeros destructores. El conservadorismo de los exclusivistas vinculó el cosmopolitismo con la revolución. Reprochó a los judíos en primer lugar su cosmopolitismo, y luego su espíritu y su acción revolucionarios. ¿El judío tiene realmente tendencia a la revolución? Lo vamos a examinar.

[1])- Resulta muy difícil evaluar exactamente la población judía del globo. Por un lado los antisemitas aumentan las cifras probables, deseosos como son de mostrar la invasión judía; por el otro lado, los judíos, o los filosemitas, impelidos por intereses contrarios, disminuyen a su vez estas cifras. Así los antisemitas dan generalmente el número de nueve millones, y hasta diez. Los filosemitas o judíos (véase Loeb, artículo "judío" del Dictionnaire de géographie de Vivien de Saint-Martin - Reinach, Th., Histoire des Israélites) dan el número de 3.600.000. Pero, en sus evaluaciones, consideran que los judíos rusos son 2.552.000, cifra ésta muy inferior a la cifra real que es de 4.500.000, por

lo menos. (Errera, Léo, Les Juifs russes). Por lo tanto, he adoptado 8.000.000 de población total, número que me ha parecido acercarse más a la verdad. (N. del T.: esta cifra
se refiere a los últimos años del siglo XIX).
[2])- Es posible que la creciente emigración de los judíos polacos y rusos a los Estados Unidos haga variar esta cifra. Hay actualmente en los Estados Unidos 250 a 300.000 judíos, y si este número no aumenta enormemente cada año, es porque los judíos de los Estados Unidos tienen una tendencia muy marcada a fusionarse con la población ambiente. Esto se debe al hecho de que la mayor parte de estos judíos pertenecen a la clase
obrera.
[3])- Mancini, Della nazionalitd come fondamento del diritto delle genti, Nápoles, 1873.
[4])- Bluntschli, Théorie générale de l'Etat (traducción de Riedmatten, A. de), París, 1891.
[5])- Franck, A., Annuaire de la Société des Etudes Juives, II° año, conferencia sobre La
religión y la ciencia en el judaísmo.
[6])- Cap. VII.
[7])- Por ejemplo, las transformaciones de los anglosajones en los Estados Unidos y la transformación de los holandeses en el Transvaal.
[8])- Si doy aquí la impresión de decir que todos los judíos son físicamente semejantes, quiero hablar solamente de la fisonomía general que les es común, sin perjuicio de las diferencias que señalé.
[9])- Véase Münk, De la poésie hébraique aprés la Bible, en Le Temps, número del 19 de
enero de 1835, y los trabajos de Zunz, Rapoport y Geiger, Abraham. Véase también la Histoire des Juifs d'Espagne, de Ríos, Amador de los (1875).
[10])- Pirké Aboth (Tratado de los Príncipes), con traducción francesa y notas, por Créhange, A., París.
[11])- Pongo aparte a los judíos de las provincias polacas de Alemania.
[12])- Lavaleye, Le gouvernement dans la démocratie, t. I, p. 53 (París, 1891).
[13])- Bluntschli, Theorie générale de l'Etat, p. 84.
[14])- Novikow, J., Les luttes entre sociétés humaines, París, 1893
[15])- Cf. cap. IX.

XII
EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO EN EL JUDAISMO

Comunismo y revolución - La agitación judía - El optimismo y el eudemonismo de Israel - Las teorías sobre la vida y la muerte - La inmortalidad del alma y la resignación - El materialismo y el odio a la injusticia - La idea de contrato en la teología judía - La idea de justicia - Los profetas y la justicia - El retorno de Babilonia, los ebionim y los anavim - La concepción de la divinidad - Autoridad divina y gobierno terrenal - Los zelotes y el anarquismo - La igualdad humana - El Rico y el Mal - El Pobre y el Bien - El iahveismo y la Libertad - El libre albedrío, la razón humana y el poderío divino - El individualismo judío - La subjetividad judía y el sentimiento del yo - El idealismo hebraico - La idea de justicia, la idea de Igualdad, la idea de Libertad y su posible realización - Los tiempos mesiánicos - El Mesías y la revolución - El instinto revolucionario y el talmudismo - Los judíos modernos y la revolución.

Buscar las tendencias revolucionarias del judaísmo no es examinar el comunismo judío. Por lo demás, del hecho de que las instituciones llamadas mosaicas se inspiraron en principios socialistas no se deduce necesariamente que el espíritu revolucionario siempre haya guiado a Israel.

Comunismo y revolución no son términos inseparables y si, en nuestros días, no podemos pronunciar la primera de estas palabras sin evocar fatalmente la otra, esto se debe a las condiciones económicas que nos rigen y al hecho de que juzgamos imposible la transformación de las sociedades actuales, basadas en la propiedad individual, sin una ruptura violenta. En un Estado capitalista, el comunista se considera un revolucionario, pero nadie piensa que un partidario del capital privado se consideraría del mismo modo en un Estado comunista. En ambos casos, esta concepción sería exacta, pues tanto el comunista como el individualista manifestaría a la vez un descontento y un afán de cambio, lo cual caracteriza al espíritu revolucionario.

Si se pudo decir de los judíos, con el señor Renan, que fueron un factor de progreso o, por lo menos, de transformación y si se los ha podido considerar como fermentos de revolución, y esto en todos los tiempos, como veremos, no es por las leyes sobre cosechas de rastrojos, el salario de los obreros, la restitución de la ropa empeñada y los años sabáticos y jubilarios, que se encuentran en el Éxodo, los Números, el Levítico, etc., [1] sino porque siempre fueron unos descontentos.

No quiero sostener con eso que hayan sido simplemente unos rebeldes o unos opositores sistemáticos a cualquier gobierno – pues no estaban únicamente irritados contra un Ahab o un Ahazia – sino que el estado de las cosas no los satisfacía. Estaban perpetuamente inquietos, en espera de un mejoramiento que nunca encontraban realizado. Su ideal no era de los que basta esperar – no lo habían colocado bastante alto para esto – y no podían, por lo tanto, adormecer sus ambiciones con sueños y fantasmas. Se creían con derecho a pedir satisfacciones inmediatas y no promesas lejanas. De ahí la agitación constante de los judíos, que se manifestó no sólo en el profetismo, el mesianismo y el cristianismo, que fue su acabamiento supremo, sino también desde la dispersión, y entonces de modo individual.

Las causas que hicieron nacer esta agitación, y la alimentaron y la perpetuaron en el alma de algunos judíos modernos, no son causas exteriores, tales como la tiranía efectiva de un príncipe, un pueblo o un código severo, Son causas internas, vale

decir que hacen a la esencia misma del espíritu hebraico. En la idea que los israelitas se hacían de Dios y en su concepción de la vida y de la muerte hay que buscar los motivos de los sentimientos de revuelta que los han animado.
Para Israel, la vida es una gracia. La existencia que Dios ha dado al hombre es buena. Vivir es en sí mismo una felicidad. Cuando el Eclesiastés, [2] en un breve instante, declaró que el día de la muerte era preferible al del nacimiento, lo perturbaba el pensamiento helénico y su aforismo no tenía sino un valor individual. La vida, según el hebreo, debe proporcionar al ser todas las alegrías y sólo de ella hay que esperarlas.
Por oposición, la muerte es el único mal que puede afligir al hombre. Es la máxima calamidad. Es tan horrible y tan espantosa que ser alcanzado por ella es el castigo más terrible. "Que la muerte me sirva de expiación", decía el moribundo, pues no podía concebir castigo más grave que el que consistía en morirse. El único premio que ambicionaban los piadosos era que Iahvé los hiciera morir colmados de días, después de años pasados en la abundancia y la alegría.
¿Por lo demás, qué otro premio que éste hubieran podido esperar? No creían en la vida futura y sólo tardíamente, tal vez bajo la influencia del parsismo, admitieron la inmortalidad del alma. Para ellos, el ser terminaba con la vida. Se adormecía hasta el día de la resurrección. No tenía nada que esperar sino de la existencia, y los castigos que amenazaban el vicio, como las satisfacciones que acompañaban la virtud, pertenecían exclusivamente a este mundo.
La filosofía del judío o, mejor dicho, su eudemonismo, fue sencillo. Dijo con el Eclesiastés: "He llegado a la conclusión de que no hay felicidad sino en alegrarse y en darse bienestar durante la vida". [3] Realista de este modo, buscó desarrollarse satisfaciendo sus deseos lo mejor que podía. No le correspondía sino un número limitado de años: quiso gozar de ellos, y no fueron las satisfacciones morales las que pidió sino los goces materiales, capaces de embellecer y suavizar su existencia. Puesto que el paraíso no existía, no podía esperar de Dios, como recompensa por su fidelidad y su piedad, sino favores tangibles: no promesas vagas, buenas para buscadores del más allá, sino realizaciones concretas, expresadas en forma de un acrecentamiento de fortuna y un aumento de bienestar. Si el judío se veía frustrado de las ventajas que pensaba que le eran debidas a su lealtad, su alma estaba profundamente perturbada. Con Job, prefería creer que había pecado sin saberlo y que, después de hacerle expiar sus culpas mediante la pobreza, Iahvé lo trataría como a este mismo Job, a quien fue otorgado "el doble de todo lo que había tenido" [4]
Por no tener esperanza alguna de compensación futura, el judío no podía resignarse ante las desgracias de la vida. Sólo muy tarde pudo consolarse de sus males soñando en las beatitudes celestiales. A los flagelos que lo alcanzaban, no contestaba ni con el fatalismo del musulmán ni con la resignación del cristiano: contestaba con la revuelta. Ya que estaba en posesión de un ideal concreto, lo quería realizar, y todo lo que demoraba su advenimiento provocaba su ira.
Los pueblos que han creído en el más allá, los que han alimentado dulces y consoladoras quimeras y se han dejado adormecer con el sueño de la eternidad y los que han tenido el dogma de la recompensa y el castigo, – del paraíso y el infierno – todos estos pueblos han aceptado la pobreza y la enfermedad agachando la cabeza. El sueño de la felicidad futura los ha sostenido y han aceptado, sin furor, sus úlceras y sus privaciones. Se han consolado de las injusticias de este mundo pensando en la alegría que les correspondería en el otro. Han consentido, en espera de las felicidades paradisíacas, doblegarse sin quejarse ante el fuerte que tiraniza.

"El odio de la injusticia es considerablemente disminuido por la certidumbre de las compensaciones de ultra tumba", dice Ernest Renan. ¿Qué importan, en efecto, para aquellos que creen en una supervivencia eterna durante la cual imperará la inmutable y soberana equidad, las tan breves iniquidades terrenales de que libera la muerte? La fe en la inmortalidad del alma aconseja la resignación. Esto es tan cierto que se ve la intransigencia judaica apaciguarse a medida que se afirma en Israel el dogma de la inmortalidad.

Pero esta idea de la continuidad y persistencia de la personalidad no contribuyó de ninguna manera a la formación del ser moral entre los judíos. Primitivamente, no compartieron las esperanzas de los fariseos posteriores: después de que Iahvé hubiera cerrado sus ojos, sólo esperaban el horror del scheol. Por eso, lo importante para ellos era la vida. Buscaban embellecerla con todas las felicidades, y estos encarnizados idealistas, que concibieron la pura idea del Dios uno, fueron, por un llamativo y explicable contraste, los sensualistas más inaguantables. Iahvé les había asignado en la tierra cierto número de años. Exigía de ellos, durante esta existencia siempre demasiado breve para el hebreo, un culto fiel y escrupuloso. En contrapartida, el hebreo reclamaba de su Señor ventajas positivas.

Fue la idea de contrato la que dominó toda la teología de Israel. Cuando el judío cumplía con sus compromisos para con Iahvé, exigía reciprocidad. Si se creía perjudicado y juzgaba que sus derechos no se respetaban, no tenía razón alguna para esperar, puesto que el minuto de felicidad que perdía era un minuto que se le robaba y que nunca se le podría devolver. Por ello se aferraba a la ejecución íntegra de las obligaciones recíprocas: quería que entre él y su Dios se colocaran balanzas precisas. Tenía una exacta contabilidad de sus obligaciones y de sus derechos. Esta contabilidad formaba parte de su religión y Spinoza pudo decir muy justamente: "Los dogmas de la religión, entre los hebreos, no eran enseñanzas sino derechos y proscripciones: la piedad era la justicia; la impiedad, la injusticia y el crimen". [5] El hombre a quien alaba el judío no es el santo, ni el resignado, sino el justo. El hombre caritativo no existe para los de Judá. No puede ser cuestión de caridad en Israel, sino solamente de justicia: la limosna no pasa de una restitución. Por lo demás, ¿qué dijo Iahvé? Dijo: "Tendréis balanzas justas, pesas justas, epha justos e hin justos". [6] Y también dijo: "No tendrás consideraciones por la persona del pobre y no favorecerás la persona del grande, pero juzgarás a tu prójimo según la justicia". [7]

De esta concepción, en los tiempos primitivos de Israel, salió la ley del talión. Evidentemente, espíritus sencillos, penetrados de la idea de justicia, debían fatalmente llegar al "Ojo por ojo, diente por diente". Fue más tarde que se suavizó el rigor del código, cuando se tuvo una comprensión más exacta de lo que debía ser la equidad.

El iahveismo de los profetas refleja estos sentimientos. El Dios que alaban quiere "que la rectitud sea como una corriente de agua, y la justicia, como una corriente inacabable". [8] Dijo: "Porque yo, Iahvé, hago caridad, juzgamiento y justicia en la tierra; por ello siento alegría". [9] Conocer la justicia es conocer a Dios, [10] y la justicia se convierte en una emanación de la divinidad: adquiere el carácter de revelada. Para Isaías, Jeremías o Ezequiel, forma parte del dogma. Fue proclamada durante las teofanías sinaicas, y poco a poco nace esta idea: Israel debe realizar la justicia.

Es este deseo el que guía a todos los grandes vaticinadores, antes y después del cautiverio. Si el pueblo elegido no practica la justicia, se lo castigará por su idolatría. Si se lo lleva en esclavitud, no es solamente por haber adorado a Aschera

y Kamosch, por haber sacrificado en lugares indebidos y por haber deshonrado el santuario, sino también por estar podrido de iniquidad.
Todas las escuelas proféticas estaban penetradas de tales pensamientos. Los profetas se creían enviados para luchar por el advenimiento de la justicia. Lo que más les llamaba la atención era evidentemente la desigualdad de las condiciones. Mientras hubiera pobres y ricos, no se podría esperar el reinado de la equidad. Según los nabis inspirados, los ricos eran el obstáculo para la justicia, y ésta no podría llegar sino por los pobres. Por ello, los anavim y los ebionim – los afligidos y los pobres – se juntaban alrededor de los profetas, sus defensores. Con ellos protestaban contra las exacciones. En contrapartida, los profetas los presentaban como modelos y, según ellos, trazaban el retrato del justo: "El justo es el que marcha derecho y habla con la verdad, el que desprecia una ganancia adquirida por extorsión, el que sacude las manos para rechazar los regalos, el que cierra los ojos para no ver el mal." [11] Indicaban a los ricos su deber y hablaban en nombre de Iahvé: "Este es el ayuno que me gusta: romper las cadenas de la injusticia, deshacer las ataduras de todos los yugos, devolver la libertad a los oprimidos y quebrar toda servidumbre; compartir su pan con el hambriento y dar una casa al desdichado sin asilo." [12]
A su vuelta de Babilonia, la población judía formó un núcleo considerable de pobres, justos, piadosos, humildes y santos. Gran parte de los Salmos salió de este medio. Estos salmos son, casi todos, diatribas violentas contra los ricos. Simbolizan la lucha de los ebionim contra los poderosos. Cuando los salmistas hablan a los poseedores – a los "llenos" – dicen con sumo gusto, con Amos: "Escuchadme, comedores de pobres, explotadores de los débiles del país," [13] y en todos estos poemas, escritos entre el exilio de Babilonia y los Macabeos (589 y 167), se glorifica el pobre: el amigo de Dios, su profeta y su ungido. El pobre es bueno y sus manos son puras. Es íntegro y justo. Forma parte del rebaño cuyo pastor es Dios.
El rico es el malo. Es un hombre de violencia y de sangre. Es hipócrita, pérfido y orgulloso. Hace el mal sin motivo. Es despreciable, pues oprime y devora al pobre. Pero su gran crimen es el de no respetar la justicia: tiene a jueces corruptos que condenan a priori al pobre. [14]
Excitados por las palabras de sus poetas, los ebionim no se adormecían en su miseria y no se complacían dé sus males. No se resignaban a la pobreza. Por el contrario, soñaban con el día que los vengaría de las iniquidades y oprobios, en el día en que el malo sería abatido y el justo, exaltado: el día del Mesías. La era mesiánica, para todos esos humildes, debía ser la era de la justicia. ¿No había dicho Isaías, hablando de este tiempo: "Como magistratura, te daré paz; como gobierno, justicia. No se oirá más el ruido de los llantos. El que construya una casa permanecerá en ella; el que plante un vergel comerá su fruta. Ya no se construirá para que otro goce; ya no se plantará para que otro consuma"? [15]
Cuando Jesús venga, repetirá lo que dijeron los ebionim salmistas: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues serán satisfechos". [16] Anatematizará a los ricos y exclamará: "Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de los cielos". [17] En este punto, la doctrina cristiana será puramente judía y nada helénica, y será entre los ebionim que Jesús encontrará a sus primeros partidarios.
Por lo tanto, la concepción que los judíos se hicieron de la vida y la muerte suministró el primer elemento de su espíritu revolucionario. Partiendo de la idea que el bien, vale decir lo justo, debía realizarse no ultratumba – puesto que ultratumba hay sueño hasta la resurrección del cuerpo – sino durante la vida,

buscaron la justicia y, perpetuamente insatisfechos al no encontrarla nunca, se agitaron para tenerla.
Fue su concepción de la divinidad la que les dio el segundo elemento. Los llevó a concebir la igualdad de los hombres y hasta la anarquía: anarquía teórica y sentimental ésta, puesto que siempre tuvieron un gobierno, pero anarquía real, ya que este gobierno, cualquiera fuera, nunca lo aceptaron de buena gana.
Nunca los judíos elaboraron especulaciones sobre la esencia divina, ni cuando honraban a Iahvé como a su dios nacional, ni cuando se elevaron, con los profetas, hasta la creencia en el Dios uno y universal. El judaísmo no se planteó ninguno de los problemas metafísicos esenciales, ni sobre el más allá, ni sobre la naturaleza de Dios. "Las sublimes especulaciones no tienen relación alguna con las Escrituras, dice Spinoza; y, en lo que a mí atañe, ni aprendí, ni pude aprender, por las Santas Escrituras, ninguno de los atributos eternos de Dios". [18] Y Mendelssohn agrega: "El judaísmo no nos ha revelado ninguna de las verdades eternas". [19]
Los israelitas consideraban a Iahvé como un monarca que hubiera otorgado una carta a su pueblo y hubiera asumido compromisos para con él, exigiendo, en contrapartida, la obediencia a sus leyes y a sus prescripciones. Para los antiguos hebreos y, más tarde, para los talmudistas, sólo los Bené-Israél podían gozar de las prerrogativas conferidas por Iahvé. Para los profetas, todas las naciones tenían derecho a pretender a los privilegios, puesto que Iahvé era el Dios universal y no el igual de Dagón o de Baal Zebud.
Pero Iahvé era "el jefe supremo del pueblo hebreo". [20] Era el amo todopoderoso y temible. Era el rey único, celoso de su autoridad, que castigaba ferozmente a los que se rebelaban ante su poder omnímodo. A él debía siempre recurrir cualquier buen judío, en las buenas como en las malas. Era un crimen dirigirse a los hombres y no al dios Iahvé e Iehudá Makkabí, por haberse aliado con Roma y con Mitridates I, se mereció el anatema de Rabbi Iosé ben Iohanat: "¡Maldito sea el que busca apoyo en las escrituras de carne y aparta su corazón de Iahvé!" Iahvé es tu fuerza, tu escudo, tu ciudadela tu esperanza, dicen los Salmos.
Todos los judíos son súbditos de Iahvé. El mismo lo dijo: “Es de mí que los hijos de Israel son esclavos". [21] ¿Qué autoridad, en estas condiciones, puede prevalecer sobre la autoridad divina? Todo gobierno, cualquiera sea, es malo, puesto que tiende a sustituir el gobierno de Dios. Hay que combatirlo, ya que Iahvé es el único jefe de la republica judaica: el único al que el israelita debe obediencia.
Cuando los profetas insultaban a los reyes, expresaban el sentimiento de Israel. Daban forma a los pensamientos de los pobres, de los humildes y de todos aquellos que, más directamente maltratados por el poderío de los reyes o el de los ricos, estaban más dispuestos, por eso mismo, a criticar o negar la validez de esta tiranía. Puesto que los anavim, y los ebionim no tenían como amo sino a Iahvé, estaban inclinados a rebelarse contra la magistratura humana. No la podían aceptar y, en las épocas de sublevación, se vio a Zadok y a Juda el Galileo arrastrar con ellos a los zelotes gritando: "No llaméis a nadie vuestro amo". Zadok y Juda eran lógicos: cuando se ubica a un tirano en los cielos, no hay motivo para aguantar a otro en la tierra.
Ya que ninguna autoridad era compatible con la de Iahvé, se deducía fatalmente que ningún hombre podía elevarse encima de los demás. El duro amo celestial traía la igualdad terrenal, y ya el mosaísmo primitivo llevaba en sí esta igualdad social. Ante Dios, todos los hombres son iguales. Son iguales ante la ley, ya que la ley es emanación divina. Y los desgraciados, al hablar de los ricos, tienen razón de decir a Nehemías: "Nuestra carne es como la carne de nuestros hermanos; nuestros hijos

son como sus hijos". [22]
Es Dios mismo quien manda esta igualdad, y son todavía los poderosos quienes constituyen el obstáculo para su realización. Los humildes, que viven en común, la practican. Siguen los preceptos comunistas del Levítico, del Éxodo y de los Números, preceptos éstos inspirados en preocupaciones igualitarias. En cuanto a los ricos, se olvidan de que Iahvé sacó a todos los hombres del mismo barro y desconocen la igualdad proclamada por Dios. Por ello, oprimen al pueblo, llenan sus casas con los despojos del pobre, deshojan sus vides; hacen de las viudas su presa y de los huérfanos, su botín, [23] y es por sus iniquidades que la desigualdad subsiste.
Contra ellos – contra estos poseedores y estos grandes – los profetas lanzan el anatema. Los salmistas fulminan: "¡Dios de venganza, Eterno, Dios de venganza, aparece!", [24] gritan. Reprochan al rico la abundancia de sus tesoros, su lujo, su amor por las voluptuosidades: todo lo que contribuye a elevarlo materialmente encima de sus hermanos; todo lo que puede darle el orgullo impío de creerse hecho de otro polvo que el pastor de la montaña, que apacienta sus ovejas, y teme a Dios; todo lo que le hace olvidar esta verdad divina: los hombres son iguales entre sí, puesto que son los hijos de Iahvé quien ha querido dar a cada uno de sus súbditos una parte igual de la tierra que pisan y una parte igual de los goces y las felicidades.
Al odio del israelita por el rico, creador de injusticia, se agregaba el odio contra el rico que negaba las prescripciones igualitarias. Ya que no podía atribuir un origen divino a la riqueza, por no poder creer que Iahvé la distribuía, rompiendo así el pacto que lo comprometía para con la nación, el hebreo decretaba que toda fortuna venía del mal, o sea del pecado. Decía que todo bien estaba mal adquirido. Para poner sus ideas de justicia e igualdad de acuerdo con la realidad que le mostraban David cuando tomaba la mujer de Uri y Ahab cuando expoliaba a Naboth, declaraba que la prosperidad del malo era un simple espejismo y duraba poco; que tarde o temprano el temible Sabaoth extendía su diestra sobre los que violaban su ley y los devolvía a la nada.
Sin embargo, los pobres – los anavim – no veían cumplirse sus deseos. Siempre, ante ellos, mofándose de su miseria, los ricos prosperaban. Entonces, atribuían a sus propios pecados la angustia que los afligía. Trasladaban sus esperanzas al tiempo del Mesías, a ese tiempo en que todos los hombres serían juzgados con equidad, en que todos serían iguales y en que todos serían libres, pues tenían amor por la libertad.
Esta pasión también contribuyó a la formación del espíritu revolucionario de los judíos, y al hablar de libertad, no me refiero a la libertad política. La idea de la libertad política nació en Israel sobre todo en tiempos de los Antiokhos y en la época de la dominación romana, cuando, sea Epifanio o Sidetes, sea Aulo Gabinio o demás procónsules, fomentaron las persecuciones religiosas y provocaron así los grandes movimientos nacionalistas de los zelotes y los sicarios.
Pero, si la concepción de la libertad política fue tardía, la de la libertad individual siempre existió entre los israelitas, pues fue el corolario ineludible de su dogma sobre la divinidad y provino de su teoría sobre la creación del hombre.
Según esta teoría, todo poder pertenece a Dios, y el judío sólo podía ser dirigido por Iahvé. Sólo rendía cuentas de sus actos al Adonai que gobierna los cielos y la tierra. Ninguno de sus semejantes tenía el derecho de limitar su acción ni de imponerle su voluntad. Frente a las criaturas de carne, era libre y debía ser libre. Esta convicción hacía al hebreo incapaz de disciplina y de subordinación. Lo llevaba a rechazar todas las trabas que reyes y patricios hubieran querido imponerle, y los príncipes

de Judea nunca reinaron sino sobre un pueblo de revoltosos, inepto para sufrir cualquier yugo y cualquier constreñimiento.
Se podría creer que, pensando así, los judíos depositaban su libertad en manos del amo a quien reconocían. Nada de eso. Nunca fueron fatalistas como los musulmanes. Reivindicaban ante Iahvé su libre albedrío y, sin preocuparse por la contradicción, al mismo tiempo que se inclinaban ante la voluntad de su Señor, se alzaban frente a él para afirmar, la realidad e inviolabilidad de su yo.
¿No habían sido creados a imagen y semejanza de Dios, y no participaba su ser de este Dios? Era por haber sido modelados ellos sobre su Creador que sus hermanos humanos no debían cometer el sacrilegio de oprimirlos. Pero Iahvé, que había otorgado a los hombres el don de la inteligencia, no era libre de impedirles dirigir esta inteligencia como les daba la gana. La historia de la disputa de Rabbi Eliezer y de los rabinos, sus colegas, nos da un ejemplo bastante ilustrativo y merece ser contada.
En el curso de una discusión doctrinal, la voz divina se hizo oír e, interviniendo en el debate, dio la razón a Rabbi Eliezer. Los colegas del favorecido no aceptaron la decisión celeste. Uno de ellos, Rabbi Josué, se levantó y declaró: "No son voces misteriosas las que deben, en adelante, decidir en cuestiones de doctrina, sino la mayoría de los sabios. La razón no está más escondida en el cielo y la Ley no está en los cielos. Fue dada a la tierra, y a la razón humana corresponde comprenderla y explicarla". [25]
¡Si las palabras divinas se acogían de este modo cuando se permitían violentar a los individuos y buscaban imponer a la razón humana una voluntad extraña a su voluntad propia, cómo se aceptarían las palabras humanas! El señor Renan tuvo razón cuando dijo de los semitas: "Nada cuenta en estas almas ante el sentimiento indómito del yo", [26] y esto es más especialmente cierto para los judíos.
Después de Iahvé, no creyeron sino en el yo. A la unidad de Dios correspondió la unidad del ser; al Dios absoluto, el ser absoluto. Así la subjetividad siempre fue el rasgo fundamental del carácter semítico. A menudo llevó a los judíos al egoísmo y, al exagerarse este egoísmo en algunos talmudistas, acabaron por no conocer; en cuanto a obligaciones, sino las obligaciones del individuo para consigo mismo. Es esta subjetividad la que, tanto como el monoteísmo, explica la incapacidad que evidenciaron los judíos en todas las artes plásticas. En cuanto a su literatura, fue puramente subjetiva. Los profetas judíos, como los salmistas, los poetas de Job y del Cantar de los Cantares y los moralistas del Eclesiastés y de la Sabiduría, no conocieron sino a sí mismos y generalizaron sus sentimientos o sus sensaciones personales. Esta subjetividad también permite entender por qué en todos los tiempos, y todavía hoy, los judíos han mostrado tantas aptitudes por la música, la más subjetiva de todas las artes.
Así, indudablemente, fueron unos individualistas, y estos hombres; tan apasionados por la búsqueda de las ventajas terrenales, nos aparecen, gracias a su intransigente concepción del ser, como indomables idealistas. Ahora bien: el individualista, imbuido de idealismo, es y será siempre, en todas partes, un revoltoso. Nunca permitirá a quienquiera violar su yo sagrado, y ninguna voluntad podrá prevalecer sobre la suya.
Hemos desgajado todos los elementos con los cuales está formado el espíritu revolucionario en el judaísmo: la idea de justicia, la de igualdad y la de libertad. No obstante, si, entre las naciones, Israel fue la primera que pregonó estas ideas, otros pueblos, en distintos momentos de la historia, las sostuvieron y no fueron por ello pueblos de revoltosos como el pueblo judío. ¿Por qué? Porque, si bien esos pueblos

estuvieron convencidos de la excelencia de la justicia, la igualdad y la fraternidad, no consideraron su realización total como posible, por lo menos en este mundo, y por lo tanto no trabajaron únicamente para su advenimiento.
Por el contrario, los judíos creyeron, no solamente en que la justicia, la igualdad y la libertad podían ser las soberanas del mundo, sino que se creyeron especialmente comisionados para elaborar su reinado. Todos los deseos y esperanzas que estas tres ideas hacían nacer acabaron por cristalizarse alrededor de una idea central: la de los tiempos mesiánicos, la de la llegada del Mesías que Iahvé iba a enviar para asentar el poderío de los reinos terrenales.
Los profetas mantuvieron a Israel en este sueño de una era de felicidad y prosperidad, y los salmos de después del exilio contribuyeron a aumentar más aún la creencia en la época bendita en la cual el malo ya no estaría y "los pobres poseerán la tierra y se regocijarán en la paz". Desde la salida de Babilonia hasta la agonía de la nación judía, este sueño mesiánico imperó en Judea. La tiranía de los Antiokhos y la opresión romana sólo hicieron estas esperanzas más indispensables para los judíos. Se consolaron de los padecimientos soñando en el día de la liberación. La imagen del libertador se formó poco a poco para ellos y estaba toda vibrante en el alma de los que oyeron la vez de Iohanán el Bautista gritar: "El reino de los cielos va a llegar" y estuvo en el corazón de los que siguieron a Jesús.
De estas esperanzas, que en el siglo I antes y después de la era cristiana tantos hombres cultivaron, nació toda una literatura. Me limito a mencionar aquí el Libro de Daniel, los Salmos de Salomón, la Asunción de Moisés, el Libro de Enoch, el 4° Libro de Ezra y los Oráculos Sibilinos. Me es imposible analizar estas apocalipsis y estos oráculos. Casi todos predicen la hora que verá abrirse el tiempo mesiánico. Describen los síntomas que anunciarán al Mesías. Están de acuerdo, también, en decir que ese momento traerá la muerte del mal, y la Sibila los resume a todos cuando vaticina: "De los cielos estrellados el Mesías descenderá sobre los hombres, y con él la santa concordia, la fe, el amor y la hospitalidad. De este mundo echará la iniquidad, el reproche, la envidia, la ira y la locura. Ya no habrá más pobreza, homicidios, malas contestaciones, tristes querellas ni robos nocturnos: nada de lo que es perverso . . . Los hombres piadosos vivirán felizmente en las ciudades y en las ricas campiñas." [27] La tierra estará librada de la injusticia, no se conocerán más desigualdades y todos los hombres serán libres.
Israel no quiso creer en ninguno de los que se presentaron como el Mesías. Rechazó a todos aquellos que se dijeron enviados de Dios. Se negó a escuchar a Jesús, Barkokeba, Theudas, Alroy, Serenus, Moisés de Creta y Sabbatai Zevi. Jamás, en efecto, Israel vio su ideal convertirse en realidad. Ninguno de los profetas que vinieron hacia él trajo en los pliegos de su vestido la divina justicia, ni la triunfante igualdad, ni la indestructible libertad. Los judíos no vieron, al hablar esos ungidos, caer las cadenas, desmoronarse las paredes de las cárceles, podrirse el látigo de la autoridad ni hacerse humo los tesoros mal adquiridos de los ricos y los explotadores.
A pesar de su larga esclavitud y de los años de martirio que les tocó en suerte y a pesar de los siglos de humillaciones que envilecieron su carácter, deprimieron su cerebro, encogieron su inteligencia y transformaron sus gustos, sus costumbres y sus aptitudes, los restos de Judá no renunciaron a su sueño, a este sueño tan vivaz que había sido, durante las guerras de independencia, su sostén y su inspirador. Las hogueras, las matanzas, las confiscaciones y los insultos, todo contribuyó a hacerles más cara esta justicia, esta igualdad y esta libertad que no fueron, para ellos, durante tantos años, sino las más vanas de las palabras. La gran voz de los

profetas anunciando que el malo un día sería castigado siempre encontró eco en esas almas tenaces que no querían doblegarse y que despreciaban la tan miserable realidad para ilusionarse con la idea del tiempo venidero: ese tiempo venidero de que habían hablado Amos e Isaías, Jeremías y Ezequiel, y todos aquellos que, acompañándose con instrumentos de cuerdas, habían cantado los mizmorin. Por negro que tuvieron el presente, Israel no dejó nunca de creer en el porvenir.
Se decía a los judíos: "¿Cómo podéis esperar al Mesias? Obstinados, ¿no sabéis que ya vino?" Los judíos contestaban con un sarcasmo. Se alzaban de hombros y replicaban: "¡El Mesías no ha venido, puesto que sufrimos, puesto que la hambruna asola al país, puesto que la peste negra y el noble agobian a los pobres diablos!" Pero si se les daba a entender que su Mashiah no vendría nunca, enderezaban su cabeza agachada, y tercos, decían: "Mashiah vendrá algún día y, ese día, se entenderá la palabra del salmista: «He visto al malo con todo su poderío. Se extendía como un árbol reverdeciente. Ha pasado y esto es. Ya no es. Lo busco y ya no lo encuentro, y serán los pobres – los justos – los que poseerán la tierra".
Las prácticas estrechas en las cuales los doctores insertaron a los judíos adormecieron sus instintos de revuelta. Con las ataduras de las leyes talmúdicas, sintieron vacilar en ellos las ideas que siempre los habían sostenido, y se puede decir que Israel sólo pudo ser vencido por sí mismo. Sin embargo, el Talmud no rebajó a todos los judíos. Entre los que lo rechazaron, hubo muchos que persistieron en la creencia de que la justicia, la libertad y la igualdad debían venir a este mundo. Hubo muchos que creyeron que el pueblo de Iahvé estaba encargado de trabajar para este advenimiento. Es esto lo que hace entender por qué los judíos estuvieron mezclados en todos los movimientos revolucionarios, pues tomaron en todas las revoluciones una parte activa, como veremos al estudiar su papel en los períodos de perturbación y cambio. [28]
Ahora nos queda por saber cómo el judío ha manifestado sus tendencias revolucionarias y si ha sido realmente, como se le acusa, un elemento de perturbación en las sociedades modernas. Lo cual nos lleva a examinar las causas religiosas, políticas y económicas del antisemitismo.

[1])- Levítico, XIX, XXV; Exodo, XXII; Números, XXV.
[2])- Eclesiastés, XVII, 1.
[3])- Eclesiastés, III, 12.
[4])- Job, XLII, 10
[5])- Tratado de teología política, cap. XVII.
[6])- Levítico, XIX, 36.
[7])- Levítico, XIX, 15.
[8])- Amos, V, 23, 24.
[9])- Jeremías, IX, 24.
[10])- Jeremías, XXII, 15, 16.
[11])- Isaías, XXXIII, 15.
[12])- Isaías, LVIII, 6, 7.
[13])- Amos, VIII, 4.
[14])- Salmos, XXVI, 10; LXXXII, 2, 3; LVIII, 2; XXII; XXXXVIII; XIX; CII, 1, 12; CVII,
etcétera.

[15])- Isaías, 1, 17.
[16])- Isaías, I, 17
[17])- Marcos, X, 25.
[18])- Spinoza, Cartas, XXXIV.
[19])- Mendelssohn, Jérusalem.
[20])- Münk, Palestine.
[21])- Levítico, XXV, 55.
[22])- Nehemías, V, 5.
[23])- Isaías, III; X.
[24])- Salmos, XCIV.
[25])- Talmud, Baba Mezia, 59 a.
[26])- Renan, Ernest, Histoire générale des langues sémitiques.
[27])- Oráculos sibilinos, III, 573, 585.
[28])- Es un largo estudio el que haría falta para mostrar el papel de los judíos en las revoluciones. Este estudio, esperamos emprenderlo y ya estamos juntando sus elementos.
Formará parte de un libro en el cual pensamos retomar todo el presente capítulo así como
parte del próximo. En él haremos una crítica más profundizada de las ideas que hemos expresado y examinaremos si los judíos de todos los tiempos o, por lo menos, algunos judíos en todos los tiempos han tratado de realizarlas. – N. del T.: La nueva obra que anuncia Bernard Lazare nunca fue escrita o, si lo fue, no se publicó.

XIII

LOS JUDÍOS Y LAS TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD. LAS CAUSAS POLÍTICAS Y RELIGIOSAS DEL ANTISEMITISMO

Los judíos, agentes revolucionarios - El judío de la Edad Media y el incrédulo - El racionalismo y la fe cristiana - Los judíos y las sociedades secretas - Los judíos en la Revolución Francesa y en las revoluciones del siglo - Los judíos y el socialismo - Las transformaciones políticas, sociales y religiosas de la sociedad contemporánea - Los reproches de los conservadores y el antisemitismo - El judío perturbador y disolvente - La judaización de los pueblos cristianos y el debilitamiento de la fe - ¿El judío es todavía anticristiano? - La persistencia de los prejuicios contra los judíos - El homicidio ritual - Los judíos y el Talmud - La sinagoga y la indiferencia religiosa entre los judíos - Los judíos emancipados - Los judíos, el liberalismo y el anticlericalismo - El judaísmo y el Estado

cristiano - La lucha moderna - Espíritu conservador y espíritu revolucionario. Tradición y transformación - La edad de transición y el antisemitismo - El judío en la sociedad.

Así, el reproche de los antisemitas parece fundado: el judío tiene espíritu revolucionario. Consciente o no, es un agente de la revolución. Sin embargo, el reproche se complica, pues el antisemitismo acusa a los judíos de ser la causa de las revoluciones. Examinemos lo que vale esta acusación.
Tal como era, con sus predisposiciones y sus tendencias, era inevitable que el judío desempeñara un papel en las revoluciones: lo desempeñó. Decir, con la mayor parte de los adversarios de Israel, que toda perturbación, toda revuelta y todo desorden viene del judío y ha sido causado y provocado por el judío, y que si los gobiernos cambian y se transforman es porque el judío ha preparado estos cambios y estas transformaciones en sus misteriosos consejos, esto es excesivo. Afirmar tal cosa es desconocer las leyes históricas más elementales; atribuir a un elemento ínfimo una parte injustificada y sólo ver una de las facetas mínimas de la historia, dejando a un lado sus miles de aspectos. Si el último de los judíos hubiera muerto en la defensa de las murallas de Sion, el destino de las sociedades no habría cambiado. Si, en esta prodigiosa resultante que es el progreso, hubiera faltado el componente judío, el estado social habría evolucionado igual: otros factores habrían reemplazado al factor judío y realizado su obra económica. Permaneciendo la Biblia y también el cristianismo, la obra intelectual y moral del judío se habría efectuado sin él. El judío no es, por lo tanto, el motor del mundo, ni la hélice gracias a la cual marchamos hacia una renovación. Sin embargo, los que por prudencia nos lo muestran como careciendo de cualquier importancia y los que, yendo aún más lejos, afirman el conservadorismo del judío, cometen un error tan grave como el error de los antisemitas.
Se dice que el judío es conservador. Queda por explicar en qué sentido y de qué modo. Es conservador con respecto a sí mismo, conservador de sus tradiciones, de sus ritos y de sus costumbres, a tal punto conservador que se ha inmovilizado y que podríamos revivir la vida de la Edad Media en las juderías de Galitzia, Polonia y Rusia. Pero, en realidad, es menos el judío que el talmudista el que es conservador. Acabamos de ver que es solamente el Talmud el que puede vencer al judío y domar sus instintos de rebeldía. El estudio del Talmud, exclusivo y obligatorio, lo apartó de la Biblia: los doctores mataron a los profetas. Sin embargo, no hay que olvidar que los talmudistas fueron en un tiempo filósofos, y filósofos racionalistas. [1]
En el siglo X, los rabanitas, que por lo demás los karaítas habían precedido en este camino, quisieron respaldar la religión en la filosofía. Saadia, gaón de Sora, sostuvo que al lado de "la autoridad de la escritura y de la tradición" estaba la autoridad de la razón y proclamó "no sólo el derecho sino también la obligación de examinar las creencias religiosas". [2] En el siglo XI, Ibn Gebirol, el Avicebrón de los escolásticos, dio con su Fuente de vida un impulso a la filosofía árabe, y ya hablé de Maimónides y de su obra.
Fueron estos racionalistas y estos filósofos los que, del siglo X al siglo XV, hasta el Renacimiento, se hicieron los auxiliares de lo que se podría llamar la revolución general en la humanidad. Ayudaron al hombre, en cierta medida, a librarse de las ataduras religiosas y si no tuvieron, tal vez, a principios de ese período, la conciencia muy nítida de su obra, no por eso dejaron de realizarla. En ese tiempo en que el catolicismo y la fe cristiana eran el fundamento de los Estados,

combatirlos y suministrar armas a quienes los combatían era obrar como revolucionario.
Ahora bien: los teólogos que recurrían a la razón para respaldar dogmas sólo podían desembocar en el control de estos dogmas y, por lo tanto, en su debilitamiento. La exégesis y el libre examen son fatalmente destructores, y fueron los judíos los que crearon la exégesis bíblica; fueron ellos los primeros que criticaron los símbolos y las creencias cristianas. Ya los judíos palestinos habían reprobado la encarnación que consideraban como un decaimiento divino, luego imposible, idea ésta que retomó Spinoza en su Tratado teológico-político. La polémica judía anticristiana se basó en esto y en argumentos positivos, digámoslo así. Tenemos un modelo de estos últimos en el Contra Celso de Orígenes. Ahora bien: sabemos que Celso había pedido prestadas sus objeciones racionalistas a los judíos de su tiempo, y mostré en la presente obra [3] la importancia de la literatura de los controversistas de la Edad Mledia. Si se los estudiara de cerca, se encontraría en ellos todas las críticas de los exégetas de nuestra época. Sin embargo se podría hacer observar, para poner en duda el papel revolucionario de los judíos que la mayor parte de su exégesis sólo podía dirigirse a los judíos y que, por consiguiente, no era perturbadora, tanto menos cuanto que el israelita sabía conciliarla con la minucia de sus prácticas y la integridad de su fe. Esto no es exacto, sin embargo, y las doctrinas judías salieron de la sinagoga de dos modos distintos.
En primer lugar, los judíos pudieron, gracias a las controversias públicas, exponer a todos sus ideas. En segundo lugar, fueron los propagadores de la filosofía árabe y, en el siglo XII, sus comentadores, cuando se condenó las mezquitas a Al Farabí e Ibn Sina, y cuando las sectas musulmanas ortodoxas entregaron a la pira los escritos de los aristotélicos árabes. Los judíos tradujeron entonces al hebreo los tratados de los árabes y los de Aristóteles y estas traducciones fueron, a su vez traducidas al latín, las que permitieron a los escolásticos – de los cuales los de más renombre como Alrto Magno y Santo Tomás de Aquino estudiaron las obras Aristóteles en versiones latinas elaboradas a partir del hebreo [4] – conocer el pensamiento griego.
Los judíos no se limitaron a eso. Apoyaron el materialismo árabe que tan fuertemente sacudió la fe cristiana y difundió la incredulidad, hasta el punto de que se afirmara la existencia de una sociedad secreta organizada con vistas a la destrucción del cristianismo. [5] Durante este siglo XIII, en el cual se elaboró el Renacimiento humanista, escéptico y pagano y en el cual los Hohenstaufen apoyaron la ciencia a expensas del dogma y alentaron el epicureísmo, los israelitas estuvieron en la primera fila de los exegetas y los racionalistas. En la corte del Emperador Federico II, "centro de indiferencia religiosa", se los acogió, se los trató con cariño y se los escuchó. Fueron ellos, como lo mostró Renan, [6] los que crearon el averroísmo. Fueron ellos los que hicieron célebre a este Ibn-Roschd, a este Averroes cuya influencia fue tan grande y sin duda contribuyeron a difundir las "blasfemias" de los impíos árabes, blasfemias éstas que alentaba el Emperador, enamorado de la ciencia y la filosofía, que los teólogos simbolizaban con la blasfemia de los Tres impostores: Moisés, Jesús y Mahoma, y que concretaban estas palabras de los sufis árabes: "Qué importa la caaba del musulmán, la sinagoga del judío o el convento del cristiano". El señor Darmesteter tuvo razón cuando escribió: "el judío fue el doctor del incrédulo. Todos los revoltosos del espíritu se le acercaron, en la sombra o públicamente. Hizo su obra en el inmenso taller de blasfemos del gran emperador Federico y de los príncipes de Suabia o de Aragón". [7]

Cosa digna de notar: si por un lado los judíos averroístas, incrédulos, escépticos y blasfemos, zaparon el cristianismo difundiendo el materialismo y el racionalismo, también generaron este otro enemigo de los dogmas católicos: el panteísmo. En efecto, el Fons vitae de Avicebrón fue la fuente donde bebieron numerosos herejes. Es posible y hasta probable que David de Dinant y Amaury de Chartres hayan sido influidos por el Fons vitae, que conocieron a través de la traducción latina hecha en el siglo XII por el archidiácono Domingo Gundissalino, y seguramente Giordano Bruno pidió prestados elementos a esta Fuente de vida, de la cual su panteísmo deriva en parte. [8]

Si los judíos, pues, no fueron la cansa del sacudimiento de las creencias ni del debilitamiento de la fe, pueden contarse entre los que provocaron esta decrepitud y los cambios que nacieron de ella, Si no hubieran existido, los árabes y los teólogos heterodoxos los habrían reemplazado, pero existieron y, existentes, no permanecieron inactivos. Por lo demás, su espíritu trabajaba por encima de ellos, y la Biblia se convirtió en la útil sirvienta del libre examen. La Biblia fue el alma de la Reforma como fue el alma de la revolución religiosa y política inglesa. Fue con la Biblia en la mano que Lutero y los revoltosos ingleses prepararon la libertad, y fue por la Biblia que Lutero, Melanchton y otros más vencieron el yugo de la teocracia romana y la tiranía dogmática. Los vencieron también por la exégesis judía que Nicolás de Lyra había trasmitido al mundo cristiano. Si Lyra non lyrasset, Lutherus non saltasset, decían, y Lyra era alumno de los judíos. Estaba tan compenetrado de su ciencia exegética que se lo creyó judío. Tampoco en este campo los judíos fueron la causa de la Reforma, y sería absurdo sostenerlo, pero fueron sus auxiliares. Aquí está lo que debe separar al historiador imparcial del antisemita. El antisemita dice: el judío es el "preparador, el maquinador, el ingeniero jefe de las revoluciones". [9] El historiador se limita a estudiar la parte que al judío, dado su espíritu, su carácter y la naturaleza de su filosofía y su religión, correspondió en el proceso y los movimientos revolucionarios. Entiendo por proceso revolucionario el avance ideológico de la revolución, o más bien de lo que los conservadores llaman la revolución, el que puede representarse, por un lado por la destrucción lenta del Estado cristiano y el debilitamiento de la autoridad religiosa y, por otro, por una evolución económica.

Acabo de indicar muy brevemente cuál había sido el papel ideológico del judío durante la Edad Media, en el momento de la Reforma y durante el Renacimiento italiano, en el cual judíos averroístas, como Elías de Medigo, enseñaron en la universidad de Padua, último refugio de la filosofía árabe. [10] Se podría proseguir mostrando, por ejemplo, lo que Montaigne, un medio judío, debe a sus orígenes y si no sacó de ellos su escepticismo y su incredulidad.

Habría que estudiar también el racionalismo exegético de Spinoza y sus vinculaciones con la crítica cristiana de los libros sagrados. Habría que mostrar cuáles son los elementos judíos de la metafísica del que sus contemporáneos presentaron como el príncipe de los ateos [11] y que estuvo, según Schleiermacher, ebrio de Dios. Habría, por fin, que seguir la influencia del spinozismo en la filosofía, sobre todo al final del siglo XVIII y al principio del XIX, cuando este pequeño hebreo raquítico, pulidor de lentes, se convirtió en el maestro y el "refugio ordinario" de Goethe, [12] en el santo que adoraron Tovalis y Schleiermacher y en el inspirador de los primeros románticos y de los metafísicos alemanes.

Asimismo, en todo el terrible anticristianismo del siglo XVIII, sería importante examinar cuál fue el aporte, no digo del judío, sino del espíritu judío. No hay que olvidar que, en el siglo XVII, los sabios y eruditos, como Wagenseil, Bertolocci,

Buxtorf y Wolf, hicieron salir del olvido los viejos libros de polémica hebraica, los que atacaban la trinidad, la encarnación, todos los dogmas y todos los símbolos, con la aspereza judaica y la sutileza que tuvieron estos implacables lógicos que formó el Talmud. No sólo publicaron tratados dogmáticos y críticos – los Nizzachon y los Chizuk Emuna – [13] sino que también tradujeron los libelos blasfematorios y las vidas de Jesús, como el Toledot Jeschu, y el siglo XVIII repitió sobre Jesús y la Virgen las fábulas y leyendas irrespetuosas de los fariseos del siglo II, que se reencuentran a la vez en Voltaire en Parny y cuya ironía racionalista, áspera y positiva, revive en Heine, en Boerne y en Disraeli, como el poderío del razonamiento de los doctores revive en Karl Marx y el ímpetu libertario de los revoltosos hebraicos, en el entusiasta Fernando Lassale.
Pero acabo de esbozar, a grandes rasgos, la función del judío en el desarrollo de algunas ideas que contribuyeron a la revolución general. No he dicho cómo se ha manifestado en la acción revolucionaria ni cómo la ayudó. Que haya sido un fermento de evolución económica, pienso haberlo mostrado ya en varias oportunidades. [14] ¿Ha sido también lo que los conservadores lo acusan de haber sido, esto es, un agente de desorden, estando representados el orden y la armonía por la monarquía cristiana? Si hubiera que creer a Barruel, Crétineau-Joly, Gougenot des Mousseaux, dom Deschamps, Claudio Jannet y todos aquellos que sólo ven en la historia la obra de las sociedades secretas, la importancia de los judíos en las revoluciones y las grandes perturbaciones sociales sería capital.
Ahora bien: es imposible admitir tal concepción seudo histórica. Por cierto, en los últimos años del siglo XVIII, las asociaciones clandestinas adquirieron una gran importancia: si bien no fueron las elaboradoras de las teorías humanitarias, racionalistas y antiautoritarias, las propagaron maravillosamente y, además, fueron grandes agitadoras. No se puede negar que el iluminismo y el martinismo hayan sido poderosos preparadores de revoluciones. Pero, precisamente, sólo adquirieron importancia cuando dominaron las teorías que representaban y, lejos de ser las causas de este estado de espíritu que fundó la Revolución, fueron uno de sus efectos: un efecto que, a su vez, repercutió en la marcha de los acontecimientos.
Y ahora, ¿cuáles fueron las relaciones de los judíos y de esas sociedades secretas? Esto no es fácil de elucidar, pues los documentos serios faltan. Evidentemente, no dominaron en esas asociaciones, como lo pretenden los escritores que acabo de nombrar. No fueron "necesariamente el alma, el jefe, el gran maestre de la masonería", como lo afirma Gougenot des Mousseaux. [15] Es cierto, sin embargo, que hubo judíos en la cuna misma de la masonería: judíos cabalistas, como lo prueban ciertos ritos conservados. Muy probablemente, en los años que precedieron a la Revolución Francesa, entraron en número mayor aún en los consejos de esa sociedad y fundaron ellos mismos sociedades secretas. Hubo judíos alrededor de Weishhaupt, y Martínez de Pasqualis, un judío de origen portugués, organizó numerosos grupos iluministas en Francia y reclutó muchos adeptos [16] que iniciaba en el dogma de la reintegración. Las logias martinistas fueron místicas, mientras que las otras órdenes de la masonería fueron más bien racionalistas. Lo cual puede permitir afirmar que las sociedades secretas representaron los dos lados del espíritu judío: el racionalismo práctico y el panteísmo, este panteísmo que, reflejo metafísico de la creencia en un Dios uno, acabó a veces en la teurgia cabalística. Se mostraría fácilmente el acuerdo de esas dos tendencias, la alianza de Cazotte, Cagliostro, [17] Martínez, SaintMartin, el Conde de Saint-Germain y Eckartshausen con los enciclopedistas y los jacobinos, y el modo cómo, a pesar de su oposición, llegaron al mismo resultado, esto es, el

debilitamiento del cristianismo. Esto, una vez más, sólo serviría para probar que los judíos pudieron ser los buenos agentes de las sociedades secretas, porque las doctrinas de esas sociedades secretas concordaban con sus propias doctrinas, pero no que fueron sus iniciadores. El caso de Martínez de Pasqualis es del todo especial, y no hay que olvidar, sin embargo, que, antes de organizar sus logias, ya estaba iniciado en los misterios del iluminismo y la Rosacruz.
Durante el período revolucionario, los judíos no permanecieron inactivos. Dado su pequeño número en París, se los ve ocupar un lugar considerable, como electores de sección; oficiales de legión o asesores, etc. No son menos de dieciocho en París, y habría que estudiar los archivos provinciales para determinar su papel general. Entre esos dieciocho, algunos hasta merecen ser señalados. Así el cirujano Joseph Ravel, miembro del Consejo General de la Comuna, que fue ejecutado después del Nueve de Thermidor; Isaac Calmer, presidente del Comité de Control de Clichy, ejecutado el 29 de Messidor, año II; en fin Jacob Pereyra, ex comisario del Poder Ejecutivo de Bélgica ante Dumouriez, quien, miembro del partido de los hebertistas, fue juzgado y condenado al mismo tiempo que Hébert y ejecutado el 4 de germinal, año II. [18]
Ya vimos cómo, agrupados alrededor del Saint-Simonismo, acabaron la revolución económica de la cual 1789 sólo había sido una etapa, [19] y cuál fue, en la escuela, la importancia de Olinde Rodrigues, d'Eichtal e Isaac Péreire. Durante el segundo período revolucionario, el que arranca de 1830, mostraron más pasión aún que durante el primero. Tenían interés directo en el asunto, pues, en la mayor parte de los Estados de Europa, no gozaban todavía de la plenitud de sus derechos. Esos mismos, entre ellos, que no eran revolucionarios por razonamiento y temperamento lo fueron por interés: trabajando por el triunfo del liberalismo, trabajaban para sí mismos. Está fuera de duda que por su oro, su energía y su talento, respaldaron y ayudaron a la revolución europea. Durante esos años, sus banqueros, sus industriales, sus poetas, sus escritores y sus tribunos – movidos por ideas muy distintas, por otra parte – tuvieron la misma meta. "Se los vio, dice Crétineau-Joly, [20] barba descuidada, espalda encorvada y ojo ardiente, recorrer en todas las direcciones esos desdichados países. No era la sed de lucro la que, contrariamente a sus hábitos, fomentaba semejante actividad. Se imaginaban que el cristianismo no resistiría los innumerables ataques que sufría la sociedad y corrían a pedir a la cruz del Calvario una reparación por 1840 años de sufrimientos merecidos".
Sin embargo, no era tal sentimiento el que impelía a Moses Hess, Gabriel Riesser, Heine y Boerne en Alemania, Manim en Italia, Jellinek en Austria, Lubliner en Polonia y muchos otros más, quienes combatieron por la libertad. Ver en esta universal agitación que sacudió a Europa hasta después de 1848 la obra de unas judíos deseosos de vengarse del Galileo es una extraña concepción. Pero, cualquiera haya sido el fin buscada – fin interesado o fin ideal – los judíos estuvieron, en esa época, entre los más activos y más infatigables propagandistas. Se los encuentra mezclados en el movimiento de la joven Alemania. Fueron numerosos en las sociedades secretas que formaron el ejército combatiente revolucionario, en las logias masónicas, en los grupos de la Carbonería y en la Alta Venta romana: en todas partes, en Francia, en Alemania, en Suiza, en Austria y en Italia.
En cuanto a su acción y su influencia en el socialismo contemporáneo, ha sido y es muy grande, como se sabe. Se puede decir que los judíos están en los dos polos de la sociedad contemporánea. Estuvieron entre los fundadores del capitalismo industrial y financiero y han protestado con la más extrema vehemencia contra el

capital. A Rothschild corresponden Marx y Lassalle; al combate por el dinero, el combate contra el dinero, y el cosmopolitismo del agiotista se convierte en el internacionalismo proletario y revolucionario. Fue Marx el que dio impulso a la Internacional con el manifiesto de 1847, redactado por él y Engels. No se puede decir que “fundó" la Internacional, como lo han afirmado los que siguen considerando a la Internacional como una sociedad secreta cuyos jefes fueron los judíos, pues numerosas fueron las causas que acarrearon la constitución de la Internacional. Pero Marx fue el inspirador de la reunión obrera efectuada en Londres en 1864, de la cual salió la asociación. Los judíos fueron numerosos en ella, y sólo en el consejo general se encuentra Karl Marx, secretario por Alemania y Rusia, y James Cohen, secretario por Dinamarca. [21] Muchos judíos afiliados a la Internacional desempeñaron más tarde un papel en la Comuna de París, [22] en la cual se encontraron con otros correligionarios. En cuanto a la organización del partido socialista, los judíos contribuyeron poderosamente a ella, Marx y Lassalle en Alemania, [23] Aaron Liberman y Adler en Austria, Dobrajanu Gherea en Rumania, Gomperz, Kahn y De Lion en los Estados Unidos de América fueron o todavía son sus directores o iniciadores. Los judíos rusos deben ocupar un lugar aparte en este breve resumen. Los jóvenes estudiantes, apenas evadidos del ghetto, participaron en la agitación nihilista. Algunos – inclusive mujeres – sacrificaron su vida a la causa emancipadora, y al lado de esos médicos y abogados israelitas hay que colocar la masa considerable de los refugiados artesanos que han fundado en Londres y Nueva York importantes aglomeraciones obreras, centros de propaganda socialista y hasta comunista anarquista. [24]

He esbozado muy brevemente, pues, la historia revolucionaria de los judíos, o por lo menos he intentado indicar cómo se la podría emprender. He mostrado cómo procedieron ideológica y activamente: cómo formaron parte de los que preparan la revolución por el pensamiento y de los que la convierten en actos. Se me objetará que, al hacerse revolucionario, el judío por lo general se hace ateo y deja así de ser judío. Esto sólo es exacto de cierto modo, sobre todo en el sentido de que los hijos del judío revolucionario se funden en la población que los rodea y que, por lo tanto, los judíos revolucionarios se asimilan más fácilmente. Pero, por lo general, los judíos, aun revolucionarios, han conservado el espíritu judío y, si bien han abandonado toda religión y toda fe, no han dejado por ello de recibir, atávica y educativamente, la influencia nacional judía. Esto es cierto sobre todo para los revolucionarios israelitas que vivieron en la primera mitad del siglo, de los que Heinrich Heine y Karl Marx nos ofrecen dos buenos modelos.

Heine, que se consideró en Francia como un alemán y a quien, en Alemania, se le reprochó ser francés, fue ante todo judío. Fue por ser judío que celebró a Napoleón y tuvo por el César el entusiasmo de los israelitas alemanes liberados por la voluntad imperial. Su ironía y su desencanto son semejantes al desencanto y la ironía del Eclesiastés. Tiene, como el Kohelet, el amor de la vida y de los goces terrenales y, antes de ser abatido por la enfermedad y el dolor, consideraba la muerte como el peor de los males. El misticismo de Heine viene del antiguo Job y la única filosofía que jamás lo atrajo realmente fue el panteísmo, la doctrina natural del judío metafísico que especula acerca de la unidad de Dios y la transforma en la unidad de sustancia. En fin, su sensualismo, este sensualismo triste y voluptuoso del Intermezzo, es puramente oriental, y se encontraría su origen en el Cantar de los Cantares.

Lo mismo pasa con Marx. Este descendiente de un linaje de rabinos y doctores heredó toda la fuerza lógica de sus antepasados. Fue un talmudista lúcido y claro,

que no se detuvo en las minucias bobas de la práctica, un talmudista que hizo sociología y aplicó sus cualidades natas de exegeta a la crítica de la economía política. Estuvo animado por el viejo materialismo hebraico que soñó perpetuamente con un paraíso realizado en la tierra y siempre repelió la lejana y problemática esperanza de un edén después de la muerte. Pero no fue solamente un lógico: también fue un revoltoso, un agitador y un áspero polemista y tomó su don del sarcasmo y de la invectiva de donde Heine lo había tomado: en las fuentes judías.

Se podría también mostrar lo que Lassalle, Moses Hess y Robert Blum recibieron de su origen hebraico como Disraeli, y se tendría así la prueba de la persistencia, en los pensadores, del espíritu judío, de este espíritu judío que ya hemos señalado en Montaigne y Spinoza. Pero si los escritores, los científicos, los poetas, los filósofos y los sociólogos israelitas han conservado ese espíritu, ¿pasa lo mismo con esta masa que, actualmente, pasa al socialismo o a la anarquía? En eso hay que distinguir. De quienes hablo, esos judíos de Londres, de los Estados Unidos de América, de Holanda, de Alemania o de Australia, aceptan las doctrinas revolucionarias porque son proletarios, porque pertenecen a la clase actualmente en lucha contra el capital y, si se pasan a la revolución, lo hacen en virtud de las leyes sociales que los empujan. Así, no provocan la revolución: adhieren a ella; la siguen, y no la generan. Y, sin embargo, estos agrupamientos obreros, apartados de su antigua fe, lejos de toda religión y hasta de toda creencia, si bien ya no son judíos en el sentido religioso de la palabra, son judíos en su sentido nacional. Los de Londres y de los Estados Unidos, que abandonaron su país de origen, huyendo de Polonia y sobre todo de Rusia donde se los persigue, se han federado entre sí. Han formado grupos que se hacen representar en los congresos obreros con el nombre de "grupos de lengua judía". Hablan una jerga alemana mezclada con hebreo, y no sólo la hablan sino que publican sus periódicos de propaganda en este idioma y los imprimen con caracteres hebraicos. [25] Se nos objetará que, echados de su patria, al llegar a un país cuyo idioma ignoraban, fueron obligados a unirse y que siguieron con toda naturalidad empleando el hebreo-germano que les era familiar. Esta objeción es muy justa. Pero hay que observar que en otras regiones, por ejemplo en Holanda y Galitzia, los judíos obreros nacionales también forman asociaciones especiales. [26]

El judío, por lo tanto, toma parte en la revolución, y lo hace como judío, vale decir permaneciendo judío. ¿Es por eso que los conservadores cristianos son antisemitas? Esta aptitud revolucionaria de los judíos es una causa de antisemitismo? Digamos en primer lugar que la mayoría de los conservadores ignora esta acción histórica e ideológica del judío. Sólo es conocida, y muy aproximadamente, por teóricos y escritores antisemitas. Por ello la animosidad contra Israel no proviene del hecho de que ayudó a preparar el Terror, ni de que Menin liberó a Venecia y Marx organizó la Internacional. El antisemita – el antisemita conservador y cristiano – dice: "Si la sociedad contemporánea es tan diferente de la sociedad pre-revolucionaria, si la fe religiosa ha disminuido, si el régimen político se ha transformado y si el agiotismo, la especulación y el capital industrial, financiero y cosmopolita dominan en la actualidad, la culpa la tiene el judío".

Aquí, hay que precisar: el judío está desde hace siglos en las naciones que mueren a causa de él, según se afirma. ¿Por qué el veneno demoró tanto en obrar? Porque antes el judío estaba fuera de la sociedad y porque se lo mantenía cuidadosamente apartado. Tal es la contestación habitual. Desde que el judío ha entrado en las

sociedades, ha sido perturbador y ha trabajado como un topo en la destrucción de los cimientos seculares sobre los cuales descansaban los Estados cristianos. Así se explican la decrepitud de los pueblos, su decadencia y su rebajamiento intelectual y moral: son como el cuerpo humano que padece una intoxicación por cuerpos extraños y en el cual la presencia de estos cuerpos provoca convulsiones y enfermedades. El judío actúa por su sola presencia, al modo de un solvente: destruye, perturba y provoca las más temibles reacciones. La introducción del judío en las naciones es funesta para estas naciones: mueren por haberlo acogido. Tal es el punto de vista simplista desde el cual los antisemitas conservadores encaran los cambios sociales. Para ellos, no hay variaciones económicas, ni transformación del capital, ni modificaciones de la conciencia humana; sólo hay dos cosas que ponen de relieve: antes había una sociedad floreciente y próspera, establecida en sólidos principios morales, políticos y religiosos, y hoy esta sociedad ha sacudido las antiguas concepciones éticas y ya no tiene las saludables y buenas ideas acerca de la autoridad y la jerarquía, necesarias para salvaguardar las asociaciones humanas. Ahora bien: en la antigua sociedad, el judío no estaba admitido. Por el contrario, se lo acoge ampliamente en la segunda. Se ha visto en eso una relación de causa a efecto y se ha atribuido a los judíos la obra del tiempo: la obra de los innumerables esfuerzos que concurren a modificar cada nación.

Los antisemitas no se han limitado a esta acusación. El judío no es solamente un destructor, según afirman, sino también un constructor. Orgulloso, ambicioso y autoritario, busca dominarlo todo. No le basta descristianizar: judaíza. Destruye la fe católica o protestante y provoca la indiferencia, pero impone a quienes cuyas creencias arruina su propia concepción del mundo, de la moral y de la vida. Trabaja para su obra secular: el aniquilamiento de la religión de Cristo.

¿Los antisemitas cristianos tienen la razón o están equivotados? ¿El judío sigue siendo anticristiano con odio – digo "con odio", ya que es anticristiano por definición y por judío, como es antimusulmán y como se opone a todo lo que no es su principio – y ha conservado sus antiguos sentimientos? Los ha conservado en todos los lugares en los cuales, precisamente, está fuera de la sociedad y vive apartado: en los ghettos, bajo la conducción de sus doctores, que se unen a los gobiernos para impedirle ver la luz, en todas partes donde domina el Talmud: en este oriente de Europa donde impera todavía el antisemitismo legal. En la Europa occidental, donde el Talmud hoy en día se ignora y donde el heder judío ha sido reemplazado por la escuela, este odio ha desaparecido, en las mismas proporciones en que ha desaparecido el odio del cristiano por el judío. Pues no hay que olvidarlo: si se habla a menudo de la animosidad del judío para con el cristiano, se habla muy poco de la animosidad del cristiano para con el judío, animosidad ésta que sigue perdurando. El prejuicio o, mejor, los prejuicios contra los judíos no han desaparecido. Se cree todavía en el olor judío. Hasta un antisemita alemán declaró que Pío IX era judío y que él lo había reconocido al husmear la sandalia que le daba a besar. Algunos han conservado confusamente la creencia en las enfermedades especiales de los judíos y, al lado de una medicina antisemita que investiga las enfermedades judías, hay escritores que disertan gravemente sobre los tipos de las tribus judías. [27] Se reencuentran en los libros antisemitas todas las afirmaciones de los panfletos de la Edad Media, que ya el siglo XVII había retomado, afirmaciones éstas que corroboraron todavía creencias populares. Pero el prejuicio más vivaz, el que mejor simboliza el secular combate del judaísmo contra el cristianismo, es el prejuicio del homicidio ritual. El judío necesita sangre cristiana para celebrar su pascua, se dice todavía. ¿Cuál es el origen de esta acusación, que

data del siglo XII? [28]
Se ve netamente cómo nació la idéntica acusación que los romanos hicieron a los primeros cristianos: provino de una concepción realista de la Cena: de una interpretación literal de las palabras consagradas sobre la carne y la sangre de Jesús. [29] ¿Pero cómo los judíos, cuyos libros mosaicos manifiestan horror a la sangre han podido padecer y siguen padeciendo las consecuencias de semejante creencias? El problema exigiría ser discutido a fondo. Habría que examinar las teorías de los que sostienen que los sacrificios humanos son de origen semítico, mientras que en realidad se los encuentra en todos los pueblos, en determinado nivel de civilización. [30]
Habría que mostrar, como lo hizo el señor Delitzch en Alemania, que ningún libro hebraico, talmúdico ni cabalístico contiene la prescripción del homicidio ritual, [31] lo que ya hizo Wagenseil. [32] Se probaría así y se ha probado que la religión judía no pide sangre, ¿Pero se habría probado así que jamás judío alguno vertió sangre? No, por cierto, y de seguro debió haber, durante la Edad Media, judíos homicidas, judíos que las vejaciones y las persecuciones llevaban a la venganza y al asesinato de sus perseguidores y hasta de sus niños. Sin embargo, esto no nos da la explicación de la leyenda popular. Nació, en un primer momento, de la idea muy difundida de que el judío estaba llevado fatalmente, cada año, a reproducir figurativamente el asesinato de Cristo. Es por eso que en las actas leyendarias de los niños mártires siempre se muestra a la víctima crucificada y sufriendo el suplicio de Jesús. Hasta se la representa a veces coronada de espinas y con el flanco abierto.
A esta creencia general se agregaron las prevenciones, a menudo justificadas, contra los judíos dedicados a prácticas mágicas. En la Edad Media, en efecto, el judío fue considerado por el pueblo como el mago por excelencia. En realidad, algunos judíos se entregaron a la magia. Se encuentran muchas fórmulas de exorcismo en el Talmud y la demonología talmúdica y cabalística es complicadísima. [33] Ahora bien: se sabe qué lugar ocupa siempre la sangre en las operaciones de hechicería. En la magia caldea, tuvo una importancia capital. En Persa, era redentora y liberaba a los que se sometían a las prácticas del Tauróbolo y del Krióbolo. [34] La Edad Media estuvo obsesionada por la sangre como lo estuvo por el oro. Para los alquimistas, la sangre era el vehículo de la luz astral. Los elementarios, decían los magos, se apoderan de la sangre para hacerse un cuerpo con ella, y es en este sentido que Paracelso dice que la sangre que pierden los hombres crea fantasmas y larvas. Se atribuía a la sangre, y sobre todo a la sangre virgen, virtudes inauditas: la sangre tenía el poder de curar, evocar y preservar. Podía servir para la búsqueda de la piedra filosofal, y para la composición de los filtros y encantamientos. [35] Ahora bien: es altamente probable, y hasta seguro, que judíos magos hayan inmolado a niños. De ahí la formación de la leyenda del sacrificio ritual. Se estableció una relación entre los actos aislados de algunos hechiceros y su carácter de judíos. Se declaró que la religión judía, que aprobaba la crucifixión de Cristo, recomendaba además vertir sangre cristiana y se buscaron obstinadamente textos talmúdicos y cabalísticos que pudieran justificar tales afirmaciones.
Ahora bien: esas búsquedas sólo obtuvieron resultados merced a falsas interpretaciones, como en la Edad Media, o falsificaciones semejantes a las recientes del Doctor Rohling que el señor Delitzch desmintió. [36] Por lo tanto, cualesquiera sean los hechos relatados, no pueden probar que, entre los judíos, el asesinato de los niños haya sido o sea todavía ritual, como tampoco los actos del

Mariscal de Retz y de los sacerdotes sacrílegos que celebran la misa negra significan que la Iglesia recomiende en sus libros el homicidio ni los sacrificios humanos.
¿Existen aún, en los países orientales, algunas sectas que tengan tales costumbres? Es posible. [37] ¿Hay judíos que formen parte de semejantes asociaciones? Nada permite afirmarlo. Pero, de cualquier modo, el prejuicio general del homicidio ritual carece de fundamento. Sólo se puede atribuir los asesinatos de niños – hablo de los asesinatos probados, y son muy pocos [38] – a la venganza o a las preocupaciones de los magos, preocupaciones éstas que no son más especialmente judías que cristianas.
La persistencia de tales prejuicios es significativa, pues muestra que el viejo fermento de la desconfianza permanece en las almas contra los deicidas. Por cierto, el antisemita cristiano no cree que el judío con el que se codea diariamente – el judío moderno, el que ha abandonado sus costumbres seculares – se sirva de la sangre de nenitos en épocas fijas y para conseguir su salvación, pero sí cree que pertenece a una raza que, por odio al nombre de Cristo, ha recomendado esos sacrificios rituales, y declara fácilmente que, si bien el judío civilizado ha renunciado a tales costumbres abominables y anacrónicas, ha conservado sus sentimientos. No traspasa las hostias para recoger sangre, [39] pero sí ataca a Cristo en su iglesia, busca perpetuamente destruir la fe, siembra el desorden y perturba las mentes. ¿Qué parte de verdad hay en tales afirmaciones?
No se puede negar que el judío creyente tiene prevenciones contra los cristianos, pero también los cristianos tienen prevenciones contra él. Más aún: los católicos recelan de los protestantes, y recíprocamente. Ahora bien: precisamente, el judío creyente es un conservador. El señor Anatole Leroy-Beaulieu tuvo razón de decir: "¿Es el judío de Polonia, de Rusia o de Rumania el que les parece ser artículo de novedades? Mírenlo bien. ¿Es él – o sus semejantes – el que ha podido llevar al mundo moderno por nuevos caminos? ¿Es él de quien sospechamos de poner en peligro la civilización cristiana? ¡Desgraciado! Está demasiado envilecido para ello; es demasiado pobre, demasiado ignorante y demasiado indiferente ante nuestras querellas religiosas o políticas. Interróguenlo: no los entenderá. Pero esto no es todo: es demasiado tradicional y, en una palabra, demasiado conservador". [40] En nuestros países occidentales, el judío practicante testimonia también este conservadorismo. Está apegado a las leyes y normas de la sociedad. Sabe conciliar su judaísmo con un patriotismo – y hasta un chauvinismo – que a veces es excesivo y, como acabamos de verlo, es una minoría de judíos emancipados la que trabaja para la revolución. Estos judíos emancipados, si bien abandonaron sus creencias, no han podido, a pesar de ello, desaparecer en cuanto judíos. ¿Cómo, por lo demás, hubieran podido hacerlo? Convirtiéndose, claro, lo que algunos han hecho. Pero a la mayor parte le repugnó lo que no habría sido sino hipocresía, pues los judíos emancipados llegan rápidamente a la irreligión absoluta. Han seguido siendo, por lo tanto, judíos indiferentes. Sin embargo, todos esos revolucionarlos, en la primera mitad de este siglo, fueron educados a lo judío, y si bien se desjudaizaron, en el sentido de que ya no practicaron, siguieron siendo judíos en el sentido de que conservaron el espíritu de su nación.
Por no estar retenido por la fe de sus antepasados y por no tener ataduras con las viejas formas de una sociedad en medio de la cual había vivido como paria, el judío emancipado se ha convertido, en las colectividades modernas, en un buen fermento de revolución. Ahora bien: el judío emancipado se ha acercado apreciablemente al cristiano indiferente y, en lugar de considerar que dicho cristiano sólo se había

aliado con el judío por haberse hecho irreligioso, los antisemitas conservadores creen que el judío, por su contacto, ha descristianizado a los cristianos que se le han acercado. Se culpa al judío por la desaparición de las creencias, pues el antisemita nunca distingue entre el judío practicante y el judío emancipado, el debilitamiento de la fe y el apagamiento de la religiosidad. Sin embargo, para cualquier observador imparcial, no es el judío el que está destruyendo el cristianismo. La religión cristiana desaparece como la religión judía y como todas las religiones, cuya lenta agonía estamos observando. Muere bajo los golpes de la razón y la ciencia. Muere del modo más natural, porque respondía a un período de civilización y que, cuanto más avancemos, tanto menos le corresponde. Perdemos cada día más el sentido y la necesidad de lo absurdo y, por lo tanto, la necesidad religiosa – sobre todo la necesidad práctica – y los que creen todavía en la divinidad ya no creen en la necesidad ni menos en la eficacia del culto.

¿Participó el judío en esta eclosión del espíritu moderno? Por cierto que sí. Pero no fue su creador ni su responsable y sólo aportó una pequeña piedra al edificio que construyeron los siglos. Suprimid ahora al judío: el catolicismo y el protestantismo no dejarán por ello de estar en decrepitud. Si el judío parece tener más importancia de lo que le corresponde, se debe a que, en la historia del liberalismo moderno en Alemania, Austria, Francia e Italia, ha desempeñado un gran papel, y a que el liberalismo ha avanzado a la par con el anticlericalismo. El judío, ciertamente, fue anticlerical. Fomentó el Kulturkampf en Alemania y aprobó las leyes Ferry [41] en Francia. Se ha creído, pues, que su liberalismo provenía de su anticristianismo cuando lo contrario era lo cierto. Desde este punto de vista, es justo decir que los judíos liberales han descristianizado o, por lo menos, que han sido los aliados de los que fomentaron la descristianización, y para los antisemitas conservadores, descristianizar es desnacionalizar.

Hay en eso, de parte de los antisemitas, una confusión: confunden nación y Estado. El liberalismo anticlerical no desnacionaliza: mató al viejo Estado cristiano. Ahora bien: nuestro siglo habrá visto el último esfuerzo de este Estado cristiano para conservar la dominación. Esta concepción del Estado feudal, que estriba en la comunidad de las creencias y en la unidad de la fe, y de cuyas ventajas herejes e incrédulos no pueden participar, está en oposición con la noción del Estado neutral y laico, en la cual se fundaron la mayor parte de las sociedades contemporáneas. El antisemitismo representa una faceta de la lucha entre las dos formas de Estado de las que acabamos de hablar.

El judío es el testimonio viviente de la desaparición de este Estado que tenía en su base principios teológicos. Estado éste con cuya reconstitución sueñan los antisemitas. El día en que el judío ocupó una función civil, el Estado cristiano estuvo en peligro. Esto es exacto, y los antisemitas que dicen que los judíos han destruido la noción del Estado podrían decir más justamente que el ingreso de los judíos en la sociedad simbolizó la destrucción del Estado; del Estado cristiano, por supuesto. A los ojos de los conservadores, nada, en efecto, es tan significativo como la situación del judío en las colectividades modernas y, por una trasposición frecuente, de lo que no pasa de un efecto hacen una causa, porque este efecto, a su vez, actúa, es cierto, como causa.

Tales son, pues, resumidos, los motivos del antisemitismo político y religioso. En primer lugar, repugnancias y prejuicios atávicos fundamentales y luego, gracias a estos prejuicios, una concepción exagerada del papel que los judíos han desempeñado en la elaboración y el establecimiento de las sociedades contemporáneas, concepción ésta que hace de ellos los representantes del espíritu

revolucionario frente al espíritu conservador – de la transformación frente a la tradición – y que, en esta época de transición, los hace responsables de la caída de las antiguas organizaciones y del descrédito de los antiguos principios.

[1])- El Talmud, por lo demás, está todo impregnado de racionalismo. El célebre pasaje relativo a la disputa entre Rabbi Eliezer y sus colegas lo atestigua. El milagro, se dice en él,
"no basta para probar una verdad" (Talmud, Baba Mezia, 59).
[2])- Münk, S., Mélanges de philosophie juive et arabe, París, 1859.
[3])- Cap. VII.
[4])- Münk, ob. citada.
[5])- Poema del Descenso de San Pablo a los Infiernos, citado por Renan, Ernest, Averroes et l'averroisme.
[6])- Renan, Ernest, Averroes et l'averroisme.
[7])- Darmesteter, James, Coup d'oeil sur l'histoire du peuple juif, París, 1881.
[8])- Para todo lo que concierne a Ibn Cebirol (Avicebrón), su papel en la filosofía de la Edad Media y, sobre todo, en las discusiones entre tomistas y escotistas, leer los estudios
de Münk en los Mélanges de philosophie juive et arabe, y de Hauréau, Histoire de la philosophie scolastique (París, 1872-1880).
[9])- Cougenot des Mousseaux, Le Juif, le judaisme et la judaisatión des peuples chrétiens, p. XXV.
[10])- Burckhart, J., La civilisation en Italie au temps de la Renaissance (París, 1885).
[11])- Sobre Spinoza y el ateísmo, leer la Vie de Spinoza, de Colerus, que fue uno de sus
adversarios, y, entre las numerosas obras publicadas contra Spinoza y el ateísmo en el siglo
XVII, ver el De tribus impostoribus, de Kortholt, donde revive la leyenda del averroísmo;
ver también el tratado del Doctor Musaeus, profesor de teología de Jena, "hombre de gran
genio", dice el bueno de Colerus, que "Spinoza pestilentium foetum acutissis, queis solet
telis confodit. Se conocen también las caricaturas diabólicas de Spinoza, que se publicaron
con esta leyenda. "Signum reprobationis in vultu gerens".
[12])- Goethe, Memorias, libro XVI; Anales, 1811.
[13])- Véase cap. VII; Wolf, Bibl. Hebr., t. IV, p. 639.
[14])- Espero mostrarlo mejor todavía en mi Histoire économique des Juifs, de la que el papel de los judíos en la revolución no formará sino una parte. N. del T.: Esta obra nunca
fue publicada.
[15])- Gougenot des Mousseaux: ob. citada.
[16])- Matter, M., Saint-Martin et le philosophe inconnu, París, 1862.
[17])- A menudo se ha afirmado que Cagliostro era judío, pero sin aportar en respaldo de
tal afirmación pruebas serias.

[18])- Véase Campardon, Emile, Le Tribunal révolutionnaire de Paris, París, 1866, Procés
instruit et jugé au tribunal révolutionnaire contre Hébert et consorts (1-4 de Germinal), París, año II, Khan; León, Les Juifs à Paris, París, 1889.
[19])- Capefigue, Histoire des grandes opérations financiéres, Toussenel, Les Juifs rois de
l'Epoque.
[20])- Crétineau-Joly, Histoire du Sonderbund, París, 1850, p. 195,
[21])- Además de Marx y de Cohen, se puede citar a Neumayer, secretario de la Oficina de
Correspondencia de Austria; Fribourg, que fue uno de los directores de la Federación Parisiense de la Internacional, la que también formaron parte Losb, Haltmayer, Lazare y Armand Lévi; León Frankel, que dirigió la sección alemana en París; Cohen, que fue delegado de la asociación de los cigarreros en Londres en el Congreso de la Internacional
realizado en Bruselas en 1868; Ph. Coenen, que fue, en ese mismo Congreso, delegado de la
sección de Amberes de la Internacional, etc. Véase Testut, O., L'Internationale, París, 1871,
y L'Internationale au ban de l'Europe, París, 1871-72, Fribourg, L'association internationale des travaílleurs, París, 1891.
[22])- Entre otros, Fribourg y Frankel, León.
[23])- Hay aún cuatro diputados socialdemócratas judíos en el Reichstag alemán; y entre
los jóvenes socialistas, colectivistas y comunistas anarquistas se cuentan numerosos judíos.
Citemos también entre los reformadores austríacos al doctor Hertzka, promotor de la colonia de Freiland, ensayo de organización social. Véase Un voyage à terre libre, por Theodor Hertzka (París, León Chailley, editor).
[24])- En abril de 1891, los israelitas revolucionarios de Londres festejaron el cumpleaños
de su club de Berner Street. "Desde hace siete años, declaró el orador que trazó la historia
del movimiento social judío, los revolucionarios judíos han aparecido y, dondequiera haya
judíos, en Londres, en América, en Australia, en Polonia y en Rusia, hay judíos revoltosos y
anarquistas" (al hablar de siete años, quiere sobre todo referirse al ingreso de los proletarios judíos en el movimiento revolucionario).
[25])- En Londres se publica uno de esos periódicos: Der Arbeiter Freund; en Nueva York,
se publican dos, uno de ellos diario: Die Arbeiter Zeitung, y el otro semanario: Freie Arbeiter Stimme, sin hablar de una revista mensual, Die Zukunft. Estos periódicos y revistas son o bien socialistas, o bien comunistas anarquistas.
[26])- Los socialistas judíos de Holanda publican un periódico cuyo título es: Ons Blad, órgano de los socialistas israelitas. Los obreros socialistas judíos de Galitzia publican en Lemberg un periódico escrito en caracteres hebraicos y en jerga hebreo-germana: La Verdad.
[27])- El señor Edouard Drumont, por ejemplo, en La France juive, t. I, p. 34-35. Para

mayor belleza de su demostración, el señor Drumont hasta imaginó una nueva tribu, de la
cual es el primero en hablar: la tribu de Jacobo, y determina sin vacilación sus características, aunque, dice, "en el estado actual de esta ciencia embrionaria, no se puede
formular ninguna regla precisa". Lo creo sin duda alguna.
[28])- Fue en Blois, en 1171, que por primera vez los judíos fueron acusados de haber crucificado a un niño en oportunidad de su fiesta de Pascua. El Conde Théobald de Chartres, después de haber sometido al acusador de los judíos a la prueba del agua, prueba
ésta que le fue favorable, hizo quemar, como culpables, a treinta y cuatro judíos y diecisiete
judías.
[29])- Los mandeanos acusaban a los cristianos de amasar sus hostias con la sangre de un
niño judío, y los chinos afirman que los misioneros católicos degüellan a sus niños y hacen
filtros con sus corazones. Algunos motines, en China, no tuvieron otras causas.
[30])- Jefté, que sacrifica a su hija, corresponde a Agamemnón que mata a la suya en los
altares. A los holocaustos molochistas responden los holocaustos bíblicos. Esta idea bárbara del sacrificio del individuo a la divinidad o a la colectividad se encuentra en todas
partes. Ha llegado a su apogeo con la religión cristiana que es la religión del perpetuo sacrificio sangriento, en el cual el toro y el carnero de los sacrificios mitraicos son reemplazados por la víctima humana que muere sin cesar, mientras que se comulga con su
carne y su sangre, último vestigio simbólico del canibalismo religioso. La teoría del sacrificio es aún poderosa en la ideología moral y social. Sería interesante estudiarla como
vestigio de las antiguas prácticas.
[31])- La superstition du sang dans l'humanité et les rites sanguinaires, por el Doctor Hermann L, Strack, doctor en teología y en filosofía, profesor extraordinario de teología protestante en Berlin, Munich, 1892, Delitzch, F., Echec et mat aux menteurs Rohling et Justus, Erlangen, 1883.
[32])- Wagenseil, Benachrichtigung wegen einiger Juden Schaft angehend vicht Sachen,
Altdorf, 1707. La segunda memoria de este libro tiene como título: Judaeos non uti sanguine christiano. Tiene tanta más importancia cuanto que Wagenseil es extremadamente hostil para con los judíos, cuyos libros de polémica publicó en sus Tela ignea Satanae.
[33])- Los ejemplos de judíos magos y astrólogos son numerosísimos. Ya en los primeros
años de su estada en Roma decían la buena ventura cerca de la puerta Capena. En la leyenda de San León el Taumaturgo y Heliodoro, es un célebre mago judío el que instruye a
Heliodoro. Sedechias, el médico judío del emperador Luis, volaba en el aire, según se decía. Yechiel de París tenía gran fama por el poder de sus encantamientos. Numerosos judíos fueron astrólogos de los príncipes. En el siglo XVI todavía, el judío Helias fue astrólogo del último Visconti. Los judíos y los sarracenos de Salamanca se dedicaron

mucho a la magia y fue por ellos que los libros mágicos se difundieron. Lo mismo en Toledo. En el ghetto de Roma, hasta el siglo XVIII, los judíos vendían amuletos y filtros.
Por ello Trithéme cuenta que un judío se transformaba en lobo y Lancre asimila los judíos
a los hechiceros. La leyenda de Simón el Mago tampoco es extraña a esta idea de que todos
los judíos son magos.
[34])- Era creencia griega que las larvas exigían sangre para manifestarse. Se conoce el modo cómo Ulises evocó a Tiresias (Odisea: Rapsodia XI) sacrificando a víctimas cuya sangre las sombras venían a beber. Asimismo, Cicerón acusa a Vatinio de degollar a niños
para atraer los manes con su sangre. También entre los celtas la sangre desempeñaba un gran papel. Cuando Wortiger, rey de los bretones, por consejo de los druidas, quiso construir en el país de Gales una fortaleza para defenderse contra los ingleses y los sajones,
Merlín regó los cimientos del edificio con la sangre de un niño.
[35])- Basta recordar el proceso del Mariscal de Retz, y el del mariscal no fue un caso aislado. Hasta el siglo XVIII se celebraron aún misas negras en las cuales se sacrificaban
niños. En cuanto al poder terapéutico de la sangre, se creyó en él durante largo tiempo. ¿Luis IX no fue acusado por el rumor popular de tomar baños de sangre?
[36])- Delitzch, F., ob. citada.
[37])- En 1814 se fundó en Baviera una secta cristiana llamada "Hermanos y hermanas en
plegaria", cuyos adeptos sacrificaban hombres a Dios. El fundador de esta secta se llamaba
Poeschl. Asimismo, en Suiza, en 1815, un tal Joseph Ganz fundó una asociación parecida, a
la cual dio el mismo nombre y cuyos miembros practicaban los mismos ritos.
[38])- Véase el informe de Canganelli, más adelante Papa con el nombre de Clemente XIV,
informe éste que concluye evaluando como falsedad las acusaciones lanzadas contra los judíos, después de haber controlado los casos de homicidio ritual en que se culpaba a los
judíos. (Revue des Etudes Juives, abril-junio de 1889). Hay que notar, por lo demás, que los cuerpos de niños que habían servido a operaciones mágicas no se encontraban nunca y
que los hechiceros los incineraban prudentemente.
[39])- La frecuencia de las leyendas sobre hostias sangrientas muestra hasta qué punto la
Edad Media fue materialista, aun cuando producía los místicos más sutiles. En cuanto a los
judíos acusados de recoger sangre de hostias, la acusación es absurda, pues nunca el judío
creyó en la presencia de Cristo en la hostia. Si hubiera creído en ella, probablemente se habría convertido. Hasta esto era lo que habitualmente sucedía.
[40])- Leroy-Beaulíeu, Anatole, Israel chez les nations, París, 1893, p. 72 y siguientes.
[41])- Leyes que establecieron la enseñanza laica en las escuelas primarias (N. del T.)

XIV

LAS CAUSAS ECONOMICAS DEL ANTISEMITISMO

El antisemitismo económico - Los reproches - El reproche moral - La deshonestidad judía - La astucia y la mala fe del judío - La corrupción talmúdica - Las medidas restrictivas y la embustería judía - La degradación por el mercantilismo y la usura - El oro y el rebajamiento moral - El reproche económico - El judío y el estado social actual - La parte del judío en la constitución de la sociedad capitalista - El judío agiotista e industrial - El judío detentador del capital - Cómo el judío se perjudica por el estado actual - Los judíos proletarios, en Europa y en América - Los judíos en la clase burguesa - La supremacía relativa del judío - Las causas de esta supremacía - El apoyo mutuo y el individualismo burgués - La solidaridad judía - Cómo nació en la Antigüedad - Las sinagogas - La Edad Media - Los ghettos - Los tiempos modernos - El kahal de los países de Oriente - La minoría de Occidente y la solidaridad de clase - La oposición de las formas de capital y el antisemitismo - Capital agrícola y capital industrial - El agiotismo judío y la pequeña burguesía comerciante - La competencia y el antisemitismo - Competencia capitalista y competencia obrera - Las prevenciones contra los judíos y el antisemitismo económico - El antisemitismo y las luchas intestinas del capital.

Después de haber atacado al judío como semita, como extranjero, como revolucionario y como anticristiano, se lo ha atacado como agente económico. En todas las épocas, por lo demás, fue así, desde la dispersión. Ya los romanos y los griegos, antes de nuestra era, envidiaban los privilegios que permitían a los judíos ejercer su comercio en condiciones mejores que los nacionales, [1] y, durante la Edad Media, el usurero fue odiado tanto, cuando no más, como el deicida. [2] Si la situación de los judíos ha cambiado a fines del siglo XVIII, ha cambiado de un modo que les era demasiado favorable para que los sentimientos que se experimentaban para con ellos pudieran modificarse apreciablemente; antes al contrario. Hoy día, el antisemitismo económico existe más fuerte que nunca porque, más que nunca, el judío aparece como poderoso y rico. Otrora no se lo veía. Permanecía encerrado en su ghetto, lejos de los ojos cristianos, y sólo tenía una preocupación: esconder su oro, este oro del cual, según la tradición y hasta la legislación, era el recolector y no el propietario. Desde el día en que fue liberado, cuando cayeron las trabas puestas a su actividad, el judío se mostró. Hasta se mostró con ostentación. Quiso, después de los siglos de cárcel y los años de agravios, parecer un hombre y manifestó una vanidad infantil de salvaje. Fue éste

su modo de reaccionar contra las humillaciones seculares. Se lo había dejado, en vísperas de 1789, humilde, miserable, objeto del desprecio de todo el mundo y blanco de los insultos y los agravios. Se le reencontró, después del temporal, liberado de todo constreñimiento y, de esclavo, convertido en amo.
Este rápido ascenso chocó. La gente se mostró ofuscada por esta riqueza que el judío había adquirido el derecho de exhibir y recordó el viejo reproche de los padres, el reproche del antisemitismo social: el oro del judío es conquistado a expensas el cristiano; es conquistado por el dolo, el fraude y la depredación, por todos los medios y principalmente por los medios condenables. Es éste lo que yo llamaría el reproche moral del antisemitismo. Se resume así: el judío es más deshonesto que el cristiano; está desprovisto de todo escrúpulo y es ajeno a la lealtad y la franqueza,
¿Este reproche está fundado? Lo fue y todavía lo es en todos los países en los cuales el judío está mantenido fuera de la sociedad, recibe exclusivamente la educación talmúdica y es víctima de persecuciones, los insultos y los agravios, y en los cuales se desconoce su dignidad y autonomía de ser humano.
El estado moral del judío ha sido hecho por él mismo y por las circunstancias exteriores. Su alma ha sido moldeada por la ley que se dio y por la ley que se le impuso. Ahora bien: fue doblemente esclavo durante siglos; fue el siervo de la Thorah y el siervo de todos. Fue un paria, pero un paria que sus doctores y sus guías mantuvieron en una servidumbre más estrecha que la antigua servidumbre del Egipto.
Por fuera, miles de restricciones trabaron su marcha, detuvieron su expansión y se opusieron a su actividad. Encontró delante de él códigos enemigos y duras reglamentaciones. Por dentro, tropezó con todo un sistema complicado de defensas. Fuera del ghetto, encontró el constreñimiento legal; en el ghetto, el constreñimiento talmúdico. Si intentaba escapar del primero, miles de castigos lo esperaban. Si trataba de sustraerse al segundo, se exponía al herem: a la temible excomunión que lo dejaba solo en el mundo. No podía soñar en atacar de frente estas dos potencias. Por ello el judío trató de triunfar de ellas por la astucia, y ambas desarrollaron en él el espíritu de cautela. Adquirió una extraña ingeniosidad y una sutileza fuera de lo común. Su finura natural se acrecentó, pero fue empleada vilmente: para engañar a un dios riguroso y a inflexibles soberanos. El Talmud y las legislaciones antijudías corrompieron profundamente al judío. Llevado por sus doctores, por un lado, y por legisladores extranjeros, por otro, y también por numerosas causas sociales [3] a la práctica exclusiva del comercio y la usura, el judío se envileció.
La búsqueda del oro, proseguida sin descanso, lo degradó. Debilitó en él la conciencia. Lo rebajó y le dio hábitos de embustero. En la guerra que, para vivir, tuvo que llevar contra el mundo y su ley civil y religiosa, no pudo salir vencedor sino por la intriga y este miserable, destinado a las humillaciones y los insultos y obligado de agacharse bajo los golpes, los agravios y las invectivas, sólo por la astucia pudo vengarse de sus enemigos, sus torturadores y sus verdugos. Para él, el robo y la mala fe se convirtieron en armas: en las únicas armas que pudiera emplear. Por ello se ingenió en agudizarlas, complicarlas y disimularlas.
Cuando las paredes de los ghettos se desmoronaron, el judío, tal como lo habían hecho el Talmud y las condiciones civiles, legislativas y sociales, no cambió repentinamente. Al día siguiente de la revolución, vivió exactamente como en la víspera. No modificó sus costumbres, sus hábitos ni menos su mentalidad tan prontamente como se modificó su situación. Liberado, conservó su alma de esclavo,

esta alma que va perdiendo un poco cada día al mismo tiempo que se van borrando uno por uno los recuerdos de su abyección. Hoy día, para encontrar al judío que nos muestran los antisemitas, hay que ir a Rusia, Rumania y Polonia, donde rigen leyes de excepción, y a Galitzia, Hungría y Bohemia, donde dominan las escuelas exclusivamente hebraicas. En la Europa occidental, si, por atavismo, los judíos de cierta categoría – los judíos mercaderes y los judíos agiotistas – todavía son cautelosos, astutos y predispuestos al engaño, no lo son mucho más que los agiotistas y los mercaderes cristianos, hechos poco escrupulosos por el hábito de los negocios.

Ante tal afirmación, los antisemitas tienen una respuesta bien preparada: los judíos han pervertido a los cristianos. Si se comprueba, en la clase rica, explotadora y traficante, la dureza, la rapacidad, la avaricia y la deslealtad para con el explotado, la culpa la tienen los judíos que son responsables del estado social actual y, mejor aún, son su causa. Tal es el reproche económico propiamente dicho.

Aquí también los antisemitas son víctimas de una ilusión. El judío no es la causa de un estado actual, que es el resultado de una larga evolución. Contribuyó a la revolución económica, cuya consecuencia fue el advenimiento de la burguesía, pero no es factor único, ni el factor principal siquiera. [4] Por cierto, ya lo mostré, [5] la burguesía encontró en el judío, a lo largo del tiempo, un auxiliar maravilloso y poderosamente dotado.

Durante siglos, en la sociedad bárbara de la Edad Media, el judío, ya viejo traficante, mejor armado, provisto de una cultura superior y en posesión de una experiencia secular, fue el representante del capital comercial y del capital usurario, o ayudó a su constitución, Sin embargo, estas fuerzas capitalistas sólo llegaron al poder cuando el trabajo de los siglos hubo preparado su dominación y las hubo transformado en capital industrial y capital agiotista. Para ello fueron precisos los dos grandes procesos de expansión de las Cruzadas y del descubrimiento de América, que completaron las múltiples colonizaciones de España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia, y todo el esfuerzo del régimen comercial. Fueron precisos el establecimiento del crédito público y la extensión de los grandes bancos. Fueron precisos el desarrollo de las industrias manufactureras y los progresos científicos que trajeron la creación y el perfeccionamiento del maquinismo. Fue precisa toda la elaboración legislativa del régimen de salarios, hasta el momento en que los proletarios fueron despojados hasta del derecho de asociación y coalición. Fueron precisos todo eso y muchas causas más – causas históricas, religiosas y morales – para hacer la sociedad actual. Los que presentan a los judíos como los creadores de este estado no logran probar sino su absoluta e inverosímil ignorancia.

Sin embargo, acabamos de decirlo, el papel de los israelitas fue considerable, pero es poco conocido o por lo menos de modo demasiado imperfecto, sobre todo por los antisemitas, y no es a este conocimiento muy rudimentario de la historia económica del judaísmo que hay que atribuir el antisemitismo. Se sabe mejor cómo los judíos han actuado después de su liberación.

En Francia, durante la Restauración y el Gobierno de Julio [6] encabezaron la finanza y la industria. Estuvieron entre los fundadores de las grandes compañías de seguros, de ferrocarriles y de canales. En Alemania, su papel fue enorme. Provocaron la promulgación de todas las leyes favorables al comercio del oro, al ejercicio de la usura y a la especulación. Fueron ellos los que se aprovecharon de la abolición (en 1867) de las antiguas leyes restrictivas de la tasa del interés. Suscitaron la ley de junio de 1870, que liberó las sociedades por acciones del

control del Estado. Después de la guerra franco-prusiana, fueron los especuladores más audaces y, en la fiebre de asociacionismo que prendió en los capitalistas alemanes, actuaron como habían actuado los judíos franceses de 1830 y 1848, [7] hasta después de la bancarrota financiera de 1872, época ésta en que, entre los hidalgos y pequeños burgueses despojados durante esta Gründer Periode, [8] en la cual dominó el judío, nació el antisemitismo más violento: el que generan los intereses perjudicados.

Cuado se hubo comprobado esta acción indudable del judío, se dedujo de ella que el judío era el detentador por excelencia del capital. Fue ésta una causa más de animosidad contra él. Los judíos lo poseen todo, se dijo. Y el judío, después haber sido el equivalente del embustero, engañador y usurero, se convirtió en sinónimo de rico. Todo judío es poseedor, tal fue la creencia común. Hay en esto un profundo error.

La inmensa mayoría de los judíos, casi siete de cada ocho, viven en una pobreza extrema, En Rusia, Galitzia, Rumania, Serbia y Turquía, su miseria es horrenda. Son en su mayoría artesanos y, en este carácter, padecen las consecuencias del estado actual, exactamente como los asalariados cristianos. Hasta se incluyen entre los proletarios más desheredados. En Londres, en la compacta aglomeración judía del East End, compuesta de refugiados polacos, los sastres judíos empleados en talleres de confección trabajan doce horas por día y ganan un promedio de 62 céntimos por hora, pero la mayoría está desocupada tres días por semana, una parte sólo trabaja dos o tres días y, en toda época, diez a quince mil judíos sin empleo se mueren de hambre en una desesperación abominable. En Nueva York, son cien mil y, antes de la fundación de la Unión de Sastres, muchos estaban obligados a veinte horas de trabajo por día y cobraban un salario de cinco o seis dólares por semana. Posteriormente, si bien su salario no ha aumentado, la duración de la jornada se ha reducido a dieciocho horas y, en algunos establecimientos, a dieciséis. [9] En Rusia, su condición es peor. En Vilna, judías empleadas en manufacturas de medias de punto ganan cuarenta kopeks [10] por jornada de catorce horas de trabajo; cincuenta kopeks es el salario promedio de los varones en todas las industrias, para jornadas que varían de catorce a veinte horas. La inmensa mayoría de los obreros amontonados en las ciudades del Territorio ni siquiera encuentran empleo. [11] En Galitzia, la situación de la población obrera no es mejor, y tampoco lo es en Rumania.

Quedan, pues, alrededor de dos millones de judíos que, sea en la Europa occidental, sea en los Estados Unidos de América, pertenecen a la clase burguesa. Ahora bien: es incontestable que, si estos dos millones de judíos no eran nada hace cien años, son mucho hoy en día. Por su desarrollo, sus riquezas y su situación, ocupan un lugar que parece poco proporcionado con su importancia numérica. Comparativamente con el grueso de la población, son un puñado y, sin embargo, ocupan posiciones tales que se los ve en todas partes y parecen ser innumerables. Es cierto que no corresponde, como se hace habitualmente, compararlos con la población total, puesto que por lo general no viven en el campo y sí en las ciudades de cierta importancia. Si se quieren elementos estadísticos exactos, hay que ponerlos en paralelo con los de su clase, vale decir con la burguesía comerciante, industrial y financiera. Pero, aun reduciendo la comparación a estos dos términos – judíos y burgueses – esta comparación favorece al judío. [12]

¿Por qué este predominio? Algunos judíos se complacen en decir que deben su supremacía económica a su superioridad intelectual. Esto no es exacto o, por lo menos, habría que ponerse de acuerdo acerca de dicha superioridad. En la sociedad

burguesa, fundada en la explotación del capital y en la explotación por el capital, en que la fuerza del oro es dominante y en que el agiotismo y la especulación son todopoderosos, el judío indudablemente está mejor dotado que cualquier otro para lograr el éxito. Si bien fue degradado por la práctica del mercantilismo, esta práctica le ha dado, a lo largo de los siglos, calidades que se han tornado preponderantes en la nueva organización. Es frío y calculador, enérgico y flexible, perseverante y paciente, lúcido y exacto, y todas estas calidades las ha heredado de sus antepasados los manejadores de ducados y los traficantes. Si se dedica al comercio y a la finanza, se beneficia con su educación secular y atávica, que no lo ha hecho más inteligente, como su vanidad lo declara, sino más apto para ciertas funciones.

En la lucha industrial, está mejor dotado individualmente – hablo de modo general – que sus competidores y, en situaciones iguales, debe tener éxito porque sus armas son mejores. No necesita recurrir al fraude, quiero decir recurrir a él más que los que lo rodean: sus capacidades especiales y hereditarias son suficientes para asegurarle la victoria.

Pero estas dotes personales no bastan, con todo, para explicar el predominio judío. También hay linajes de mercaderes cristianos. Parte de la burguesía ha recibido como herencia calidades muy semejantes a las que poseen los judíos y podrían así, según parece, detener su empuje. Hay otras causas más profundas, que pertenecen a la vez al carácter judío y a la constitución de las naciones contemporáneas.

La sociedad burguesa entera está fundada en la competencia individualista. En el campo de las luchas diarias por la vida, nos ofrece el espectáculo de individuos que combaten ásperamente unos contra otros, vale decir de unidades aisladas que pelean ardorosamente por la victoria, con procedimientos puramente individuales. En esta sociedad, el estrecho struggle for life darwiniano domina. Es su espíritu el que gobierna a cada hombre. Se admite tácitamente que el triunfo debe pertenecer al más fuerte, al que mejor organizado está, al que física y mentalmente está mejor adaptado a las condiciones sociales de existencia. Todo el esfuerzo de solidaridad, de unión y de acuerdo se hace fuera de esta clase, cuyos historiadores, filósofos y economistas sólo admiten el esfuerzo individual, y la burguesía capitalista sólo reencuentra el instinto de solidaridad contra los enemigos comunes de todos sus miembros: contra el proletariado y contra los que atacan al capital.

Suponed, en estas organizaciones egoístas, colectividades fuertemente estructuradas de ciudadanos dotados, desde hace siglos, de espíritu de asociación, en los cuales el tiempo ha desarrollado el sentimiento de unión y que conocen, atávica y; prácticamente, las ventajas que pueden sacar de dicha unión: es indudable que tales federaciones estarán, si ejercen su actividad en el mismo sentido que los individuos aislados y desunidos que las rodean, en mejores condiciones y podrán conseguir una victoria más fácil. Ahora bien: ésta es exactamente la situación de los burgueses judíos en los estados modernos. Quieren conquistar los mismos bienes que los burgueses cristianos. Evolucionan en el mismo campo de acción. Son tan ásperos, tan ávidos, tan deseosos de gozar y tan ajenos a la justicia que no sea la justicia de casta y la justicia de defensa contra las clases dominadas. Son, por fin, tan profundamente inmorales, en el sentido de que sólo consideran las ventajas que pueden procurarse y que su única regla de vida es la conquista de los bienes materiales, al máximo de los cuales cada uno aspira.

Pero, en esta batalla de cada día, el judío que, individualmente, ya está mejor dotado, como hemos visto, une sus virtudes a las de sus semejantes, acrecienta sus fuerzas juntándolas en haces y, fatalmente, debe alcanzar antes que sus rivales la

meta buscada. En medio de la burguesía desunida, cuyos miembros están en lucha perpetua, los judíos son seres solidarios. Tal es el secreto de su triunfo. Esta solidaridad es, entre ellos, tanto más fuerte cuanto más antigua es. A menudo se la ha negado y, sin embargo, es indudable. Sus eslabones se han soldado a lo largo del tiempo, desde hace siglos, y su práctica se ha vuelto inconsciente. Es importante ver cómo se ha formado y cómo se ha perpetuado.

La solidaridad judía data de la dispersión. Los inmigrantes y colonos judíos que llegaban a países extranjeros se agrupaban en barrios especiales y, dondequiera arribaban, constituían una sociedad. Sus comunidades rodeaban las casas de plegaria que habían construido en cada ciudad donde habían formado un núcleo. Tenían numerosos e importantes privilegios. [13] Los judíos dispersados habían sido los auxiliares utilísimos de los griegos en su obra de colonización del Oriente y, cosa extraña, estos judíos que se helenizaron contribuyeron a helenizar el Oriente. En contrapartida, obtuvieron en todas partes, en Alejandría, en Antioquía, en el Asia Menor y en las ciudades griegas de Jonia, el derecho de conservar su autonomía nacional y de administrarse. Formaron en casi todas las ciudades asociaciones corporativas encabezadas por un etnarca o un patriarca que desempeñaba entre ellos, con ayuda de un colegio de ancianos y de un tribunal particular, la autoridad civil y los poderes de justicia.

Las sinagogas fueron "auténticas pequeñas repúblicas". [14] Fueron, además, centros de vida religiosa y pública. Los judíos se reunían en sus oratorios, no sólo para escuchar la lectura de la ley, sino también para conversar sobre sus negocios e intercambiar ideas prácticas. Todas las sinagogas estaban vinculadas entre sí en una amplia asociación federativa que extendió su red sobre el mundo antiguo, a partir de la expansión macedonia y helénica. Se mandaban recíprocamente mensajeros, se mantenían mutuamente al tanto de los acontecimientos cuyo conocimiento les era útil, se aconsejaban y se ayudaban. Al mismo tiempo, las unía un profundo lazo religioso. Conservaban su independencia, pero se sentían hermanas. Dirigían cada una de sus miradas hacia Jerusalén y el templo al que enviaban su tributo anual, y el amor que experimentaban por la ciudad santa y el apego que tenían por su culto les recordaba su común origen y fortalecían su alianza.

Estas pequeñas sinagogas de las ciudades griegas y estas poderosas colectividades de Antioquía o Alejandría crearon la solidaridad local y cosmopolita de Israel. En cada ciudad, el judío era ayudado por la colectividad. Se lo acogía fraternalmente cuando llegaba como inmigrante y colono. Se lo socorría y ayudaba. Se le permitía establecerse y él se beneficiaba con el trabajo de la asociación que ponía a su disposición todos sus recursos. No llegaba como un extranjero que iba a emprender una difícil conquista, sino como un hombre bien armado, con protectores, amigos y hermanos. Por toda el Asia Menor, por las islas, por la Cirenaica y por el Egipto, el judío podía viajar con seguridad. En cualquier lugar se lo trataba como huésped e iba derecho a la casa de plegaria donde encontraba benevolente acogida, Los judíos esenios no procedían diferentemente en su propaganda. Habían creado, también ellos, pequeños centros solidarios, en el seno mismo de las comunidades, e iban así de ciudad en ciudad, como vagabundos seguros del día siguiente.

En Roma donde su número fue considerable, [15] los judíos también estuvieron unidos, tanto como en las ciudades del Oriente. "Están vinculados entre sí por un apego invencible y una conmiseración activísima", dice Tácito. [16] Gracias a esta unión, habían adquirido poderío, como en Alejandría, a tal punto que los partidos se apoyaban en ellos y los temían. "Sabes – dice Cicerón [17] – cuál es la multitud

de esos judíos, y cuál es su unión, su solidaridad, su savoir faire y su imperio sobre la muchedumbre de las asambleas."
Cuando cayó el imperio romano y los bárbaros invadieron el viejo mundo y cuando el catolicismo triunfante se difundió, las colectividades judías no cambiaron. Eran organismos muy vivaces y tenían una vida colectiva extremadamente activa que les permitió resistir. Además, en medio del desorden general, conservaron esta unidad religiosa y esta unidad social inseparables la una de la otra, a las que debieron su prosperidad. Todos los miembros de las sinagogas judías se juntaron más estrechamente aún. Gracias a este apoyo mutuo, pudieron aguantar los cambios exteriores y, cuando los reinos godos y germanos estuvieron asentados, las colectividades judías conservaron por algún tiempo cierta autonomía, gozaron de una jurisdicción especial y, en esas organizaciones nuevas, constituyeron agrupamientos comerciales, en los que siguió perpetuándose la secular solidaridad. A medida qué los pueblos se hicieron más hostiles para con los israelitas, a medida que se agravaron para ellos las legislaciones y a medida que creció la persecución, esta solidaridad aumentó. Los procesos paralelos, el uno exterior y el otro interior, que acabaron en el encierro de Israel en el estrecho recinto de sus juderías, reforzaron su espíritu de asociación. Retirados del mundo, los judíos aumentaron la fuerza de los vínculos que los unían y la vida común acrecentó su deseo y su necesidad de fraternidad: los ghettos desarrollaron el asociacionismo judío.
Por lo demás, las sinagogas habían conservado su autoridad. Si bien los judíos estaban sometidos a las duras leyes promulgadas por los reinos y los imperios, tenían un gobierno propio, consejos de ancianos y tribunales a cuyas decisiones se sometían, y sus sínodos generales hasta prohibían a un israelita, so pena de anatema, llevar a un correligionario ante un tribunal cristiano. [18] Todo los llevó a unirse durante estos siglos de la Edad Media, tan atroces y tan horrendos para ellos. Aislados, hubieran sufrido más. Ayudándose mutuamente, pudieron defenderse más fácilmente. Pudieron evitar las calamidades que los amenazaban sin cesar. En esa vida que les hacían tan penosa las reglamentaciones que se les imponían, la ayuda fraterna les permitió a menudo sustraerse a las innumerables cargas que los aplastaban. Asimismo, habían conservado, entre sinagogas, las relaciones habituales y de este modo el cosmopolitismo de los judíos se vincula con su solidaridad.
Las comunidades se ayudaban mutuamente, se sostenían y se auxiliaban. Los ejemplos de tal acuerdo abundan. Por ejemplo el tan característico de los judíos levantinos que, después del martirio de los judíos de Ancona, se pusieron de acuerdo para romper toda relación con esa ciudad y para dirigir el movimiento comercial hacia Pesara donde Guido Ubaldo había acogido a los fugitivos de Ancona. Los doctores y los rabinos fomentaban esta solidaridad, que el exclusivismo talmúdico aumentó. Recomendaron a los fieles respetar sus intereses respectivos, y los obligaron a hacerlo. En el siglo XI, el sínodo rabínico de Worms prohibió a un propietario israelita alquilar "a un no judío o a un judío una casa ocupada por un correligionario, sin el consentimiento de este último", [19] y un sínodo del siglo XII prohibió a un judío, so pena de anatema, llevar a un correligionario ante un tribunal cristiano. La comunidad judía – el Kahal – estaba armada contra los que faltaban al deber de solidaridad: les echaba el anatema y pronunciaban contra ellos el Cheram-Hakahal. [20] Esta excomunión alcanzaba a todos aquellos que evadían sus obligaciones para con la colectividad: los que se negaban a declarar sus bienes para escapar de la contribución que debía pagar la sinagoga, los que, al firmar un acta con un correligionario, no hacían firmar esta

acta por el notario de la comunidad, los que no aceptaban someterse a la decisión que el Kahal había tomado en el interés común [21] y, por fin, los que atacaban en sus escritos la Biblia y el Talmud y trabajaban en la destrucción de Israel. Mardoqueo Kolkos, Uriel Acosta y Spinoza estuvieron entre estos últimos.
Los siglos, la acción de las leyes hostiles, la influencia de las prescripciones religiosas y la necesidad de la, defensa individual acrecentaron, pues, en los judíos, el sentimiento de solidaridad. Aún en nuestros días, en los países donde los judíos viven en un régimen de excepción, la poderosa organización del Kahal subsiste. En cuanto a los judíos emancipados, han roto los marcos estrechos de las antiguas sinagogas y han abandonado la legislación de las comunidades de antes, pero no han olvidado la solidaridad. [22] Después de haber adquirido su sentido y después de haberlo conservado por el hábito, no han podido perderlo ni perdiendo la fe, pues la solidaridad se ha convertido en ellos en un instinto social y los instintos sociales, lentamente formados, no desaparecen sino lentamente.
Hay que notar también que, si bien habían entrado en las naciones con derechos iguales a los de los nacionales, eran sin embargo una minoría. Ahora bien: el desarrollo del asociacionismo en las minorías es una ley: una ley que puede reducirse a la de la conservación. Todo grupo, en presencia de una masa, entiende que, si quiere subsistir como grupo, debe unir todas sus fuerzas. Para resistir la presión exterior que amenaza disgregarlo, tiene que formar un todo compacto y, en una palabra, convertirse en una minoría organizada. La minoría judía es una minoría organizada. No tiene jefes, príncipes teocráticos, gobierno ni leyes. Pero es una asociación de pequeños grupos fuertemente ensamblados, que se sostienen mutuamente. Cualquier judío encontrará, cuando lo pida, la asistencia de sus correligionarios, con tal que se lo sienta dedicado a la colectividad judía. Pues, si parece hostil, no recogerá sino hostilidad. El judío, aun cuando ha dejado la sinagoga, sigue formando parte de la masonería judía, [23] de la camarilla judía, si se prefiere.
Constituidos en un cuerpo solidario, los judíos se ubican más fácilmente en la sociedad actual, relajada y desunida. Si los millones de cristianos que los rodean practicaran el apoyo mutuo en lugar de la lucha egoísta, la influencia del judío quedaría inmediatamente aniquilada. Pero no la practican y el judío debe, si no dominar – es éste el término que emplean los antisemitas – conseguir el máximo de las ventajas sociales y ejercer esta suerte de supremacía contra la cual protesta el antisemitismo, sin poder con ello abolirla, pues depende no sólo de la clase burguesa judía sino también de la clase burguesa cristiana.
Cuando el capitalista cristiano se ve eliminar o suplantar por el capitalista judío, resulta de tal situación una violenta animosidad, y esta animosidad se traduce en los reproches ya enumerados. Sin embargo, estos reproches no son el fundamento real del antisemitismo económico, fundamento éste que acabo de establecer.
Si siempre se tiene presente la idea de la solidaridad judía y el hecho de que los judíos son una minoría organizada, se concluirá que el antisemitismo es en parte una lucha entre los ricos: un combate entre los detentadores del capital. En efecto, es el cristiano rico – el capitalista, el comerciante, el industrial y el financista – el que resulta perjudicado por los judíos, y no el proletario, que no padece por el patronado judío más que por el patronado católico, más bien al contrario, pues aquí importa el número de los patrones, y no son los judíos los que constituyen el mayor número. Es esto lo que explica por qué el antisemitismo es una opinión burguesa y por qué está tan poco difundido, salvo como vago prejuicio, en el pueblo y en la clase obrera.

Esta guerra capitalista no se manifiesta de igual modo en todas partes. Ofrece dos aspectos según provenga de una oposición entre dos formas del capital o de la competencia entre los poseedores del capital industrial y financiero.
El capital inmobiliario, en su lucha contra el capital industrial, se ha vuelto antisemita porque el judío es, para el terrateniente, el representante más típico del capitalismo comercial e industrial. Así, en Alemania, los proteccionistas agrarios son hostiles a los judíos, que están en primera fila entre los librecambistas. Los judíos se oponen, por esencia y por interés, a la teoría fisiocrática que atribuye la soberanía política a los tenedores de la tierra, y sostienen la teoría industrial que hace del poder el feudo de la industria. Por cierto, judíos y agrarios son tal vez, individualmente, inconscientes del papel que desempeñan en esta batalla económica, pero su animosidad recíproca no deja por ello de proceder de esa causa.
El pequeño burgués, el pequeño comerciante que el agiotismo devora, tiene una conciencia más nítida de los motivos de su antisemitismo. Sabe que la especulación desenfrenada y los Krachs sucesivos lo han arruinado y, también para él, los más temibles acaparadores del capital financiero y agiotista son los judíos, lo que por lo demás es totalmente exacto. Aun aquellos cuya ruina no provino de especulaciones en las cuales hubieran sido vencidos, atribuyen igual su decadencia al agiotismo que ha eliminado gran parte del capital comercial y del capital industrial. Sólo que, como siempre, hacen al judío responsable de un estado de cosas del que está lejos de ser la única causa.
En cuanto a la otra forma del antisemitismo económico, es más sencilla: la provoca la competencia directa entre los manejadores del dinero, los comerciantes y los industriales judíos y cristianos. Los capitalistas cristianos, generalmente aislados, se encuentran frente a capitalistas judíos unidos, cuando no asociados, en una situación de manifiesta inferioridad y, en el combate diario, muy frecuentemente son vencidos por ellos. Padecen, pues, indirectamente las consecuencias del desarrollo de la industria y del gran comercio judíos. De ahí, entre ellos; una animosidad extrema y el deseo de reducir el poderío de sus felices rivales. Es ésta la manifestación más violenta, más áspera y más ruda del antisemitismo, por ser expresión de la defensa de los intereses inmediatos y egoístas.
Se podría ver también un signo del antisemitismo como consecuencia de la competencia inmediata y directa en las manifestaciones obreras contra los judíos de Londres o de Nueva York, pero esto no sería rigurosamente exacto. La emigración rusa y polaca en Inglaterra y los Estados Unidos, emigración ésta que trajo a los centros industriales y manufactureros un número considerable de artesanos, ha tenido como consecuencia una reducción extremada de los salarios y una más dura aplicación del sweating system en los talleres y las fábricas del East-End londinense o de Nueva York. De ahí un movimiento contra los proletarios judíos, sobre todo contra los obreros sastres que son mayoría entre los inmigrantes. Pero este movimiento no tiene nada de específicamente antijudío: es análogo a todos los movimientos dirigidos por los trabajadores nacionales contra los trabajadores extranjeros – por ejemplo, en Francia, contra los obreros italianos y belgas – que el patronado contrata en condiciones más ventajosas para él. [24]
Pasa lo mismo con la competencia burguesa. Si ésta es netamente antijudía, no es sólo porque los judíos forman una masonería, una minoría demasiado bien armada. También los protestantes, en efecto, están organizados del mismo modo y sin embargo, salvo en un reducido número de casos, el antiprotestantismo no se manifiesta en Francia, como tampoco el anticatolicismo en Alemania donde, a su vez, los católicos constituyen una poderosa minoría.

Hay otra causa, pues. Sí, y esta causa es capital. Los judíos son, efectivamente, una minoría, como los protestantes franceses y los católicos alemanes. Pero los protestantes en Francia y los católicos en Alemania son una minoría nacional; mientras que se consideran los judíos una minoría extranjera. Por lo tanto, no nos encontramos únicamente en presencia de una lucha entre las formas del capital – de una competencia entre capitalistas – sino que también asistimos a una lucha entre el capital nacional y un capital considerado extranjero. Se trata de la permanencia de la lucha secular. Empezó en la Antigüedad, cuando las ciudades jonias "quisieron obligar a los judíos establecidos en su seno a renegar de su fe o soportar el peso de las cargas públicas". [25] Se perpetuó a lo largo de toda la Edad Media, cuando los judíos aparecieron en las ciudades nacientes como un pueblo que había crucificado a Dios y cuando la gente se dio cuenta que esta tribu extranjera había captado el capital. Cuando nació el comercio cristiano, quiso, también él, apartar a un competidor que le parecía tanto más peligroso cuanto que no era "autóctono". Lo consiguió en parte por la constitución de las corporaciones y guildas, vale decir por la organización cristiana del capital.
Hoy en día subsiste aún esta prevención contra los judíos; secreta, no siempre confesada, instintiva más bien que razonada, atávica y no recientemente adquirida. Se sigue experimentando contra los deicidas esta acrimonia que hacía considerar su riqueza con antipatía, pues no se admitía que esta tribu de incrédulos, homicidas y condenados pudiera legítimamente poseer. Se creía que no podía adquirir sin robar el bien de los que eran los hijos del suelo – todo detentador del suelo se considera su hijo – y si el antisemitismo económico debe mirarse como una expresión de las luchas intestinas del capital, no hay que perder de vista que es también una manifestación de la oposición del capital nacional y el capital extranjero.

[1])- Cap. II.
[2])- Cap. V.
[3])- Cap. V.
[4])- Cap. V.
[5])- Cap. IX.
[6])- El gobierno de Luis Felipe (N. del T.) .
[7])- Glagau, Otto, ob. citada.
[8])- Período de fundación.
[9])- Van Etten, Miss L, Les Juifs russes comme immigrantes (The Forum, número de abril de 1893).
[10])- El kopek vale cuatro céntimos de franco. (N. del T.: de franco oro.)
[11])- Errera, Leo, Les Juifs russes
[12])- Por lo general, se comparan los dos millones de judíos detentadores de capitales (en
distintos grados) con la totalidad de las poblaciones cristianas. Se deja a un lado la mayoría
obrera de los judíos artesanos y proletarios. Si se quiere considerar a los judíos como una
nación sin territorio fijo, hay que examinar primero si no existe entre ellos una clase de

asalariados y una clase capitalista, lo que acabo de mostrar, y después comparar esta clase
capitalista judía con la clase capitalista cristiana. Sólo de este modo se llegará a una estadística comparativa exacta y a una justa apreciación de los hechos.
[13])- Véanse cap. II y cap. III.
[14])- Renan, Ernest, Vida de Jesús.
[15])- El señor Renan evalúa el número de los judíos romanos, bajo Nerón, en veinte a treinta mil (en Anticristo, p. 7, nota 2).
[16])- Tácito, Historia, V, 5.
[17])- Cicerón, Pro Flacco, XXVIII.
[18])- Esos sínodos se reunieron a partir del siglo XII. Eran las primeras reuniones rabínicas desde la clausura del Talmud. Jacobo Tam (Rabbenou Tam), fundador de la escuela de los Tosafistas, provocó la reunión de esos sínodos, que deliberaron verosímilmente acerca de los medios de resistir las persecuciones.
[19])- Jost, Histoire des Juifs (Berlín, 1820), t. II.
[20])- Anatema de la comunidad.
[21])- Aron, Maurice, Histoire de d'excommunication juive (Nimes, 1882).
[22])- La Alianza Israelita Universal, fundada en 1860 por Crémieux y que cuenta con más
de treinta mil afiliados suscriptores, no hizo sino aumentar la solidaridad judía. La meta de
la Alianza es liberar moral e intelectualmente al judío de los países orientales fundando escuelas, además de paliar su opresión y hasta de trabajar en su completa emancipación.
[23])- No hablo aquí de las asociaciones masónicas. Empleo masonería en el sentido general que se atribuye a esta palabra.
[24])- Se puede entender más fácilmente aún el antisemitismo económico estudiando el problema chino en los Estados Unidos. Minoría de raza, religión y aptitudes diferentes de
las de los norteamericanos, los chinos, poderosamente asociados, son igualmente acusados
por los capitalistas de drenar el oro y por los obreros de hacer bajar los salarios. La hostilidad para con ellos tiende a provocar medidas legales que puedan colocarlos en situación de inferioridad, contrabalancear su influencia y disminuir sus ventajas, tales como el bill contra la inmigración. Medidas análogas se tomaron, por lo demás, contra los
inmigrantes alemanes y rusos.
[25])- Mommsen, Th., Historia romana, t. XI (París, 1889).

XIV
EL FUTURO DEL ANTISEMITISMO

Las causas del antisemitismo - El antisemitismo actual y el antijudaísmo de antes - La causa permanente - El judío extranjero y las manifestaciones del antisemitismo - El judío y la asimilación - El judío y los medios - Las modificaciones del tipo judío - La desaparición de las constantes exteriores - El estado religioso de la sinagoga contemporánea - La extinción y la ruina del talmudismo - El judío es un elemento absorbido - La desaparición del prejuicio religioso contra el judío - El debilitamiento del particularismo y del exclusivismo nacional - Los progresos del cosmopolitismo - El antisemitismo y las transformaciones económicas - La lucha contra el capital - La unión de los capitalistas - El capital y la revolución - Los antisemitas, auxiliares de la revolución - El fin del antisemitismo.

Tales como acabamos de estudiarlas, las causas del antisemitismo moderno son nacionales, religiosas, políticas y económicas. Son causas profundas que dependen no sólo de los judíos, no sólo de los que los rodean, sino también y sobre todo del estado social. Ignorando los verdaderos orígenes de sus sentimientos, los que profesan el antisemitismo basan su estado de espíritu en reproches que no concuerdan con las causas que hemos encontrado: reproches étnicos, reproches religiosos, reproches políticos y reproches económicos, todos estos decorados del antisemitismo son infundados.

Los unos, como los reproches étnicos, provienen de una falsa concepción de las razas; los otros, como los reproches religiosos y los reproches políticos, nacieron de una idea incompleta y estrecha de la evolución histórica; los últimos, por fin, como los reproches económicos, fueron producidos por la necesidad de disimular una de las luchas del capital.

Ni éstos ni aquéllos están justificados. No es exacto que el judío sea un puro semita, como tampoco que los pueblos europeos sean puros arios. La noción misma de semita y de ario, al implicar una desigualdad respectiva, en nada puede legitimarse. Vimos que, en el sentido que se atribuye a esta palabra, no hay raza, vale decir que no hay colectividad humana que descienda de dos antepasados primitivos y se haya desarrollado sin admitir la intrusión extranjera. La idea de pureza de sangre, como fundamento de la unidad en la asociación, si tuvo su razón de ser cuando la humanidad estaba compuesta de minúsculas hordas heterogéneas, ya no fue sostenible desde que esas hordas se han juntado para formar ciudades. Se ha perpetuado, sin embargo, y se ha convertido en una ficción etnológica, que las ciudades antiguas embellecieron con leyendas al narrar la vida de sus héroes fundadores; ficción ésta que se transformó cuando se federaron las ciudades y se formaron las naciones, pero que ha persistido a pesar de todo y ha dado nacimiento a esas genealogías interminables, cuyo propósito siempre era establecer una filiación común para todos los miembros de un mismo Estado.

Si no es cierto que los judíos sean una raza, tampoco es justo considerarlos como la causa de las transformaciones modernas. Esto es darles un lugar demasiado elevado, tan elevado que, en realidad, los antisemitas actúan más bien como filosemitas. Hacer de Israel el centro del mundo, el fermento de los pueblos y el agitador de las naciones es absurdo. Así proceden, sin embargo, los amigos y los enemigos de los judíos. Les atribuyen, llámense Bossuet o llámense Drumont, una

importancia excesiva que la vanidad del judío – esta vanidad salvaje que lo caracteriza – por lo demás ha aceptado. Sin embargo, hay que poner las cosas en su justo nivel. Si monarquías e imperios se han desmoronado, si la todopoderosa Iglesia ha visto decrecer su autoridad que todos los esfuerzos de la burguesía agonizante no revivirán y si la indiferencia religiosa se acrecienta al mismo tiempo que, por el contrario, avanza la revolución, la culpa no es de los hijos de Jacobo. Los judíos indudablemente no han creado por sí solos el estado actual: sólo están mejor adaptados a él, en virtud de calidades atávicas y seculares, que cualesquiera de los demás. No fundaron esta sociedad capitalista, financiera, agiotista, comercial e industrial, que tantas causas contribuyeron a establecer. Sin embargo, se han beneficiado con ella más que cualquiera. Han sacado de ella ventajas preciosísimas, numerosísimas y muy considerables, y esto, no por utilizar procedimientos particularmente desleales o deshonestos, como les reprochan sus adversarios, sino porque los siglos, las leyes restrictivas, las prescripciones religiosas y las condiciones políticas y sociales de su existencia anterior los habían preparado para el medio contemporáneo y los había provisto para la lucha diaria, de mejores armas.

No obstante, si los judíos no son una raza, han sido hasta nuestros días una nación. Se han perpetuado con sus caracteres propios, su tipo confesional y su código teológico que ha sido al mismo tiempo un código social. Si bien no han destruido al cristianismo ni organizaron una tenebrosa conspiración contra Jesús, han dado armas a los que lo han combatido y, en los asaltos sufridos por la Iglesia, siempre se han encontrado en primera fila.

Asimismo, si bien no han socavado los tronos monárquicos – formados en una vasta sociedad secreta que, durante siglos, hubiera proseguido con sus propósitos – han suministrado un aporte considerable a la revolución. Han sido, en el presente siglo, los más ardorosos sostenedores de los partidos liberales, revolucionarios y socialistas. Les han dado hombres como Lasker, Disraeli, Crémieux, Marx y Lassalle, [1] sin contar el rebaño oscuro de los propagandistas. Los han respaldado con sus capitales. En fin, acabamos de decirlo, si no han levantado, por sí solos, el trono de la burguesía capitalista triunfante sobre las ruinas del Antiguo Régimen, han ayudado a establecerlo.

Están así en los dos polos de las sociedades contemporáneas. Por un lado colaboran activamente a esta centralización extrema de los capitales, que facilitará indudablemente su socialización y, por otro, figuran entre los más ardientes adversarios del capital. Al judío acaparador de oro – producto del exilio, el talmudismo, las legislaciones y las persecuciones – se opone el judío revolucionario, hijo de la tradición bíblica y profética, o sea de esa tradición que animó a los anabaptistas libertarios alemanes del siglo XVI y a los puritanos de Cromwell.

En medio de todas las transformaciones que han marcado el presente siglo, no han permanecido inactivos, pues. Antes al contrario, ha sido su actividad la que ha, no provocado, pero sí perpetuado el antisemitismo, pues el antisemitismo moderno es el heredero del antijudaísmo de la Edad Media. También en otras épocas, en España, al combatir a los moriscos y a los marranos, se intentó reducir los elementos extraños a la nación española. Otrora los judíos fueron considerados una tribu extranjera, una horda de deicidas que quería, por su proselitismo, imponer su espíritu a los cristianos y, además, buscaba apoderarse del oro, cuya importancia empezó a revelarse durante los primeros años de la Edad Media. Las manifestaciones del antisemitismo actual son, por lo menos en la Europa

occidental, [2] diferentes de las manifestaciones de antes. Los reproches han cambiado, vale decir: se los ha expresado de otro modo y se los ha respaldado con teorías científicas, antropológicas y etnológicas, pero las causas no se han modificado apreciablemente y el antisemitismo contemporáneo sólo difiere del antijudaísmo de antes por ser menos inconsciente, más racional, más dogmático, menos impulsivo y más reflexionado. En la base del antisemitismo de nuestros días como del antijudaísmo del siglo XIII se encuentran el horror y el odio por el extranjero. Es ésta la causa fundamental de todo antisemitismo. Es éste su motivo permanente, el que se encuentra en Alejandría bajo los Ptolomeos, en Roma en tiempos de Cicerón, en las ciudades griegas de Jonia, en Antioquía, en la Cirenaica, en la Europa feudal y en los Estados contemporáneos que anima el principio de nacionalidades.

Dejemos, ahora, el viejo antijudaísmo para ocuparnos únicamente del antisemitismo moderno. Producto de una acción del exclusivismo nacional y de una reacción del espíritu conservador contra las tendencias nacidas de la Revolución Francesa, todas las causas que lo han provocado o conservado se pueden reducir a una sola: los judíos aún no están asimilados, vale decir creen todavía en su nacionalidad. Continúan, por la circuncisión, normas profilácticas especiales y prescripciones alimentarias, diferenciándose de los que los rodean. Persisten como judíos, no por no ser capaces de patriotismo – en ciertos países como Alemania, los judíos han contribuido más que nadie a realizar la unidad nacional – sino por resolver el problema, que parece insoluble, de tener dos nacionalidades. Son franceses o alemanes, [3] pero también son judíos y, si se les agradece muy poco el ser franceses o alemanes, se les reprocha vivamente el ser judíos. Se los considera en todos los Estados como los norteamericanos consideran a los chinos: una tribu, de extranjeros que han conquistado los mismos privilegios que los autóctonos y se han negado a desaparecer. Se los siente aún distintos y, cuanto más las naciones se homogeneizan, tanto más estas diferencias se notan. En el gran movimiento que lleva a cada pueblo hacia la armonía de los elementos que lo componen, los judíos son unos refractarios. Siguen siendo la nación de cuello rígido, contra la cual el Legislador lanzaba sus anatemas. Siguen apegados a formas sociales abolidas y cuya autonomía desde hace tiempo está destruida. En cierta medida, son una nación que sobrevive a su nacionalidad y, desde hace siglos, resisten la muerte.

¿Por qué? Porque todo ha contribuido a mantener sus caracteres de pueblo. Porque han tenido una religión nacional que tuvo su plena razón de ser cuando formaban un pueblo, dejó de ser satisfactoria después de la dispersión, pero los mantuvo apartados. Porque han fundado en toda Europa colectividades celosas de sus prerrogativas y apegadas a sus costumbres, sus ritos y su modo de vivir. Porque han permanecido, durante años, bajo la dominación de un código teológico que los ha inmovilizado. Porque las leyes de los países múltiples donde se han instalado, los prejuicios y las persecuciones les impidieron mezclarse. Porque, desde el segundo éxodo – desde su partida de la tierra palestina – han alzado y se han alzado alrededor de ellos barreras rígidas e infranqueables. Tales como son, se los ha creado lentamente y se han creado. Diferenciándolos, se les ha dado un ser intelectual y moral, y ellos mismos han hecho todo lo posible en el mismo sentido. Ellos temían la mácula, y los demás temían ser manchado por ellos. Sus doctores se negaron a dejarlos unirse con cristianos, y los legisladores cristianos prohibieron toda unión con los judíos. Se dedicaron al tráfico del oro, y se les impidió ejercer otras profesiones. Se apartaron del mundo, y se los constriñó a permanecer en

ghettos.
Así eran diferentes de los que vivían a su lado, pero, antes de su emancipación, escapaban de las miradas. Se mantenían apartados. Nadie tenía contactos con ellos. Se les había deslindado su campo y asignado su lote y vivían al margen de la sociedad sin perturbar en nada la marcha general, pues no formaron parte del cuerpo social. Cuando fueron liberados, se expandieron por todas partes y aparecieron tales como los habían hecho. Se tuvo ante ellos la impresión que se experimentaría si se viera de repente a todos los gitanos del mundo plegarse a la civilización y reclamar su lugar. Pues se habían modificado las condiciones en las cuales los judíos vivían desde hacía tanto tiempo, pero ellos mismos no habían cambiado, y hacía falta para lograrlo otra cosa que la decisión de la Asamblea Nacional. Producto de una religión y una ley, los israelitas sólo podían transformarse si esta religión y esta ley se transformaban.
Aquí tropezamos con una objeción capital. Los antisemitas se limitan a decir que el judío pertenece a una raza diferente y es un extranjero. Afirman que constituye un elemento inasimilable e irreductible, y si algunos admiten que el judío puede entrar en la composición de los pueblos, sostienen que es en detrimento de esos pueblos y que el semita mata y echa a perder al ario, lo que, por otro lado, está en contradicción con la teoría antisemita según la cual toda raza superior debe subyugar la raza inferior sin poder ser perjudicada por ella.
¿Los judíos son realmente incapaces de asimilarse? De ningún modo, y toda su historia prueba lo contrario. Hemos visto [4] cuántos judíos habían penetrado en las naciones por el bautismo, cuán numerosas habían sido las conversiones en la Edad Media y, por fin, cuántos judíos habían desaparecido, absorbidos por los que los rodeaban, llegando voluntariamente a Cristo o siendo bautizados por la fuerza por monjes o reyes fanáticos: judíos ésos cuyos rastros ya no pueden encontrarse hoy en día, como no se puede más hallar vestigios de los godos, los alamanes y los suevos, los que, amalgamados con otros pueblos más, contribuyeron a formar el francés. En todo tiempo, el judío, como todos los semitas, se ha unido al ario. En todo tiempo ha habido penetración recíproca de estas dos razas, y nada demuestra mejor cuán posible es la asimilación. Por lo demás, para demostrar que los judíos son inasimilables, habría que demostrar que no son modificables, pues todo ser incapaz de modificarse no puede fundirse en una aglomeración humana, así como todo alimento refractario no puede entrar en la economía del cuerpo. Ahora bien: han sido constantemente transformados por los diferentes medios. Si se encuentran semejanzas entre un judío español y un judío ruso, [5] también se encuentran diferencias, y estas diferencias no fueron producidas únicamente por mezcla con pueblos extranjeros atraídos y convertidos por los judíos. También fueron producidos por el medio natural, el medio social y el medio moral e intelectual.
El tipo judío no sólo ha variado en el espacio: también ha variado el tiempo. Es una perogrullada decir que el judío del ghetto de Roma no era el mismo que el judío de las tropas de Barkokeba, así como el judío de nuestras grandes capitales europeas no es semejante al judío de la Edad Media. Sin embargo, estas desemejanzas que señalo entre judíos de distintos países y de distintas épocas son menos notables que sus semejanzas. Esto prueba que el medio artificial en el cual se ha hecho vivir al judío ha sido más fuerte que el medio natural. Es esto lo que siempre sucede con el hombre, pues resulta menos sensible a los medios climáticos, contra los cuales acciona sin cesar, que a los medios sociales. El judío no ha podido escapar de esta norma humana, y no ha sido la nieve de Polonia ni el sol tórrido de España lo que

lo han modelado principalmente. Ha sido amasado por las leyes políticas de las naciones y por la religión; religión ésta poderosa y temible, como todas las religiones rituales que sustituyen a la metafísica por una Suma legislativa. Estas leyes y esa religión siempre han sido las mismas para el judío. En todos los tiempos y en todos los lugares han sido, para él, constantes exteriores y constantes interiores.

Ahora bien: desde hace cien años, estas constantes han variado. [6] Las leyes exteriores que regían a los judíos han dejado de ser. La legislación especial y uniforme que sufrían ha sido abolida. Están sometidos ahora a las leyes de los países de los que son ciudadanos y estas leyes, diferentes según las latitudes, constituyen un factor de diferenciación. Con las leyes han desaparecido las costumbres. Los judíos ya no viven apartados. Participan en la vida común. Ya no son extraños a las civilizaciones que los han acogido. Ya no tienen una literatura especial ni modo de vida particular, singular y caracterizante. Han aceptado las costumbres de las diversas naciones entre las cuales están esparcidos. Por ser diferentes, estas costumbres contribuyen a diferenciar a los judíos, y desemejanzas cada vez mayores van surgiendo entre ellos. Se alejan más y más de ese tipo profesional y confesional que aún existe pero que, fatal y necesariamente, tiende a desaparecer y sólo está mantenido por las constantes interiores; vale decir por la religión, los ritos y los hábitos que dependen de ellas.

Ahora bien: hoy en día, las prácticas religiosas de los judíos varían con los distintos países. Mientras que en Galitzia, por ejemplo, se practican las observancias del culto más minuciosas, en Francia, Inglaterra y Alemania se reducen al mínimo. Si el estudio del Talmud perdura en Polonia, en Rusia y en ciertas partes de Alemania y del imperio austro-húngaro, desapareció totalmente en los demás países. Entre el judío francés emancipado y el judío galitziano talmudista la zanja se ahonda cada vez más y, de este modo, se van creando diferencias en Israel, diferencias éstas que se pueden también observar entre los judíos de las sinagogas reformadas y los de las sinagogas ortodoxas. Pero, lo que es más importante, el espíritu talmudista va desapareciendo lentamente. Las escuelas talmudistas que aún persisten se cierran día tras día en la Europa occidental. El judío contemporáneo ya ni siquiera sabe leer el hebreo. Desembarazado de las ataduras rabanitas, la sinagoga ya no profesa sino una especie de deísmo ceremonial. En el judío moderno, este deísmo va debilitándose cada vez más. Todo judío emancipado está preparado para el racionalismo, y no es solamente el talmudismo el que se muere: es la religión judía la que está agonizando. Es la más antigua de las religiones existentes. Parece normal, pues, que sea la primera en desaparecer. En contacto directo con la sociedad cristiana, se ha disgregado. Durante largo tiempo había subsistido, como subsisten esos cuerpos que se sustraen a la luz y el aire. Se abrieron las ventanas de la bóveda en la cual dormía, el sol y el viento entraron y ella se disolvió.

Con la religión judía se desvanece el espíritu judío. Este espíritu aún animaba a Heine y Boerne, a Marx y a Lassalle, pero ellos habían sido educados a lo judío. Habían recibido ya en la cuna tradiciones que los jóvenes judíos de hoy ignoran desprecian y ahora ya no hay o, por lo menos, tiende a no haber más personalidad judía.

Así, esos judíos compuestos de varias capas disímiles, a quienes condiciones semejantes de vida exterior, preocupaciones intelectuales semejantes y formas religiosas, morales y sociales semejantes habían unificado, esos judíos vuelven a la heterogeneidad. Convirtiéndose en variables las constantes que los habían formado, la uniformidad artificial desaparece por desaparecer la fe judía, las

prácticas judías y el espíritu judío. Con este espíritu, estas prácticas y esta fe los israelitas mismos se desvanecen. Lo que las persecuciones no pudieron conseguir, el debilitamiento de las creencias religiosas y, por lo tanto, de las creencias nacionales lo ha logrado. Sustraído á los códigos excepcionales y al talmudismo anquilosante, el judío liberado, muy lejos de ser un elemento absorbente, es un elemento absorbido. En ciertos países, como los Estados Unidos, "la diferencia entre judíos y cristianos se va borrando rápidamente". [7] Se borrará cada vez más, pues cada vez más los judíos abandonarán sus antiguos prejuicios, sus ritos separatistas y sus prescripciones profilácticas y alimentarias. Ya no se creerán destinados a perdurar en cuanto pueblo. Ya no se imaginarán – imaginación conmovedora, tal vez, pero absurda – que tienen un papel eterno que desempeñar. Llegará el tiempo en que estén completamente eliminados, disueltos en el seno de los pueblos; como los fenicios que, después de haber sembrado Europa con sus colonias, desaparecieron sin dejar rastros. En ese tiempo también el antisemitismo habrá desaparecido, pero el momento no es cercano. El número de los judíos judaizantes es aún considerable y, mientras subsistan, parece que el antisemitismo deberá perdurar. Sin embargo, el antisemitismo no está provocado únicamente por Israel. Es el producto de causas religiosas, nacionales y económicas, que son independientes de los judíos. Estas causas son, también ellas, susceptibles de modificaciones y podemos, hoy en día, comprobar su debilitamiento.

Si el judaísmo se debilita, ni el catolicismo ni el protestantismo se fortalecen, y se puede decir que toda forma positiva de la religión va perdiendo poderío. Se cree poder afirmar lo contrario para la religión cristiana, pero los que lo hacen son víctimas de una ilusión y los guían intereses particulares. Como dijo Cuyau: [8] "La religión ha encontrado a defensores escépticos que la apoyan a veces en nombre de la poesía y de la belleza estética de las leyendas y a veces en nombre de su utilidad práctica". El neomisticismo es un resultado de esta necesidad de poesía y de belleza estética, que cree poder satisfacerse sólo por la ilusión religiosa. En cuanto a la utilidad práctica de la religión, la vemos ahora apoyada por la burguesía capitalista que atacó las creencias religiosas cuando éstas respaldaban a los partidarios de los regímenes antiguos y que, ahora, llama la fe en auxilio de su poder y sus privilegios. Pero éstas sólo son manifestaciones artificiales; el sentimiento religioso positivo, determinado y limitado va apagándose cada día más. Se camina por un lado hacia una especie de antirreligiosismo materialista estrecho y tonto y, por el otro, se llega a esta irreligión filosófica y moral que será “un grado superior de la religión y de la civilización misma". [9] Al mismo tiempo que estas tendencias se afirman, los prejuicios religiosos tienden a apagarse, y el prejuicio contra el judío, prejuicio éste tan persistente como el prejuicio del católico contra el protestante y del judío contra el cristiano, no puede ser el único en permanecer. Va disminuyendo de intensidad y pronto, verosímilmente, no se considerará más a todo israelita como responsable de los sufrimientos de Jesús en el Calvario. Con la extinción progresiva de las prevenciones religiosas, una e las causas del antisemitismo se desvanecerá y así el antisemitismo perderá algo de su violencia y sólo perdurará en cuanto perduren las causas nacionales y las causas económicas.

El particularismo y el egoísmo nacionales, por fuertes y poderosos que sean todavía, presentan signos de decadencia. Otras ideas han nacido, que adquieren cada vez más fuerza: impregnan las mentes, se graban en los cerebros y engendran nuevas concepciones y nuevas formas de pensamiento. Si bien el principio de nacionalidades sigue siendo un principio rector de la política, no se hace más del odio contra el extranjero un dogma brutal e irrazonado. [10] Se crea una cultura

común para todos los pueblos civilizados: una cultura humana por encima de la cultura francesa, la cultura alemana y la cultura inglesa. La ciencia, la literatura y las artes se hacen internacionales, no por perder esas características que les dan encanto y valía y orientarse así hacia una uniformidad desagradable, sino por estar animados por un mismo espíritu. La fraternidad de los pueblos, que otrora era una quimera inalcanzable, puede ser soñada sin locura. El sentimiento de la solidaridad humana va fortaleciéndose y el número de pensadores y escritores que trabajan para reforzarlo aumenta día tras día. Las naciones van acercándose unas a otras y pueden conocerse mejor, amarse mejor y estimarse mejor. La facilidad de las relaciones y las comunicaciones favorece el desarrollo del cosmopolitismo, y el cosmopolitismo unirá algún día las razas más diversas, permitiéndoles federarse en pacíficas uniones. El egoísmo patriótico será reemplazado por el altruismo internacional. Con esta disminución del exclusivismo nacional, los judíos se beneficiarán también, tanto más cuanto que coincidirá con el debilitamiento de sus caracteres distintivos, y los progresos del internacionalismo acarrearán la decadencia del antisemitismo. Al mismo tiempo que los judíos verán decrecer las prevenciones nacionalistas, las causas económicas del antisemitismo verán perder poderío. Se combate a los judíos porque representan un capital que se dice extranjero. Se puede suponer, pues, que el día en que haya desaparecido la animosidad para con el extranjero, el capital judío ya no sufrirá los ataques del capital cristiano. Con todo, la competencia no dejará por ello de subsistir y, siempre, los judíos que se hayan mantenido tendrán que padecer los sentimientos hostiles que esta competencia fomentará contra ellos.

Otros acontecimientos, sin embargo, y otras transformaciones pueden producir la desaparición de estas causas económicas. En la lucha que está trabada entre el proletariado y la sociedad industrial y financiera, tal vez se vea a los capitalistas judíos y cristianos olvidarse de su antagonismo y unirse contra el enemigo común. Sin embargo, si las condiciones sociales actuales debieran perdurar, no se produciría sino una tregua. Pero del combate que se desarrolla presentemente no parece que el capital salga vencedor. Fundado en la mentira, el interés, el egoísmo, la injusticia y el dolo, la sociedad actual está destinada a perecer. Por brillante que parezca y por resplandeciente, refinada y soberbia que sea, la muerte la espera. Moralmente, está condenada. La burguesía detenta la fuerza política por detentar la fuerza económica vanamente empleará sus poderes y llamará a todos los ejércitos que la defienden, a todos los tribunales que la amparan y a todos los códigos que la protegen. No podrá resistir las leyes inflexibles que, día tras día, tienden a sustituir la propiedad capitalista por la propiedad común.

Todo concurre a acarrear este resultado. Con sus propias manos, la clase de los poseedores se está desgarrando. Si una categoría de poseedores quiere egoístamente defenderse, combate inconscientemente contra sí misma y por el advenimiento sus enemigos. Toda lucha intestina de los detentadores del capital no puede ser útil sino a la revolución. Al denunciar capitales judíos, los capitalistas cristianos se denuncian a sí mismos y contribuyen a zapar los cimientos de este Estado del que son los más ardientes defensores. Ironía de las cosas: el antisemitismo, sobre todo profesado por los conservadores que reprochan a los judíos haber sido los auxiliares de los jacobinos de 1789 y de los liberales y revolucionarios del presente siglo, el antisemitismo se hace aliado de estos mismos revolucionarios. El señor Drumont en Francia, el señor Pattai en Hungría y los señores Stoecker y de Boeckel en Alemania obran para estos demagogos y revoltosos que pretenden combatir. El movimiento, reaccionario en su origen, se

transforma en provecho de la revolución. El antisemitismo excita la clase media, al pequeño burgués y, a veces, al campesino contra los capitalistas judíos, pero así los lleva suavemente al socialismo, los prepara para la anarquía y suscita en ellos el odio a todos los capitalistas y, sobre todo, al capital.
Así, inconscientemente, el antisemitismo prepara su propia ruina. Lleva en sí el germen de su destrucción, y esto ineludiblemente, puesto que, al abrir el camino para el socialismo y el comunismo, trabaja para eliminar no sólo las causas económicas sino también las causas religiosas y nacionales que lo engendraron y que desaparecerán con la sociedad actual de la que son productos.
Tal es el destino probable del antisemitismo contemporáneo. He intentado mostrar cómo se vinculaba con el antiguo antijudaísmo, cómo había crecido y cuáles habían sido sus manifestaciones. He tratado de determinar sus motivos y, después de haberlos establecido, he querido prever su porvenir. Desde todo punto de vista, me parece destinado a perecer y perecerá por todas las razones que he indicado: porque el judío va transformándose, porque las condiciones religiosas, políticas, sociales y económicas van cambiando y, sobre todo, porque es una de las manifestaciones persistentes y últimas del viejo espíritu de reacción y estrecho conservadorismo, que trata vanamente de detener la evolución revolucionaria.

****

[1])- No se trata aquí de discutir acerca del valor personal de hombres tan diversos, sino simplemente de recordar su acción.
[2])- En la Europa oriental, en Persia o en Marruecos, tenemos un cuadro aproximado del
antisemitismo de la Edad Media. Prejuicios, legislaciones restrictivas, agravios, humillaciones, matanzas, motines y expulsiones, nada falta. Pienso, por lo demás, haberlo
mostrado para Rumania y Rusia en el capítulo VIII de esta obra.
[3])- Los antisemitas alemanes reprochan a los judíos alimentar sentimientos hostiles para con Alemania y favorecer los intereses franceses, pero los antisemitas franceses reprochan a su vez a los judíos su supuesta ternura por Alemania. Es éste un modo de afirmar que los judíos son extranjeros o, mejor dicho, inasimilados.
[4])- Cap. X.
[5])- Hablo de los judíos practicantes, por supuesto.
[6])- Recuerdo una vez más que sólo considero a los judíos de la Europa occidental, los que han recibido los derechos de ciudadanía en los distintos Estados donde viven, y no a los judíos orientales que están todavía bajo el régimen de las leyes de excepción, en Rumania y Rusia como en Marruecos y Persia.
[7])- George, Henry, Progrés et pauvreté, traducción francesa, París, 1887.
[8])- Guyau, M., L'irreligion de l'avenir, París, 1893, p. XIX.
[9])- Guyau, M., ob. cit., p. XV.
[10])- Salvo, sin embargo, los patriotas exaltados, los que, en Francia, son anglófobos y germanófobos por principio más que por razonamiento.

FIN
(De la Obra, No del Antijudaismo)

Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez
Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st